

CUERNOS DE VIKINGA REGINA ROMAN

@LAMOTAROSA



VERSATIL
Romántica

Table of Contents

1. Esta soy yo

2. Y esta también

3. Secretos que escondo

4. Alguien con más frío

5. ¿No tienes una amihermana?

6. Espiar al infiel

7. Las movilizaciones no conocen reloj

8. Preocuparse demasiado...

9. Preocuparse demasiado...

10. Hora de cambiar de carro

11. Si no existieran los niños

12. Esa colección de ensordecedores

ruidos

13. Pinceladas de niñez

14. Demasiadas copas, corazón

15. Ahí mismo, con el lobo cerca

16. Una dedicatoria que dice «me fui»

17. Hurgando secretos con la punta del dedo.

18. Y vuelta la burra al trigo...

19. Analizando el casarse

20. Todoterrenos blancos mellizos

21. El puesto de trabajo que era mío

22. El camino que conduce a casa

23. Una jornada loca, loquísima

24. Una visita que no me calma

25. A ver, piensa, ¿por qué somos infieles?

26. De visita al pasado

27. Una conversación para avanzar

28. Acompáñame en esta misión imposible

29: Vueltecitas por Ikea

30. Abriendo la caja de Pandora

31. Tropezar de nuevo con la misma
piedra

32. Más pistas sobre la alarma que no
quiero oír

33. Un ensueño cuanto menos, extraño

34. La teoría de los tenedores

35. Ciertas cosas que no necesito
que me cuenten

36. El perfecto chantaje emocional

37. Te uso y te abandono. Como
siempre

38. Definitivamente roto

39. Tuvo tiempo de todo

40. La vida se da la vuelta

41. Inesperada solidaridad

42. Arrancando la dulce venganza

43. Miedo del grande

44. Salgo con Aníbal

45. Giros de tornillo. Como los besos
46. Sueños volátiles
47. Desde un prisma diferente
48. Más de lo nuestro
49. Descubrimientos que podían haberse... ¿ahogado?
50. Los kilómetros que no me alejan tanto.
51. Jugando a detectives
52. Un millón de lágrimas amargas
53. Algo para cerrar bien apretado
54. Sin ser el momento
55. La venganza la sirven congelada
56. Lo hice porque te lo merecías
57. Reuniendo conclusiones sabias
58. Una oferta que no podrás rechazar
59. A lo que tienes derecho y a lo que

no

Epílogo

Agradecimientos

CUERNOS DE VIKINGA

Título original: *Cuernos de vikinga*

© 2016 Regina Roman

Cubierta:

Fotomontaje y diseño: Eva Olaya

Fotografías cubierta © Shutterstock

1.^a edición: febrero 2016

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 2016: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

A mi abuela querida, la que me regaló el inmenso placer de la lectura y el amor por la escritura. Allí donde estás, espérame. Volveremos a reír y a mirar las estrellas.

A Flavio y Rafa, mis orígenes, mis dos motores.

Contenido

1. Esta soy yo
2. Y esta también
3. Secretos que escondo
4. Alguien con más frío
5. ¿No tienes una amihermana?
6. Espiar al infiel
7. Las movilizaciones no conocen reloj
8. Preocuparse demasiado...
9. Preocuparse demasiado...
10. Hora de cambiar de carro
11. Si no existieran los niños
12. Esa colección de ensordecedores ruidos
13. Pinceladas de niñez
14. Demasiadas copas, corazón
15. Ahí mismo, con el lobo cerca

16. Una dedicatoria que dice «me fui»
17. Hurgando secretos con la punta del dedo.
18. Y vuelta la burra al trigo...
19. Analizando el casarse
20. Todoterrenos blancos mellizos
21. El puesto de trabajo que era mío
22. El camino que conduce a casa
23. Una jornada loca, loquísima
24. Una visita que no me calma
25. A ver, piensa, ¿por qué somos infieles?
26. De visita al pasado
27. Una conversación para avanzar
28. Acompáñame en esta misión imposible
- 29: Vueltecitas por Ikea
30. Abriendo la caja de Pandora

31. Tropezar de nuevo con la misma
piedra

32. Más pistas sobre la alarma que no
quiero oír

33. Un ensueño cuanto menos, extraño

34. La teoría de los tenedores

35. Ciertas cosas que no necesito
que me cuenten

36. El perfecto chantaje emocional

37. Te uso y te abandono. Como
siempre

38. Definitivamente roto

39. Tuvo tiempo de todo

40. La vida se da la vuelta

41. Inesperada solidaridad

42. Arrancando la dulce venganza

43. Miedo del grande

44. Salgo con Aníbal

45. Giros de tornillo. Como los besos
46. Sueños volátiles
47. Desde un prisma diferente
48. Más de lo nuestro
49. Descubrimientos que podían haberse... ¿ahogado?
50. Los kilómetros que no me alejan tanto.
51. Jugando a detectives
52. Un millón de lágrimas amargas
53. Algo para cerrar bien apretado
54. Sin ser el momento
55. La venganza la sirven congelada
56. Lo hice porque te lo merecías
57. Reuniendo conclusiones sabias
58. Una oferta que no podrás rechazar
59. A lo que tienes derecho y a lo que

no

Epílogo

Agradecimientos

1. Esta soy yo

Diez y media de la noche. Un frío de pelarse. Fany y yo embutidas en nuestros abrigos Michelin, dentro de su utilitario con la calefacción descacharrada. Cuando acordamos utilizar cada semana el coche de una e irnos juntas a la emisora para ahorrar, no contaba yo con la irresponsabilidad absoluta de mi compañera, que se le va cayendo el suyo a pedazos y ni se inmuta. Si se congela, se restriega las manos y santas pascuas. Yo en cambio, soplo y suelto nubes de vaho, recreándome en la imagen mental de John Nieve, medio en pelotas, allá por Invernalía, como método infalible

de distracción.

Por tercera vez, se le cala el coche al salir de un semáforo, cosa que tampoco logra ponerla nerviosa porque va hablando por el móvil. Cuando un tío bueno con un TT le pasa por el lado y le pita con saña, no sé dónde meterme. Y cuando la veo acelerar y perseguirlo, peor todavía. Coincidimos en el siguiente semáforo. Fany baja calmosa la ventanilla y el chico se queda mirándola. Está para ponerle un piso pero el frío que aborda nuestro habitáculo no me deja respirar ni pensar en nada más.

—Se me cala porque no sé conducir, pero follo divinamente —suelta Fany tan tranquila—. No todo me lo tienen que

enseñar.

Y con una sonrisa de suficiencia y un guiño, cierra el cristal y lo deja perplejo, con dos palmos de narices.

—¡Cómo te pasas, loca! Descarada, atrevida... —le chillo. Estalla en carcajadas.

En la hora bruja, sus bromas dan mucho juego. Y no me refiero a la presente, sino a partir de las doce, cuando nuestro programa arranca y ella demuestra ser un cerebro ágil y ocurrente, enganchado a un micro. En la calle, pese al termómetro, hay ambiente, grupos que vienen y van dispuestos a divertirse olvidando que es martes. Justo invaden el paso de peatones una docena de chicas de buen ver,

disfrazadas con tutús rosa, plumas, diademas de orejitas peludas y bandas de *miss* cruzadas sobre el tetamen.

—Ahí tienes a unas cuantas que en dos horas, no sabrán encontrarse el culo —río.

—Ni volver a sus domicilios.

—Puede que vuelvan, pero a cuatro patas.

—O acompañadas por *boys* calentorros que te meten mano por debajo de la falda. Mientras no sea la novia... o que sea pero el novio no se entere...

—Buah, casarse, menudo rollo — bufo mirando por la ventanilla contraria. Creo que las falditas rosadas y las boas me están generando urticaria. Empieza

por los antebrazos y corre a extenderse por los codos.

—¿No te van los bodorrios?

—Suenan a viejuno. Y son una lamentable pérdida de tiempo y de dinero.

Fany silba. Puede que signifique que no está de acuerdo.

—Sobre todo la pasta. Ahora que se han puesto de moda los enlaces a la americana con *wedding planner* y toda la pesca... —dice.

Pues sí, está conforme con mi argumento.

—Y esos espeluznantes coros familiares, primos a los que ni conoces, tíos que fiscalizan hasta los capullos de los adornos florales... Calla, calla,

menudo repelús —zanjo.

Allá queda el festivo grupo de chicas que se piensan emborrachar celebrando que, al menos una de ellas, ha encontrado a su príncipe azul. Sufro un estremecimiento involuntario, Fany me espía de reojo. Este es el resumen de nuestros trayectos de casa a la emisora. Distraídos y temerarios a más no poder.

Por fin, frena.

—Hala, apéese, señorita. Yo marchó en pos de un aparcamiento. De esta no pasa, esta noche doy con uno, ya verás. No me da la gana que el tipejo ese del *parking* se compre un apartamento en Torrevieja a mi costa, menudos precios.

Me bajo del coche a trancas y barrancas porque llevo unos botines de

taconazo, divinos, pero no aptos para escalones ni aceras con juntas profundas.

—No tardes —le ruego, frota que te frota—. Empezamos en treinta minutos.

—Pierde cuidado, soy eficiente como una alemana. Cierra la puerta, que hace corriente.

Ya ves, yo que pensaba que la rasca era peor dentro del coche que fuera. Subo a la carrera los escalones que me separan de la calle. El ramalazo de calorcito que me invade al poner el pie en el estudio me reconforta hasta el hígado. Lo que oigo, no.

—El salto de la pulgaaa. Menajes diferentes. Salvamanteles, sábanas, toallaaas, el ajuar de su hogar. El salto

de la pulgaaa. La envidia de sus parientaaas.

El modo en que Bonifacio Cascabeles alarga las «aes» de final de palabra y las transforma en arcadas, lo ha hecho famoso entre la profesión pero a mí me resulta repulsivo. Cualquiera lo diría, con lo mono que resulta de puertas para afuera: alto, pelo castaño y ondulado, ojazos, boquita de piñón dibujado... Y lo único que tiene horrible, el nombre, se lo ha modificado a medida y se hace llamar Boni, que hasta queda molón. Me arranco la bufanda del cuello y el abrigo rojo con trincheras militares. Señor, qué me gusta la ropa.

Observo. Que no. No lo soporto. Igual soy yo, que no le doy el aprobado a

cualquiera, porque el tipo es locutor de radio y tiene legiones de *fans* enardecidas. Paso de largo rozándolo unas cuantas veces, cargada de papeles y formando barullo, cuando sé que no está bien visto en mitad de la publi.

—El salto de la pulgaaa. Compre e inviertaaa —consume por fin. Se saca los cascos de las orejas y me mira atravesado—. A ver si nos quedamos quietecitas, mona, que me distraes.

—¿Distraerte? ¿Yo a ti, con lo súpermegaprofesional que eres? ¡Anda ya! —me burlo—, si eres todo concentración y técnica...

—Antipática...

—Gilipollas... —mascullo por lo bajini—. Si tuvieras una chispa de

dignidad te negarías a promocionar un almacén que se llama «El salto de la pulga». ¡Por Dios y por todos los santos del calendario de mi abuela!

—Es lo que hay, tesoro, no soy ningún melindres.

Se ve que no consigo cabrearlo. Fany entra por la puerta como un huracán victorioso... y acalorado.

—Hoy me propuse librarme del *parking* ladrón ese, pero cincuenta mil vueltas y dos intentos de asesinato por cuenta ajena más tarde, he sucumbido y lo he metido dentro, me cago en la mar serena. Eso sí, he negociado un descuento. Boni, ahuecando el ala, que esta noche hay cambio de tercio.

—Empezáis el programa ese vuestro,

¿no? Deberíais contar conmigo — sugiere el rey de la pulga poniéndose en pie, mostrándonos su uno ochenta desplegado. Fany le arrebató los cascos.

—Sí, hombre, para que nos afanes la audiencia. —Se gira a mirarme—. Me lo estoy pensando, Noa, debería cambiar el coche a la zona azul... Hay que joderse, aparcamiento restringido en esta calle también de madrugada...

Me encojo de hombros. No me dan opción a meter baza.

—¿Y no te parece que eso de un consultorio sentimental está ya un poco pasado? —arremete Boni de nuevo, con la gabardina en las manos.

—Nos sobra pimienta con qué aderezarlo. ¡Vamos, sal del estudio que

estorbas!

—Eso es por mi colosal envergadura, bonita.

—¡Boniiiiii! ¡En dos palabras, lar-go!

—Buena suerte con el estreno, no estéis nerviosas. —Hace como si se tocase el ala del sombrero que no lleva y desaparece por el descansillo. Ocupo mi silla empezando a sentirme literalmente atacada. Cuando menos lo esperamos, la atractiva cara del locutor vuelve a asomar por el marco de la puerta.

—Yo de vosotras, no le daría cancha a la presión de que la jefa no apueste una tuerca por el éxito del proyecto.

—¡Boniiiiii! —aúllo buscando con desesperación un objeto que arrojarle a

la cabeza. Se esfuma antes de que yo pueda localizar algo contundente y mortal.

—Será mamarracho, el tío... Consultorio sentimental, dice —rezonga Fany—. Qué sabrá este de la genial idea que nos traemos entre manos. *Noa-manece* va a ser el consultorio sexológico más exitoso y picante de la historia de esta triste emisora de tres al cuarto. —Me sonrío de frente, con sus enormes ojos azules brillantes y abiertos —. ¿Preparada?

—Uff, no sé, espera que respire... ¿Has dicho sexológico? Si era de amor...

—Vale, amor y sexo. Se venden juntos.

—Mira que en esas cosas soy más bien tímida.

—Nadie te ve la cara, hermosa, si te ruborizas estás parapetada tras un micrófono.

—Igual si no te hubieses empeñado en ponerle mi nombre...

—Eres la que tiene más experiencia y eso es un grado. Ponte los cascos y afina el ingenio. Allá vamos, nena, es nuestra oportunidad, salgamos del anonimato.

Escucho cómo la melodía de cabecera, *Mr. Saxobeat*, de Alexandra Stan, se desliza por las ondas como una rueda bien engrasada que te carga las pilas aunque sea medianoche, y se me engarfia una pelota entre las amígdalas. Hago una seña a Fany animándola a que

se lance.

No hace ninguna falta, esta muchacha es pura dinamita.

—Muy buenas noches, queridos amigos de la radio nocturna. Os habla Fany Benítez en compañía de Noa Polo, vuestras amigas y confidentes... Para lo que preciséis, esas dudas emocionales que os llenan de humo la cabeza, historias para no dormir, escándalos, decepciones sexuales, gatillazos... — De nuevo entra la música. El sugerente terciopelo de la voz de Fany hace juego con el ambiente insinuante del programa —. *Noa-manece*, vuestro confesionario, el programa amigo que nunca te dirá que no. Llama, cuéntanos tus cosas... más íntimas... tus confesiones... Eso que

jamás te atreviste a contarle a nadie...
—La música vuelve a comerle terreno, en una armoniosa combinación. Yo le dedico un par de aspavientos y ella desconecta el micrófono.

—No uses mi nombre, con el apellido basta. ¿Qué tal ser «*miss* Polo»?

—Joder, que tiquismiquis, te llamas como te llamas y punto. Con Polo no se me ocurría ninguna combinación para titular al consultorio, con Noa, sí.

—Vale, pero en adelante... —Fany levanta una mano y hace un gesto en seco hacia abajo que me deja muda. El volumen de la música desciende y nos quedamos con el culo al aire.

—*Noa-manece* será tu guía, tu mano amiga en todas esas noches de insomnio

cuando el comportamiento de tu pareja te atormente, cuando quieras comprenderlo y no puedas...o no te dé la gana. Pregúntanos, compártelo... sin miedo... sin rubor. ¡Tenemos la primera llamada! Adelante, amiga de la noche.

—Hola, chicas. Quería ante todo daros la enhorabuena por la música que ponéis, es genial —felicita la voz femenina que se cuele por los auriculares—. A esta hora, me ayuda a estudiar, a concentrarme...

Fany parece aturdida. Yo ni te cuento.

—Estooo... gracias, amiga oyente... Pero como hemos venido anunciando, pretendemos que la música no sea el plato fuerte de *Noa-manece* sino las confesiones nocturnas más *hot*. ¿Qué

quieres contarnos? —Silencio—. Aquí no vale ser tímida, ánimo... ¿Alguna confidencia realmente... caliente?

—No voy a contar cosas así en público —se atrinchera.

—Bien... No tienes por qué si te da reparo —me abalanzo yo en su defensa, adivinando que Fany está a punto de echarle la bronca—. Te pondremos una preciosa balada, dedicada con todo nuestro cariño... Sigue con nosotras.

Aprieto el botoncito que da paso a la canción y Fany se quita los cascos de un tirón.

—¿Piensas lo mismo que yo? Esa voz... ¿no te suena conocida?

—¿Isa? ¿Isa Olmo?

—La misma que viste y calza. Será

cabrona...

Una melena rubicunda y abundante asoma por el quicio de la puerta, seguida de una cara sugestiva y risueña. Nuestra jefa, de unos cuarenta, buenos trajes y desparpajo simpar.

—No os quejéis, he simulado una llamada para que no se os pase el programa sin pena ni gloria... El teléfono no ha sonado ni una sola vez desde que arrancasteis... No sé yo este invento vuestro si va a funcionar...

No deja turno de réplica, se fuga tan súbitamente como ha aparecido. Un zumbido repetitivo me saca de mi ensoñación. Atiendo.

—Uiss, alguien llama. Bienvenidas son vuestras cuitas, amigos y amigas

escuchantes de la noche. ¿Hola? ¿Con quién hablo?

—Soy Bea.

—¿Cuitas? —sisea Fany exagerando los movimientos de la boca—. ¿Qué coño significan cuitas?

—Buenas noches, Bea, tú dirás...

—Voy a cambiar el coche a la zona azul. Atiéndela tú. —deduzco que me indica tras leerle los labios. Fany se levanta de golpe y porrazo.

—Yo... Me llamo Bea —insiste la desconocida. Bueno, ya no lo es, puesto que tiene nombre. Trato de focalizar mi atención solo en ella.

—Cuéntame, Bea, ¿qué te preocupa? —consigo sonar cordial. La voz de la chica es un hilo que tiembla—. ¿Qué te

trae por *Noa-manecé*?

—Mi novio... Creo que me es... infiel.

—Oh, vaya. Eso es... eso es terrible.

—Menuda ayuda la tuya —se queja Fany que domina la técnica de vocalizar sin emitir sonido alguno—. Dile algo más, la chica necesita apoyo... Cárgale las pilas.

Y se larga.

—¿Estás... estás segura de que te engaña?

—Bueno, su comportamiento... es sospechoso. A veces desaparece varios días y nunca... nunca sé dónde está o si lo que me cuenta... es verdad o mentira.

Noto que Bea sorbe mocos y se atraganta con la emoción. Me da mucha,

mucha pena.

—Me dijo que se había ido a Loja porque tiene a su madre enferma con cáncer. Pobrecilla, qué buen hijo tiene, pensé. Pero enseguida descubrí que había otra mujer en su vida, al parecer su novia del pueblo, no de Loja, de otro sitio, con la que parece que estuvo prometido hace años o que sigue, porque ya no sé qué creer.

—Yo diría que... has sido afortunada consiguiendo esa información. —Se me seca la boca—. La mayoría de las... víctimas, no llegan a enterarse... nunca.

—La verdad, habría preferido no saberlo.

—También te comprendo. ¿Lo hablaste con él?

—Me dio cien explicaciones, me dijo que la otra no es más que una chica modesta, sin estudios ni expectativas, que imaginase qué posibilidades tiene de casarse. Cero pelotero, pobre muchacha. Que no podía soltarle a bocajarro que su compromiso se había ido al garete, le habría provocado un infarto...

—Ummm...

—¿Soy una asocial egoísta?

—Si quieres mi opinión, mi opinión sincera... La infidelidad es algo que no hay que consentir, Bea. Cero tolerancia contra los cuernos. —Trago saliva con estrépito. La jefa, Isa Olmo, vuelve a sacar la cabeza, ojiplática ante mi contundencia—. Porque cuando amas a

alguien, confías en él, desnudas el alma y te entregas. Y si esa persona te estafa, es como si se aprovechara de tu inocencia, de la fe que has depositado en ella. No hay derecho, nadie que ame de verdad y se dé, lo merece. El hombre que juega con dos mujeres al mismo tiempo es lo más mezquino, arrogante y miserable que existe. —Carraspeo superada por mi propio fervor—. Y ahora... vamos a poner un poquito de música.

—¡Hija de mi vida! ¡Qué pasión, me has dejado de piedra! —Fany me observa desde la puerta como si no me reconociese, con las llaves del coche en la mano y la nariz como un pimiento morrón.

—¡Pasmada me tienes! Nunca pensé que fueses así de tradicional, se te ve tan moderna... —agrega Isa desde su sillón de potentada mandamás. No le hacemos el menor caso. Yo aún estoy como en trance.

—Me he dejado llevar —me excuso—. Me dio cosa, la pobre...

—Bea no tiene cara, nena. Y cuernos los hay a montones todos los días. Pero ese discurso tuyo... no cabe duda de que te ha salido de las tripas, eres de las que jamás perdonarías una infidelidad, ¿eh?

Si tú supieras...

—Y eso de que no te van las bodas y que lo clásico te repele —agrega como intentando encajar piezas de un puzle que no pertenecen a la misma caja. Toso

nerviosa.

—¿Estás ahí, Noa Polo?

La tímida vocecilla me obliga a calzarme los cascos de nuevo, a todo correr. Fany me imita intrigada.

—Aquí estoy, Bea, espero que te haya gustado la canción...

—Me ha gustado más lo que has dicho antes, tienes razón, nadie debería soportar que lo engañen. Pero me ha prometido que la dejará, que le pondrá las cosas claras y le contará que existo.

—Muy requetebién, pues. Ya tenemos solución al episodio, ¿no? Mucha suerte, Bea, te la deseamos de corazón, desde este nuestro programa. Vuestro programa —irrumpe Fany arrasando la paz del ambiente intimista que yo he

conseguido crear. Sospecho que debo agradecersele. A continuación, compruebo con horror que cuelga.

—¡La has dejado con la palabra en la boca! —le indico a Fany con gestos.

—¡A ver...! —Con un aspaviento me hace ver que no tiene importancia—. Me parecía una historia demasiado ñoña, ya dio de sí lo que pudo, a ver si llama alguien y cuenta algo realmente cochino. ¿Amigos de la noche? ¿Cuántos de vosotros sois multiorgásmicos?

2. Y esta también

La persiana corrediza del Love Locke cada mañana pesa más. O yo estoy más débil. O el acostarme de madrugada empieza a pasar factura. Ser una feliz pluriempleada desgasta, y yo lo soy, con todas las letras. Estudié Periodismo y la verdad, sueño con ejercer, ganarme la vida informando, y escribir una buena novela algún día. Tengo muchas notas, me temo que nada serio aún. Mientras mis ilusiones se cumplen, como adoro la radio, me empeñé en conseguir un hueco y por las noches curro con Fany en Radio Retiro bajo las órdenes de la inflexible Isa Olmo. Hace casi año y

medio que conozco a mi colega de fatigas y no para de sorprenderme. No se limita a unos ojos azules apabullantes, una melena abundante y oscura cortada a capas y una fisonomía esbelta y graciosa, lo mejor de ella es su carácter radical y desinhibido, tan libre para decir lo que piensa... Me da cierta envidia no ser como ella. Yo no soy tan sincera ni tan transparente. Guardo secretos horribles que jamás desvelaré a nadie.

A partir de las ocho de la mañana, un cocinero, otra chica y yo, nos encargamos del Love Locke, una cafetería de la plaza de Vázquez de Mella con horno *in situ*, que empieza a despachar pan, bollos de crema recién

hechos y café del bueno, mareando a medio Madrid con su irresistible aroma. No es un negocio, es una mina, los taburetes amarillos están siempre ocupados y la gente hace cola esperando que se liberen. Nuestra clientela desayuna, repasa el periódico a toda velocidad y se las pira. Generalmente, personas solas sin tiempo ni compañía para conversar. A partir de las dos, las tripas del horno cambian los cruasanes por las *pizzas* crujientes y brotan de las licuadoras los zumos naturales. Vuelta a empezar: vendemos como churros, mejor que si fueran churros. Pero es agotador, que se lo pregunten a mis pobres pies.

Tanto como debe serlo volver de

compras cargada de bolsas hasta los dientes, a tan solo las doce y media de la mañana. Mi amiga Olimpia llega a la cafetería abriéndose paso con los codos.

—Hola, hola, buenas, buenas, perdóooooon... Gracias. Noa, ¿me pones un cafetito de esos de los tuyos?

—Marchando. —Le sonrío por encima del hombro— Qué, querida, ¿puliéndote la Visa?

—Se hace lo que se puede, ese cruel puesto de trabajo me obliga a ir pluscuamperfecta. —Se queda mirando mi uniforme blanco del Love Locke con mi delantal rojo y mi gorrita, yo diría que con lástima—. No sabes la suerte que tienes vistiendo obligatoriamente eso, no necesitas calentarte la cabeza

cada día pensando en qué narices te pones. Basta con que esté limpio.

—Pues para mí es un martirio chino. Adoro la moda y aquí llevo uniforme y en la radio no me ve nadie. Mierda redonda y gorda—. Le alcanzo la taza con dos azucarillos como sé que le gusta. Los aparta con un gesto huraño.

—Nada de azúcar, amiga, estoy a dieta. —Levanta un puñado de bolsas de firmas caras, por encima de la barra. Me pongo bizca—. Llevo seis vestidos diferentes para que luego les eches un vistazo y me digas cuál me quedo y cuál devuelvo.

Mis ojos abiertos al máximo, me traicionan.

—¿Por qué te fías de mi gusto si no

tiene nada que ver con el tuyo? Mira que no hay cosa peor que disfrazarse.

—Por supuesto que me fio, para algo somos amigas de toda la vida y tú una *crack* de las tendencias.

Termino de programar la cafetera y cuelo otra taza debajo. Ese olor maravilloso contra el que jamás estaré lo bastante vacunada, empieza a filtrarse por las rendijas.

—¿Escuchaste anoche el nuevo programa? Me refiero a *Noa-manece* — aclaro al ver su expresión perdida.

—Pues no, me quedé frita, pero te prometo que esta noche lo sintonizo sin falta. —Creo que no sé ocultar mi decepción. Olimpia me atrapa una mano —. No imaginas lo duro que es ser

becaría en una gran emisora, qué guerra, qué estrés, todo el mundo compitiendo por ser la mejor de no sé qué puto qué... la más estilosa...

—¿No deberían competir por ser la mejor comunicadora?

—También. A veces. —Pestañea coqueta. Le pongo las servilletas por delante.

—Eso cambiará cuando tú y yo tengamos nuestra propia emisora. Juntas, como siempre hemos soñado.

—Sí, solo ruego que llegue antes de perder la voz, de que se me caigan los pellejos. —Consulta su reloj de pulsera—. ¡Cielos, qué tarde es! Tengo que preparar los contenidos del programa de esta tarde, una entrevista a un escritor

pomposo y aburrido al que no leen más que en los geriátricos. ¿Qué tal sigue tu proyecto de novela?

—Pscheee... —No me quiero comprometer.

—Bueno, guapa, te veo en unos días... supongo. Como estoy tan, tan liada...

Me deja tres euros sobre el mostrador y sale volando, tirando de las bolsas como una rubia potentada de labios fresa, que se dedica a perder el tiempo. Yo suspiro y paso el paño para eliminar los cercos de la taza y las gotitas. Meto dos euros en la caja y la moneda extra que me ha dejado de propina, en mi hucha-cerdito con su gran pintada «New York algún día» en la tripa. Ya he roto

tres, los he repuesto y aún no llega ni para comprar la maleta. Mi compañera Paqui tiene otro con destino «Costa Rica» que es donde dice que quiere jubilarse. No dispongo de mucho tiempo para divagar entre cliente y cliente porque no he acabado de recoger un servicio, cuando ya me reclaman otro. Meto napolitanas de chocolate en el horno y acciono la cafetera con un gesto mecánico.

Dicen que una mirada basta para enamorarse y digo «dicen», porque experimentarlo, lo que se dice vivirlo, no lo he experimentado jamás de los jamases. Dom tuvo que perseguirme, sobornarme, jurarme meses enteros, hasta que cedí. Y una vez metió olvidó

todo lo que prometió. Los hombres son así, me cago en la leche.

Suena mi móvil. Sirvo el delicioso café y una napolitana que huele a gloria, antes de responder.

—¿Noa?

—Al habla, doña Fany. ¿Ocurre algo?

—No te lo vas a creer, Isa me ha felicitado... bueno, nos ha felicitado por el programa. Me ha largado un rollo acerca del tándem, el contraste entre ambas, una tan liberal, esa debo ser yo, otra tan conservadora, esa debes ser tú... En fin, parece que pese a nuestro flojo comienzo, ve *Noa-manece* con cierta perspectiva de futuro... ¿Me oyes?

—Trato de asimilarlo. Conozco a Isa

Olmo desde hace cuatro años y jamás me ha felicitado ni por mi cumpleaños.

—Creo que todo cambió después de ese *speech* tuyo tan sentido acerca de los cuernos. —Marca una pausa misteriosa— Tía, ¿de verdad eres tan monja?

Se me desquician los nervios. Cobro tres servicios, me equivoco con el cambio, le doy a cada cual el del otro cliente, rectifico mis errores, me disculpo y sirvo dos capuchinos y un poleo menta con sándwich de jamón y queso.

—Mujer, monja, monja... no hasta ese punto, pero soy chica de un solo hombre, de relaciones serias, de fidelidad y respeto.

—Pero no quieres casarte —completa con soniquete extrañado.

—No, no quiero —aseguro entre dientes—, tiene poco que ver. ¿Tú cómo ves las cosas estas del amar?

—Ummm... ¿Quieres la verdad?

—Quiero que me digas que si estás saliendo con alguien, guardar unas formas básicas entra dentro de tus condiciones.

—Pienso que la monogamia sexual está sobrevalorada pero de cara a la audiencia, funciona. Mientras estemos en el aire estoy dispuesta a permitirte ser más beata que Sor Angustias.

—Noa, dos molletes antequeranos con filetito de lomo, lechuga y mayonesa —demanda mi compañera de curro con

los pelos tiesos. Le hago una seña con la cabeza.

—Te dejo, Fany, estoy de faena hasta arriba, ya oyes, esto no para.

—Te veo esta noche en horario golfo. Pronto tendremos tanto éxito que las cadenas se rifarán nuestros contratos y por fin podrás despedirte de ese trabajo inhumano.

—Bah, no es para tanto. Me gusta el Love Locke.

—Te gustará mucho más cuando lo visites como clienta, relajada y feliz, con un buen fajo de billetes en el bolsillo y mucha hambre.

—Aquí conozco una barbaridad de gente, alimentan la inspiración para mi novela —argumento con cierta dosis de

esperanza. Fany bufa al otro lado del hilo telefónico.

—Ah, olvidaba tu versión castiza de Heidi. El día que la acabes me emborracharé para celebrarlo.

Entonces, cuando estoy a punto de despedirla por las bravas, sucede.

—Cruasán con *york* y queso, y capuchino, por favor.

Levanto la vista para atender la comanda y me quedo sin habla. Tengo enfrente un chico guapísimo con los ojos más turquesa que he visto en mi vida, bronceado, viril y todo lo demás. Un sueño hecho piel, que me observa con curiosidad. Toso aturullada. Una mirada basta para enamorarse.

—Bueno... Puede que eso no ocurra

nunca, ni siquiera la he empezado. Te veo en la emisora, *ciao*.

Me doy la vuelta porque no soporto mantenerle la mirada. A ver, yo salgo con alguien y ese alguien se llama Dom, no debería ponerme cardíaca solo con ver a un tío bueno. Pero es que este está bueno de verdad, como hace tiempo que no se me pone nadie delante. Me llevo con disimulo la mano al pecho y noto los zambombazos de mi corazón. A punto de quebrar costillas.

Qué barbaridad, Noa, hija mía, qué faltita estás de emociones fuertes.

Le sirvo el desayuno y me cobijo en los demás pedidos. Por fortuna, el buenorro ha enterrado esos dos pedazos de ojos en su iPad consultando sabe

Dios qué, y ni repara en mí. Eso no impide que mis pupilas pervertidas persigan sus movimientos hasta que paga y se marcha. Allá va. Menudo culo, valiente cuerpo. La fantasía de cualquier mujer viva hecha cenizas en la boca. La perfección existe y este tío se la lleva bajo el brazo, como si le perteneciera. Me da por fantasear con un noviete así, ya ves, yo tiro más bien a normalita, pelo castaño oscuro, me encantaría que virara a cobrizo, media melena tan densa que no sé manejarla, estatura normal sin aspiraciones, delgadita, de ojos negros... ¿Estoy imaginándome con otro chico cuando se supone que bebo los vientos por Dom, el terrible Dom?

Podría ser, al fin y al cabo, vivo una

mentira. Una mentira, absurda, grotesca y peligrosa. Porque enarbolar la bandera de la fidelidad de cara al público y mantener en tu vida privada una relación tormentosa con un hombre casado, combinan de pena.

3. Secretos que escondo

La tercera noche de nuestro nuevo programa dispara por los aires las modestas expectativas. No paran las llamadas ni un solo minuto, la gente se atropella para contarnos sus secretos, y Fany y yo sabemos entablar una especie de debate con posturas opuestas, donde ella defiende el sinvergonceo y el guarrismo y yo la pose un poco forzada, lo reconozco, de niña tradicional de las Ursulinas. Justo cuando se agotan las últimas notas de *Walk* en la voz de Kwabs, el piloto rojo encendido avisa de una llamada en espera.

—Buenas noches, mi nombre es

Mónica, quiero felicitaros por el programa, ya era hora de que existiera algo así, un sitio donde llamar a las cosas por su nombre y hablar sin tapujos.

—Por supuesto, Mónica, siéntete libre —la animo.

—A la polla, polla y al chichi, papitier —ríe Fany alborozada—. Cuéntanos, somos todo orejas, ¿verdad, Noa?

—Verdad. Adelante, amiga de la noche...

—Creo que soy lesbiana —me corta de repente. Fany lanza al aire una palmada de triunfo.

—¿Crees?

—Porque aún no lo he probado,

quiero decir, que jamás me he acostado con una chica pero mi compañera de curro me pone mogollón.

—Vaya... Así que te pone... caliente.

—Fany caldea el escenario.

—Como una puñetera moto — conviene Mónica.

—Cuando os rozáis... aquí y allá sin querer, ordenando papeles —agrega mi compañera con voz lujuriosa, sensual en extremo.

—Nunca me había pasado esto antes, ni siquiera con un tío me excito tanto. Estoy confusa, perdida de verdad.

—Bueno... Creo que para salir de dudas deberías probarlo —aconseja Fany sin cortarse un pelo. Yo me tiro de cabeza a defender la postura contraria.

—De eso nada, Mónica, no puedes lanzarte así como así, puedes crear una situación sumamente violenta con tu compañera de trabajo. ¿Qué ocurriría si ella no siente lo mismo? ¿O si no le va tu rollo?

—Oh, vamos, tendrá que provocarla y ver de qué pata cojea, ¿no crees?

—¿Te ha dado ella pie para que pienses...? —comienzo.

—Bueno... Nos miramos... mucho.

—Intensamente, ¿a que sí? —le sonsaca Fany. Yo diría que disfruta, el caso es que yo también. Empiezo a imaginarme a la tal Mónica retozando con una rubia de mi invención, y noto un calor abrasador al instante.

—Yo diría que sí. «Intensamente» esa

es la palabra.

—¿Lo ves, Noa mía? Acabo de clavarlo —aúlla Fany arrebatada de orgullo—. Pues adelante. Tócala, acaríciala cuando se te ponga a tiro y a ver cómo reacciona.

—No estoy de acuerdo, deberías plantearlo sutilmente y lo habláis... —insisto.

—Por Dios, Noa, nadie habla de irse a la cama cuando lo que se intenta es irse a la cama. Le restas toda naturalidad.

—Me gustaría una primera vez muy pasional —aduce Mónica, infinitamente más cómoda que al principio de la conversación.

—Ya, pero habrá que asegurarse de

que esa primera vez va a ser posible. Imagina qué vergüenza si le metes mano y ella te frena. ¿Cómo la mirarías a la cara al día siguiente? —machaco muy convencida.

—Visto así... —La oyente recula, Fany me mira atravesada.

—Te pasas de prudente y la prudencia está reñida con el fuego de la pasión —me regaña. Luego inclina la cabeza, busca el micro con los labios y lo roza entrecerrando los párpados—. Cierra los ojos e imagínala tumbada en tu cama... desnuda...

—Uff, no me plantees esas cosas —ruega la oyente desesperada.

—Tiene los muslos separados... ¿Dónde la acariciarías primero? —la

guía Fany sinuosa. Mira que llega a ser cabrona. Mónica hace lo que puede por responder.

—Me estoy empezando a acalorar... Es que esa chica me gusta mucho, mucho. Solo de pensarlo me pongo mala.

—Bien, posa tu mano en su entrepierna. Así, suave y delicadamente. Y sube, sube, sube... Tienes su sexo ahí... esperando, aguardando tus caricias.

—¡Chicas! —sisea Isa desde control—. ¡El teléfono se cae literalmente abajo, despacha a la aspirante a lesbi, que tenemos cola!

—Mónica, insisto en que deberías plantear tu acercamiento con tacto,

inteligencia y cautela, sobre todo, cautela —expongo a modo de despedida, muy sosainas, tras la ambientación tórrida que acaba de crear mi compañera.

—Y un cuerno. Lánzate. De los cobardes no se ha escrito nada. —Es el Fany-consejo.

—¿Eso crees?

—Yo no lo dudaría. Y cuando hagáis el amor por primera vez, llámanos y nos lo cuentas. Buenas noches, ¿con quién hablo?

—Soy Carlos, de Burgos. Me gustaría descubrir por qué mi novia se pone medio histérica si le mordisqueo los pezones.

Salgo del estudio más caliente que el

palo de un churrero. Este formato que Fany emplea para conducir el consultorio, consciente o no, funciona de veras. La audiencia arde, se excita y participa cada con más audacia, narrando episodios de su vida íntima y sexual con tal desparpajo que me hace enrojecer. A veces tartamudeo o me quedo en blanco en mitad de un comentario, pero la sagaz Fany sofoca fuegos donde ni siquiera han ardido, con una eficacia rayana en lo sobrenatural. Seré muy mema, pero aunque carca y anticuado, yo de verdad creí que *Noa-manece* sería un emotivo consultorio sentimental del tiempo de las abuelas, no un *tupper-sex* ambulante viajando a través de las ondas. Voy a tener que

atarme los machos si quiero estar a la altura del programa y que la p rfida Isa Olmo no me arrebate el puesto tras el micro, que le pueden las ganas, la estoy viendo venir.

Atravieso la llave en la cerradura del portal, con los dedos ateridos. Las tres de la madrugada, vaya tela. A poco que apoye la cabeza en la almohada volver  a sonar el despertador y tendr  que encasquetarme a toda prisa el uniforme del Love Locke y salir corriendo. Bostezo mientras entro y no me percato a tiempo del bulto oscuro y enorme que se me echa encima. Lanzo un alarido terrible, que solo una mano gigantesca alrededor de mi boca logra mitigar.

—Chissssss... gatita... soy yo, no

grites.

—¡Joder, Dom! ¿Qué haces agazapado en el portal como un ladrón? Me has dado un susto de muerte. —Me desprendo de su intento de abrazo con un gesto hosco y le clavo el codo en el costillar.

—Darte una sorpresa. No me digas que no te ha hecho ilusión. El príncipe azul aguardando el regreso de su doncella, como en los cuentos rosa que te gustan. Muñeca...

—Estoy agotada, Dom, son las tres de la mañana... —Abro la puerta del ascensor y se me cuelga detrás, adosado a mi espalda, presionando mi cadera con el bulto de su impaciente entrepierna.

—Mira cómo me tienes, nena. He

imaginado mil cochinadas mientras te esperaba. —Aferra mi mano derecha y la coloca sobre su paquete—. No paro de pensar en ti, me tienes a cien el día completo. Desconcentrado, ni siquiera atiendo a las reuniones del comité, me tienes loco, loco...

Y mientras suelta esas sandeces que por supuesto a mí me suenan a música celestial, busca con empeño mi boca y yo me voy quedando lacia y como sin fuerzas. Por mi cabeza desfilan los pezones de la novia de Carlos el de Burgos, el sexo oral a cuatro patas de Daniel de Cuatro Caminos, las fantasías lésbicas de Mónica con su compañera de oficina y para cuando quiero darme cuenta, devoro los labios de Dom con

rabia fiera. Sin salir del ascensor me quita el jersey y yo en respuesta, le bajo la cremallera de la bragueta. Mete la mano, meto los dedos, nos enredamos, nos manoseamos hasta decir basta y nos repasamos con la lengua y mucha desesperación, antes de colar como podemos, la llave en mi apartamento y acabar despatarrados sobre la encimera de la cocina. Dom arrastra mis bragas muslos abajo y me separa las piernas sin pedir permiso. Yo, que ya estoy acostumbrada a sus maneras brutas y dictatoriales, tiro de sus pantalones para compensar y me llevo los calzoncillos por delante. Voy tan cachonda por culpa del contenido del consultorio que no me acuerdo de lo enfadada que estoy con él,

hasta que después de empujar con frenesí, sin preliminares dignos de mención, nos corremos con medio segundo de diferencia y un par de alaridos fieros.

Luego, en la laxitud postcoital, tampoco es cuestión de cantarle las cuarenta. Me agarra por debajo de las nalgas, se deshace de su ropa de un par de patadas y me conduce en volandas al recibidor. Todavía lo tengo dentro, todavía duro. En cuestión de sexo, este hombre no conoce límite.

—Cómo me gusta hacerlo delante de este espejo, gatita, cómo me pone, mira...

Y miro, claro. Mi madre me regaló un mueblecito de esos de recibidor para

colgar abrigos y paraguas con una luna incorporada, donde Dom gusta de regocijarse enganchado a mis entrañas como un vagón de tren. Me alza y me hace descender rítmicamente, solo para disfrutar del espectáculo de su reflejo en la más hortera clave porno. Así lo hacemos por segunda vez, jadeando, sudorosos, apoyados contra la pared.

—¡Guuuuaas, nena! Estos polvos contigo de madrugada me saben a calimocho, no los cambio por nada del mundo.

Viajamos hasta el salón, me suelta de golpe contra el sofá, se rasca los cataplines, me lanza un beso desde lejos y se encierra en el baño a lavotearse. Yo me quedo alelada, sin reacción, fruto del

cansancio y del sueñecito de «después» a partes iguales. Todo el agotamiento del mundo se me cae encima de sopetón. Cuando Dom sale del baño ya se ha reconfigurado de nuevo el tupé, ligeramente perjudicado por los achuchones y viene fumando. Odio que fume en mi apartamento. Es tan pequeño que el olor se impregna en cada esquina y rincón como una telaraña, qué asco.

—Menos mal que estabas cansada, gata —bromea abriéndose espacio en el sofá, dándome una palmada en el trasero desnudo—, que si no llegas a estarlo...

—Lo estoy, ahora mismo es como si tuviera piedras en lugar de párpados... —Acomodo los pies en su regazo. Dom juguetea con mis dedos de uñas pintadas

de rojo.

—Pues deja esa mierda de radio, los curros nocturnos son un rollo. Total, para lo que te pagan...

—No lo entiendes. Mi trabajo en la radio es lo que me mantiene viva.

—¿No tienes bastante con la cafetería? Esa sí que mola y el Paco es un buen tío.

—El Paco, como tú le llamas, es un tirano exigente que nos tiene todo el día de pie, sirviendo tazas por cuatro duros.

—No te quejes tanto, ya mismo te van a nombrar encargada y en la radio esa no te vas a comer nada. Lo bueno en esta vida es tener ambiciones, gata, querer prosperar no es malo. Mírame a mí, sin ir más lejos. Ya soy delegado sindical,

ahí, como un rey. —Se golpea ufano el pecho con ambos puños. Qué de horas invertidas en el gimnasio—. Liberado, cobrando una pasta y sin dar un palo al agua. —Apunta a la sien derecha—. Cerebro que tiene uno...

Me levanto y me voy arrastrando mis miserias hasta el baño. Por el camino, recojo las bragas.

—A mí el trabajo en el Love Locke apenas me mantiene. Algún día no muy lejano ganaré un sueldo decente en la radio, escribiré mi novela y podré largarme. Esas son mis ambiciones, mejorar y no conformarme con las migajas. —Callo por si lo animo a replicar, pero Dom se muestra muy interesado en fabricar aros en el aire

con el humo del cigarrillo—. Migajas como las que me proporciona esta relación demente que mantengo contigo.

Lo veo dar un respingo.

—Huyuyuyuyuy, no empieces a ponerte intensa, ¿eh?

—Ni intensa ni leches, Dom. ¿Cuánto tiempo llevamos así? ¿Un año? ¿Año y medio? Tío, no quiero estar liada con un hombre casado, se me revuelven las tripas con solo pensarlo, tu pobre mujer... engañada...

—¿Ya estamos con los remordimientos?

—Pues claro.

—Si ni la conoces... Cojones, qué retorcidas que sois las tías.

—No me hace falta conocerla para

saber lo mal que lo tiene que estar pasando. Y todo por mi culpa. Porque si yo no transigiera con esta equivocación, ella no sería una cornuda y tus chiquillos...

—Va a ser verdad que estás cansada.
—Se levanta de golpe sin decir más, con el pitillo en la comisura de la boca, soltando gusanos de ceniza por todo el suelo y se coloca los pantalones. Forma un gurrño con los bóxer que van al bolsillo.

—Ahora, como siempre, te vas y me dejas con la palabra en la boca — protesto desde el baño, cepillo de dientes en ristre.

—Es que cuando te pones profunda me ahogo. A ver si mañana me puedo

escapar y me invitas a un cafelito de los tuyos y ya puestos, a un par de bollos.

—¡He dicho que no te quiero ver más!

—Eso solo me lo dices después de follar como animales.

Dom sonrío con la suficiencia de quien se sabe ganador de la partida, da unos pasos en mi dirección, conquista mi cintura y me inspecciona los dientes con su lengua. Una lengua cálida y húmeda que me sorbe el seso.

—Duerme, gruñona, ya verás como amaneces mejor.

Cierra la puerta de la calle con bastante estruendo, llevándose la poca dignidad que creía que me quedaba.

4. Alguien con más frío

Amanecer, amanezco. ¿Mejor? ¿Menos mezquina? No lo sé, no lo creo, yo me siento igual de mala y rastrera. En una hora escasa volveré a mi mostrador a pie de calle, a despachar bollos frescos y café recién hecho y a amasar las bases de las pizzas que saldrán como balas una tras otra a partir del mediodía. Menudo negocio tiene mi jefe, qué hucha para cuando se jubile...

Saco los pies de la cama, me restriego los ojos y noto en la zona baja de la espalda el punzante dolor de haber batallado contra la pared, perdida entre los musculosos brazos de Dom,

zarandeada con sus embestidas. Mi cabecero, hecho a mano con listones de madera de haya sin barnizar, es uno de los tantos recuerdos amables que guarda mi casa de cuando empezamos; cuando creíamos que la nuestra sería una relación normal, de las que crecen con vistas al futuro y te llenan de ratos alegres. Pero no. La inconsistencia de sus demostraciones de amor, sus idas y venidas, sus súbitas desapariciones y las posteriores excusas que no se sostenían, me hicieron sospechar. Lo presioné hasta que terminó confesando que no era libre. Joder. Así, en tono melodramático, «que no era libre», que tenía una familia a la que cuidar, que ojalá no me hubiese conocido, pero que

por encima de todo el sufrimiento que la historia pudiese acarrearle, me necesitaba y me quería.

Supongo que me conformé con esas palabras de arena porque de algún modo, yo también necesitaba pertenecer a alguien. Sin embargo, el amor que Dom dice sentir por mí se parece bastante a una cosa rota. Y aunque estoy empeñada en hacer limpieza vital y sacarlo de mi universo manchado, temo que cueste un esfuerzo sobrehumano. Dom no va a colaborar en absoluto, nuestros enganches sexuales son peligrosamente fuertes.

Los miércoles, y hoy es miércoles, en la explanada de la plaza frente al Love Locke, montan un mercado de fruta. El

puestecillo que queda frente al mostrador, lo lleva una viejita encantadora de casi ochenta años que me recuerda a mi abuela. Verla allí sentada vestida de negro, con su pañoleta alrededor de la cabeza y las manitas escondidas entre las rodillas, me llena de ternura. Siempre que el curro me lo permite me escapo un segundo, cruzo la calzada y le compro ingentes cantidades de fruta que luego acaba podrida en la nevera, pero merece la pena. Cuando de mi mano a la suya pasan unos pocos euros, pienso que le ahorro una hora de trabajo; cuanto antes liquide la mercancía, antes podrá recoger e irse a su casa. ¿Estará solita en el mundo? Sin familia, sin amigos...

¿Cómo es que una anciana a su edad se encarga sola de un puesto ambulante con su correspondiente mercancía?

Cuando llega la hora de desmontar, los muchachos de los tenderetes colindantes la ayudan, amontonan las cajas, cierran el viejo toldillo que la ampara y la trasladan en furgoneta, quiero creer que a su hogar. Y así hasta el miércoles siguiente en que volvemos a vernos.

Hoy, además de comprarle plátanos, fresas, peras, manzanas y un kiwi, le regalo un pastel de los más tiernos y un descafeinado con leche templadita. La señora alza unos ojos grises, algo opacos pero agradecidos.

—Dios te lo pague, mi niña. Hace frío

de campo por aquí, quién lo habría dicho.

—Si es que no sé cómo aguanta usted, no va demasiado abrigada. Tómese el café y si quiere leche caliente o alguna otra cosa no tiene más que pedirla. Yo invito —añado al notar su desazón y su sonrojo.

—Qué buena niña... Trabajas ahí enfrente, ¿verdad? —Apunta a la cafetería con un dedo deforme y sonrío—. Hay miércoles que me desayuno solo con el olor.

—Pues eso no va a volver a repetirse. En cuanto la vea en el puesto le paso un bollo de los mejores. —Y le guiño un ojo. Desde el mostrador, mi compañera Paqui se está desgañitando—. Tengo

que marcharme, hay demasiado trabajo para una chica sola. —Recojo mis compras—. Que venda usted mucho, señora.

—Braulia, hija, me llamo Braulia. ¿Y tú?

—Noa. Encantada, cuídese mucho.

Atravieso la calle a la carrera y me incorporo al tajo. Pero no es por amontonamiento de clientes por lo que Paqui me requiere sino por mi amiga Olimpia que se ha parado a desayunar como casi siempre, y pregunta por mí, como si se estuviese quemando el monte. Señor, qué mona viene, con un vestido de vuelo de seda azul por encima de la rodilla con estampado de mariposas, medias tupidas, sandalias de

invierno y abrigo celeste. Ella siempre tan a la última. Igualito que Fany, que apareció anoche con un pantalón harén y un jersey de punto gordo tricotado a mano.

Atiendo mis deberes de camarera diligente y echo una visual por encima a la clientela, buscando, sin querer, al guapo de los ojos de cielo. Pero no está.

—Al final ayer no te pasaste a mirar lo de los vestidos y los que no vaya a quedarme tengo que devolverlos antes de que me caduque el *ticket* —protesta mi amiga.

—Pero si entiendes más de tendencias que yo, Olimpia, le dedicas más tiempo —rezongo mientras acomodo los platitos—. Andas todo el día dale que te

pego con las revistas, los blogs y siguiendo en Instagram a todas las *it girls*.

—Mis conjuntos carecen de alma, no como los tuyos.

—Jo, lo que me has dicho —exclamo impresionada.

—Hay más: esta tarde tenemos un cóctel de presentación de una editorial de las prestigiosas. Bueno, soy yo la que lo tengo gracias a la emisora, pero te llevo conmigo, para que vayas tanteando el terreno.

—¿A mí? ¿Qué terreno?

—Pensando en tu futuro libro. Te recojo a las seis y media.

—No sé si voy a poder, como no descansa entre la cafetería y la radio,

luego no doy pie con bola. Habrás oído lo suelta que está Fany con todo eso del sexo libre y demás. Lo mío es más un papelón, tengo que esforzarme el doble y el triple para aparentar lo que casi no soy...

—Aún no he tenido oportunidad de escucharos —se disculpa mordiendo el suizo—. De hoy no pasa, prometido. Y a la presentación tienes que venir sí o sí, he aceptado pensando en ti. ¿No eres tú la que piensa triunfar como escritora? Pues no te vendrá mal empezar por codearte con los jefazos editoriales.

—Ya pero...

—El pero es el macho de la pera. ¡Hablo de Thesaurus! Déjate de excusas. ¿O te piensas pasar despachando

cafeses el resto de tu mísera existencia?

—Cafés.

—¿Cómo?

—Que se dice cafés, no *cafeses*.

—Ah, da lo mismo, está de moda inventar *palabras*. A las seis y media en punto, estate lista. Por cierto, ¿qué te vas a poner?

Empieza a dolerme la cabeza.

—No lo sé, Olimpia. Algún vestidito sencillo de esos que tengo... rojo o azul marino.

—¿Estilo años cincuenta?

Asiento con la cabeza. Mi guardarropa no es que sea para perderse precisamente.

—Vale. ¿Y eso con qué se combina?

—Lo sabes de sobra.

—Dame un combo arriesgado, que no sea lo de siempre, las sandalias de invierno las conocí gracias a ti. ¿Taconazo de plataforma, bailarina?

—Es un cóctel, mejor zapato de salón tacón medio o alto. También podemos innovar, sandalias metalizadas con media oscura.

—Jope, amiga, menos mal que te tengo a ti y a esa afición tuya por la moda.

—Ni que tuviese oportunidad de ponerla en práctica —lamento con lánguida tristeza.

—Si me dejas sola soy capaz de echarme un saco por encima de la cabeza. —Se pasa la servilleta por los morretes maquillados—. Te veo esta

tarde. Dame unos plátanos de esos, anda, creo que llevas demasiados.

—Cómprale algo a la viejita, pobre. Mira el frío que está pasando.

Olimpia recorre la distancia que marca mi dedo y niega con rotundidad.

—No tengo tiempo que perder. Me llevo algunos de estos y si ves que te van a faltar, cómprale más que eso te hace feliz.

Suspiro, cedo algo molesta por su egoísmo y su falta de colaboración y aunque suene a contradicción pirada, le regalo mis plátanos. Paqui me observa de reojo y en la frente lleva pintado un «hija de mi vida, pero qué mema eres».

5. ¿No tienes una amihermana?

A veces me pregunto cómo y por qué la soporto. Me refiero a Olimpia y a su carácter inconstante y caprichoso. Conozco la respuesta, es mi amiga más antigua, mi amihermana. Y a esas las aceptas como vienen, con el *pack* completo. A pesar de que el cansancio me dobla en dos y mis ojeras afloran bailando la raspa, el agradecimiento infinito por que pretenda introducirme en el mundillo editorial me da fuerzas para acicalarme, ponerme mis mejores galas y... sentarme a esperar a las seis y

veinticinco, hasta exactamente las siete y cuarto, que suena el timbre de mi casa. Cuando abro llevo una hidra pegada al careto y parece que mi intención es arrancar la puerta de sus bisagras.

—Tía, te has pasado, llevo casi una hora esperando...

—Me he liado un poquito. —Me repasa, crítica, de arriba abajo—. Coño, qué mona te has puesto.

La miro. Me miro. Lleva un pantalón pitillo negro y satinado con unas preciosas sandalias doradas y un top de seda haciendo juego, con una chaqueta esmoquin. La melena rubia soltando destellos y un maquillaje immaculado. Yo, fiel a lo que hablamos, he optado por un vestido patinadora rojo de cuello

a la caja y manga francesa ceñida, medias negras y unos simples zapatos de charol negro de Zara, cuyo único adorno es una media cremallera recorriendo la pala exterior.

—No seas absurda, vas mucho mejor vestida que yo.

Ella sigue a lo suyo, vagando en un universo paralelo.

—¿Debería cambiarme?

—¿No te parece que ya llegamos lo suficientemente tarde?

—Mejor, así no tenemos que tragarnos la charla que seguro que será un rollo y pasamos directamente al picoteo. En el coche tengo una bolsa con otra ropa, por si acaso.

Miro al techo y resoplo.

—¿En serio te quieres cambiar?

—Bajo un segundo y le das el visto bueno.

—Nada será mejor que lo que llevas... —Intento gritar, pero ya corre escaleras abajo. Suerte que vivo en un primero.

En efecto, no ha mentado, en un par o tres de minutos, aparece de nuevo con una bolsa de *boutique* entre las manos. Cierra la puerta de mi apartamento y se pone como loca a sacar trapos.

—Asistiendo a estos eventos me ahorro las cenas y mira qué modelazo me he comprado con el presupuesto sobrante del supermercado. —Saca un vestido verde esmeralda, lo apoya contra su pecho y da un par de vueltas

sobre sí misma—. ¿Te gusta?

—Sí —balbuceo—. De hecho se parece muchísimo al vestido que yo llevaba el sábado pasado. —Y tanto. Solo cambia el color.

—La pregunta clave a la hora de decidir si me llevo o no algo es «¿Noa lo compraría?». Si es que tienes tanto estilo natural... —Se me cuelga del brazo, me dedica un mimo y yo, la verdad, me ablando un tanto—. Qué, ¿me lo pongo?

—Yo me quedaría tal cual pero si vas a amargarme la noche con las quejas, ya sabes donde está el dormitorio.

—¡Gracias, *amore!* —Envuelta en risitas y pasando de la puntualidad, sale zumbando cual gacela, a despojarse del

precioso traje pantalón que tan bien le sienta— ¡No tardo nada! —me advierte desde dentro.

—Ok, pero lo de dejarme una hora colgada, se avisa. Tengo poco tiempo libre y mucho que hacer en casa. Mira si no el polvo, pronto rivalizaré con la gran pirámide de Guiza y podré vender entradas.

—Qué exagerada, nunca entenderé esa manía persecutoria tuya con el plumero. —Aparece en el umbral estirándose la falda. —¿Mejor?

Genial, ahora parecemos Pili y Mili.

—Divina. Vamos ya o pronto no merecerá la pena el esfuerzo.

—Bah, esta gente se enrolla hablando y les dan las tantas. Mientras más

contentos los pillamos, más oportunidades de amortizar el evento, te lo digo yo.

No sé cómo se las ha arreglado para pillar aparcamiento en mi calle, que es un horror, pero Olimpia lleva desde su nacimiento una flor en el culo y le pasan estas cosas increíbles. Conduce sagaz hasta el centro, vuelve a dar en diana con un aparcamiento de zona azul que ya no necesita pagar, y calle arriba, le da por apresurarse.

El cóctel se celebra en el hotel ME Madrid Reina Victoria en pleno centro histórico de la ciudad. Nada más pisar la alfombra roja que han dispuesto, súbitamente tira de mi brazo y me hace girar como una peonza. No sé por qué

ojo invisible ha detectado a un señor con una cámara enorme soltando *flashes* a diestro y siniestro. En un periquete Olimpia se estira, mete barriga y saca pecho y dentadura. El fotógrafo nos apunta con su arma letal.

—Sonríe a la prensa local, vamos a salir en el periódico, le vendrá de lujo a tu programa de radio. —Cambia de postura y compone un Pataki. El fotógrafo dispara enloquecido con su coqueteo—. No sabes lo afortunada que eres, a mí me tienen preparando entrevistas, acumulando datos, y hasta el moño del plan general de contabilidad. Podría ser locutora, igual que tú. Se me da bien la música; tú podrías charlar y yo...

—No puedo creerme que no te haya vencido la curiosidad y aún no hayas escuchado *Noa-manece* —le reprocho permitiendo que acapare el protagonismo fotogénico, aceptando en su lugar una copa de cava y un canapé con una pinta riquísima.

—No he tenido un segundo, te digo. Pero es genial eso de dominar el micro, mucho mejor que tener novio.

Se ensombrece mi mirada.

—Mira tú por donde, yo preferiría tener una relación estable con alguien que me quisiera —musito momentos antes de detectar entre el gentío unos ojos turquesa increíbles que me resultan familiares. Los sigo embobada.

—Uff, qué rancia... Con lo bien que

se vive soltera y liberada —replica Olimpia cargada de entusiasmo. Ya se ha cansado de posar y ahora roba copas de cava frío.

Cada vez que me vende su felicidad de chica desparejada tengo la impresión de que me miente. Al menos, de que exagera. Se lo leo en la cara, o... corrijo, es más bien lo que no leo. Olimpia no es muy entusiasta ni muy expresiva tampoco. Delante de su tarta de cumpleaños, la he visto poner la misma mueca que delante de un gato muerto. Pero jamás, cuando canta las ventajas de ser soltera y moderna, veo brillar en sus ojos algo a lo que poner nombre. Tampoco sabe que Dom existe. Olimpia y yo nos conocemos desde

pequeñas, muy pequeñas, y me moriría de vergüenza si descubriese mi reprochable amorío con el sindicalista casado. Y como se supone que nuestra pasión es clandestina, me he acostumbrado a fingir que no existe, que soy soltera follable y disponible. Hay veces que hasta me lo creo.

Veo pasar un par de veces al monumento de ojos turquesa. Por fin he recordado su imagen, retrepado con mucho salero en el taburete del Love Locke paladeando su desayuno mientras consulta una de esas tableta de sexta generación que llevan los ejecutivos potentes. Qué triste, de eso lo conozco, de servirle café. Se me escapa un suspiro. No se puede estar más bueno,

no señor. Y sin anillo, al menos a la vista.

—¿Me vas a presentar a alguien? —
reclamo a Olimpia, solo por cambiar de tema y relajarme.

—Mujer, conocer como para presentarte, no tengo influencias hasta ese punto, pero mira, aquel grupito de allí pertenece a la editorial Vía Láctea y los del fondo, esos trajeados que parecen curas, son de Libervivos. Más asequibles que los anfitriones.

—Qué alucinación si alguno de ellos algún día...

—Pero ¿has empezado a escribir? —
Frunce el ceño en un adorable puchero —
—No me has dicho nada, ¿de qué va?

—No acabo de decidirme, arrancar es

lo peor... Sé más o menos la historia que quiero contar y tengo escenas preparadas pero... —Se me escapa una carcajada al recordar—. Fany la compara con la versión castiza de Heidi.

Olimpia chasquea la lengua con algo muy parecido al desprecio.

—Esa compañera tuya de la radio, no me termina de entrar, la veo demasiado prepotente, muy «aquí estoy yo». Va de sobradita a todas partes.

—Pues verás cuando la oigas desenvolverse en el consultorio de la noche. Yo la envidio, sanamente pero la envidio, la seguridad en una misma es un factor de éxito, nunca lo juzgaré en negativo. —Olimpia arquea las cejas y se zampa tres canapés seguidos—. Creo

que deberíamos pensar en irnos, todavía debo cambiarme de ropa e idear algo original para el programa, no quiero que se me eche el tiempo encima.

—Vale, un par de copitas más y un poco de ensaladilla. Y salmón, que aún no lo he probado. Recuerda que hemos venido a ahorrarnos la cena.

—Vaya, qué desilusión, yo que pensaba que veníamos a hacer relaciones para mi carrera como autora...

—No te quejes, que nos han sacado una foto genial y mañana estamos en las páginas de sociedad. Que se mueran los feos. Los escalones del éxito, poco a poco.

Al parecer, Olimpia piensa echar el

ancla junto al *buffet* sin hacerme mucho más caso, de modo que decido echarle valor y explorar el salón de recepciones. Me amilana ver a todo el mundo tan cómodo, tan sonriente, tan conversador. Me siento absolutamente fuera de lugar. Como casi siempre. Un bicho asocial con escasas amistades que apenas sale.

—Mientras te pones morada, voy a ver si capturo algún secreto protegido de la intelectualidad española —le informo.

Mastica y me hace señas con la mano de que vaya. Lo máximo que consigo es tropezar con el borde de una alfombra en cuanto me separo de ella, y volcarle la copa de cava en la espalda a un

invitado. Sorprendido y seguramente cabreado, se gira a increparme.

—Tierra, trágame. —Es el guapo de los ojos azules. Con casi cien personas en la sala y tenía que ser él, tenía que ser él... Joddder... Se me sube tal graduación a los mofletes, que debo alumbrar en lo oscuro, como los carbones encendidos—. ¡Lo siento! ¡Lo siento muchísimo! Qué torpe soy...

—Bueno, no pasa nada, no te apures. —Me sonrío. Y yo... como que veo el cielo.

—He tropezado... Espera, busco una servilleta y lo limpio. ¿Ves? Ya la tengo. —Lo que tengo es todas las miradas de alrededor fijas en mi inutilidad. Vuelve a subirme la

temperatura cuello arriba.

—No hace falta, mira, ya viene un camarero. —Toma mi mano inquieta que no sabe dónde posarse con la servilleta desplegada y mis nervios estallan al sentir el roce. Un sutil tirón me obliga a mirarlo de frente. No puedo, no puedo, es demasiado—. En este hotel son muy eficientes, no te preocupes, te digo.

En efecto, ya hay un señor de blanco impoluto tras él, frotando su chaqueta con frenesí. Me pongo color remolacha.

—Noa, ¿nos marchamos?

Es Olimpia. Justo cuando no tiene que aparecer. Ve al guaperas y se queda de piedra.

—Encantado, Noa, el cava ha facilitado el encuentro. Soy Gael. —Me

tiende una mano poderosa y cuidada que me deja catatónica. Tiene un rostro increíble y su sola presencia basta para llenar la sala. Los ojos de Olimpia escudriñan desde una distancia que ella se apresura a acortar.

—Nena, ¿qué ha pasado? Hay otras maneras menos traumáticas de hacer amigos —gorjea. Me pasa el brazo por encima de la cabeza y aprovecha el saludo de Gael que yo, al parecer, me marco el lujo de despreciar—. Hola, soy Olimpia.

Reacciono un poco tarde y de segundona, estrecho su fuerte mano de largos y masculinos dedos, después de temblar un buen rato y pensármelo otro tanto.

—De verdad que lo siento... Qué bochorno, Dios... —murmuro antes de retroceder hasta la puerta, dar media vuelta y salir huyendo.

Creo que Olimpia, más descarada que yo por mucho que critique a Fany, se despide y regala coqueteos en nombre de ambas.

6. Espiar al infiel

Nada más volver a casa y enfundarme mis vaqueros gastados, el cielo se abre a lo bestia y empieza a diluviar. Doy gracias a que no me haya pillado con los zapatos nuevos puestos, los mejores que tengo, los que elegí para hacer el ridículo más espantoso tropezando y vaciando mi copa sobre Gael el superhombre, delante de todo el sector editorial en bloque. ¡Bien por ti, Noa: coleccionas torpezas de premio y aún encuentras la manera de superarte! En la cara se me ha quedado pegado el sofoco, en la memoria, las expresiones divertidas de quienes me confundieron

con un circo, y la chispa de burla en un par de ojos turquesa que no son de este mundo.

Maldita sea, solo espero no volver a encontrármelo en la vida.

Pongo en marcha mi cochecito y me tiro a la calle. He invertido cantidades ingentes de talento en confeccionar un guión para el *Noa-manece* de esta noche. Iba a hablar de la media naranja perfecta, esa que todas nos merecemos y que anda por ahí despendolada hasta que nos la topamos, nos reconocemos y la metemos en cintura antes de ser felices por siempre jamás. Yo no es que sea ñoña, me quedo en romántica de preocuparse: soñadora, hipersensible, devoradora de libros, imaginativa... Lo

que no existe en la dimensión real, me lo invento. Si fuese una chica lista no habría aceptado a Dom para que rompiera mis esquemas y me hiciera sentir sucia cada vez que me toca... El problema es lo bien que me toca.

Siento una ráfaga de aire helado espeluznante arremolinármeme en el cogote, y los ruidos de la noche madrileña y la tormenta, asolar el interior de mi coche, para a continuación, enmudecer.

—Buenas noches, al teatro Coliseum y dese prisa que vamos tarde.

¡Coooño! Lo nunca visto, me paro en un semáforo y se me cuelan dos señoras bien vestidas en el coche con sus paraguas chorreantes y sus bullas. No sé

por qué la gente enseguida que ve un turismo medio grande, blanco y destartalado, da por hecho que se trata de un taxi.

—Mira, Pepi —le cuenta la una a la otra—, una chica conductora.

—Qué maja...

—Me agrada, me agrada, me da seguridad. Imagina con la que está cayendo, las dos solas en poder de un hombre... Podría pasar cualquier desgracia, hay mucho desaprensivo suelto.

—Señoras —logro meter baza—, se confunden, no soy un taxi.

—¿Cómo que no?

—Como que no. Esto es un turismo particular, hagan el favor...

—Bueno, pero ya que estamos puedes llevarnos, si veo que llevas la misma dirección.

—No, señora, no puedo, tengo un trabajo al que acudir y ya voy justa...

—No seas chungu, que llueve a mares y no somos más que dos ancianas necesitadas de apoyo —me suplica una mirándome con sus ojitos afligidos.

¿Chungu? ¿La venerable anciana ha dicho chungu?

—Que además hemos ido a la peluquería esta tarde, no lo arruines —añade la otra con una mueca de dolor.

—¿Sabes la de tiempo que llevamos ahorrando para poder ver esta función?

Suspiro hasta el fondo y me trago seis maldiciones. Estoy harta de que me

confundan, no soy un taxi, mierda, pienso comprarme otro coche pero ya.

Llego al estudio con la hora pegada al trasero. Allí me espera una Fany ansiosa y una Isa Olmo más chula que un ocho, medio encaramada a la mesa, con esas curvas años cincuenta que se gasta y que vuelven loco al portero del edificio.

—Vaya, pensábamos que ya no venías.

—Calla, calla, que si te cuento lo que me ha pasado, te mueres de la risa. Vengo del Teatro Coliseum.

—Pues estupendo, aquí tu compañera desvivida por el programa y tú de juerga. Qué falta de generosidad... — Voy a protestar pero Isa me mete una zarpa llena de puntiagudas uñas rojas

por delante de la cara—. Os voy a ser sincera, al principio no confiaba un pelo pero admito que este programucho vuestro que tan poco prometía, ha logrado sorprenderme. Jamás pensé que la gente fuera tan aficionada a contar sus secretos de alcoba y menos en la radio. Y con la excusa de orientar a los que llaman pidiendo consejo revelan cada detalle escabroso...

—Yo lo veo más como una muestra de solidaridad. La gente cuenta sus intimidades con la intención de ayudar a otro, no es falso —intervengo despojándome de la gabardina. Isa mira a Fany pidiendo una opinión que me machaque. Mi compañera se encoge de hombros.

—Yo también lo veo un poco... así
—accede.

—Vedlo como queráis, el caso es que funcione, y funciona. Ya tengo lista de espera para contratar publicidad en vuestros intermedios. —Da una palmada a la mesa y por fin la abandona—. Enhorabuena, chicas. En cinco minutos estamos en antena.

—¿Hola? Amigos de la noche, ¿con quién hablo?

—¿Eres Noa?

—No, soy Fany pero para tu tranquilidad te diré que a Noa la tengo aquí, en el micrófono de al lado.

—Buenas noches, soy Bea.

A Fany se le descuelga la jeta.

—Estuve llamando anoche, pero no

me pasaron.

—Bueno, eso es porque tenemos muchos oyentes ansiosos por contarnos sus experiencias. Dinos, Bea, rapidito.

¿Algo nuevo?

—Sigo con mi novio... el de siempre... el que creo que me es infiel.

—Ah, pero eso no es nuevo, te he pedido novedades.

Por el gesto avinagrado de Fany adivino que en breve la mandará a hacer puñetas, de manera que me precipito a intervenir.

—Ponnos al día, querida Bea. ¿Habló por fin con su novia del pueblo? ¿Habéis aclarado las cosas?

—La verdad es que aunque jura y perjura que sí, yo creo que no, que todo

sigue igual.

—Pues vaya caca —adjetiva Fany haciéndome aspavientos para que corte.

—Si tienes tantas dudas y ningún modo de aclararlas, quizá debieras... — Sufro un instante de vacilación, cruzo los dedos, tomo aire y me tiro a la piscina—. Quizá deberías espiarlo.

Una exclamación de espanto al otro lado de las ondas.

—¿Te has desmayado, Bea? —pincha Fany a punto de carcajearse—. ¿Te parece una recomendación demasiado atrevida, esta que te da nuestra querida Noa Polo? Porque te juro por lo más sagrado que conociéndola, a mí, sí.

—No, no... yo... pero yo... No sé si seré capaz...

Me aparto un mechón de cabello de la cara y lo acomodo tras la oreja, por debajo de los auriculares.

—Empieza por cosas sencillas: lee sus mensajes del móvil asegúrate de que en los bolsillos de su chaqueta y pantalones no hay ninguna nota sospechosa, inspecciona el interior de su coche... —me envalentono—. Y el cuentakilómetros. Eso es importante, te dirá si ha ido o no al pueblo.

—¡Qué buena idea! —se maravilla la pobre chica. Yo no doy crédito a lo que digo, ¿de dónde sale mi garra y tanta mala hostia? Fany me aplaude en silencio.

—Menuda sorpresa, nuestra locutora más tradicional ha decidido soltarse el

pelo, Bea, la tienes inspirada. Eso de curiosear me gusta. A ver, todas las chicas que nos estén oyendo y estén a favor de espiar al prójimo, que llamen, y todos los chicos cuya pareja sea una histérica neurótica delatora... que nos llamen también. Veamos qué bando g a n a . *Agur*, Bea, encantada de escucharte, que te vaya bien con tu labor de detective.

—Pe... pero...

—Ya nos contarás.

Ni peros, ni ná. Le cuelga el teléfono a la pobre, como de costumbre.

—Un poquito de música para que ordenéis vuestras ideas, el *Five more hours* de Chris Brown, enterito para vosotros. Recordad que os esperamos.

¿Espiar, sí, no, o todo lo contrario? En tres minutos exactamente, estamos de vuelta. —Hace girar las ruedas de su silla—. No puedo creer lo que acabas de aconsejarle a la mema. ¿Espiar a un tío? ¿Tanta importancia le dais?

—Claro que sí, no es a él sino a la fidelidad, la regla sagrada para que cualquier relación funcione con un mínimo de respeto...

Fany apoya las manos sobre su cabeza. Con un bolígrafo se ha hecho un moño que parece el cráter de un volcán.

—Bah, la engrandecéis concediéndole una relevancia... ¡exagerada!

—Cada cual ve las cosas como puede.

—O como quiere —me rebate con brío.

—Tía, has sido una borde, por lo general eres tan simpática, ¿qué te ha hecho esa chica?

Fany abre y cierra sus perspicaces ojos claros.

—No la soporto, es una bobalicona insípida. Y te digo más, se está engancho, esa nos ha tomado por su psiquiatra, solo que gratis.

—¡Necesita ayuda! —me exalto—. ¿No te da pena?

—Por Dios, Noa, ¿cómo va a darme pena? La infidelidad la llevan los tíos en los genes, ni es la primera ni es la única, que espabile y si no es capaz de ponerle las cartas bocarriba a ese caradura que

tiene por novio, que se busque otro, pero que no nos joda el programa con gilipolleces.

—Qué dura...

Por los aspavientos que pone en marcha, tengo la impresión de que se está cansando de mi cerval defensa pro-cornudas.

—He traído un termo rebosante de chocolate, acércame esas tazas. Verás cómo el néctar de los dioses aztecas te suelta la lengua, aunque tengo que reconocer que el consejo que le has dado, me chifla. Espiar... qué arriesgada.

—¿Te estás riendo de mí?

—Por supuesto que no. —Colma los tazones, esto huele a gloria bendita—.

Pero no me negarás que es impropio de...

—La infidelidad me saca de quicio. Y en circunstancias extremas abogo por soluciones extremas —defiendo yo muy digna.

—Di que sí. Volvemos a entrar... — levanta un dedo tieso para que no hable — ¿Buenas noches? ¿A quién tengo el placer de oír?

—Soy Bea.

—¿La misma Bea de antes? —A Fany se le abren dos ojos como dos sartenes y su sonrisa desaparece en el acto.

—Sí.

—Querida, no puedes monopolizar la línea, hay decenas de amigos esperando... —silabea con mala leche.

—Ya, pero es que he pensado en espiar a Txomin... bueno, a mi novio... Se llama así. Y es que tengo un horario de trabajo muy jodido, apenas me queda tiempo para comer algo y dormir... Vaya, que no podría seguir a nadie...

Voy a hablar pero Fany coloca su mano en el micrófono, lo tapa y me lo impide.

—Entonces, Bea, el mejor consejo que puedo darte es que te olvides de tener novio. La vida de *single* libertina y rompecorazones tampoco está mal, tiene muchas ventajas. —Pulsa el botón rojo y corta de cuajo la llamada—. Damos paso al siguiente amigo ¿Hola? ¿Espía o espiado? Cuéntanos con todo lujo de morbosos detalles...

7. Las movilizaciones no conocen reloj

Por descontado, Bea no consigue conectar otra vez esta noche, entre Isa en el control y Fany a los mandos, no se lo permiten. Yo noto que me voy encariñando con la chiquilla sin siquiera necesidad de verla (a veces soy de un empático que da miedo) y distraída, apenas logro esbozar un par de palabras del tremendo discurso sobre las medias naranjas que traía preparado.

—Mejor, así otro día te encuentras los deberes hechos —me anima Fany mientras recogemos—. Te prometo que hablaremos de la romántica pareja ideal. —Hace una mueca espasmódica como si

soportarlo le costase la misma vida. Isa nos alcanza a toda prisa cuando ya estamos en la puerta. Trae un papel en la mano y me lo entrega.

—Mira, Noa, he advertido que utilizas muchas coletillas al hablar, lo cual no es nada correcto. Te he preparado esta chuleta, apréndetela bien.

—¿Posibles variantes a la interjección «vale»? —leo anonadada—. Vale.

—¿Lo ves? Luego querréis salir en antena en *prime-time*. —Mira exasperada al techo—. Esta juventud ambiciosa y vaga...

Se esfuma taconeando escaleras abajo. Fany se encarga de consolarme.

Yo no hago más que darle vueltas a la nota.

—Ni caso, nena, hablas divinamente. Que descanses. Tengo ganas de pasarme algún día y desayunar contigo en el Love Locke, a ver si puedo.

—Allí estaré si decides venir. Perpetua y fija como los taburetes.

Al salir a la calle me atacan dos cosas: el frío inmisericorde de esta noche de invierno y la bocina de un coche arruinado e irreconocible, a cuyo volante va Dom, fanfarrón y radiante. He olvidado decir que mi aspirante a novio tiene alma de trapero: compra coches viejos y los cambia por otros más cochambrosos todavía. A veces no saca ni cincuenta euros con la transacción y

aún así tiene el valor de considerarlo negocio y a sí mismo, un genio. Hasta hace bien poco, yo valoraba su curiosa originalidad. Ahora, solo me da que pensar, me vuelvo impermeable a sus gracias. Por cierto, el «carromato» que trae hoy aventaja en desastre al anterior, del que ya no recuerdo el día.

—¿Te llevo, gatita?

—No, gracias, tengo mi propio coche que, además, va camino de parecerse al tuyo, se desmorona con cada metro que recorre y encima parece un taxi — sentencio sin dejar de caminar. El me sigue al paso, pegadito a la acera.

—La condena de los carros heredados de los padres. Puedo conseguirte otro.

—¿Con tus tratos de contrabandista?
—Lo miro a la cara por primera vez. El tupé rubio muy claro flota al viento. Qué guapo es, el jodío—. No, gracias. ¿Cómo es que puedes escaparte de casa dos noches seguidas y a estas horas?

—Le he dicho a mi mujer que hago turno de noche.

—¿Turno de noche siendo sindicalista?

—Gata, las movilizaciones no conocen reloj. Además, te echo de menos, pienso en ti en plan borrico. Solo recordar cómo hueles ya me pone cachondo.

Escuchar esas cosas me descoloca. Me atuso la melena con nerviosismo.

—Te he dicho que lo nuestro se ha

terminado mil veces o un millón.

—Venga, gatita, no me rompas en dos el alma, no te hagas la dura que soy capaz de cualquier tontería, te lo advierto.

Freno y hago lo posible por contener mis emociones. Especialmente, la de saltar por la ventanilla al interior del coche y arrancarle la ropa a dentelladas.

—Esto no puede ser, Dom, me siento fatal, esta relación me perturba y saca lo peor de mí.

—Pues no le des tanto al coco, que te pasas de tuerca —me alecciona con ternura.

—¡Pienso en tu mujer a todas horas!

—Y dale. ¡Si no la conoces!

—Da igual, sufro por ella, me

imagino lo mal que lo pasa y...

—Esa no se entera de nada, entre las migrañas y los niños. Venga, sube.

—He dicho que no, que lo dejamos. Coño, ¡pónmelo fácil!

—Venga, va, pibón, piénsatelo dos veces, con lo que yo te quiero y lo especial que es lo que tenemos.

—Sí, muy especial. Tú, mujer por partida doble —me repugna pronunciar el término «amante»— y yo, más sola que la una. Ya verás con quien paso San Valentín.

Hace como que no ha oído mi sutil referencia al día de los enamorados.

—¿Dónde vas a encontrar otro que te quiera como yo?

«¿...Cenutria desgraciada?» remato

yo por mi cuenta. El dolor que se mezcla porque sí con el arrepentimiento y la vergüenza, juega a retorcerse dentro de mis entrañas. Lo que garantiza mi debilidad es que Dom sea un caramelo afrodisíaco con patas. Y que folle como los ilustradores del Kamasutra.

—No tengas la desfachatez de hablarme de amor. Me insultas.

—¿Que te insulto? Tú quieres que te quieran y yo quiero quererte, lo que pasa es que no me dejas.

Una lágrima rueda por mi mejilla y va a parar a mi mano.

—No sabes lo que dices. Lo que yo quiero no se parece en nada a lo que me das, esto es sexo a escondidas, yo aspiro a una gran historia de amor, de las de

verdad, de las que no se olvidan.

—Suenan moñas total.

—Eso tú no puedes dármelo —
sentencio con tristeza.

Continúa insistiendo, prueba todas sus estrategias, desde el humor a las palabras sucias, pero esta noche, el agotamiento ayuda a mi orgullo a salir indemne de sus envites. La mayoría de las veces no tengo tanta suerte. Me estiro cuanto puedo, no vuelvo a dirigirle la palabra y cuando llego a mi coche y me subo dentro, el sindicalista infiel se ha dado por vencido, acelera y se pierde al final de la calle.

Hogar, dulce hogar aunque sea en soledad, empapada como una almeja y con el corazón hecho trizas. ¿Por qué no

puedo tener un hombre para mí sola? ¿Por qué tuve que ir a enamorarme precisamente de alguien no disponible? ¿Por qué no me contó que estaba casado por la iglesia y con tres churumbeles antes de caer rendida a sus pies, digamos unos cuatro meses antes? Lo habría olvidado sin más. Ahora... Ahora esta relación es el aspecto más oscuro de mi vida, el que me levanta el estómago y la falda a partes iguales. Debo de estar muy necesitada porque cuando ese hombre cruel e infame me agarra una teta, pierdo la cabeza y olvido la ristra de «decisiones terminantes» previas.

Me doy una ducha para olvidar, me tomo un Cola-Cao caliente con dos

galletas y me embuto entre sábanas con dibujos de estrellas. Pero de repente, unos horripilantes ruidos procedentes del piso de arriba lo llenan todo. Suena a insoportable mudanza a las cuatro y media de la mañana. Me levanto como una energúmena y con el palo de la escoba golpeo a lo salvaje el techo. Los ruidos cesan unos minutos y a continuación, vuelta a empezar. Para esas horas tengo los ojos como la lechuza de Harry Potter, ya sé que no conseguiré dormir. Por enésima vez salgo de la cama y me pongo a maldecir y a despellejar unas pechugas de pollo a medio congelar que pienso cocinar mañana, el caso es aprovechar el tiempo. Enseguida noto el sopor y la

falta de fuerzas reptando por mi espalda. En breve caeré contra el fregadero con riesgo de desnucamiento instantáneo.

—Me cago en la leche, dentro de cuatro horas tengo que estar trabajando en la cafetería, ¿qué mosca te ha picado esta madrugada, vecino Poli? —Se me congelan los dedos. Seguramente resulta buen entrenamiento si alguna vez me pierdo en Siberia—. Poli, sabes que trabajo de noche y por la mañana temprano. ¿Cómo me haces esto? ¿Te has peleado con tu novio? ¿Te ha dado un ataque de histeria? Prefiero que bajes y me lo cuentes a que formes este escándalo, en serio. —Para compensar el estrépito, sintonizo mi emisora favorita que, por descontado, no es

Radio Retiro. La música que ponen sin interrupciones, tiene el mérito de suavizar mi mal genio aunque cuando más feliz bailoteo, de golpe para el estruendo—. Ya no vale, ya me has desvelado, cabrón.

Me deslizo danzando hasta el salón y cojo la foto desde la que mi hermana melliza y yo sonreímos tontamente a la cámara. No tendríamos más de ocho años, me encanta esa instantánea, de todas las que papá nos sacó, es mi favorita.

—Marta querida —le cuento—, pienso cambiarme de piso. ¿Ves lo que pasa en estos apartamentos de chiste con paredes de papel? He visto un bajo cerca de «la mansión» a muy buen

precio, esto de la crisis también tiene sus ventajas. Ya que cojo el coche, qué más da unos pocos kilómetros más de distancia. Espera, Marta, que te lo leo, tengo el periódico aquí mismo, escucha: adosado, dos dormitorios, salón con chimenea... ¡con chimenea! ¿No es un flipe? Cocina americana... Esas con una barra que comunican con el salón, son preciosas. Y un baño. ¿Es o no es la casa ideal? Jardincito delantero. — Suelto el periódico y beso la foto—. Si no estuvieras tan lejos... cómo me haces falta, bandida. Vuelve, Martita, vuelve.

Ganas me entran de matar a alguien, cuando el único minuto disponible para el sagrado café antes del trabajo tengo que malgastarlo parada en un semáforo.

Esta mañana, tras nuevas sesiones de ruido nocturno, como es de esperar, llego a mi puesto en el Love Locke borracha de sueño, dormida de solemnidad. Y como no puede ser menos dada mi habitual mala suerte, cuando me doy la vuelta tras cargar afanosa la cafetera, me topo con los ojos turquesa de Gael. Vida mierdosa con mayúsculas. El mal humor y la sensación de ridículo me invaden en cuestión de microsegundos.

—¡Vaya por Dios! —mascullo. Él, por el contrario, me regala una sonrisa fabulosa. Si sonrío, el efecto criminal que tiene ese rostro sobre cualquier mujer, empeora. No debería hacerlo. Nunca jamás.

—¡Si es la chica del cava! Sin tu precioso vestido de princesa no te había reconocido.

—No me lo recuerdes, gracias. Y tampoco me recuerdes lo espantoso que es este uniforme. ¿Qué te sirvo?

—Capuchino y cruasán con mantequilla y mermelada —deletrea sin parar de mirarme. Me pone de los nervios.

—Marchando.

—Podrías refrescarme la memoria, ¿cómo era que te llamabas?

—Como que te lo voy a decir...

El muy imbécil, se ha olvidado. ¡Hombres...! En ese momento, mi compañera tiene que meter la patorra con un aullido de los suyos, de punta a

punta del mostrador.

—Noa, ¿mueles un kilito de café, guapa? Se nos ha terminado.

—¡Ah, eso era, Noa! —Gael chasquea los dedos—. Un nombre precioso. ¡Gracias!

Lo obsequio con una exhibición de garbo y buen hacer ante los fogones. Tuesto el cruasán, dispongo confituras de varios sabores en pequeños tazones y le sirvo el más espumoso capuchino que soñarse pueda. Sin embargo, apenas se lo lleva a la boca y escupe, me percató de que lo que le he echado por encima no es canela sino queso rallado.

—¡Hostias, qué asco! ¿Quieres matarme?

—¡No te pongas así! ¡Ha sido... ha

sido un error...!

Su seductora mirada vira a instinto asesino.

—¿Otro error? Lo tuyo empieza a ser preocupante, ¿no te parece?

—¡Ufff, qué gafe eres y qué mala suerte me traes! —Enfadada, retiro su taza de un tirón muy poco educado.

—¿Yo? ¿Yo te traigo mala suerte? Donde quiera que chocamos, siempre salgo perjudicado, ¿dónde está tu mala suerte? Dirás la mía, joder —brama ofuscado.

Tiene razón, no es cuestión de ponerme a discutir.

—De acuerdo, no te alteres, te serviré otro.

—No hace falta —rezonga con

fastidio.

—No tardaré ni un segundo. Invita la casa.

—Si es así, de acuerdo —acepta a regañadientes.

—Gafe.

—Inepta.

Así transcurren unos minutos, los que yo me tomo para que mi corazón se calme, recupere el ritmo, mis mejillas su color, y la respiración vuelva a ser lo que era antes de verlo, en lugar de un ansioso jadeo entrecortado. Que por poco listo que sea, se tiene que estar coscando del demoledor efecto que causa en mí, cosa que odio.

—Andarás muy distraída, tu sabrás por qué.

—O muy agotada —gruño.

—Hey... —Mueve la cabeza a un lado y otro para conseguir mirarme—, deja que adivine, trabajas de noche.

—Oh, clarividente de los miércoles —me pitorreo, halagada, en el fondo, de que intente trabar conversación.

—En un bar —aventura. No respondo—. Eres artista. ¿Bailas?

—Si te refieres con tanga y encaramada a una barra, no. —Por poco me cargo la taza al plantársela por delante.

—Pero en un bar.

Y dale.

—Tampoco. No me dedico a servir copas ni a aguantar moscones aburridos. De hecho, no los soporto.

—Vaya derechazo directo al hígado.

—Levanta las manos en son de paz. Las tiene divinas. Y grandes, enormes.

—Conste que te contesto porque he estado a punto de envenenarte y te debo una.

—Resumiendo, no eres gogó.

Pongo los ojos en blanco.

—¡La Virgen! ¡Qué tío más pesado! ¿Estás calibrando el grado de dificultad para ligar conmigo? No, no soy gogó.

—Pero trabajas cuando el resto del mundo duerme. ¿Serena? ¿Panadera? ¿Poli? ¡Eres poli!

Este tío se lo está pasando en grande a mi costa.

—Son tres cincuenta y disculpa.

—Dijiste que invitaba la casa.

—Ya no. Has perdido tu ventaja.
Paga o muere.

Lo dejo con la palabra en la boca, lo que me produce un cierto y perverso placer, y cruzo la calle para visitar a la señora Braulia y llevarle su cafelito. No me pasa inadvertida la mirada penetrante de Gael directa a mi culo, mientras yo selecciono la fruta y charlo con la viejecita, por encima del mantel fabricado con retales de ropa vieja que cubre la pila de cajas desvencijadas que componen su mostrador. De acuerdo, yo me lo cobro, recreándome con su fantástico perfil y con esas piernas interminables envueltas por un pantalón de firma. Por supuesto, todo se me resbala de las manos y cae al suelo un

par de veces antes de meterlo en las bolsas y volver a la cafetería. La expresión de Gael es de extrema ternura. Lo odio en silencio.

—¿Es pariente tuya?

Le clavo la peor mirada de todo mi repertorio.

—Si lo fuera no estaría muerta de frío día tras día, ganándose la vida con el sudor de su frente, a los ochenta y muchos años, y con las manos callosas. Toma —le alargó una bolsa—. Dos kilos de cebollas, te las regalo. Y a partir de ahora si necesitas algo y no quieres que tu vida corra peligro, se lo pides a mi compañera que tiene mejores dedos que yo.

8. Preocuparse demasiado...

—Buen rollito —canturreo feliz— que sintiéndose feliz, las penas del *cuore* son menos, uno es más resistente al dolor y las enfermedades, se quiere más y mejor...

—De ahí nuestras canciones positivas que ponen las pilas, toma nota.

—*Don't worry* de Madcon. Seguid el consejo y no le deis demasiado al coco, que se gasta. Enseguida estamos con vosotros, escuchantes de la noche.

Me chifla esta canción, de verdad me anima, me mueve el cuerpo y me empuja a olvidarme del desastre que tengo por vida amorosa, de lo rematadamente mal

y vacía que me siento cuando Dom me folla y abandona mi casa con una sonrisa socarrona y el cinturón a medio abrochar.

—Hola, hola, ¿con quién hablo?

La voz de Fany es el hilo de cometa que me mantiene anclada a la realidad. Presto atención a la voz de mujer que entra y llena todo el estudio.

—Buenas noches, tenéis el programa más fascinante de la radio. Soy *fan* total... Oh, perdón, soy Bea, no sé si me habréis reconocido.

Fany echa atrás la silla y se quita los cascos. En su carita pintada leo la desesperación en mayúsculas.

—¿Quién ha vuelto a colar a esta imbécil?

—Esa imbécil da mucho juego, la atiendes y te callas —la amonesta Isa desde la pecera de control.

Mira cómo varían las cosas. Fany suelta un bufido.

—Querida Bea, estamos impacientes por conocer el estado de tus pesquisas; tu historia de amor y celos es como una telenovela por fascículos... ¿Cómo va? —deslizo yo con mi tono más amable.

—Pues lo espíé... un poquito, como me indicaste... Creo que está viviendo con ella. —Se echa a llorar. Fany menea la cabeza con desconsuelo.

—¿Viviendo con quién, por el amor de Dios?

—Con su novia de cuando eran casi unos críos —hipa Beatriz—. No todo el

tiempo, claro, solo cuando no está en Madrid. Me contó que por su trabajo de comercial tenía encomendada la vigilancia y puesta en marcha de una filial en Bollullos, pero...

—¿Bollullos es el pueblo en cuestión?

—El mismo. —Se suena los mocos delante de toda la audiencia. El berrido de un hipopótamo se asemeja bastante a sus tiernos ruiditos.

—Follón, llanto, drama y para colmo, Bollullos —se mofa Fany en una nota que leo de un vistazo—. No sé si podré superarlo, *it's too much*.

—Vale —prosigue Bea—, quizá se vio obligado a pasar por esa fase intermedia antes de cortar

definitivamente con una relación de diecinueve años pero al menos hay una buena noticia: a partir de ahora vivirá conmigo.

—¡Bravo! —festejo.

—¡No me digas! Te ha tocado la lotería —es el ácido comentario de mi compañera. Descreída.

—¿Estás siendo cínica? —Bea nos sorprende con su sagacidad.

—No, mujer, qué va, pero ya te la ha pegado dos veces, a la tercera va la vencida, igual abres los ojos y todo.

Intervengo para que no corra la sangre.

—Mira qué buen tema de debate. ¿Creéis que los infieles tienen cura? Quiero decir, si te fue infiel una vez...

¿repetirá? —planteo hasta con miedo. Fany parece tenerlo muy claro.

—Si se trata de una cana al aire... Bueno, es probable que tenga enmienda, quién no ha metido alguna vez la pata por culpa de las copas y la fiesta. Pero si la cosa se prolonga... Si vuestra pareja pertenece al gremio de los albañiles...

—¿Albañil? —indago confusa.

—Agujero que ve, agujero que tapa —aclara—. Si os ha faltado al respeto y se envalentona porque no es descubierta o porque habiéndolo hecho lo perdonáis, lo que considero mucho más grave, entonces... reincidirá. Tenedlo por seguro.

—No te paras a pensar que puede que

sea infiel porque ya no ama a su esposa, o la rutina de la vida en pareja lo impulse a buscar nuevas experiencias —defiendo con ardor—. Pero si replantea una nueva relación con la mujer a la que realmente ama...

—Volverá a ponerle los cuernos —ataja Fany más que convencida. Bea y yo enmudecemos—. Una cancioncita para reflexionar y aplacar humos. Volvemos en dos minutos y medio.

—¿Por qué dices eso? Un infiel no tiene que serlo para toda la vida —espeto en cuanto me sé a salvo de los micros abiertos—. Y le has vuelto a colgar a Bea, esa chica está sufriendo.

—Noa, bonita, sabes lo mucho que te aprecio, pero te equivocas. Los tíos que

son infieles a sus mujeres son unos cerdos. Y lo serán mientras vivan porque no hablamos del que se limita a dar un traspies y se propone no volver a caer, hablamos del caradura que supone que tener varias tías engañadas a su disposición es poco menos que un derecho. Ese, repite, repite y repite hasta la saciedad. Te lo digo por experiencia. —Algo en la furia contenida de su voz me lleva a morderme la lengua—. En cuanto a tu amiguita Bea, si vuelve a entrar, juro por lo más sagrado que la mando a la mierda de un chillido.

—¡No! No hagas eso, te lo ruego. Yo la atenderé, tú puedes aprovechar e ir al baño. O a fumar. Yo hablaré con ella, no

va a molestar, te lo aseguro.

Lentamente, Fany sacude la cabeza y se serena. Acaba la pausa melódica y volvemos al programa.

—En esta segunda fase, mi compañera de fatigas quería plantearos una curiosa cuestión: ¿existe la media naranja ideal? ¿O es un cuento de viejas para niñas esperanzadas? Hagan sus apuestas y por descontado, sus llamadas. ¿Hola? ¿Alguien por ahí?

—Hola, buenas noches. Me llamo Mario.

—Bienvenido, Mario, ¿qué opinas al respecto?

—No creo que sea cierto eso de «la mujer de mi vida» porque yo no soy el mismo ni siquiera de un año para otro.

Quiero decir, que uno evoluciona y puede que en un momento dado te haga feliz una mujer loca e irresponsable que solo piense en divertirse, pero luego, en fin, si luego maduro puede que alguien así me resulte insoportable.

—Muy bien dicho, Mario —alabo sin poderme contener. Fany tuerce el cuello.

—Pero no deberías desechar jamás a una persona alegre y dicharachera, ese tipo de seres humanos cerca, nos contagian ganas de vivir, fuerza. ¿Prefieres a una triste con el voltaje descargado?

—No hasta ese extremo, sabes a lo que me refiero.

—No, no lo sé —rebate Fany cortante.

—A una inconsciente alocada de las que te meten en problemas continuamente.

—Igual te lo merecías.

Esto se sale de madre. No sé si estos dos se conocen y están aprovechando las ondas para lanzarse cuchillos pero por si acaso, entro a matar.

—Ummm... Mario, eso suena a experiencia traumática. No querrás recordarla...

—¿Nos la cuentas? —lo aborda Fany con sarcasmo.

—Bueno, no sé...

—Desahógate, hombre, ¿ha vuelto una locatis tu vida del revés?

—Puede, sí. Una antigua novia... Ella quería casarse pero me di cuenta que ya

no me divertía su manera de ser, más bien me angustiaba.

—Pues no sabes de lo que se ha librado esa maravillosa mujer —opina ella con los dientes apretados—. Total, si te has vuelto un cenizas, siempre puedes buscar otra que haga juego con tu patética forma de ver la vida.

—Vaaale, es una opinión tan respetable como cualquier otra, Mario —insisto yo rogando paz. Fany esquivaba mis obstáculos con total placidez.

—Si yo tampoco creo en la media naranja perfecta, pero aquí tenemos a Noa Polo capaz de matar defendiendo lo contrario. Sigue con nosotras, o no, lo que más rabia te dé, macho.

—Damos paso a otra llamada —me

hago cargo—. ¿Buenas noches?

—Hola, soy Bea.

—¿Bea... Bea? —tartamudea Fany colérica.

—Sí, la de Txomin... Txomin es mi novio. Y sigo pensando que me engaña, que no termino de explicarme. Por lo visto lo mandan a un curso...

Lo que me temía. El coraje acumulado por el episodio con Mario, se lo va a tragar enterito esta desgraciada. Fany apoya los puños sobre la mesa y se abalanza contra el micro como si fuese a zampárselo de un bocado.

—Mira, Bea, guapa, vas a conseguir lo que casi nadie consigue, que pierda la paciencia a micrófono abierto y me salte a la torera la promesa que le he hecho a

una amiga. Como vuelvas a llamar una sola noche más, no respondo, te lo advierto. ¿Vas a contarme una historia diferente o sigues con la fijación en los cuernos?

—Yo... es que... Lo que dice Noa...

—Damos paso a otra llamada...
¡Zumbando!

Aprieta el botón con tal ímpetu que pienso que saldrá el dedo disparado por el otro extremo. Esta vez soy yo la que corta la emisión con la versión disco más larga de *Gladiator* que puedo encontrar. Me revuelvo enfurecida.

—Te dije que me la dejases a mí, no se puede decir eso que has dicho en antena.

—¿Por qué no? Esa tía es una petarda

insoponible que se ha aficionado a llamar, se está colgando de tus consejitos misericordiosos y acabará chafándonos el programa. ¿Alguien filtra aquí las llamadas? ¡Control, control! ¿Alguien que filtre y no vuelva a permitir que esta rancia y otros indeseables intervengan?

—A mí que me registren, Isa hace rato que se marchó —nos responde a voces el técnico de sonido.

—Me da tanta lástima, Fany, suena a chica inocentona y la infidelidad es un trago de los peores.

Fany agita las manos abiertas por delante de mi cara.

—Primero, no estamos seguras de que su chorbo realmente se los esté

poniendo, igual es una paranoica que ve hogueras en el océano. Segundo, ¿qué te hace pensar que yo desconozco lo que duele que te sean infiel?

Me quedo de piedra, lo juro. Tiene razón, lo ignoro. Lo ignoro casi todo respecto a Fany, por simple desgana de saber. Tenerla al lado pero sin profundizar, ese parece ser mi lema. No vuelvo a abrir la boca ni para defender la media naranja. Que la zurzan.

9. Preocuparse demasiado...

Dan las seis y media de la mañana cuando el timbre de la puerta me saca de un sueño de marmota más que imprescindible. Me tiro del colchón completamente confundida, tropezando, con los ojos pegados. A duras penas alcanzo la puerta y la mirilla. El tupé rubio de Dom me da los buenos días desde el descansillo, con un paquete de churros en las manos.

—Ábreme, gatita, y prepara café, traigo el acompañamiento, viene crujiente.

No sé qué me lleva a ceder, si mis tripas que rugen y el aroma de las

porras, las calenturas que barajo por las noche por culpa de los sueños eróticos, o que muy a mi pesar y aunque me lo recrimine constantemente, estoy enganchada a Dom y a sus quererres. El caso es que abro y lo invito a pasar.

—¿Qué horas son estas? —aúllo—. Ni las siete, Dom, por favor.

—La única a la que puedo pillarte antes de que te marches a currar. No me gusta demasiado pasarme por la cafetería, ya sabes, te miro con cara de monguer, se me nota, y alguien podría verme e irle con el cuento a mi parienta. —Separa el papel marrón del envoltorio y un intenso aroma a aceite frito me entra por la nariz—. Mira madrileños pequeñitos, como a ti te gustan.

Acordándome de toda su estirpe, pongo la cafetera al fuego.

—Quítala cuando empiece a pitar, mientras yo me doy una ducha rápida.

—¿Te acompaño? —Da un veloz paso hacia mí. Lo detengo con una mano abierta sobre su pecho trabajado a base de machaque y pesas.

—Ni de coña.

Dejo que el agua me resucite, me peino el cabello mojado, extiendo un poco de crema a toda prisa y salgo envuelta en el albornoz, decidida a despachar al sindicalista a la mayor brevedad. Lo que desde luego no espero es encontrármelo en pelota picada, tumbado en el sofá con un cartelito entre las piernas que dice «cómeme». Mira

qué requetebién lo trae planeado todo.

—Ven acá, flor de primavera —me provoca con voz ronca. Yo no puedo apartar los ojos de su pene erguido. No es muy grande pero sí bastante habilidoso. Sacudo la cabeza, trato de distanciarme del modo que sea.

—No es momento, tengo mucha prisa, voy a llegar tarde para los primeros cafés —trato de escabullirme. Sin mucho éxito, todo hay que decirlo.

—El primer café te lo tomas en casa. Será cuestión de diez minutos, estoy que ardo.

Ah, qué bien. Él está que arde. A mí, que me aspen.

—Me despedirán.

—Diez minutos. Cinco.

—Déjalo, Dom, no debí abrirte. —
Intento pasar a mi dormitorio y vestirme
pero él salta del sofá como un resorte,
corre y se atraviesa en la puerta.

—No pienso dejarte salir, eres mía y
de nadie más.

—Y tú mío y de otra al cincuenta por
ciento —rujo con debilidad—. Apártate.

—Si me prometes que nos vemos a
mediodía.

—No.

—Promételo.

—No.

Dom se abalanza a mis brazos, me
busca crispado, aferra mis hombros,
clava los dedos ansiosos en mi carne,
acerca su cara a la mía. Yo la aparto
aguantando el terrible escozor de mis

ojos.

—Por favor, por favor... promételo, reina, te necesito, eres lo más importante de mi vida...

—Pues muy mal, lo más importante deberían ser tus hijos. Y tu mujer.

—Lo sé y me siento fatal —se atusa el pelo con los dedos—. No sabes lo que me torturo... Hasta he empezado a ir a la iglesia.

—Anda ya —boqueo incrédula.

—Créelo, soy un alma en pena. —Me atrapa las manos—. Si es que cuanto más tiempo pasa más encandilado estoy contigo, esto ya no tiene marcha atrás. Voy a contárselo todo a mi mujer, te juro que lo haré esta misma noche. Le diré que existes, que sin ti me muero, que

necesito estar a tu lado... Todo el tiempo. Pero prométeme que nos veremos hoy a la hora de comer.

—Vale —me derrumbo. En el segundo siguiente, Dom domina mis manos, las hace bajar y las coloca alrededor de su pene lleno, hambriento como en nuestros mejores revolcones. Al sentir aquella cálida dureza me mareo y permito que me bese por toda la boca, desabroche el cinturón de mi albornoz y me deje desnuda bajo el marco de la puerta, mientras no dejo de acariciarlo. Un par de empujoncitos a la derecha y me tiene en la cama, abierta, húmeda y entregada.

Hacer el amor con Dom nunca dura demasiado, no se entretiene con

florituras. Va al grano, pega unos cuantos empujones y se corre volando. Afortunadamente para él, yo no le voy a la zaga, nuestros preliminares son tan emocionales, tan intensos, que cuando me penetra ya estoy más que lista. Pero es que pensar que cada encuentro es el último, que después de acostarnos se lo va a pensar mejor y me plantará para volver con su familia, lo tiñe todo de un irresistible morbo, que hace el trabajo. Cuando me estruja desnuda entre sus brazos, me veo en la obligación moral de demostrarle que merezco la pena, que soy mejor que lo que quiera que tenga en casa, y que debería concederme una oportunidad para hacerlo feliz. Probablemente sea mi orgullo el que

habla, esta necesidad mía de quedar por encima de mi rival.

Se obsequia con una ducha rápida y se viste. Aún lo admiro desde la cama, desnuda y satisfecha entre sábanas revueltas. Dom se dirige a la puerta de la calle y yo lo sigo como un perrillo faldero en busca de atención. Por lo visto ya no hace falta que nos encontremos a la hora de comer. Se gira, me agarra la barbilla con dos dedos y me besa suavemente en los labios.

—Te llamo esta noche, gatita. Cuando todo el mal rato termine, te llamo y te lo cuento. —Cruza los dedos y me los muestra—. Deséame suerte.

—Suerte, cariño.

Mira que hace tiempo que no caía tan

bajo y accedía a llamarle «cariño». Pues toma. Recién follada y abandonada. La historia de siempre y sin embargo, quiero confiar, quiero creer que esta bendita noche cambiarán las tornas de mi historieta de chiste, y por fin dejaré de ser «la otra». Aunque solo sea para ver qué se siente.

Siempre llego a la radio con la hora justa y me encuentro a Fany al frente, encañonando. Hoy no es una excepción. Entro pidiendo disculpas por el retraso y me la encuentro resistiendo estoica los flirteos de Bonifacio Cascabeles, nombre artístico, sorteando su cortejo con mucho salero.

—No insistas, Boni. No voy a salir contigo —sonríe condescendiente—, ni

a comer, ni a cenar y mucho menos a desayunar.

—Pero ¿por qué? ¿Cuál es la causa? ¿Qué te desagrada en mí?

—Tú no estás acostumbrado a que las chicas te rechacen, ¿verdad?

—Pues ahora que lo dices, no.

—¡Hostias! Qué honor ser la primera.

Se me escapa una risita. El mohín de fastidio del *repeinao* es para pintarlo en un cuadro.

—No lo entiendo, soy un joven con posibles, culto y conversador, te haría pasar una magnífica velada.

—Ahora dímelo en español castizo, si no es mucho pedir —lo chulea. Él pone los ojos en blanco.

—Que soy un tío majo y cachondo,

joder, que me esforzaré por que te diviertas, ¿te vale?

—Me vale. Y no lo dudo, por eso no acepto, no sea que me guste.

—Tú te estás pitorreando de mí, para variar —recela.

—Tómalo como quieras, querido compañero. No tendré rollos amorosos en el curro. Donde tengas la olla...

Esta razón no atenta contra su atractivo masculino, de modo que no le sienta demasiado mal. Diría que se anima y todo.

—Pienso seguir insistiendo.

—Pienso seguir negándome. Invita a la jefa, es una rubia bombón con dos tetas como dos sandías de campo.

—Estaría loco. Cualquiera la desaira,

la Isa es la Isa. —Suspira, apoya las manos en las rodillas y se da impulso—. En fin, tienes que pensártelo. Toma mi teléfono y cuando lo tengas claro, me llamas. Ya sé que nos vemos aquí cada noche pero me gusta separar el placer del trabajo. —Remata con un guiño a lo Bogart.

—No pienso llamarte —recalca Fany burlona.

—Tú, guárdalo. —Le mete la tarjeta en el bolsillo del *blazer*—. Buenas noches, Noa, buen programa.

—Contigo delante parece hasta simpático —comento cuando ya nos ha dejado solas.

—No es mal tío, es que me hace gracia chincharlo.

—¿Te gusta?

—Aún no lo sé. Mientras lo averiguo me divierto.

—Cómo envidio tu entereza. Yo delante de un tío que me mola, me derrito y me vuelvo de lo más idiota.

—¿En serio no tienes a nadie escondido en el fondo de tu corazoncito?

El tono inquisitivo de Fany me hace sospechar que se huele algo acerca de Dom. Me pongo como un tomate, manoseando nerviosa el cable del micrófono.

—Nada de nada. Ni un minuto libre, del Love Locke a la radio y vuelta a empezar. Si ni siquiera tengo gato, ¿crees que me queda tiempo para enamorarme? Seré tu amiga la mocita

vieja, la que entretendrá a tus hijos cuando tú te vayas de juerga.

—Pesimista... Aún queda mucho para eso. El amor surge en cualquier momento, cuando y donde menos te lo esperas.

—¿Crees en el amor a primera vista?

Fany me calla con un gesto y las cejas arqueadas.

—¡Buenas noches de viernes, amigos y amigas de *Noa-manece!* Así, nada más arrancar, esta noche voy a proponeros la pregunta del millón. ¿Creéis en el amor a primera vista? Un poco de música para reflexionar, ¿qué tal Jason Derulo y su *Want to want me?* Luego queremos que nos llaméis. A saco.

Aprovecho la pausa para mirar por

enésima vez mi teléfono en silencio. Nada. Ni mensajes ni llamadas. La bronca que Dom debe de estar teniendo en casa, me la imagino de órdago. Pobrecillo. Pobrecilla ella. Pobrecillos todos... Solo conque yo desapareciera...

La voz femenina y contundente que resuena a través de los cascos, me despeja y me obliga a regresar.

—Hola, buenas noches. Me llamo Carla y no creo en el amor a primera vista pero sí en el calentón al primer acercamiento.

—Una perspectiva muy interesante, Carla, danos más detalles —la anima Fany.

—Hay veces que conozco un tío y existe entre él y yo una química especial

innegable. Vamos, que me lo llevaría a la cama del tirón: está bueno, huele bien, se me eriza el vello si se acerca, y cuando me besa por primera vez siento que la palmo. Si nos acostamos suele estar bien, muy bien. Pero de eso a enamorarme...

—O sea, ¿que una solo puede enamorarse con el tiempo? —aventuro soñadora. Fany sonrío pícara y provocadora.

—O desenamorarse, depende de lo que vayas descubriendo —aduce Carla con mucho tino.

—Yo siempre recomiendo cautela, pequeños pasos y ojos abiertos, chicas, nada de encoñarse a la primera de cambio que una vez que tienes el

corazón atrapado es muy complicado zafarse.

—Qué razón tienes, Fany —aplaude la oyente—. Bueno, enhorabuena por el programa y por los Fany-consejos.

Compruebo el teléfono y pienso en el mío. En mi corazón atrapado. Atrapado y dolorido. Amar a un hombre que no es libre es como meterse en un laberinto y no poder salir. Algo en tu cabeza te ata cada vez con más fuerza, se ponen en juego tantas cosas, tu amor propio de mujer, la competitividad, el ansia de ganar... Ya ves, si esos sentimientos afloran en mí que no soy para nada competitiva, ¿qué será de las chicas que no saben perder ni al parchís? Sin querer, convierten sus relaciones en

telas de araña que las asfixian y dejan sus vidas en *stand-by*, esperando año tras año una decisión, la de ellos de abandonar a sus esposas, que nunca se producirá.

Claro que en mi caso, Dom me ha prometido... Nada. Sin noticias del sindicalista. Me retuerzo las manos. En tanto yo sufro y ando medio ausente, Fany selecciona música cañera entre un montón de títulos.

—Creo que voy a comprarme otro coche —comento para romper el hielo de mis propias preocupaciones—, el que tengo se cae a pedazos.

—¿Alguna idea?

—Un... conocido... —realmente no sé qué sustantivo elegir para referirme a

Dom— me ha dado la dirección de un concesionario de coches de ocasión, dice que hay oportunidades, seguro que encuentro algo. A ver, con mi presupuesto paupérrimo...

—Qué chulo, es emocionante cambiar de coche, aunque sea para peor como me ocurrió a mí. Tenía uno viejo que al menos no se estropeaba, estaba lleno de bollos pero jamás pisó el taller. Lo cambié por otro más vistoso que cada dos por tres me da problemas. Asegúrate de que no te timan.

—Lo intentaré.

Mentira y gorda. A mí me estafan siempre. Empezando por Dom.

—Chicas, tengo a Bea la de los presuntos cuernos intentando entrar,

lleva intentándolo toda la noche. —Isa Olmo asoma su radiante cabellera por la puerta y nos pone al corriente. Fany se agita como el contenido de una gaseosa.

—Seguid sujetándola, si le oigo la voz, no respondo.

—Pobre...

—Una tipa tan desesperada no teme hacer el ridículo y puede dar mucho juego. La boicotearé un par de días, que le crezcan las ganas, y luego le doy paso.

—¡No, no, no!

—A ver cómo os las arregláis con ella. —Isa levanta un índice estirado—. Un par de días.

—Mierda... ¿Buenas noches?

—Hola, chicas de *Noa-manece*, soy

Daniel. Daniel Rubio desde Valencia. Llamo porque estoy completamente de acuerdo con Carla.

—Tú tampoco piensas que de un primer vistazo se pueda ir más allá de un polvo.

—Las tías se insinúan tela, con esos vestidos que os ponéis para salir de copas, esos escotazos... joder, ¿a quién no se le van a ir los ojos? Pero no es la mejor manera de llegar al corazón de un hombre, os lo digo de verdad. A veces, solo a veces, después de follar y si sale bien... nos enamoramos.

Fany se enreda en una exposición acerca de la calidad de los polvos rápidos y Daniel, dicharachero y liberado él, le sigue el juego. Yo me

evado un rato, angustiada pensando en Dom e imaginando la madre de todas las peleas en su casa, delante de los tres chiquillos. Yo soy la causa de la catástrofe que deben estar atravesando. Yo, mi cobardía y mi maldad, por no reunir el valor suficiente y cortar.

—¿Noa? —Fany me observa impaciente.

—¿Eh?

—Te decía que esta tarde se pasó por la emisora tu amiga Olimpia. Apareció preguntando por ti. — Arqueo las cejas incrédula. Olimpia sabe de sobra que no llego a Radio Retiro hasta las diez, como muy temprano—. Me da que solo vino a figonear, hablaba paseando los ojos por todos los rincones, ni una vez

me miró a la cara. Qué poco me gusta esa chica.

—Anda ya...

—¿Estás segura de saber si va de cara?

—Nos conocemos desde la guardería, figúrate.

—Yo soy mucho de energías, no lo puedo remediar y te aseguro que emite malas vibraciones, apesta a envidia.

—Pero si es monísima —me alarmo — ¿Quién en su sano juicio, con esa cara y ese tipo de muerte, iba a tener envidia de otra? Y menos de mí, tontorrón.

Pero Fany parece muy segura de lo que dice. Cierra un ojo y meneas el dedo en plan bruja marisabidilla.

—Te lo parecerá a ti. Aparte de insulsa con esas mechas, es como gris, no tiene vida ni en los ojos, ni cuando habla, ni al moverse... En fin, guárdate las espaldas, Noa, que parece mentira que aún no lo sepas: eres muy buenaza y muy confiada.

10. Hora de cambiar de carro

No es que el retrato de Olimpia pintado por Fany me inquiete pero da que pensar. Llego a mi apartamento demasiado despejada como para dormir. Además, el movimiento en el piso superior no cesa, es como si un ovni estuviese aterrizando en mitad del salón. Dom no da señales de vida. Todo se confabula para desquiciarme, joder. Me preparo mi Cola-Cao caliente y una tostada con mantequilla. Podría ir embalando cajas, pensando en la mudanza. No es que la tenga encima, aún hay que visitar el adosado, acordar los términos del contrato con el dueño, que

accepte, firmar... pero si no es el bajo con jardín será otro piso, ya me veo viviendo mi nueva etapa. ¿Casa nueva vida nueva? ¿Lejos de Dom... por fin? Ojalá. Aunque si él ha planteado lo nuestro en su casa esta noche, no puedo dejarlo colgado. Dom arriesga su felicidad y la estabilidad familiar por defender lo nuestro como amor verdadero, y yo fantaseando con dejarlo.

—¡Qué puñetera mala persona soy, Marta! —le digo a la foto con mi hermana—. Me estará bien empleado cualquier cosa terrible que me pase.

A la mañana siguiente después de una noche de mierda con más vigilia que sueño, sigo sin saber de Dom. Como no responde a mis llamadas, le dejo un

mensaje de voz que resume toda mi incertidumbre y mi martirio, sin mencionar el tema principal. Absurda que es una...

Pensé que vendrías conmigo a comprar el coche, como dijiste que el dueño era amigacho tuyo... En fin, si me buscas, que deberías buscarme, me encontrarás en el concesionario. Por cierto, soy Noa.

Con el corazón en un puño, aguantando el llanto, conduzco hasta la dirección que mi chico me apuntó en un papelito. Cada kilómetro que avanzo hacia el polígono industrial me noto más aturdida, se me acumulan las emociones. Yo es que enseguida le cojo cariño a todo y aunque mi automóvil es una

cascarria inservible, era de mi padre, me da penilla dejarlo aquí como parte del precio. El concesionario es una pasada, con una variada exposición de coches en oferta y un señor altísimo y gordo como un armario, que se acerca trotando.

—Señorita Polo —me recibe una vez presentados—, voy a conseguirle el mejor coche, déjese aconsejar, no se arrepentirá.

—Verá, yo quisiera...

No me permite explicarme. Menea delante de mi cara dos puños como dos jamones y me da a entender que me conviene mostrarme dócil. Así que lo sigo, calladita y modosa.

—Vea, este todoterreno semi nuevo

que le he apartado. Descontando el valor del suyo puedo dejárselo, digamos pooor... —Saca una calculadora y aprieta muchos botones—, digamos unos cinco mil.

Es una suerte que la noticia no me pille comiendo porque me habría muerto por atragantamiento.

—¿Mi coche más cinco mil? —casi chillo.

—Una ganga, conste que se lo pongo a ese precio increíble por ser amiga de Domingo. —Me da un codazo en las costillas al tiempo que me guiña un ojo y se permite la libertad de tutearme—. Puedes financiar el pago en metálico, yo me ocupo de todo.

—Siempre he conducido utilitarios,

pensaba en algo pequeño...

—Nada comparado con el goce y la seguridad de estos vehículos. Sube, sube. —Abre la portezuela, me aferra la cintura y me sube de un empujón—. ¿Qué tal? inimitable, ¿a que sí?

Apoyo las manos en el volante y me figuro a todo gas por la autovía, las ventanillas abiertas, las gafas de sol puestas, el viento arremolinándome la melena. Falta la música.

—La verdad es que me vendría de miedo para trasladar cosas... —titubeo—. Se avecina una mudanza.

Da dos sonoras palmadas satisfechas al aire.

—¡Claro que sí! ¿Ves la utilidad? Una vez que conduces un todoterreno ya no

querrás cambiar. Suerte que yo estaré aquí para conseguirte también el siguiente.

—Es muy bonito —admito tontamente, más pendiente del insultante brillo de la carrocería blanca que de la marca que me garantice calidad de motor.

—Es un Nissan, número uno en diseño. Entonces... ¿Tenemos trato?

—Yo... debería pensármelo, es mucho dinero... ¿Me permite una llamada?

—Claro, mujer, las que quieras, no estamos en comisaría.

Recurro al rinconcillo más apartado y pulso frenética las teclas de mi móvil. Pero por mucho que insista, Dom sigue

sin atender. Me entran ganas de llorar a gritos, no puedo soportar ni un minuto más el desasosiego, saber en qué ha quedado el follón de mi novio con su esposa. Antes de venir a lo del coche, lo habría matado por mantenerme en esta inopia tan cruel, pero ahora la furia se ha desvanecido y en su lugar, pesa una desoladora sensación de vacío de la que tardaré en librarme.

—¿Te lo has pensado ya? —El gordo me sobresalta hablándome por la espalda.

—Los cinco mil... ¿Podría pagarlos poco a poco?

—En seis cómodos plazos, tan ricamente.

—Le llamo mañana y le digo... ¿de

acuerdo? —titubeo avergonzada por no ser capaz de decidirme.

—Sin falta, que esta maravilla tiene muchos novios, no sé si podré reservártelo —comenta con cierto tinte ácido pero sin borrar la sonrisa.

Salgo de allí soliviantada, con un disgusto horroroso. Lo de menos es el coche... ¿Dónde narices se mete Dom? ¿Cómo es capaz de no llamarme sabiendo que lo espero? Me había prometido que me pondría al corriente de lo ocurrido en cuanto pudiera, desconsiderado, perro miserable, que las horas pasan y... ¿Y si su mujer le ha atacado con una sartén? ¿Y si no llama porque está en el hospital, encamado con la cabeza abierta y trescientos

veinte puntos de sutura?

Señor, Señor... No puedo con esta duda, me va a dar algo...

Así que para distraerme, aunque había pedido libre la mañana del sábado para gestionar lo del coche y solo son las doce, me dirijo al Love Locke. A currar. El trabajo, más si es duro, borra las malas ideas de la azotea.

Paqui me recibe con alborozo. El cabronazo de nuestro jefe no avisó a nadie para suplirme y la pobre lleva toda la mañana como un pulpo, sirviendo desayunos a tres manos. Yo tengo que beberme un café doble para recuperar el ánimo. No sé cómo voy a poder respirar siquiera, hasta oír la voz de Dom al otro lado del móvil

confirmándome que sigue vivo. Mira tú por donde, Gael y sus fabulosos ojos se dan un garbeo por la cafetería. Enterrando en mí su mirada. Lo de este chico empieza a fastidiarme, con esa mueca de mofa, siempre colgada de sus jugosos labios... Para asesinarlo y comérselo a continuación.

—Vine esta mañana temprano, no estabas.

—Tenía libre —respondo seca—. Recuérdame que te pase una copia del cuadrante de turnos.

—¿Lo harías?

—Claro que no —rujo—. ¿Estás tonto?

—Chica, qué difícil es entablar amistad contigo —protesta ojeando el

menú.

—Porque no tengo ningún interés en ser tu amiga, será eso. Eres un cliente, llegas, pides, te sirvo, pagas, te cobro... fin de la historia. ¿Capuchino y cruasán como siempre?

Asiente con la cabeza sin añadir palabra y el pequeño y absurdo triunfo me hace sentir eufórica por primera vez en muchos días.

—¿En las oficinas también trabajáis los sábados? —pregunto así, como si no me importase.

—Solo por la mañana y no todos. Tenía asuntos pendientes, no me ha quedado otra.

—Pues vaya caca, que *looser*.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

¿Me dices qué te debo? —pide una vez terminada la consumición. Le alargo el platillo con la nota sin cruzar mis ojos con los suyos—. Está en blanco.

—Hoy invito yo. Te lo debo, por lo del otro día, estamos en paz. Adiós muy buenas.

—Tendré que compensarte. ¿Hasta qué hora trabajas?

—Hasta las cinco de la tarde —silabeo.

—¿Dónde almuerzas?

—Aquí mismo, como cualquier cosa sobre la marcha.

—Anda ya, ¿en serio? Qué triste. Es mucho mejor desconectar un rato.

—Igual no puedo permitirme desconectar —replico con acidez—,

como da la casualidad que tampoco soy un enchufe...

—Joder, qué borde, pensaba invitarte en un buen sitio.

—Cuando las ranas críen pelo —atajo restregándome las manos en el delantal. No hay más que ver la pareja patética que podríamos hacer: él tan reguapo, tan estirado, con ese traje oscuro y su corbata formal. Yo... tan yo, con la única gracia de recordar ligeramente a Verónica Sánchez en sus peores días y, por encima de lo que afirma la gente, solo si cuentas con una demoníaca imaginación.

Bah. Tampoco es eso. Es que lo de Dom me tiene frita, desconcentrada y muy nerviosa.

—Qué graciosa eres, ¿andaluza, verdad?

—Sí señor, malagueña, boquerona por los cuatro *costaos*.

—¿Boquerona?

—Sí, así nos llaman. Por si no lo sabes, cada provincia tiene su mote, su manera especial de llamar a su gente.

—¿Gentilicios?

—No, los gentilicios son otra cosa. Esto son motes. Los de Ceuta se llaman caballas, los de Algeciras, piojosos, los de Toledo, bolos, los madrileños son gatos... ¿No lo sabías? No te creo.

Gael suelta una carcajada que de no haber estado yo tan reacia me habría alegrado el día.

—Pues no, pero me ha encantado

oírlo.

—¿Pero tú de dónde diablos sales?

—Supongo que de la gatera, soy de Madrid, del mismo Madrid.

—¿Sabes por dónde cae Andalucía, o pasas de largo?

—Sueno a pardillo porque acabo de mudarme desde Londres, con carácter definitivo al menos de momento, pero casi sigo aterrizando. Llevo allí una eternidad.

—Ah, ya me parecía. Qué seriotos los londinenses. Que sepas que lo pasarías muy bien en Málaga, nos sobra gracia y somos hospitalarios.

—Demuéstramelo, ¿hace ese almuerzo?

—Nanai de la china. Tengo que

recuperar las horas perdidas esta mañana.

—¿En otra ocasión? ¿Tengo tu palabra?

—Puede.

Le regalo una panorámica de mi espalda para que deje de darme conversación. En el fondo me halaga su interés y podría hacerme ilusiones, si no fuera porque estoy convencida de que sería su pasatiempo, la chica boba y pobretona de la que se ríe el tío bueno, para acompañar el desayuno.

—¿Noa?

—¡Hola, Fany! —Tuerzo la mirada hacia el guaperas—. Hasta más ver, estimado cliente.

Él hace una leve inclinación de

cabeza, me sonríe con mesura y se marcha. Pillo a Fany inspeccionándole el culo, apretadito, redondo y respingón.

—¡Qué tío más mono!

—Calla, anda, calla...

—¿Cliente habitual?

—Viene a diario. Céntrate, leches, ¿qué te pongo?

—Un café doble, una gota de leche y toda tu tarde libre. ¿Cuándo acabas?

—A las cinco —explico por segunda vez—. ¿Por qué?

—Te voy a llevar a un sitio...

—¿Qué sitio? ¿De compras? ¿De pedo diurno?

—¿Puedes soportar la incertidumbre hasta que llegue el momento?

¿Incertidumbre? Ya tengo bastante de

eso. Ha ido a utilizar la peor palabra, la más hiriente. La que hoy apenas aguanto escuchar, sin querer estamparme contra el primer muro que se me ponga delante.

—¿Me arrastrarás a un club de perdición para preparar el programa del lunes noche?

Fany escoge no sacarme de dudas.

— Nena, no sé lo que te pasa pero no estás bien —agrega apretándome la mano.

Se lo agradezco. Señor, lo que llevo yo llorado en soledad...

Fany me secuestra nada más terminar mi turno, me sube a trompicones a su coche rojo carmín y me conduce por un laberinto de callejuelas dirección norte que yo no recuerdo haber visto antes,

hasta una tienda pintoresca y sombría llena de plantas. Parece una selva en miniatura, lo que no le impide aparcar en la misma puerta.

—Para que tu vida cambie de cabo a rabo —anuncia gozosa—, hemos venido al lugar ideal.

—¿Tienda... esotérica? —leo el rótulo. Fany me roba el brazo y tira de mí.

—Dos amigas deprimidas en busca de l *kit* para encontrar al hombre perfecto. Bueno, dos no, una, yo paso de chulapones.

—¿Qué te hace pensar que yo...? —comienzo algo ofendida. La miradita que me obsequia Fany es de lo más elocuente. Me deja muda.

—Noa...

—Vale, a por ese *kit*.

Entramos y enseguida me pierdo por aquellas estanterías plagadas de velas e incienso humeante. El ambiente es mágico, los objetos expuestos, maravillas labradas en miniatura, figuras de hadas y brujas, bolas de cristal, brazaletes medievales, diademas, una estatua de un mago tamaño natural... Jamás he visitado un espacio como este y tampoco habría relacionado a la despendolada Fany con un lugar así de místico.

—¿Te gusta?

—Qué chulo todo. —Me detengo delante de unas baldas que exponen bolsitas de hierbas para todo uso:

«limpiar las malas energías», «bendecir las casas», «atraer fama y dinero», «lograr el amor verdadero». —Señalo la última con el dedo—. ¿Es esto lo que buscamos? —Mi compañera asiente, lo cual me pone *ipso facto* de mal humor—. ¿Por qué crees que lo necesito y tú no?

—Sufres de mal de amores, en cambio yo estoy requetebién.

—Ya me contarás qué te hace pensar eso. —Miro molesta hacia otro lado.

—¿Te vale si te digo que tienes los ojos hinchados y más rojos que el culo de un mandril? Mira, cielo, sea lo que sea lo que te pasa, me lo contarás si quieres, cuando quieras; aquí están mis oídos. Pero entretanto imítame,

diviértete con alguien. Esto ayuda.

—No quiero.

—¿Renuncias a la diversión que es la sal de la vida?

—Me refiero a las «yerbas» —insisto—. Si es que no creo en estas cosas.

—Bien, yo lo haré por ti. Solo tienes que apuntar aquí con tu puño y letra, «encontrar a un hombre bueno que me merezca».

La obligo a insistir un buen puñado de minutos. Al final, remolona, lo hago. Si es que me falta genio, de costumbre me dejo llevar. Menos con Gael. Con él todo mi mal carácter sale a relucir, hasta el que no pensé que tuviera. Me pone a la defensiva, no acierto a explicarme el porqué.

Pagamos el saquito de hierbas con cierto rubor por mi parte y salimos a la calle. No acabo de abrir la portezuela del coche, cuando un chico alto y atlético, de pelo rizado moreno y preciosos ojos verdes, se me abalanza sonriendo. Día de ¿encuentros?

—Pero bueno... Si es mi pequeña Noa.

—Aníbal... —Repaso su abrigo largo, su porte aristocrático y los recuerdos se agolpan en mi entrepierna de forma brutal, ajena a mi voluntad. Nos besamos bastante cortados, como dos quinceañeros en la puerta del instituto.

—¿Cómo te va la vida? —pregunta envuelto en sonrisas.

—Hace siglos que no te veía, ¿qué tal estás? Deja que te presente a mi amiga Fany.

Se estrechan las manos con cordialidad y él regresa a mí de nuevo.

—No sabes la de veces que me he preguntado qué sería de ti. ¿Tienes ya escrito ese *best-seller* que te catapultará a la fama?

Se me suben los colores. Ciertas personas de mi pasado depositan una excesiva fe en mi humilde persona, que me abrumba en cuanto me la recuerdan.

—Todavía no, pero estoy en ello —miento, por no quedar como la chata.

—Tenemos que quedar algún día, ponernos al tanto de nuestros logros, un vino, comer quizá...

—Vale, me parece bien —me aturullo escondiendo la bolsa de la tienda esotérica bajo mi gabardina—. Esto... tenemos que irnos, me alegro de haberte visto, la vida te trata bien.

Antes de responder, mantiene fijos esos luceros verdes que tanto me gustaban en su día, y me cuenta muchas cosas con ellos.

—No tanto como a ti, preciosa.

Llevamos recorridos varios cientos de metros y aún no se me calma el nerviosismo. Fany me dedica una buena colección de vistazos suspicaces.

—¿Un amigo especial? —pregunta por fin.

—Estuvimos saliendo. —Aprieto los labios para que no se me escape ninguna

inconveniencia.

—Qué casualidad, pedimos el hombre de tu vida y reaparece... ¿Aníbal?

—Sí, Aníbal —respondo escueta.

—¿Te hizo feliz?

—Fue bueno mientras duró. Muy bueno en realidad —rectifico.

—Era especial, entonces —sigue ahondando mi compañera. Es mi intimidad, ¿por qué lo hace? Y lo más incomprensible de todo, con lo introvertida que soy, ¿por qué la complazco?

—Fue un tórrido romance que vivimos a todo trapo y cuando a los tres meses de conocernos me pidió matrimonio, me asusté y salí corriendo.

—Por qué será que no me extraña...

—Demasiado intenso, hasta creó un puesto de trabajo en su empresa... Pensando en mí. El de locutora. Aníbal es propietario de una emisora de radio y llevaba a rajatabla su política de «solo hombres» ante los micros. Conmigo quiso hacer una excepción. —Suspiro—. No me pareció inteligente convertirle en mi marido y mi jefe.

—Aún os gustáis.

La firmeza de su afirmación me hace elevar las cejas.

—Qué va...

—Se te nota a la legua y él te ha devorado con los ojos, en cero coma dos segundos.

Niego con la cabeza. Ciertas ideas locas, mejor espantarlas cuanto antes.

—Hace mucho ya de eso, demasiado. Fíjate que Olimpia ni siquiera había vuelto de Sevilla, donde estuvo dos años trabajando, ni lo conoce. Sabe de la historia y de la huella que dejó en mí, pero no la cara que tiene.

—Es guapo. ¿A Olimpia la pones obligatoriamente al corriente de todas tus cosas? —indaga al cabo de una pausa meditabunda.

—Debo hacerlo, es como mi hermana —defiendo con pasión—. Y para que lo sepas, Aníbal mantiene una felicísima relación con su actual novia, viven juntos y todo eso.

Fany tuerce el labio en un mohín travieso. Se da un aire a Campanilla, la de Peter Pan, un poco de vuelta de todo.

En morena.

—Ya, pero no tiene nada que ver —
afirma—. Le sigues poniendo tú.

11. Si no existieran los niños

Si dispusiera de una nutrida cantidad de dinero para invertir, alquilaría un local en mi barrio y montaría una frutería para Braulia. Así la mujer no tendría que exponerse a la intemperie de la plaza los miércoles y quién sabe en qué otros sitios, qué otros días de la semana. Además, la tienda de verdura y fruta de mi zona vende un montón, el tío simpático que la lleva, debe vivir con bastante holgura.

—¿Te quedan plátanos? —Voy revisando la mercancía con ojo sagaz. Me encanta el olor que sube desde las cajas llenas de cosas verdes y de

colores, no soy mucho de comer sano pero este aroma me recuerda a la sopa minestrone que cocina mi madre en Málaga.

A veces es tanta la nostalgia de casa y mi soledad, que se me rompen cositas por dentro.

—Sí, ahí en esa caja de la esquina —me indica el frutero—. Acabaditos de llegar.

—Están un poco verdes, ¿no?

—Así te da tiempo a consumirlos...

—Tú sí que estás verde —me susurra una voz calenturienta pegada al cuello y unas manos que toquetean mi costado, como si rozaran las teclas de un piano—. Y no te miento, así es cómo me pones.

—¡Dom! —me giro a mirarlo. Ni por esas me suelta— ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a mi gata. Dime que te alegras.

—¿Qué ha pasado? —bufo bastante incómoda—. Me tenías preocupadísima, dijiste que me llamarías enseguida.

—Relájate, hazme el favor. —Me libera con mucha calma, aunque un poco tembloroso.

—¿Qué tal fue? ¿Hablaste con ella, le contaste?

—Mírame y hazte una idea de lo desanimado que estoy.

Eso hago. El caso es que su rostro tentador no me dice demasiado.

—¿No fue bien?

—No te he llamado antes... porque...

—¿Por qué...?

—Porque... —Una repentina congoja le impide culminar—. Qué difícil es romperle el corazón a una pobre mujer enamorada... Y los niños... los niños...

Miro alrededor apurada. La clientela es escasa a esta hora y cada cual va a lo suyo. Aunque la tienda es diminuta, Dom habla en murmullos. Seguimos dentro de lo que llamaría discreción.

—Dom... Dom, que lo estás empeorando, dime algo, algo, lo que sea...

—Los niños lo hacen todo más difícil.

—Dom, te lo ruego...

De repente, se arrodilla a mis pies en plan teatral, me atrapa una mano y me la besa. El frutero flipa.

—Perdóname, Noa, queridísima Noa, perdóname.

Este no es el Dom que conozco. Obviamente, no va en serio, se cachondea de mí y de mis sentimientos.

—Vete a la mierda, tío —sacudo el brazo para librarme de su cepo. Vuelve a intentarlo pero la retiro—. Ponte de pie y deja de hacer el tonto, te están mirando.

Creo que eso, a un payaso como él, le trae sin cuidado. Se pone en pie y pega la boca a mi oído.

—Rancia, cómo me pones con esa actitud altiva. ¿Quieres follarte? Te juro que me aplicaré a fondo y cuando aúllas de gusto, se te olvidarán esos celos tontos y esa posesividad tuya.

—¿Posesividad? —me indigno— ¿A estas alturas me tienes por una posesiva?

—Explícame si no, estas reacciones tan leonas con lo de mi maldito matrimonio.

Me olvido de los plátanos. Suelto la bolsa donde pensaba meterlos, me despido del frutero roja como la sirena de una ambulancia y me lanzo a la calle con Dom pisándome los talones. Lo miro con dureza, contengo las lágrimas. Lo que más me destroza es no tener derecho a quejarme, si algo sé de Dom, es que es un tipo infiel, con dudosos escrúpulos, del que poco puedo esperar.

Entro en mi portal bajo la atenta mirada de mi portera y me refugio en el

ascensor, desentendida del hombre que llevo pegado al hombro.

—Vete a tu casa —le pido enfurruñada. Él levanta una mano y me acaricia la cara.

—Venga, no te pongas así, no lo estropees. He venido a verte.

—Siempre vienes a verme y a lo que le sigue, que nos conocemos.

—Ni que a ti te disgustara.

—No, no me disgusta, eso es lo peor. Tengo la sensación de estarme vendiendo por un puñado de polvos.

—No de cualquier polvo, ¿eh? Menudos te los echo.

—Encima tienes la sensibilidad de una puta piedra —gruño empujando la puerta.

Mientras busco las llaves y abro la puerta del apartamento, franqueándole una entrada a mi intimidad que debería proteger con siete candados, Dom no despega los labios. O no sabe qué decirme que me líe más, o se lo toma con calma. Un incentivo más para desesperarme.

Pero en cuanto me descuido, se me abalanza, me arranca de las manos el bolso, lo deja caer en cualquier parte y sujetando mi cabeza con las dos manos, me devora la boca. No opongo la resistencia que debería cuando me arrincona contra la pared y pasa las manos por la blusa buscando botones que desabrochar.

—No tienes corazón... —le digo con

los ojos cerrados y la temperatura en alza.

—Me gusta demasiado tu culo para tenerlo. —Me lo presiona con un pellizco. Luego vuelve al escote.

—No piensas cambiar esta situación nunca —adivino con tristeza. Dom muerde el lóbulo de mi oreja. Su barba áspera me hace cosquillas en el cuello.

—Que sí, te lo he prometido. Solo tengo que encontrar... —me sube la falda hasta la cintura y me baja las bragas de un tirón— El momento justo.

Me arqueo contra él, cierro los ojos, entreabro la boca. Ya estoy en otro universo, uno paralelo en el que todo es sexo y placer sin consecuencias. En el que ni él tiene familia ni yo conciencia.

En el que solo somos hombre y mujer disfrutando de la carne. Empiezo a desatarme. Me libero de sus pantalones y, en un abrir y cerrar de ojos, estoy encaramada a su cadera. De un salto. Sujeta con las piernas a su cintura.

—No puedo esperar —jadea.

Toma su pene con la mano libre, y lo guía hacia mi abertura mojada. Lo noto moverse junto a mi piel híper sensible. Está todo listo. Solo falta empujar.

—No, contra la pared, no —le pido. No es un empotramiento feroz lo que necesito ahora mismo, sino dulzura, mimos y una pizca de dedicación.

—¿Qué quieres, gata?

—Llévame a la cama.

Gruñe suave y me azota el culo. Odia

las interrupciones cuando va lanzado, que es casi siempre, pero me conduce sin rechistar al dormitorio que está en penumbras y nos acoge con su conocida calidez. Me deja caer en el colchón y vuelca su peso sobre mí. Su respiración agitada me rebota en la cara. Sus dedos abren espacio en mi entrepierna, se acomoda y me penetra.

La sensación de plenitud es inmediata. Olvido la delicadeza. Tiemblo de gusto, con los pezones duros restregándose contra su pecho. Apoyo los pies en la cama, fuerzo los músculos y nos obligo a girar para quedar sobre él, a horcajadas, con las manos sobre sus pectorales. Deja escapar una risita irónica.

—Cómo te gusta mandar, gatita. Así, nena, así, más dentro.

Cabalgo, agito las caderas, me retuerzo. Dom clava los dedos en mi piel, agarra bien fuerte los glúteos y acelera el ritmo. Desde abajo, su pelvis vuela a chocar contra la mía. Una y otra vez, una y otra vez. Hasta corrernos.

Nuestra práctica del sexo es furiosa y brutal, aquí nadie se toma su tiempo, las caricias sobran. Ruedo al lado libre de la cama mientras escucho el gorgoteo de su respiración alterada y el martilleo de mi corazón contra las costillas.

—Hay fútbol —me dice sin esperar siquiera a recuperarse del orgasmo.

—¿Quieres una cerveza?

—Bien fría. Si no, menudo laxante.

—¿Algo para picar? ¿Patatas, aceitunas?

Una sensible conversación postpolvo para recordar.

—Lo que se te antoje —sale de la cama, se estira y desnudo como su madre lo trajo al mundo, desaparece rumbo al salón—. ¿Dónde escondes el jodido...? ¡Ah, aquí!

Debe ser el mando lo que busca, porque enseguida escucho la tele encenderse y el característico ruido que acompaña un partido de fútbol. El soniquete de los comentaristas me recuerda a Boni vendiendo toallas. Me cubro con una bata corta de estampado oriental.

—¿No te das una ducha? —pregunto

camino de la cocina.

—En un rato, pero aparta, que no me dejas ver.

Mira que es borde, el cachocabrón. Y yo imaginando cosas románticas con él como protagonista. Si es que me lo merezco, por absurda, por cándida, por dejarme enredar. Vengo de regreso con un botellín helado y un tazón de frutos secos y lo pillo en bóxer, metiendo las piernas en los pantalones.

—¿Te piras?

—Mira, lo he pensado mejor, más vale que me largue antes de que tus caderas redondas y la cerveza me calienten el pico y salga de aquí a las tantas.

Ah, claro, nos ha jodido, es sábado

noche. Tendrá mejores planes que quedarse haciéndome compañía.

—Pero...

Pasa de largo, coge su cazadora que cuelga del perchero de la entrada, deja un beso distraído en la esquina de mi boca. Va a apagar algún fuego, o de repente ya no soporta el ambiente floral de estas cuatro paredes.

—¡Coño, Dom...!

—Nos vemos, preciosa. Juro dedicarte el primer minuto libre que tenga.

Pero no me habla a mí, le habla a la pantalla de la tele. Messi acaba de fallar un regate.

—Serás mamón... Me estás plantando con los cacahuetes en la mano...

—Adiós, chata.

—Nada de adiós hasta luego. Adiós para siempre. ¿Vas o no vas a hablar con tu mujer?

Ya tiene abierta la puerta del piso. No ha tardado ni seis minutos en desembarazarse de lo que le aprieta.

—Ah, sí, eso. Sigue en pie.

Arrugo la nariz. Quiero escupirle. Quiero atarlo para que no me deje sola. No sé lo que quiero, joder.

—Sigue en pie —repito inanimada.

—Prometido. Soy un hombre de palabra. En cuanto lo solucione te llamo y nos largamos de celebración.

Vuelve a besarme los labios y cuando se distancia y dejo de verlo, un frío espantoso me recorre la espalda.

Siempre es lo mismo, no quiero que se marche, ni sentir esa bofetada del abandono otra vez, así que me esfuerzo en atenderlo, cubrir sus necesidades, hacer que sienta eso que llaman jodido calor de hogar, que queda claro que no encuentra en el suyo... Esta enfermiza obsesión por ganármelo me hace perder el orgullo y arrastrarme. Porque no puedo compartir con él casi nada de lo que siento, Dom está lejos, mi humillación es demasiado intensa, demasiado horrible como para explicarla. Cuando nos encontramos, el secreto se apodera de todo. Esto es clandestino, una vergüenza. Yo solo quiero sentirme deseada y es lo que Dom consigue. Poca cosa, pobre cosa,

lo sé. Mientras menos nos dan, con menos derecho a pedir nos sentimos. Es un puto círculo ininterrumpido y venenoso.

Después de una patética noche en soledad con un montón de episodios atrasados de *Penny Dreadful* y gominolas a puñados, amanece un soleado domingo, tan alegre que me hace desconfiar. En efecto. Consulto la *App* del tiempo en el móvil y dan lluvia para esta tarde, de modo que cuanto antes me arroje a la calle a disfrutar del ratito de buen clima, mejor. Me abrigo bien, saco la bici del cuartillo de la portera y pedaleo lejos del centro.

Necesito un chute, y rápido, de mi lugar secreto. No os he hablado de él

aún. En el frondoso Parque del Retiro, allí donde nadie llega, quedan los restos de lo que un día debió de ser una gran mansión. Mi natural talante románticón me lleva a imaginar historias de celos, pasión y traición, vividas entre sus muros, señoritas angelicales arrastrando sus crujientes faldas de seda y tafetán y caballeros con bastón y sombrero de copa que las estrechan entre sus atléticos brazos y las besan hasta arrancarles el resuello. Todo eso que yo jamás viviré, ha ocurrido, sin duda, en el palacete ahora ruinoso. Al abrigo de los árboles, subsiste heroico un antiguo trozo de muro, piedra sólida, que soporta un portón de reja oxidada. Me maravillan las filigranas con que está

tallado el metal, cierro los ojos y puedo palpar las delicadas manos enguantadas de las señoritas empujándolo para acceder al interior del jardín. Lo he bautizado, es «el arco de Elvira»[\[1\]](#). Ahí cerca me siento a menudo, y respiro hondo. Aquí dejo de ser Noa Polo, la chica que muchas veces se guarda sus sufrimientos por no ofender a los demás y aguanta.

Como una damisela de la época romántica. Calla, calla siempre y sonrío con dulzura o dejarán de amarte. Entierra lo que sientes, o no sientas nada.

12. Esa colección de ensordecedores ruidos

El lunes revienta... como todos los lunes. Un día difícil, el villano de las telenovelas. La gente pasa con prisas por el mostrador del Love Locke y el ritmo de servicios es tan demencial, que cuando quiero darme cuenta se ha terminado el turno. Descanso un rato en casa, limpio un poco, me doy una ducha y tiro para la radio. Me cuelo justo detrás de la sintonía de Mr. Saxobeat.

—Buenas noches queridos oyentes de *Noa-manece* —saludo más muerta que viva. Menuda mierda de fin de semana.

La indeseable actitud de Dom, los ojos brillantes de Aníbal, los intentos de magia blanca, todo junto es demasiado para una pobre periodista en paro como yo—. ¿Qué tal llevamos los preparativos de San Valentín? —me siento miserable, en serio, peor que mal—. Esta noche hablaremos de... ¡Una llamada!

—Como sea tu Bea, la estrello, advierto —ríe Fany cruzando los dedos.

Pero mira, no. Por fortuna para Bea.

—Buenas noches, me llamo Rodrigo. Os estuve escuchando hará unos días... sé que no es el tema de esta noche pero me gustaría contaros mi experiencia.

—Adelante, Rodrigo. Nos chiflan los *flashbacks* —lo jalea Fany.

—Preguntabais si existe el amor a primera vista y os puedo asegurar que sí, a mí me pasó.

Hombre, por fin un ser humano con un poco de sensibilidad y romanticismo. Me avengo a escuchar.

—Cuenta, Rodrigo, cuenta.

—La que hoy es mi mujer, la conocí en un certamen de bailes de salón, cuando yo participaba con mi novia después de seis años de relación. En uno de los giros la vi y me enamoré. En serio, fue así de repentino y de inexplicable. Esa misma noche corté con mi novia cuando ni siquiera sabía el nombre de la otra chica pero ya la tenía dentro, dominando mi pensamiento, era absurdo fingir que podía continuar como

si nada... —Nos quedamos absortas, impresionadas, sin saber qué decir. Finalmente, carraspeo.

—Vaya... De modo que hoy estáis casados.

—Felizmente casados, dieciocho años y unos mellizos divinos, niño y niña.

—Me congratulo, Rodrigo, qué historia más bonita. ¿Ves Fany, como sí que existe ese ramalazo amoroso que llega, te envuelve y te ciega...?

—Huy, Rodrigo, gracias por compartir con nosotros tu romance pero voy a tener que despedirte, Noa se me está poniendo cardíaca. Buenas noches y sigue sintonizado, vamos a tratar un tema interesantísimo. ¿Qué os parece si esta

noche se la dedicamos a las amigas salvadoras? Una cancioncita para abrir boca.

Suena mi móvil. Respingo y muero, todo en una, es Dom. Finjo un retortijón inoportuno y me encierro en el baño a salvo de los oídos de Fany. No es que sea chismosa, pero preferiría mantener a Dom y su historia agrídulce para no dormir, en el anonimato.

—¿Hay novedades? —cuchicheo ansiosa—. ¿Hablaste con tu... con ella?

—Gatita, tranqui.

—No empieces a darme largas. O lo cuentas o cuelga.

—Eres muy directa para lo que te interesa.

—Mira por dónde, pensé que esto nos

interesaba a los dos.

—No confundamos los términos, yo el marrón me lo como por ti, solo por ti.

—Juraría que la otra noche no fue exactamente eso lo que me vendiste.

—No tengo que venderte nada, tú con la mercancía ya estás enganchada.

—Jodido engreído de mierda...

—Para ti es muy fácil exigir. Soy yo el que tengo que destrozar una casa.

—No puedo creer que estés culpándome... —Este tío y sus razones de pacotilla me achicharran.

—Ya te dije, que haya niños lo complica más todo. Puto destino... No sé cómo entrarle.

—Si te has echado atrás, pedazo de cobardica, paso. No voy a decirte que lo

entiendo pero maldita sea mi estampa si vuelvo a mencionar el tema.

—Mejor voy luego a verte y charlamos. Ahora no puedo hablar, hay mucho público por aquí.

—No tengo ningún interés, pedazo de capullo, malnacido...

—Luego me paso, gatita —insiste con firmeza. Y corta.

Esto acaba de romperse definitivamente. Cuando cuelgo y desmadejada y pálida salgo del retrete, choco con la última persona que querría haberme topado: Isa Olmo, la jefa, que me mira maliciosa, con la jeta de quien acaba de revelar el secreto del siglo y un lápiz de labios entre los dedos.

—Así que Noita tiene novio —deja

caer empalagosa, marcando cada sílaba con algo cercano a la maldad.

—No... no es nada serio — tartamudeo loca por quitarme de en medio.

Otra mirada. Esta un poco más larga. Trago saliva.

—Quién se lo hubiese figurado, qué escondido lo tienes, chica...

No sé qué decir. Odio justificar mi vida privada, que es mía y de nadie más. Acto seguido, me escabullo en las sombras del pasillo.

Tomo asiento ante mi micrófono con un tembleque de concurso en las piernas. Me cuesta un buen rato pillarle el tranquillo al discurso de Fany.

—Hablar de las amigas salvadoras

nos lleva necesariamente a citar a las AES.

Ayudo al programa apalancando su *speech*, ya que mis ocurrencias hoy, se acercan al cero pelotero.

—¿AES?

—Asociaciones Espontáneas de Solteras. Esos grupos o unidades de mujeres en busca de una vida mejor, que puntualmente unen sus destinos para salir de copas y disfrutar la soltería. Esas pandillas momentáneas en las que la frase más trillada es «qué a gusto estoy sin tíos» o «que les den, no quiero dejar de estar soltera». ¿Cuántas de ellas son sinceras?

—Buena pregunta, Fany. Yo afirmo que no tienen por qué mentir, las pandas

de chicas solteras lo pasan en grande —
defiendo fervorosa. Mi compañera no se
muestra de acuerdo.

—Cuidadín con sus miembros pues
tras tanta sonrisa falsa puede fácilmente
escondese una SDPDS.

—Siglas, que también harás el favor
de explicarnos...

—Soltera Desesperada Por Dejar De
Serlo. Te clavaré garras y colmillos en
cuanto te interpongas en sus planes.

—Qué ojeriza, Fany —cuchicheo. Mi
compi me atropella en plan kamikaze.

—¿Quieres poner a prueba la
consistencia de su amistad? Contrata a
un chulapo bien bueno para que se pasee
entre vosotras con pinta de no tener
demasiado claro por cuál decidirse. Las

verás trasfigurar de ángeles a hienas hambrientas de sangre. Por favor, llamadnos, no seáis tímidos.

—Quiere decir, no seáis tímidas. Llamad y despellejad a vuestras mejores amigas —ironizo con toda intención. Fany juega al despiste.

—Contadnos vuestras experiencias con las AES y sus entresijos clandestinos, que por mucho que Noa defienda la amistad pura, haberlas haylas. Mientras lo meditáis y os decidís, un poquito de música. Os dejo con Ed Sheeran y su *Thinking out loud*.

—Te has pasado de la raya —le advierto en cuanto dejamos de estar en el aire. Fany me mira. Es la inocencia personificada.

—¿De qué raya?

Esa noche Isa se queda hasta el final del programa. Raro, raro. Ignoro si la embelesó el asuntillo de las AES de Fany que tuvieron un éxito tremebundo, o aguantó solo para echarme una miradita de suficiencia al salir, como avisándome de que ya conoce mi secreto y me tiene en sus manos.

Llego a casa temblando como una hoja, con el frío del invierno en la capital nuestra calándome los huesos, impaciente por ver a Dom apretando el timbre y salir de dudas. Pero lo único que se cuele en mi apartamento son los estruendos del piso de arriba que ya se van convirtiendo en habituales.

Hago lo imposible por obviarlos.

Preparo leche caliente, me tumbo en el sofá con una manta y la tele a todo volumen. Como no funciona la treta, preparo más leche y me embuto en la cama, bajo el edredón.

No logro cerrar un ojo, no es que no lo esperase. Las manecillas del reloj avanzan y la desesperación de no ver llegar a Dom con una explicación a la espalda, ayuda a ponerme histérica.

Me armo de valor, me enfundo la bata sobre el pijama y subo las escaleras. Total, yo a mi vecino Poli ya lo conozco y es la mar de majo. Un poco hipocondríaco pero amable. No sé qué moscardón debe haberle picado para que se pelee con el mobiliario de esta forma. Normalmente Poli, que no usa

reloj, si llega borracho de madrugada y quiere saber la hora, me regala un largo y sostenido taconeo. Yo desde la cama suelo gritarle: «¡Maricón, que son las cinco de la mañana!» y sigo durmiendo. Y él, más orientado, no insiste. Pero esto de ahora... esta catástrofe es nueva y me está robando la salud, llego a la cafetería cada vez más agotada y con ojeras, pronto voy a tener que pedirme una noche libre en la radio para descansar, y me temo que Isa va a negármela por muy justificado que esté mi cansancio.

Aporreo la puerta y cuando espero ver el óvalo delicado de Poli y sus mechass color caramelo, en su lugar aparece una mujer desconocida con los

pelos fritos, camión de plumas y un bibi en la mano. A sus espaldas lloriquea un bebé.

—¿Qué quiere? —me recibe con bastante hostilidad.

—¿Se encuentra bien?

—¿Quién es usted?

—La vecina de abajo. Venía a ver a Poli.

—Poli ya no vive en este apartamento —me ruge con los ojos torcidos.

—¿Es usted la nueva inquilina? —No se molesta en responder—. ¿Necesita ayuda?

—No. ¿Para eso ha subido?

—He subido porque no puedo dormir. El ruido...

¡¡Plaff!!

—Pero... ¡Oiga!

Me cierra la puerta en las narices. Creo que por primera vez en mi vida, me arde la indignación en el estómago. Estoy agotada, furiosa y esta desconocida acaba de chafarme la cara de un portazo.

—¡Como no cese el jaleo pienso llamar a la policía! —la amenazo con la boca pegada al marco.

Sepulcral silencio, parece que mis alaridos dan resultado. Hasta el bebé deja de berrear.

Vuelvo a casa arrastrando los pies, abatida y apagada. Dom no me espera en el descansillo como yo me había figurado y pronto me enfrentaré de nuevo a un terriblemente largo fin de

semana, más sola que la una, comiéndome el coco y las uñas con toda probabilidad. No quiero que eso pase, tengo que desengancharme de esta dependencia absurda. Distraerme, desaparecer.

Entonces me arrasa una idea de esas geniales que llegan de cuando en cuando, y pongo en marcha el ordenador para comprar unos billetes de autobús para el sábado temprano: ida y vuelta a mi Málaga de mis amores.

Mi intención es darles una sorpresa a mis padres pero como están mayores y no quiero terminar en el hospital o de entierro, llamo por teléfono antes de presentarme. Atiende papá, loco de contento porque la descastada de su hija

baja a visitarlos. Se quejan de que nos vemos poco, pero son ellos los que al jubilarse papá, decidieron mudarse, en lugar de a Madrid, a Valencia que les gustaba muchísimo y les hacía ilusión, tras una vida entera en Málaga. Llevaban ambas ciudades tan dentro del corazón, que mi madre afirma que vivían en Malencia. Años más tarde, regresaron a Málaga y reabrieron su restaurante de siempre. La fuerza de la costumbre, lo llama papá.

Durante las casi siete horas de autocar tengo tiempo de llamar a Dom hasta catorce veces, el mismo Dom que a pesar de lo prometido, ni se pasó por casa, ni me sacó de las terribles dudas amorosas que me están haciendo trizas.

No tengo la suerte de pillarlo libre y que conteste.

«La culpa la tienes tú, boba de solemnidad. Olvídate ya de ese hombre, soltero o casado, no te traerá más que problemas... ¿Y si tiene decidido pedir el divorcio? Por amor verdadero, por fidelidad a ti, porque te adora... Ante tal sacrificio... Noa, tienes que estar a la altura, no puedes rajarte a última hora porque si lo piensas bien... has sido tú con tu insistencia la que lo ha llevado a plantearles el o a su mujer... Mejor esperar».

Respiro hondo, tan hondo que por poco me asfixio. Ya no tengo más paciencia. Tampoco sé si lo quiero. Algo me dice que mis sentimientos

deberían estar más nítidos, menos embrollados.

En lo que dura el viaje no solo dispongo de tiempo para machacarme por mis errores con un martillo pilón en la cabeza. También cedo espacio a momentos agradables, casi todos protagonizados por Fany, nuestro programa v a viento en popa, y... por Gael. Cuando la vida te planta por delante un espécimen así y el tipo en cuestión te sonríe y trata de enredarte en su charla, si cuando te pide café con bollos va más allá de lo que le diría a una camarera cualquiera... tengo derecho a pensar que le gusto. O que le hago gracia. Más bien eso último. Lo que me provoca un pavoroso miedo. A

sus ojos, no es eso lo que deseo ser.

Noa bufón del reino. Noa la andaluza en Madrid, la del acento simpático, la ocurrente. Noa la chica mona con la que echar el rato. ¿Y él? Un tío de perfección sobrenatural, seguro de sí mismo, probablemente un castigador de hembras, acostumbrado a salirse con la suya, a manejar cada situación a su antojo. No somos lo que se dice la pareja perfecta destinada a fundirse. Más bien no. Pero es tan agradable perderse en el recuerdo de sus ojos claros, que me arrellano en el sillón, suspiro profundo y me quedo dormida con una sonrisa tontorrón en la boca y en el enamorado corazón.

13. Pinceladas de niñez

Ya en la estación central pillo un bus hasta Ciudad Jardín. Será que me vuelvo blandita con los años, pero de repente me siento tan sola, tan desamparada, que la idea de permitir que mis padres me cubran de cariño y achuchones, se me antoja irresistible. Papá espera con la puerta de la casita abierta y una mueca de jovial alegría pintada en la cara que no me impide ver sus párpados inflamados, su rostro desmejorado y su desacostumbrada delgadez. Nos abrazamos como si hiciera años que no nos vemos. No voy a contarles mis sufrimientos con Dom pero como tengo

otros, voy a entretenerlos seguro.

—Mi niña, mi niña... ¿Cómo es que te has decidido a venir?

—Pues ya ves —río—, como los jubilados no van a Mahoma, Mahoma sube a la montaña.

—¡Qué alegrón! Pasa, pasa. Estás más flaca.

—Eso le corresponde decirlo a mamá —replico—, ella es la que siempre me encuentra más fea, más canija, menos saludable por culpa de los precocinados. Tú sí que estás más delgado. ¿Te encuentras bien?

—Al margen de algún que otro resfriado, estoy como un roble —afirma mi padre clavando la mirada en el mueble-bar—. Trabajando duro.

—¿Trabajando? Papá, se supone que eres pensionista.

—Me muero de aburrimiento, hija, ya me conoces. Te lo contaré con calma.

—Por cierto... ¿Y mamá? ¿No está?

—Salió esta mañana... temprano.

—¿Sabiendo que yo venía? —me extraño. Mi madre jamás da un paso sin llevar a mi padre colgado del brazo.

—Antes de que llamasés, pero no creo que tarde. Voy a preparar un aperitivo.

Lo sigo a la cocina, una sala pequeña, coqueta y luminosa, donde la familia ha hecho vida desde que guardo memoria. Entrar y aspirar sus aromas es como volver a la infancia, aunque desde que vivo en Madrid, todo es un poco más

forzado.

—Esto no cambia, vuestra casa de siempre —observo soltando el bolso y el abrigo en una silla.

—Es que nuestra casa de siempre nos encanta.

—Entonces, ¿a qué mudarse a Valencia? ¿No era mejor simplificar las cosas, quedarse aquí?

Mi padre me dedica una ojeada de resignación cuyo mensaje capto sin problemas.

—Ya. Lo hiciste por contentar a mamá.

—Hay tortilla de patatas, ¿quieres? La hice yo mismo anoche.

—Papá, ¿tú cocinando? ¿Qué está ocurriendo? —me río. Él trata de

imitarme sin mucho éxito.

—Sí. Últimamente han cambiado algunas... cosas. Me he vuelto más independiente, tu madre también...

Algo en su tono tristón me hace desconfiar.

—Papi, ¿va todo bien?

—Prueba esto. —Me pone el plato por delante—. El pan está recién hecho, como te gusta.

—Te juro que no te reconozco.

Mi padre se sienta a mi lado, en un taburete en la pequeña mesa. Apoya los codos y me mira con ansiedad.

—Cuéntame cada detalle de tu vida de adulta, sola y a tu aire.

—Algo estresante pero con magníficas oportunidades de futuro, si

tengo la suerte de que cuajen los planes. De momento dispongo de un pequeño programa en Radio Retiro, por las noches, con una chica estupenda, toda una profesional, se llama Fany.

—¿Podré sintonizarlo desde aquí?

—No, no, no —me apresuro a desilusionarlo. Solo pensar en mis padres oyéndonos hablar de clítoris, orgasmos y penes, me suda la frente—. Desde aquí, ni hablar, estás muy lejos.

—Qué pena...

—Sí, una gran pena, es un programa cultural... muy entretenido. Y... sigo en la cafetería, además estoy pensando comprarme un coche nuevo...

—¿Todavía anda el Kadett? ¿Mi Kadett?

—¿A que parece un milagro? Pero me da mucha lata, las reparaciones son cada vez más costosas y un... un amigo me ha recomendado que lo cambie. Será por otro de segunda mano, claro, pero lo estoy meditando.

—Es importante conducir un coche seguro, no lo demores demasiado. — Sentado en el borde de su asiento, mi padre me mira feliz, desde sus ojos apagados cubiertos de surcos y arruguitas. Recuerdo su voz al leernos cuentos a Marta y a mí de chiquitas.

—Papá... cómo os echo de menos. — Sufro un arrebató y me arrojó en sus brazos pasando por encima de la tortilla española. Mi padre se emociona, tiene que sacar el pañuelo y sonarse los

mocos, tras la prueba de afecto mutuo.

—Y nosotros, hija, y nosotros.

—¿No hay ninguna posibilidad de que os paséis por Madrid? ¿Una temporadita?

—Tu madre no quiere. Te echa de menos pero dice que está contenta, mejor que nunca. ¿Y tú? ¿Te moverías?

—¡Ufff! ¿A dónde? ¿Aquí?

—Es verdad. Para triunfar debes buscar las oportunidades y bueno, no se puede comparar Málaga con Madrid.

—Ni se me ha pasado por la cabeza siquiera. Me costó desprenderme de la idea de que Madrid es demasiado grande y me engulliría completa. Ya no me muevo.

—¿El apartamento, bien?

—Bien, hasta ahora. Tengo unos problemas terribles con la vecina de arriba. Creo que se dedica a hacer pesas con los muebles, no pego ojo, el otro día la amenacé con llamar a la policía. —Sacudo la cabeza—. Qué chungos, los malos rollos con los vecinos. He visto un adosado de una sola planta que alquilan casi por el mismo precio. Si lo vieras, papá... Frente a un parque, dos dormitorios, un pequeño jardín delantero... En realidad es más bien un bajo de... ¿A dónde vas?

—Enseguida regreso, sigue contando, ese adosado parece ilusionarte mucho.

—Muchísimo. Ojalá salga... No sé... tantos que pagar y mi sueldo es tan pequeño... Apenas gasto nada que no

sea en recibos, gasolina y alquiler, pero aún así... ¿Qué es eso?

Mi padre vuelve con pasitos amortiguados sobre sus viejas babuchas, con un saludable fajo de billetes en la mano.

—Unos ahorrillos que tenía guardados para una ocasión especial. Creo que ya ha llegado.

—No irás a...

—Cógelos, Noa. Te servirá para pagar la fianza y los primeros meses de alquiler del adosado, los gastos de mudanza, quizá el nuevo coche. —Me resisto pero él me los encaja en la mano rígida—. No seas tonta, todo lo que tenemos es para ti.

—Pero papá... es demasiado...

—Te vas a decepcionar cuando lo cuentas. —Se oye un claro ruidito en la puerta—. Vuelve mamá, escóndelo, luego me martiriza y me acusa de que te malcrío.

Metó con premura el dinero en mi bolsillo y me pongo en pie para recibir a mi madre. Jamás habría esperado encontrármela tan pinturera, arreglada y... ¡con una frondosa y desconocida cabellera!

—¡Noa! Hija, ¿de dónde sales? ¿Cómo es que no has avisado que venías? —Me besuquea con unos labios impregnados de carmesí y su perfume excesivo me envuelve al instante.

—Avisé, mami, pero dice papá que ya habías salido.

—Ah, sí... Unas gestioncillas en la calle...

—Mamá... Eso que llevas puesto... ¿es una peluca?

—¿Te gusta? ¿A que sí? ¿A que queda natural y parece mío?

—Desde luego, tuyo es... Me sorprendes.

Mi madre arruga el entrecejo. El ambiente se caldea.

—¿Te molesta verme guapa y cuidada?

—No, es solo que no estoy acostumbrada...

—Prefieres verme ajada y con pinta de ama de casa deprimida.

—No creo haber dicho eso en ningún momento, papá, ¿has oído algo parecido

salir de mi boca?

—Por favor, chicas, tengamos la fiesta en paz. Noa acaba de llegar...

—Aún soy joven, tengo derecho... —
Se revuelve. Enmudezco porque su rebeldía me es ajena y porque veo a mi padre nervioso, sufriendo por la discusión que parece avecinarse.

—Venga, ¿salimos a cenar a algún sitio bonito?

—Estoy algo cansada, papá, mejor si lo dejamos para mañana.

—Estupendo, aprovecha y duerme. Yo esta noche tengo que salir —irrumpe mi madre sin mirarnos siquiera—. He quedado con las amigas.

—¿Tú no vas, papá?

Mi padre levanta una mano con

desgana.

—Son cosas de mujeres, me quedo disfrutando el fútbol. Y de la compañía de mi hija.

—Hacéis muy bien —celebra mamá—. Voy a ponerme cómoda.

De nuevo a solas con mi padre, protegida por el ruido de fondo del secador de mamá, me pongo a cotillear.

—La veo cambiada... Como muy desentendida de ti, de la casa... ¿no?

—Bueno, quizá sea culpa mía, me empeñé en reanudar el negocio...

—¿Para qué? ¿Cuándo toca reposar, papá?

—Eso digo yo —menea pensativo la cabeza—, ¿para qué?

—Y supongo que del restaurante

también se desentiende mamá.

Mi padre no rebate mis comentarios, solo traga saliva. Y yo tengo un palpito terrorífico. Algo está pasando, papá triste y desmadejado, toda su vida se centra en mi madre y ella parece huir. Me atraviesa el alma un relámpago de lástima. Por él, por mí... por lo desgraciados que llegamos a ser los Polo.

14. Demasiadas copas, corazón

De los dos días que paso en Málaga, apenas si paso medio con mi madre. No hago más que verla salir por la puerta, vestida y entaconada con ínfulas de cuarentañera locatis, pasando de mi padre y por supuesto de una servidora. Siempre con planes y por lo visto, buena compañía esperándola en la calle. No cuchicheo que parecemos estorbar, porque no quiero hurgar en la herida de papá que ha vivido las cuarenta y ocho largas horas de mi visita, fingiendo de puta pena. Cuando me despido de ellos

el domingo, es mi padre quien me lleva a la parada del autobús.

—Cuídate mucho, Noa, compra ese coche grande y seguro, siempre quise tener un todoterreno y salir de paseo al campo. Y múdate para que puedas descansar y elimines esas ojeras, que no tienes edad.

—Cuídate tú, papá, cuídate mucho. Y ata corto a mamá que parece que la veo bastante despendolada.

—Se divierte, pobre... bastante ha hecho.

—¿Y tú no? No la defiendas, creo que se está comportando de un modo egoísta... —Me muerdo la lengua cuando veo brillar lágrimas en los ojos hundidos de mi padre. No tengo derecho

a incrementar su dolor, me llevaré conmigo mis sospechas de vuelta a Madrid—. Prométeme que vendrás a verme y te dejaré conducir mi cochazo.

—Hecho. Así podré acompañarte a la radio.

No, eso no. Se me pone la carne de gallina. Le doy un montón de achuchones y me subo al bus. Desde la ventanilla nos saludamos y nos hacemos monerías hasta que el autocar arranca y mi viejo se queda allí de pie, encorvado agitando una mano llena de callos. Pobrecito. No es justo. Ha entregado toda su juventud sacrificándose por la familia, y a la vejez su mujer se busca un amante. Qué congoja.

Porque la enfermedad pasajera que

dice padecer mi madre no es aburrimiento ni amenaza de depre. Tampoco rebeldía ante la reapertura del restaurante. Se llama «cuernos». Y no es obsesión demente, me apuesto el brazo derecho. Conozco los síntomas.

Mi regreso a la capital viene teñido de desesperanza. La infidelidad me repugna y sin embargo, me envuelve. No solo te embaucan con mentiras, además, logran que creas que te aman. Te hace tan vulnerable, tan frágil, tan a punto de romperte en pedazos con el empuje de cualquier dedo, que solo puede calificarse de monstruoso. ¿Qué garantías tengo de que un hombre infiel a su pareja me sea fiel a mí, si yo ocupo ese lugar? Cero. Así que no. No y no.

Ya he decidido acabar con esta puta locura, lo único que me falta es ponerlo en práctica, no entiendo por qué se me hace tan cuesta arriba, por qué si Dom me mete mano al *culotte*, pierdo el juicio y no respondo. Debe ser que tengo mucha hambre, que vagabundeo por este valle de lágrimas muy necesitada y ese hombre infiel y maldito me da de comer. Que mis debilidades y apetitos físicos gobiernan mi voluntad, que me caliento y pierdo el timón.

Cae la noche y no me apetece encerrarme en casa, la pena repta por los rincones. Llamaría a Fany pero mientras me lo pienso, me sorprende vagando por las calles del centro, buscando un garito majo donde ahogar

mis penas en alcohol y muchos decibelios. Las visitas al hogar de mi niñez me desestabilizan. No tardo en sentirme miserable, hueca. Sé lo que va a pasar, pienso emborracharme terrible y bochornosamente, sin tener al lado una amiga, buena o mala, que me sujete por las axilas y evite que estampe los dientes contra el suelo. Doy pena.

Cada vez que tomo decisiones acerca de Dom y mi vida futura, decisiones que luego se derriten y quedan en poco, muero un rato, me quedo tan sin nada que da pavor. No es que amar a Dom sea el motivo de mi vivir pero de algún modo, estando ahí, siento que tengo un objetivo. ¿Cuál, idiota? ¿Demostrar que eres mejor que la pobre mujer que lo

espera en casa? ¿Realmente necesitas un fin tan mezquino para sentirte persona? La amargura consigue que todo se vuelva oscuro y la oscuridad me induce a pedir una copa tras otra. Lo más grave es que me las bebo. La ginebra entra en mi cuerpo, localiza su objetivo y me noquea. Demasiadas fuerzas tirando de mí en distintas direcciones, estoy aburrida y ebria. Muy de las dos cosas. Pago y, tambaleándome, salgo a la calle para cambiar de bar.

Soy consciente de que debería marcharme a casa, debo resultar patética, intoxicándome sola con cara de arrastrada, pero es que si ni siquiera mi madre sabe ser fiel al hombre con quien se casó... Perded toda esperanza los que

aquí entráis.

Varios chicos que se divierten por las aceras me piropean pero escucharlos no logra que me sienta mejor. Alguien incapaz de buscarse un hombre para sí misma, no vale gran cosa. Esta lucha interior mía, acabará matándome. Envenenada ya estoy.

Paso por delante de un tugurio con luces rosa neón y oigo el famoso *I feel love* de Donna Summer. Esa canción siempre ha activado mis instintos más primarios, me atrapan las ganas de contonearme. Entro, ocupo un taburete en la barra y me zampo un *whisky* con soda en lo que dura el tema, inventando mil fantasías calientes arrulladas con sus notas. Cuando más pedo voy, Donna ha

terminado e identifico *Mi verdad*. Canta Shakira, canta Maná, yo me hundo en la miseria. Hay que joderse, quiero la cabeza de ese Dj en una pica, ¿es que nadie le ha enseñado que conmigo presente está prohibido mencionar las mentiras? Sobre todo las que duelen.

Me aparto el pelo de la cara. Tengo detrás un animado grupito de machos cazadores que llevan rato observando y cuchicheando. No soy gilipollas, pero como me importa un rábano, tampoco me vuelvo a gritarles lo que se merecen. Uno de ellos, sin embargo, se acerca más de la cuenta, rodea mi espacio y se me planta delante. Huele de maravilla. Es insoportablemente guapo. Y alto.

Yo a este tío lo conozco.

—¿Ahogando las penas? ¿O está muy vista la frase? —me aborda con una sonrisa de las que desarman, matan y luego preguntan. Lentamente empiezo a ver la luz entre el algodón húmedo que me rellena el cráneo.

—Umm... ¿Capuchino y cruasán? —aventuro. Es él. El guaperas que viene cada día a desayunar a mi bar. Al que bañé con champán caro. Gael.

—No siempre, depende del día. —Me muestra el vaso de tubo relleno de alcohol—. ¿Estás sola?

—¿A ti qué te importa? —gruño girando el taburete, dándole la espalda. Fin de la conversación. Esta puñetera canción me está agriando el humor.

Gael no se da por vencido, viene por

mi derecha y se apoya de costado en la barra, mirándome con una mezcla de chulería y curiosidad. Acaba de abandonar a sus amigos para entretenerme, me veo en la obligación de decir algo.

—No pareces el mismo.

—Lo dices por el traje. O por la ausencia de él.

—Sí, puede.

Pasa un ángel. Bebemos, cada cual de su vaso, fingiendo despreocupación cuando lo cierto es que no me quita ojo y yo no aguanto esas dos lunas azules clavadas en mi cara. Lo admito, soy una pecadora y él, un premio demasiado tentador.

—Oye, no te acomodes —le advierto

afilada— que no te he invitado a charlar ni a acompañarme.

—Vaya, estás en modo dragona, nada que ver con la encantadora chica que sirve los cafés vestida de blanco y rojo.

—Ni me recuerdes ese uniforme de pesadilla. Y sí, estoy cabreada y me encantaría seguir estándolo, sola, además. Bueno —hago una señal con los ojos al techo—, con esta mierda de canción deprimente.

—¿Deprimente? Para nada —Sonríe con suficiencia. Me sube la ira esófago arriba.

—Será tu opinión. Yo tengo la mía y no se parecen en nada.

En efecto, es la ausencia de traje y de formalidades lo que hace de él un sueño

por el que las mujeres de medio planeta se suicidarían. Va en vaqueros, con una simple camiseta azul añil con rayas grises, cuello en uve y una cazadora de cuero que acaba de olvidar sobre la barra. Si fuese dueña de mis actos, saldría de aquí corriendo, puedo imaginarme a su pandilla descojonada, pendiente de cómo me seduce, igual hasta hay apuestas de por medio. Pero cuando una de sus manos enormes envuelve mi cintura para tirar de mí mientras la otra atrapa mis dedos en una clara invitación al baile, todo se nubla alrededor y la vergüenza deja de tener importancia. Me resisto, no creáis. Un poquito, con un forcejeo que me fatiga enseguida. Me abandono a la sensación

de pertenecerle por un instante.

«Hay mentira en la mirada, hay mentiras en la piel dibujada. Hay mentiras, hay amantes que por instantes de placer, ponen su vida a temblar...».

El pelo revuelto. Ojos que brillan. Este hombre es una perversión en sí mismo y yo la boba que en lugar de huir, se pone a su alcance.

—Relájate —me ordena. Seguramente bailo tiesa como un palo pero es que tanta proximidad me perturba. Mucho. Más—. Creo que ya va siendo hora de empezar a ser amigos y dejarnos de estrictos protocolos.

—De eso nunca hemos tenido, sirvo bollos, no soy patrón de barco —repongo con un hilo de voz que se

debilita conforme escupo palabras.

—Ya sabes, la distancia del mostrador, tú ahí, yo aquí, ahora solo somos un hombre y una mujer... bailando.

Esa pausa marcada antes del gerundio me vuelve loca. Cada segundo me importan menos sus amigos y si se mofan o se operan. Esa mano contra mi espalda, abarcándola entera, rozando la curva que comunica con mi trasero, me tiene muy ocupada.

—Solo somos dos que han bebido demasiado —corrijo tratando de ganar terreno.

«Tú eres la luz de mi vida, tú eres la voz que me calma, la lluvia de mi alma y eres toda mi verdad...».

Ojalá lo fuera. Me sorprendo destensando los músculos, amansándome, recostando ligeramente la cabeza en su pecho, que apenas se note, pero me bebo todo su calor. Ojalá un hombre así irrumpiera en mi vida para convertirse en la verdad, en mi calma. Hace siglos que nadie me abrazaba y me obligaba a danzar. Alzo las pupilas y busco las suyas. Él ya está preparado, esperándome. Y desde que nos miramos a los ojos, sé que acabaré en su cama.

No sé si la culpa la tiene la bendita casualidad o el que Gael y yo echemos fuego y llevemos el cartel «espectáculo asegurado, reserve su asiento» pegado al culo, el caso es que la música ambiente pega un brusco viraje de

estilo, aunque sigue siendo latina. Lo que suena ahora es *Él no te da* de Dasoul. Superada la primera fase de irritación por separarme de esos pectorales gloriosos que parecen mi casa, me convengo de que pese a los vaqueros, el correcto Gael no bailará algo así, ni de coña.

Vuelvo a equivocarme. No cabe duda de que soy una lince... cegata. ¡Pero cómo se mueve este hombre! Mientras «me dice» que tiene mi cuerpo grabado en su mente, no aparta de mí sus ojos, me aleja con un latigazo de su brazo izquierdo, y ondula la cadera en un alucinante paso de... ¿salsa?

—Esto no lo sé bailar... —me disculpo con atropello. No me permite

escapar, sus dedos continúan trenzados con los míos, me gira, me voltea, me encarcela y pega su cara a la mía hasta marearme con el roce de sus labios, para a continuación enviarme a un lado, a otro, y recogerme como una muñequita domesticada.

«Qué es lo que tiene esa nena, ella no busca amor...».

Desde luego que no busco amor. Esta situación inesperada me está poniendo cachonda cual perra de los infiernos, no puedo más. Lo que quiero es un boquete oscuro a la voz de ya, y que me folle hasta que la piel se incendie y la garganta se me desgarre de tanto chillar. Él también ha bebido, me lo cuenta su aliento, sus pupilas dilatadas y el

pedazo de erección que marca a fuego cada vez que nos fusionamos.

—Estás como una cuba —lo acuso con una risa provocadora.

—Pues aprovéchate de mí, échame un polvo que me deje tiritando.

—¿En tu casa o en la mía? —me oigo preguntar. Joder, ¿he sido yo? Y él... ¿Cómo se atreve? Al principio parece que se asombra. Pero se le pasa enseguida, controla y me dirige una mirada de lobuna satisfacción. La del jugador que sabe que apostaba sobre seguro y simplemente confirma el pronóstico. Malditas sean sus carnes morenas y mi sed desesperada.

—La mía. Queda bastante cerca —me susurra con una naturalidad que me deja

fuera de combate.

Pues sí. Así es como se hacen hoy día las cosas con los depredadores. Una peina el aire de un golpe de pestañas y se mete, a continuación, directa y temeraria, en la boca del lobo.

15. Ahí mismo, con el lobo cerca

Que nadie me pregunte cómo he llegado. Bastante tengo con no vomitar. Di por sentado que Gael tendría un deportivo rumbo o un todoterreno en fulgurante negro. Luego calculé que currando de oficinista en una editorial no manejaría tanta pasta y me decidí por un utilitario tipo Golf. También oscuro. Lo mío es fijación.

Meeeeec. No doy una.

Jamás incluí la posibilidad de una moto. ¿Un tipo tan pijo a lomos de una bestia mecánica? Naaaaah. Sé que hoy

no da impresión de ejecutivo estirado pero lo es, lo juro, lo tengo a diario a un tiro de piedra desayunando y lleva los zapatos de cordones como los chorros del oro. Nunca repite corbata y las camisas bajo la chaqueta le quedan de vicio. Evidencia estar acostumbrado a esa ropa, se mueve dentro con soltura y un cuerpo pecaminoso, los pantalones realzan su cadera estrecha y sus largas piernas. La chaqueta, sus hombros cuadrados y su espalda grandiosa.

¡Pero es un malote!

Creo que hasta le perdono lo de la moto. Ha pasado de sus amigos, que han tenido la decencia de no jalearnos al salir. Me ha encajado el casco con ternura y mimo, se ha molestado en

sujetarme mientras me lo abrochaba, y el airecito del trayecto me ha despejado la cabeza. Aun así, bizqueo, llevo tiesos los pelos y huelo como las destilerías de anís El Mono. Me arrimo a su cuerpo con desvergüenza y muchas ganas de meter mano y de que me metan... lo que se tercié. Él también anda bolinga y pienso aprovechar la oportunidad porque, no nos engañemos, sobrios, esto jamás de los jamases ocurriría.

Cruzamos la ciudad como un torpedo y finalmente aparcamos dentro de un garaje comunitario, amplio y cuidado. Me da un poco igual, la cabeza me da vueltas y la entrepierna suelta chispas a cien grados. Encaramada a Gael atravieso un corredor, en el ascensor me

da el primer beso, y a partir de ahí pierdo la conciencia de gran parte de lo que pasa.

La culpa la tiene «ese» beso. El más intenso y ardiente que me han dado nunca, dudo que en toda mi vida vuelva a haber un beso igual. Sus labios queman y son jugosos, tapa con ellos mi boca y succiona suave y juguetón. Su lengua acompaña el movimiento de seducción, me recorre entera hasta ponerme la carne de gallina. Puedo imaginar lo que será esa lengua deslizándose por mis rincones, los estragos que causará. Es el alcohol, me digo, el alcohol que todo lo magnifica y lo deforma. Pero también son sus manos que inmovilizan mi cara, sus caderas

apretadas contra mi cuerpo, en una palabra, es él y todo su inconmensurable atractivo que al menos esta noche alucinante, me pertenece.

Entramos en lo que me figuro, será su apartamento. Tiene estilo, no puedo sacarle ningún defecto. Tampoco veo gran cosa, solo distingo bultos difusos, me arrastra adosada a él, sujeta por la cintura, apoyada contra su torso, entregada por entero al placer de otro beso interminable. El mejor preliminar cuando son buenos. Y yo que no venía precisamente necesitada de preliminares, creo que pulverizaré las bragas si esto no frena.

—Necesito follarte ya —me susurra ronco y sugerente.

¡Coño con el oficinista!

—Cuanto antes mejor, estamos perdiendo un tiempo precioso —lo anima mi yo despendolado. No reconozco a esta Noa calenturienta y desinhibida que se pone el mundo por montera, y se tira a un cliente del Love Locke sin importarle un pito cómo mirarlo a la cara a partir de mañana—. Te sigo, voy borracha. Curda. Pedo. Castaña. Moña...

—No insistas, ya lo pillo.

El dormitorio huele a él. A bosque, a menta con un toque cítrico. La cama es enorme y tan cómoda que cuando apoyo en ella la espalda sé que podría quedarme a vivir debajo. Nos arrancamos la ropa con cero diplomacia

y aún menos timidez. Visto desde fuera, debemos encarnar la perfecta escena de película en que los protagonistas llegan desde la calle dominados por el ansia, desgarrándose las camisetas. No sé ni cómo hemos tenido la santa paciencia de alcanzar el colchón. Sin previo aviso, mis manos dejan de tocar tela y es piel lo que recorren. Piel suave con un masculino vello ligero que se eriza a mi paso. ¿Yo provoco ese efecto? Será el *whisky* de malta, no soy tan irresistible.

—Estás muy mojada... —Lo dice porque sus dedos no han perdido el tiempo, se internan entre mis pliegues, buscan la entrada a mi vagina y me penetran con un dulce gemido. Gimo también, no puedo evitarlo, me pierdo

entre sus besos y sus caricias, me arqueo y clamo porque cuanto antes, se acomode entre mis piernas.

—Necesito sentirte dentro —indico en un murmullo. Lo noto complacido hasta lo profundo. Me sonrío y vuelve a besarme. Modifica su postura, se encaja sobre mí y antes de intentar nada, ya me tiene temblando de pura excitación.

Vamos al grano, sin entretenernos en ternuras pero al mismo tiempo, nada es brusco ni está exento de delicadeza. Para tratarse de dos desconocidos que follan por pura atracción física mediatizada por muchas copas, está siendo bonito y especial. No creo que ocurra nada que luego me haga arrepentirme... salvo el hecho en sí de

haberle casi forzado a traerme, y el agravante de tener novio y olvidarlo.

Su miembro hinchado entra en mí, hasta el fondo, a máxima profundidad y se me escapa un gemido que incendia su excitación, mientras mi carne se abre y lo recibe. Me agarro a sus hombros desnudos para compensar la fuerza de sus embestidas. Entra y sale, impetuoso, y me transporta al cielo. Las sensaciones de calor, placer, escalofríos, frenesí, se entremezclan, envuelven mi cuerpo prisionero, se suceden. Gael es fuerte, está musculado y bien esculpido, me dejo guiar más por el tacto que por la vista, sigo demasiado aturdida pero la curva inconfundible de su culo prieto me despeja lo suficiente como para sentir la

explosión del primer orgasmo en todo su esplendor. Jamás he gritado con Dom como estoy gritando ahora. Convulsiono, mi vientre se agita, se aprieta, mi vagina se retuerce y Gael me sigue con un rugido sordo y un trío de empujones brutales que lo clavan en mis entrañas.

Está siendo tan sumamente intenso, tan devastador, que no quiero que acabe. ¿Existe el placer infinito, abrasándote las venas, alcanzando hasta la última y recóndita célula de tu ser? Porque eso es lo que experimento. Gael se vacía por completo en mi interior, soy pasto de su fuego, del abandonarse a las emociones, ni siquiera recuerdo haber visto un condón, estábamos tan hirviendo al caer sobre la cama, que cualquiera sabe la

insensatez que hemos cometido.

Suavemente le pregunto. Sigo muy mareada pero satisfecha como tras un festín de treinta platos.

—No te preocupes, lo tengo todo bajo control.

Eso espero porque lo que es yo, solo sé que aún tiritó con la onda expansiva de este clímax alucinante que acaba de regalarme, que me ha deshecho bajo sus expertas y presurosas caricias. En pocos minutos, la escasa luz que nos rodea desaparece y me duermo, plácidamente, con los latidos de su corazón pegados a mi oído, con su protector abrazo lanzando mensajes mudos de esa paz deseada que hace mucho que no siento. Todo cambia cuando al removernos nos

rozamos y el deseo brota otra vez, impetuoso, potente, como si nadie lo hubiera colmado hace minutos y gritara su hambre voraz por todo Madrid. Regresa mi corazón acelerado, el calor que quema mis mejillas y todas las sensaciones eléctricas que me llevan a desfallecer de gusto. Gael gira y me cubre con su peso.

—¿Por qué no me canso de ti, pequeña respondona?

—Espera a que se te pase la borrachera —le sugiero con mi media lengua de beoda indigna—, seguro que las cosas cambian.

—Demasiado modesta —se burla. Sus dedos peinan la piel de mi cuello—. Y preciosa. Demasiado bonita para ser

de verdad.

Con una carcajada superviviente aferro su mano y le obligo a hundir los dedos en la carne suave de mi trasero.

—Soy de verdad, mira, tócame. Una chica real que quiere chuparte la...

Vuelve a besarme, Dios, y me olvido hasta de mi nombre.

Cuando su boca se encarga de mis pezones, los muerde, tira y los lame jugueteando travieso hasta convertirme en una criatura sumisa que jadea debajo de él, decido que mi regalo puede esperar, que dejaré que me folle y después lo devoraré entero. Permito que inicie el proceso, lo noto adentrarse, me humedezco y enseguida lo fuerzo a tumbarse y me siento encima, sobre su

vientre, empalada en su miembro, cabalgando adelante y atrás con los ojos cerrados, impulsada por la fiebre de la embriaguez, gimiendo a voces, sin ningún pudor. Me corro. Dos veces seguidas sobre su regazo, después de una serie de sacudidas violentas, de brutales golpes de cadera con los que me desquicio, completamente poseída, sin atender a más razones que a mi propio placer. Con sus dedos pellizcando mi clítoris y su lengua en mi boca.

Un par de horas más tarde, puede que tres, no lo tengo muy claro, estoy de vuelta en mi apartamento, desnuda bajo la ducha templada, apoyada con ambas manos en una pared que se tambalea. He

rechazado sus ofrecimientos: el de quedarme, el de ducharme, el de traerme a casa, el de disculparse por ir tan pedo. He balbuceado una despedida más torpe que precipitada, y precipitada ha sido un rato, y me he lanzado a medio vestir a la calle en busca de un taxi. Los recuerdos no son nítidos, creo que lío una cosa con otra, lo que fue antes, lo que vino después, pero el rastro del placer permanece indeleble, no ha sido una ilusión. He pasado por los brazos del oficinista de ojos azules, el chico guapo y semidesconocido que fornicaba como quien viene a repoblar el planeta Tierra. Me he vengado de los sinsabores que me deja Dom, le he sido infiel. De camino...

Me he traicionado a mí misma.

Tener a mi padre y su trágica tragedia martilleándome el coco, sumado a mis noches locas de intoxicación ética con consecuencias, hace más llevadera la ausencia de Dom, que parece haber sido engullido por los abismos del infierno. Ni rastro. No es la primera vez que desaparece pero curiosamente, sí la que menos me importa. Al sondearme encuentro alivio, que no me domina esa desesperada angustia por saber de él, por verlo aparecer, por que me haga el amor susurrándome a la oreja que soy la mejor, la primera, su vida entera. Mi necesidad de él se aplaca con sus ausencias, con sus desplantes y con la absoluta falta de futuro de esta estupidez

de pasatiempo que yo he ido alimentando durante muchos meses, atreviéndome a llamarlo relación, para sentirme mejor, menos loba. Puede ser que esté abriendo los ojos, liberándome de las trabas de una pareja tóxica, dando el primer paso valiente al cambio.

También puede ser que subir al séptimo cielo con Gael lo haya pintado todo de otro color. En cuanto a eso... No siento arrepentimiento pero sí una grandísima vergüenza. He metido la pata. Es un cliente. De acuerdo, parece un dios, pero no es más que un cliente que viene casi a diario, que vendrá mañana y pasado, al que tendré que atender sin saber qué decir. Empezábamos a ser amigos y por culpa

de un calentón me lo he cargado. La maldita casualidad propició el encuentro y la melopea hizo el resto. No voy restarle hierro al asunto, ni a saturarme de culpa. Él también iba fino filipino. Debería sonreírle a la vida y quedarme con lo importante: he sido capaz de disfrutar con otro hombre, a pesar de todo. Tanto que me parece pecado.

De la maratón de sexo, me duelen hasta zonas del cuerpo que ni sabía que existieran. No pienso ir a trabajar. ¿Qué tal si me invento una súbita fiebre y me escondo un par de días? Sé que es de cobardicas asquerosos, que la faena que le monto a mi compañera es de aúpa, todo eso lo asumo, pero me puede el miedo a enfrentar las consecuencias de

mi insensatez. Tengo novio. O algo parecido. Es una mierda, de acuerdo, pero hoy por hoy es lo que hay. Si pretendo que Dom respete lo nuestro, debería empezar por respetarlo yo misma aunque me cueste la vida entera. Cortaré ese enganche insano, pero con dignidad, esta no es la forma. Liarme con otro no me salvará en plan milagroso. Con ese remordimiento, me levanto, telefono y siembro mi mentira.

Decido seguir mi instinto y los consejos de mi padre, aceptar la oferta del gigantón del concesionario, embarcarme en una deuda que estrangulará mi economía, y recojo mi flamante nuevo coche a última hora de la tarde, antes de irme a la emisora a

empezar el programa. Al menos, esa alegría se la debo a papá y en cuanto lo llame y la compartamos, le arrancaré una sonrisa.

Tardo el doble del tiempo acostumbrado en recorrer la distancia concesionario-Radio Retiro. Esta especie de camioneta se me cala cada dos por tres, y traquetea entre mis pies incapaces de acertar con el pedal correcto. Algún majete por la calle me grita que si me han dado el carné en una tómbola y lindeces por el estilo. Para rematar el expediente de mis bochornos solo habría faltado cruzarme con Gael en mitad de la carretera y que pudiera reírse a gusto una semana completa. No me lo cruzo, menos mal. Después de lo

del polvo, ni acordarme de él quiero. Y a él debe de pasarle lo mismo. Deseo con fervor que rompa sus sagradas costumbres y deje de aparecer por el Love Locke.

Cuando llego al estudio, con la lengua fuera para variar, Bonifacio Cascabeles ocupa la esquina norte de la gran mesa de trabajo y coquetea en descarada fase dos, con una Fany que no le hace precisamente ascos. El trozo de charla que pillo no tiene desperdicio. Boni le mete una tarjeta por las narices, literal, a mi amiga.

—Toma, guapa, mi número de móvil.

—Ya lo tengo, Boni, me lo diste hace un montón, ¿recuerdas? —repone ella cargadita de paciencia. El depredador

no se inmuta.

—Has debido de perderlo.

—No, no lo he perdido, listillo, está ahí, en mi monedero.

—Ha pasado casi una semana y aún no me has llamado: lo has extraviado, fijo.

Su original inventiva le saca a Fany los colores y la sonrisa.

—Tú nunca te das por vencido, ¿verdad? ¿Estás muy seguro de ti mismo?

—Tanto como para seguir insistiendo. Venga, es solo una cena.

—No.

—Un aperitivo. Una copa, unas gambas.

—No y no. Por ese orden.

—Me encantas cuando te haces la dura, me la pones ídem. —Con un guiño de actor americano se despide de ella y de la esquina de la mesa que lo sostiene. Camina hacia mí con una sonrisilla de suficiencia en la comisura—. Buenas noches, Noa. Creo que tu amiga está a punto de tirarse por el balcón.

—No será de un ataque de amor por tí —rio sin poderme contener.

—No me refiero a este bombón que tarde o temprano será mío, sino a la chica que te espera en la sala de visitas.

—Olimpia —revela Fany con cara de vinagre.

—¿Olimpia aquí? ¿Y eso? —Mi mechada amiga saca la cabeza por el marco de la puerta y me saluda con un

aleteo de manos.

—¡Yuhu! Me acerqué a tu casa esta tarde pero por lo visto ya te habías marchado. He venido para ver tu coche nuevo.

¿Yuhu? ¿Mi coche nuevo? Pestañeo perpleja.

—Pero si acabo de recogerlo, ¿cómo lo sabías?

—Me lo comentaste de pasada por teléfono.

—Te comentaría que me lo estaba pensando... Hace días de eso...

—¿Has visto que buena memoria tengo? —Me propina dos o tres empujones hacia la salida—. Venga, baja, enséñamelo, que luego me pones como excusa tus obligaciones con la

audiencia y me quedo con las ganas.

—Yo con esta mujer, fli-po —es lo último que consigo oír de Fany.

En cuanto remata un par de vueltas alrededor a mi nuevo bólido, sin ni siquiera otear el interior, Olimpia se da por satisfecha y se despide con un pretexto tonto que no llega a ofenderme porque para variar, ya voy con la hora justa. Me cruzo con Boni en el portal y subo las escaleras de dos en dos, rezando porque estén alargando la sintonía de inicio.

16. Una dedicatoria que dice «me fui»

Pues sí. Suena Jason Derulo, ídolo de Fany como podréis suponer, y su *Whatcha say*, y esas notas se me enganchan dentro y me centran en un santiamén.

—Esta noche inauguramos también nuestra página de Facebook y perfiles en Twitter e Instagram. Podréis escribir todos vuestros comentarios y opiniones, los iremos leyendo a lo largo del programa —recita Fany con esa sensual voz suya.

—Así, todos los que no llegáis al

teléfono no os quedaréis con el ansia viva —agrego felicísima de poder subirme al tren, aunque sea en marcha.

—Se permiten comentarios sobre cualquiera de los temas que hemos debatido en estas pasadas semanas. Recopilemos, concluyamos, reflexionemos con inteligencia porque el órgano sexual por excelencia es...

Me hace una seña sutil, la pillo al vuelo.

—El cerebro. —Ganas me entran de ponerme a dar saltos. Por una noche estoy concentrada, aguda, me siento bien y no tengo demasiadas dificultades para seguir el espontáneo guión de Fany. Por una vez me siento equipo.

¿Serán los increíbles orgasmos junto

a Gael que me han reseteado?

—Ya tenemos las primeras intervenciones vía redes sociales: Emilio nos comenta que cree firmemente en la media naranja pero que a veces uno busca y busca sin llegar a encontrarla.

—Desde el extremo contrario, opina Fidel que respecto a la existencia o no de una media naranja ideal, espera no encontrarse una sola. Agonías.

—Qué ambicioso. Y Laurita desde Alicante nos cuenta que ella de medias naranjas nada, que siempre le tocan limones enteros. Ay, qué chistosa.

—Mónica de Aragón y Juan de Jerez coinciden al pensar que el cuento del príncipe azul ha propiciado muchas

depresiones crónicas a las princesas. Que seamos realistas y dejemos de buscar una perfección que no existe.

—Hagamos un kit-kat melódico — anuncia Fany. Yo le marco una seña con los dedos solicitando que me permita escoger y presentar tema. Asiente con la cabeza.

—Sé que no estarás escuchando, nunca lo haces —afirmo crípticamente. De repente asumo que tengo roto el corazón, el interior hueco y las lágrimas a punto de caramelo, pero también una lucidez sorprendente de esas de arrancar la venda de las sienes. Ya llevo un rato abstraída, meditando este obsequio—, pero esta canción es para ti. *Me fui*, de Malú.

—Y el que la lleva, la entiende —
completa Fany con un ligero carraspeo.

Nos guiñamos un ojo y pasamos
directas al tentempié. Hoy, Fanta y
panchitos.

—Buenas noches, volvemos al teléfono.
Líneas abiertas, ¿con quién hablo?

—Soy Cecilia.

—Bienvenida, escuchante de la
noche. ¿De qué prefieres charlar?
¿Amor a primera vista, medias
naranjas...?

—Cuernos. Con todas sus letras.

—Adelante pues. —Trago saliva,
aunque la noto como un cubo de caldo
compacto.

—Me gustaría denunciar
públicamente al cerdo de mi marido que

me los está poniendo con una vecina. — Marca una pausa que nos mantiene en ascuas—. Seguramente.

—Oh, Dios, otra paranoica como tu Bea —me dice Fany sin emitir sonido alguno—. ¿Has dicho... seguramente?

—Sí. Bueno, ya sabéis, en estas cosas una no está nunca del todo segura pero tengo suficientes indicios para creer que así es.

—Ah, yo no sabría qué decirte, Cecilia, aquí la especialista en cuernos es Noa Polo. ¿Adelante, compañera?

—¿Por qué le has dicho eso? — mascullo irritada. Toso para aclararme la garganta y las ideas—. En primer lugar, creo que estás dolida, amiga, que hablas desde la rabia y el...

—¡Desde la mala hostia que me consume! ¡Sí! —Revienta como una olla exprés.

—Yo no lo habría dicho mejor — admito.

—Y tengo todo el derecho del mundo. Soy una mujer casada, tengo los votos de mi marido por escrito y rubricados, nunca debería hacerme pasar por este trago, ser una cornuda es humillante, es denigrante, es... es... ¡una mierda enorme!

—Tranquila, Cecilia —la calmo—. Ser la otra tampoco es plato de gusto.

—¡Que le den a la otra! No es más que una zorra que anda cepillándose a un hombre que tiene familia, una tipa soltera destrozahogares sin

remordimientos ni reputación.

—A ver, Cecilia... —busco un respiro pero es imposible del todo, la boca de esta mujer parece una metralleta escupiendo insultos. La parte fea del asunto es que yo no puedo evitar sentirme identificada con la degradante imagen de «la otra».

—Las que juegan a ser amantes son todas prostitutas de vocación —finiquita iracunda. Es como si me lo arrojase a la cara.

—Creo que vas demasiado lejos... —Trato de llenar de aire los pulmones y no dejarme llevar. Siento fijas en mí la mirada y la atención de Fany. Concentradas en plan diana.

—Tú no sabes de lo que hablo, yo sí.

¿Sabes lo que es pasar sola una noche tras otra esperando que tu marido regrese?—El tono de su voz se amortigua un tanto—. ¿Acaso tienes idea de la clase de tortura que supone, las malas pasadas que te juega la imaginación?

—Me hago cargo... —Los latidos de mi corazón se van acelerando, rozo temerariamente el infarto.

—No, no te haces, nadie que no esté en nuestro pellejo, el de las cornudas, puede hacerse. Si hubiera justicia en el mundo, cada putita que se lía con un hombre casado debería experimentar tarde o temprano en sus propias carnes lo que es que te los pongan. Me refiero a más adelante, cuando ya se hayan

cargado a la familia en cuestión e inicien una relación con él o con alguien que les importe en serio.

No dejo de ver la verdad de sus palabras pero son tan crueles, tan unilateral su visión...

—¿Cree que las amantes no sienten amor por ellos? —me rebelo. Fany persiste sospechosamente muda.

—Claro que no. Solo egoísmo, maldad y afán de destruir.

—Puede que te equivoques, Cecilia. Puede que esas mujeres a las que tanto desprecias también estén enamoradas y sufran lo mismo o más. Puede que ninguna de las dos debiera estar en la posición en que ellos las ponen, ambas son humilladas y pisoteadas, ambas

pierden su dignidad —sentencio llena de ardor.

—Yo no creo...

—Lo que tú creas no es más que una parte de la historia, hay más, mucho más. Nadie manda sobre su corazón, nadie desea entregar su alma a un hombre que no es libre y te hará sufrir pero... ¡Esas cosas pasan, joder, pasan!

—Bueno, Cecilia —interviene mi compañera al tiempo que busca mi mano y la aprieta con afecto. Las lágrimas han acudido en tropel a mis ojos—, está claro que hay varios prismas desde los que enfocar este suceso, siempre desagradable.

—Es que si encima hay que ser condescendiente y compasiva... —

gimotea la oyente—, apaga y vámonos.

—Te comprendo... te comprendemos. Espero que tengas mucha suerte y que nos lo cuentes, tienes la página de Facebook a tu disposición. Ponlo como un trapo, despotricar es terapéutico.

—Pero lo que afirma tu compañera... —trata aún de rugir en un último arrebató. Fany cuelga sin cortarse un pelo.

—Esta preciosa canción, *Fuck you* de Cee lo Green, va dedicada a nuestra queridísima oyente. Que pases buena noche y atención a la letra, Cecilia, disfrútala y ponla en práctica. Dedícasela a tu churri. —Termina de disponer el tema y gira hacia mí—. ¿Qué diablos te ocurre? ¡Estás llorando!

Me seco rápido la cara con el revés de la manga y me preparo para mentir.

—No, nada, me he emocionado con la historia, eso es todo. La gente nunca se detiene a preguntarse lo que siente el otro, les falta empatía. —Fany entorna los ojos—. También cuenta que estoy agotada del viaje, la vecina de arriba no me deja dormir y la relación de mis padres me preocupa... —que me he cepillado al cliente más guapo que tengo por puro descerebramiento... ¿Seguimos para bingo?

—Vete a descansar, yo me encargo de *Noa-manece* esta noche. —Al comprobar que no me muevo, tapa el micro con la mano abierta—. Que te vayas, he dicho.

Tampoco obedezco. Me quedo allí, desvariando. Me resulta muy cuesta arriba frenar, ahora que he destapado la caja de los truenos. Tengo tanta frustración dentro, tanto dolor no gestionado, que lo dejo salir a borbotones para que la presión afloje.

—Llevo casi una semana sin cerrar los ojos, los muebles de mi vecina chirrían por todo el suelo y la oigo gemir y cuchichear como si discutiese con alguien pero solo está ella... — Aprovecho lo melodramático del momento para dar rienda suelta a mi llanto compulsivo. Fany me acaricia el pelo como días antes había hecho mi padre.

—Llama a la policía si es necesario.

Venga, no me obligues a sacarte a tirones del estudio. Vete a la cama pero ya.

—Acabará suicidándose. ¿No te importa hacerte cargo...?

—No, soy autosuficiente y leer los comentarios de las redes cubre bastantes minutos.

—Si no puedo dormir te sintonizo.

—Ok. Marchando, chavalita.

—Gracias, Fany. Eres... una gran persona.

—Mujer, gracias por el piropo. —Se ruboriza ligeramente y en este segundo me siento más unida a ella que a nadie en el mundo. Vuelvo corriendo y la abrazo.

—Lo digo en serio, una gran persona.

Y yo muy afortunada de tenerte cerca.

Sus dedos me pellizcan un moflete.

—Pues esta gran persona ya ha realizado el embrujo que te arrojará en brazos de tu príncipe, sea del color que sea. Es cuestión de tiempo que funcione.

Pestaño asombrada. Puede que porque en medio del tornado de circunstancias acumuladas que me sobrepasan, lo de las hierbas y el hechizo de amor, lo tuviera olvidado. La magia de Fany, el revolcón con Gael, humo de colores, jadeos, los mejores orgasmos de mi vida... ¡Para, Noa, paraaaaa!

—¡A casa! —repite mi compañera encajándose los auriculares, girando su silla hasta acercarse de nuevo al

micrófono—. Y seguimos con estos apasionantes debates. El sexo, la infidelidad, dan tantísimo juego...

Me voy con mi estupor, mi malestar y mi gabardina arrugada. Nada más poner el pie en la calle, una chica desconocida, morena y bajita se cruza en mi camino.

—Hola, ¿eres Fany o Noa? Espero de corazón, que seas Noa. Soy Bea.

Me quedo petrificada con la boca abierta y sin saber cómo saludarla. Solo acierto a mover la cabeza. Parezco un teleñeco.

—Os habéis hecho famosas, ya no me pasan la llamada, me dejan esperando hasta el final del programa, nunca queda tiempo. Hay tanta gente queriendo

intervenir...

—¿Eso te han dicho? —Madre mía, qué crédulas son algunas.

—Eso mismo

—Pues no deberías insistir tanto, esas llamadas cuestan un dineral.

—Es que estoy desesperada. Vuestros consejos son lo único que me alivia. Bueno, los tuyos. ¿Podemos quedar un día? ¿Ser amigas, algo así? —Se empuja las gafas sobre el puente de la nariz. Deben pesar un quintal.

—Creo que muy pronto volverás a intervenir en el programa, no temas, esto no es más que un *overbooking* pasajero. Y ahora perdona, Bea, no me encuentro bien.

—¿Te llevo a alguna parte? Tengo

moto. Trabajo de repartidora de una distribuidora de papelería...

—Gracias, gracias pero no. —Solo de pensar en el viento helado cortando la noche me sube la fiebre. Señor bendito, si antes de conocerla Bea me inspiraba compasión, ahora, después de verle la cara, lo mío no tendrá remedio.

Ahí se queda, a la entrada de la radio, mirando mi espalda, esperanzada con mi mensaje. Pobrecita, pobrecita. Cómo me identifico con ella. Con Cecilia. Con todas.

El estrépito de los muebles de mi vecina despeinada se percibe desde el descansillo de la escalera. Suspiro, compruebo que Dom sigue sin llamar, me salto mi apartamento y subo del tirón

al piso de arriba. Pulso el timbre hasta que me abre. Malencarada, pálida y con el bebé en brazos.

—¿Arrastras muebles al tiempo que sujetas al niño? —espeto la mar de cabreada.

—Déjame en paz. —Tiene intención de cerrar la puerta en mis narices, pero apoyo las dos manos, hago fuerza y lo impido. Por fortuna para mí, ella sostiene al bebé y solo dispone de una mano libre.

—Déjame tú primero. ¿Me ves? Vengo vestida, ¿cierto? —me señalo— Y es casi la una de la madrugada. Trabajo hasta las dos y pico, claro que, como el insomnio que me provocas está a punto de enfermarme hoy he tenido que

salir antes en un ilusorio intento de...
¡Dormir! A las seis y media de la mañana mi despertador juega a aporrear-me la cabeza y vuelta a empezar. Eso hace un total de cuatro horas de sueño en el mejor de los casos. ¡Cuatro horas para reponer fuerzas y tirar del día! Cuatro horas que tú, tus chillidos y tus muebles reducen a apenas hora y media. —Adelanto un paso temeraria—. Creo que voy a terminar asesinando a alguien.

Mi vecina atraviesa la pierna para que la intrusa, yo, no siga avanzando y me clava en el rostro unos ojos amargados y neblinosos.

—Está bien, procuraré que haya silencio. Es curioso que no te quejes por

el bebé.

—Tu hijo es un santo, el pobrecillo. Pero para con la mudanza o te juro que voy a cometer una locura.

—Bien. —Y atranca la puerta antes de que podamos hacer un simple amago de despedida. Salvo lentamente los escalones que me separan de mi casa, de mi ansiada cama. Me desvisto a todo correr y me cuelo el pijama. Está visto que cuando el cansancio aprieta, ni un novio desaparecido en combate, ni la mala conciencia, ni la imagen de tu madre revolcándose con un señor que no es tu papi, pueden mantener tus ojos abiertos. Caigo de bruces y duermo como una piedra.

17. Hurgando secretos con la punta del dedo.

¿Qué si sé de Dom? A ver, haced apuestas. En efecto, la respuesta es no. Pero descanso como una ceporra feliz de la vida y de la muerte, y aunque cuando el despertador truena yo sigo tan cabreada y obtusa como el día anterior, las energías han vuelto a mi cuerpo y ya no parezco una muñeca lacia a punto de desplomarse.

Vuelo al Love Locke para ser la primera, abrir, poner en marcha las cafeteras y precalentar el horno, antes de que llegue Paqui, tener con ella el

detalle que merece, al menos por una vez durante la vigencia de mi contrato laboral. Por soportar mis neuras. Cuando llega y se arranca de la cabeza el gorro de lana, el mostrador ya resplandece invadido por un olor irresistible.

—Oye, Noa, ayer pasó por aquí ese monumento de hombre...—me cuenta pasado un buen rato, una vez zambullidas en una actividad frenética —. El del traje, con los ojos azules tan guapísimo...

—Sí, ya, el de la editorial — identifico sin dejar de frotar las mesas. Finjo desinterés cuando lo cierto es que llevo toda la jornada mordiéndome la lengua con tal de no preguntar. Entre

otras cosas, porque a la hora que es, muy pasada la del desayuno, Gael no ha aparecido y el nerviosismo me consume en un puñado de miradas bobaliconas hacia la puerta.

—Pues preguntó por ti.

—¿En serio? ¿A cuento de qué?

—No me dijo más, solo preguntó si no habías venido y le informé que estabas mala. Desayunó como siempre y se marchó. Joder, no se puede estar más bueno.

—Debe ser un engreído de manual. A mí esos tíos tan, tan perfectos... Como que no.

Paquí se encoge de hombros. Es tan prudente que se habrá guardado para sí las carcajadas que debo provocar. Yo,

tan corrientita, haciendo como que desprecio a un tío al que no podré aspirar en toda mi cretina existencia.

—Ya, pero ha debido fijarse en ti, notó que faltabas.

Me incorporo con el trapo en las manos, los brazos en jarra y sonrío condescendiente.

—Somos dos, Paqui, no resulta demasiado difícil notar que estabas sola. Seguramente le molestó que su capuchino tardase más de la cuenta, no le des más vueltas.

Eso, que no se las dé. Que no vaya a figurarse siquiera que ese tío buenorro y una servidora hemos tenido un encontronazo fuera de la cafetería, con algo más que palabras. Pero sigo

esperando verlo aparecer y el que no suceda, me chafa las ilusiones, que las tengo, aunque no las quiera reconocer. Incoherente, lo admito, la incongruencia de las emociones. Lo tomaré como tiempo extra para diseñar mi estrategia de indiferencia. Es lo que me conviene.

Además, mañana es San Valentín, tengo de sobra para pensar. Depresión asegurada.

La mañana del catorce de febrero va sobre ruedas, debemos servir unos ciento setenta cafés y como el doble entre bollería, sándwiches y bocadillos. El que esté entretenida no quita para que cada cuatro minutos ojee mi teléfono y me desespere el no tener noticias de Dom. Doy por hecho que pese a la

crisis, dedicará la festividad a su mujer, le regalará flores, la llevará a comer o a cenar, le dirá de alguna forma, que a su manera, la quiere. Imagino que no será tan bruto como para plantearle el divorcio en una fecha tan bonita, sería imperdonable.

Pero yo también existo. Y querría un recordatorio de que en su vida pinto algo, un simple mensaje con un par de letras emotivas, una canción grabada, un ramito por Interflora, nada caro, unas margaritas, hasta una maceta de albahaca florida me bastaría. Nada. Dom no es mucho de romanticismos pero le hacen gracia mis arrebatos. Al oírme hablar de San Valentín, sin parar, me prometió que en la madrugada del

día trece, acudiría a mi calle a tirar piedrecitas contra el cristal de mi ventana, yo le abriría cual princesa enamorada, y él subiría y me haría el amor hasta el amanecer. Me lo creí, hasta soñé con ello. Pero esta noche, el reloj ha consumido todas sus horas y nada ha ocurrido.

Me muerdo los labios para que las lágrimas no escapen. Me duele dentro. Como es miércoles, cruzo a visitar a Braulia, le llevo su desayuno caliente y compro toda la fruta disponible. Estoy ordenándola en el almacén, cuando un palpito me golpea el pecho. Salgo a otear y allí están, Gael y sus ojos turquesa que llegan a desayunar a media mañana.

Joder. Las hadas Flora, Fauna y Primavera, fueron muy generosas con él, le concedieron al nacer mucha más hermosura que a la bella durmiente, más de la que una mujer humana puede soportar sin desfallecer.

Todo mi despecho acumulado es el caldo de cultivo que genera agresividad y detona en su contra, que a falta de mejor cosa que hacer, detona en su contra. Encima, viene con ganas de guasa y en plan natural, como si lo que pasó no hubiese pasado. La verdad, no sé de qué me quejo, si me está haciendo un favor. El caso es protestar, me digo. Al girarme, antes de salir, tropiezo contra la puerta y estoy a punto de besar el suelo.

Evito mirarlo porque hacerlo me sonroja, me eriza la piel y me saca de mis casillas. Todas las benditas sensaciones que me regaló y que no se repetirán así me muera, están demasiado recientes. Tiempo para olvidar, necesito tiempo.

—Buenos, días, señorita cascarrabias. ¿Sería tan amable de ponerme...?

—Cruasán, *york*, queso y capuchino. Lo de siempre, vaya —mascullo sin querer rugir del todo. Él sonríe. Menudos dientes tiene.

—Buena memoria. Pero hoy vamos a cambiar el cruasán por una napolitana de crema. Si no te molesta.

—Tú mandas —aseguro. Y giro para

ocuparme del horno.

Pasan unos minutos tan tensos que haría falta un hacha para cortarlos. Sé que tengo su mirada clavada en la espalda, mis manos se vuelven torpes y se me vuelca dos veces la lata del café. Menos mal que está cerrada. Paqui espía en silencio, preocupada por tanto desbarre.

—¿Tienes algo que ver con el sector editorial? —pregunta de pronto Gael. Lo miro por encima del hombro.

—¿Yo? No, ¿por?

—Me lo planteaba... como estabas en el cóctel del otro día...

—Fui por mi amiga. —Tomo aire en busca de la naturalidad perdida—. Tú... tú sí trabajas en una editorial, ¿verdad?

—Lo intento. Escucha, lo de mi invitación a almorzar...

—Puedo aceptarla —digo sin pensar. Hasta yo me asombro. ¿Qué coño estoy haciendo? ¿Será porque es San Valentín y quiero, por encima de todas las calamidades, mi puñetera celebración? ¿Puede saberse e n qué dirección me muevo?—. Hoy. Tengo tiempo.

—¿En serio? —parpadea confundido por mi voluble estado mental, supongo.

—Totalmente. No soy tan antipática como haya podido parecerte. Ni tan torpona. Ni siempre bebo hasta perder el norte —cuchicheo tan acelerada que casi ni se entiende—. Te agradezco que pese a que te bañé con cava e intenté matarte con parmesano en el café y —

carraspeo— lo demás, todavía te quedan ganas de pasar un rato a solas conmigo. Eres muy amable —sonrío.

—Será todo un honor, ¡menuda sorpresa! —¿Brilla una chispa de malicia en esos ojos diabólicos o son figuraciones mías? ¿Dónde te estás metiendo, Noa?—. ¿Paso a recogerte a las dos?

—No podré ir muy lejos, solo dispongo de cuarenta minutos.

—Suficiente, prometo traerte de vuelta a tiempo. De momento, voy a comprarle fruta a tu viejita.

—No es mi... —Bah, da igual. Si ya va cruzando la calle con ese cuerpo serrano envidia de todo hombre vivo, esas piernas atléticas y ese culo

respingón que han sido míos, todo míos... por unas inolvidables horas.

Debo apartar ese salvaje episodio de mi mente, aprovechar el almuerzo para normalizar las cosas. Repite contigo, Noa, eso jamás ha ocurrido. No ha ocurrido. No te has acostado con... ¡Hey! ¡Sí, ocurrió! ¡Chúpate esa, Dom! Si piensas que voy a quedarme sentada llorando tu abandono vas listo. De una manera u otra esa idiotez de relación demente nuestra, tenía que acabar, así que más vale pronto que tarde y aunque con Gael no tenga la menor oportunidad, le haré caso a Fany y trataré de divertirme, porque está buenísimo y folla como medio Olimpo junto. ¡Ea!

Al verlo marchar cargado de bolsas

de fruta y agitar la mano en mi dirección, el estómago me coge un pellizco. El mismo, un poco más estrangulado, se repite cuando a las dos menos cinco lo veo aparecer sin corbata y con los dos primeros botones de la camisa desabrochados. Con un abrigo largo azul marino sobre el traje, cayendo descuidado y perfecto a lo largo de su estatura.

¡Ay, omá, qué rico!

—¿Lista?

—Y hambrienta. —Evito mirarlo de frente.

—Si al final va a resultar que hasta tienes sentido del humor, áspera González.

—Soy andaluza, no lo olvides. —

Oculto el delantal en un armario, me libero del uniforme en beneficio de mis vaqueros y un jersey de cuello vuelto, cruzo un par de palabras con Paqui que ya ha comido, y salgo del mostrador rumbo a la aventura.

Gael estira una mano exigiendo la mía. Tras un titubeo, se la entrego.

—¿Toda mía? —dice entre guiños.

—Toda tuya. —Qué más quisiera yo —. A ver dónde me llevas, malandrín.

El chico de los ojazos tiene el buen gusto de apartarme de las *pizzas* y los Mc Donald's, y deslumbrarme con toda la comida japonesa que una muchacha famélica puede desear. Cuando hemos pedido dos bandejas surtidas de *sushi* y algo de sopa exótica caliente para

contrarrestar el frío invernal, se me queda mirando por encima de sus manos de dedos cruzados. Ese gesto de apoyar el mentón sobre los nudillos y clavarme los ojos, me parece picante y *sexy*. Me tamborilea hasta el alma, espero que no pueda oírlo.

—Tenías razón —afirma—, no eres tan huraña como me figuré en un principio.

Podría recordarle que ya ha tenido ocasión de comprobar hasta dónde llega mi amabilidad, en vivo y en directo, entre sábanas, pero no. Haré lo mismo que él, figurarme que esa noche no ha existido más que en mi calenturienta imaginación. Si Gael es un caballero que no menciona los polvos casuales

con una beoda, yo seré una dama de las que jamás se emborrachan.

Claro que... Sigo pensando que debería aclararlo, este momento es tan bueno como cualquier otro para poner los puntos sobre las íes y confirmar que arrinconaremos lo sucedido en algún baúl de desván. Yo ya decidí, pero ¿qué hay de él? Necesito oírsele, la incertidumbre me mata. También me falta comodidad a su lado. Confianza, naturalidad. Crear el clima propicio.

—Lo de que soy agradable ¿es un cumplido? —comienzo sedosa— Te advierto que los halagos y los quedar bien, me dan un poco igual. A ver... admito ser rara... en algunas cosas.

—Supongo que en esto o aquello,

todos somos anormales o geniales, a Dios gracias. La idea de la uniformidad me espanta.

—Y no es que me importe, lo he heredado de mi padre. Me gustan cosas que al mundo le pasan inadvertidas, incluso que chirrían, por ejemplo... —le apunto con los palillos—, adivina cuál es mi sonido molesto favorito.

—¿Sonido molesto? ¿Los sonidos molestos pueden ser favoritos?

—No lo dudes, venga, adivina.

—Joder, no sé... ¿El de las cisternas?

—¡Meeeeeeec!

—¿El chisporroteo del aceite hirviendo cuando frías huevos?

—No lo había pensado nunca. Mola. Pero tampoco.

—Creo que me rindo.

—El de los intermitentes de los coches. ¡Sí! Me ponen nerviosa pero me chiflan, cada coche tiene el suyo, propio e intransferible y me entusiasma comprobar cómo varía de un modelo a otro. En unos suena como hueco, coc-coc-coc. En otros más metálico y acelerado, clack, clack, clack...

Cuando bajo de la nube de entusiasmo a la que yo misma me he subido, Gael tiene los preciosos labios entreabiertos y meneaba la cabeza atónito, de derecha a izquierda.

—Eres increíblemente alucinante.

Me pongo como la grana. Tiene esas manos preciosas, masculinas y grandes que se mueven con elegancia.

—Por favor... ¿Solo por coleccionar ruidos? Va, venga, sí.

—Y flexible, muy flexible —añade con una picardía que me hace dudar si se refiere a mi capacidad para encajar opiniones adversas, o a mis ejercicios de contorsionismo en la cama. El rojo chillón de mis mejillas alcanza el cuello y parte del escote, noto el calor, una imparable urgencia por cambiar de tema. Igual me he pasado creando clima.

—¿En qué trabajas? Ya somos medio amigos, es hora de que me vuelva preguntona.

—Bueno, ando buscando sitio en Thesaurus como consejero, esperando que me nombren imprescindible. Ya sabes, probablemente cuando las ranas

críen pelo.

—Chico listo. Pero ¿q u é has estudiado?

—Empresa. Ya sabes, contabilidad y todo ese rollo tedioso.

—Como mi amiga Olimpia.

—Pues a ver si Olimpia me encuentra colocación interesante...

—*Zzzzzzz*—simulo roncar. Gael vuelve a soltar una carcajada. Ya van varias, se lo está pasando genial, lo intuyo por el brillo de sus ojazos—. Bah, ella se ha cansado ya de los números, intenta colarse de locutora en alguna parte.

—Reconozco que lo tuyo es infinitamente más interesante.

—¿Servir café? —arqueo las cejas—.

Ni te lo imaginas.

—No, ser periodista.

—¿Lo soy?

—Escribir...

Me quedo de una pieza. Escribir. Mi gran sueño dorado e irrealizable. Gael no puede figurarse cuán lejos ando de cumplirlo. Me pongo tan triste que estoy tentada de meter la cabeza en la sopa de tiburón por ver si me ahogo.

—Todo lo bueno tarda en llegar y cuesta conseguirlo, es parte del juego — me anima palmeándome la mano que me roba. Todos mis circuitos eléctricos se activan con el sutil contacto—. Buscaré trabajo en algún periódico y le haré la pelota al jefe para que te contraten.

—Nadie ha hecho por mí nada

parecido, nunca —me burlo mirándolo más fija y descarada de lo recomendable. Lo peor, él me devuelve la mirada con idéntica intensidad. Se ha esfumado lo de ir en broma.

—¿Nunca? Pues ya va siendo hora —me susurra.

—Hora de que regrese a mis quehaceres. —Rescato la mano, aparto la servilleta y me pongo en pie—. Ha sido genial, lo he pasado muy bien. Te lo agradezco.

—No me lo agradezcas, di simplemente que repetiremos.

—Bueno, eso... con franqueza, no lo sé. —Esquivo su energía que de repente, me incinera. Sigue sin mencionar lo del revolcón, qué raro, no sé qué pensar,

cualquier otro tío me lo restregaría por las narices, con más o menos estilo, pero lo mencionaría, es sexo, joder, lo llevan en los genes.

Pero entonces...

—No tienes por qué faltar al trabajo para esquivarme.

—¿Qué dices? —me indigna verme descubierta— Estuve enferma...

—Ya has visto que no tienes nada que temer de mí, no hagas tonterías ni que me sienta responsable de tu despido.

Bien por Gael. Ha sabido moldear la naturalidad y adaptarla a nuestras necesidades ya que yo no he podido hacerlo. Venía dispuesta a aclarar ciertas cosas pero me mortificaba el cómo plantearlas. Ahora ya no es

necesario. Gracias, hombretón.

Asiento lentamente, me muerdo la lengua para no preguntar lo que quiero saber: si esa mirada penetrante y esa sonrisa ladeada de canalla pidiendo clemencia, son las armas que utiliza para hipnotizar a las chicas. Si lo hace siempre, con todas, sin misericordia. Porque lo que no sé, es si me conviene perderme en esos dos peligrosos lagos color piedra preciosa, que me conozco y siempre salto de Guatemala para meterme en Guatepeor. Si Guatemala es Dom, Guatepeor... ya sabéis cómo se llama.

18. Y vuelta la burra al trigo...

El sorpresón me lo llevo por la tarde, cuando cerramos las persianas del Love Locke y tengo casi olvidado el tupé rubio de mi dudoso amor. Pero doblo la esquina buscando mi coche y me topo cara a cara con Dom.

En un primer impulso loco, me entran ganas de liarme a patadas en las espinillas. Pero mantengo el tipo como si fuese una señorita educada de esas que no se inmutan por nada, ni escupen a la cara.

—¡Feliz día de los enamorados, gata!

—Vaya... Pero si no te has ahogado en el Manzanares, no sé si alegrarme.

Se le borra la sonrisa de la cara.

—Noa, por tu madre... —Advierto su contención y algo que parecen lágrimas, a punto de desbordarle los ojos. Poco usual en Dom, con su eterna pose de flotar por encima del bien y del mal—. No te mofes de lo que ignoras, menudos días llevo.

Estallo, claro. Como un cartucho de dinamita al que han hecho esperar demasiado.

—¡Menudos días llevo yo! Preguntándome a cada paso qué ocurrió, si llegaste o no a hablar con tu mujer, si volverás a mí, si te has tirado del sexto piso... Y todo eso, sin dormir, esperando una llamada aunque solo fuera por caridad —vomito todo de

golpe. Dom agacha la cabeza, si no lo conociera, diría que avergonzado.

—Mi mujer se ha caído de un camello en el zoo y se ha partido las dos piernas. Está fatal... no puede moverse. Comprenderás que no he tenido oportunidad de exponerle lo nuestro... Ahora no. Llevo sufriendo sin parar desde la noche que te dejé.

—¡Ah! —¿Qué más le digo?

—¿Me perdonas? Di que me perdonas, dímelo.

—Yo... No sé... —Joder, vuelve a planearme por encima el sabor de la mala sangre. Veo evaporarse toda mi resolución, mi firmeza vuela por los aires. Alargo una mano para retenerla.

—Necesito tiempo, tiempo para

planteárselo cuando esté mejor, más repuesta...

—Sí, si lo entiendo, no es que no lo entienda... supongo... Dom, deberíamos...

—¿Vamos a tu apartamento? Me muero por follarte.

Sus palabras me aguijonean los tímpanos. Qué capacidad para saltar de un asunto a otro. Señor, qué basto es cuando le da la gana. Bueno, siempre. La finura y la caballerosidad no son cualidades que Dom cultive. El caso es que no hace mucho, una calenturienta noche, otro hombre me susurró casi lo mismo y... ¡Jesús! ¡Qué distinto sonaba en sus dulces labios! Erotismo versus porno barato.

—No, Dom, ahora no.

—Venga, gatita, nos lo merecemos, por la mala suerte que tuerce las cosas.

—Estoy... estoy desanimada.

—Un par de lametones y se te quita.

—Se aprieta contra mí y me cuchichea a la oreja. Se me eriza el vello. De un saltito me pongo a salvo.

—Y rendida. No me apetece.

—Pero es San Valentín, habrá que celebrar.

—Cupido ha muerto. Ya nos vemos mañana o... cuando sea.

—¿Estás segura, nena? Mira que te he echado de menos como nunca pensé que haría. Me tienes sufriendo como un cabrón.

Curioso. Normalmente, la que sufría

era yo. Y escuchar sus quejas no me eleva a las alturas, no me hace sentir especial ni me consuela. Al contrario, se me está levantando el estómago.

—Tenme al corriente de cómo está tu mujer, si evoluciona favorablemente... Coño, qué gilipollas soy, ni que fuese mi prima. —Me golpeo la frente con la palma de la mano—. Venga, adiós.

—Entonces, ¿no retozamos un rato juntos?

Sin interrumpir mi marcha por el bordillo, que más que marcha es carrera, levanto un dedo estirado y digo que no. Cuando me siento protegida en el interior de mi coche, me parece mentira. Entierro la cara en las manos y me inflo de llorar. La casi discusión con Cecilia

la noche anterior, la angustia sujeta por las riendas, la necesidad de arrancarme a Dom y nuestra relación maldita de dentro, la inexplicable confusión respecto a Gael, la expresión de la cara de Fany cuando me rompí defendiendo a las amantes... Todo me empuja a desear con todas mis fuerzas descargarme de este peso infame, dejar de ser clandestina. Necesito contárselo a alguien.

Telefoneo a mi amiga de toda la vida y con un pretexto vago la cito en mi apartamento. Se demora cuarenta minutos y aprovecha para traerse los vestidos que aún no ha devuelto, y forzarme a que elija los que más me gustan.

—Tengo que contarte algo —arranco con timidez y una tosecilla nerviosa—. Primero de todo, tendrás que perdonar mi falta de confianza, el haberlo mantenido oculto todo este año.

Olimpia abre desmesuradamente los ojos. Yo mareo los cubitos de hielo dentro de mi vaso de Coca-Cola.

—Chica, qué intriga, ¿de qué se trata?

—Tienes que decir que me perdonas o no diré nada.

—Mira que eres obtusa. Venga, te perdono sea lo que sea, desembucha.

—Hará unos dieciséis meses que tengo una relación con un chico —comienzo con mucho esfuerzo. Mi amiga tuerce pasmada el cuello y arrellana el culo en el sofá—. Se llama Dom y está

casado.

Ahora se cubre la boca con las dos manos.

—¡No!

—Sí. Qué horrible, ¿verdad?

—Viniendo de ti, con todo lo que predicas, desde luego. ¡Casado!

—Casadísimo. Él jura que me quiere, va a pedir el divorcio para que podamos estar juntos aunque mientras eso ocurre... Yo me siento fatal, Olimpia, sucia, miserable y rastrera, no hago más que pensar en lo que estará sufriendo esa pobre mujer...

—Que lo piense él, para algo es su responsabilidad, no la tuya.

—El caso es que esta relación ya no es divertida, me está haciendo mucho

daño. —Me vengo abajo. Olimpia no. Ella conserva intacta su entereza de siempre—. Reconozco que he tenido ciertas motivaciones estimulantes, suficientes para hacerme desear seguir, pero a estas alturas tengo el corazón partido.

—Chica, qué quieres que te diga, liarse con un casado es una mierda, tarde o temprano te toca perder. Tienes que planteártelo como un entretenimiento, nada serio o la has cagado.

—Otra igual. Fany piensa lo mismo.

—¿Se lo has contado a Fany antes que a mí? —eleva la voz ofendida. Ahí sí reacciona.

—No, ella no tiene ni idea de que

Dom existe, me refiero a su opinión acerca de los hombres en general. No tomarlos demasiado en serio.

—Me fastidia tener que decir esto, porque la tal Fany no me parece trigo limpio, pero tiene razón. Límitate a tirártelo y punto, enamorarse trae problemas a sacos.

—Como si pudiera evitarse. Lo de ser romántica y blanda, lo llevo en las fibras del ADN.

—Todo se aprende si practicas. Mírame a mí, súper feliz con mi vida de *single* desahogada, no quiero pareja por nada del mundo. Aunque llegase recubierto de oro puro y me prometiera un futuro pintado de rosa.

Suspiro de pura congoja. A mí me

encanta el rosa. Del oro puedo prescindir.

—Cierto. Y te veo bien, ni Fany ni tú necesitáis un tío para ser completas y felices, guay, qué independientes — recalco con amargura—. No creas que no sé que enamorarse es una equivocación y de las gordas pero ¿cómo evitarlo?

—Valorándote, que te regalas a cualquiera con una facilidad pasmosa, Noa. ¿Hace falta que te diga lo preciosa que eres y lo mucho que vales? Tienes que poner el listón más alto, exigir sacrificios, que se lo curren por ti. Si tanto dicen quererte, que lo demuestren.

Todo lo que oigo suena fetén como filosofía de vida y amores, pero de ahí a

ponerlo en práctica...

—Será que todavía tengo pendiente de limpieza el poso que dejó mi historia con Aníbal y mira que ha llovido.

Olimpia arquea una ceja y guarda silencio. Se dedica a paladear su refresco con parsimonia. Solo tras una larga pausa se decide a hablar.

—Hay otras metas más sustanciosas en la vida, no solo querer a ciegas.

—Si no ponemos el amor verdadero en primer lugar no sé a dónde vamos a parar, al barranco.

—Un ejemplo para orientarte, tu carrera.

—Sí. Mi pluriempleo y yo.

—Digamos que tu oportunidad dorada está por venir, ten paciencia, Roma no

se construyó en un día, joder.

—Paciencia, paciencia... Será lo que me falta.

—Ve tirando con lo que la vida pone a tu alcance, pero alerta, siempre agazapada, pendiente de lo que vuela alrededor y si ves tu meta pasar, saltas y la agarras con los dientes. Sin pensártelo dos veces, sin detenerte en consideraciones. A lo bestia, que se escapa.

—Ya. Suena genial. —Pienso en Gael y en que por mucho ímpetu que ponga en lanzarme de cabeza y aferrarlo, no será mío nunca—. Será que yo estoy abocada al desastroso desastre.

—Del cielo solo cae la lluvia, mona. Hay que buscar. Yo estoy pensando en

marcharme de la empresa, estoy hasta los ovarios de ser becaria exprimida bajo presión. Uno de los jefes me ha dicho de tapadillo que lo mío es puro desperdicio, que mi talento como comunicadora es grande y que en esa firma no podré prosperar.

La simple idea hace que mi rostro reluzca como una farola del parque. Debe ser increíble que un superior se descuelgue con un halago de semejante calibre.

—Pues si por fin decides despedirte y empezar de nuevo, aquí estoy yo. Montaremos nuestra emisora como siempre hemos soñado y será la leche. Igual ahí se esconde mi oportunidad. Una nueva Noa. ¿Verdad que lo

haremos?

—Puede —contesta reticente—.
Algún día no muy lejano.

19. Analizando el casarse

Acudo al estudio ligeramente más animada, sin saber por qué: lo de Dom está tan encallado y sombrío como de costumbre y mis ratitos de esparcimiento con Gael no van a ir a más porque no me da la gana correr peligro y ese tío es mucho tío. Nada ha mejorado, sigo propensa al caos, de modo que debe de ser la descarga emocional de mi confesión con Olimpia lo que levanta mi coraje. Tomo asiento junto a Fany prometiéndome en silencio que le compensaré la espantada de anoche. Suena un mix increíble de Bonobo, una melodía sinuosa, absolutamente brutal,

que me envuelve y excita mi miniyo guerrero.

—Hoy me encargo de la música, ¿ok?
—propongo acomodando el bolso donde menos estorbe.

—Como gustes. ¿Estás mejor?

—Oh, sí, no fue nada serio, cansancio acumulado y poco más. —Trato de convencerla con una sonrisa pero me sale falsa y torcida. Ella ladea la cara y enseguida sé que no insistirá para sonsacarme. Qué discreta.

—Buenas noches amigos y amigas escuchantes, con vosotros una nueva entrega de *Noa-manece* para que nos demostréis esa cercanía y amistad apabullantes, que nos comentéis vuestras intimidades porque aquí no hay afán de

cotilleo, solo de apoyaros y ayudaros. La confianza y la lealtad es tan importante entre esos que se tienen por amigos...

Leches, parece que me lo está reprochando a mí. Me pongo como un tomate a la brasa y como suele pasarme, reacciono a toda pastilla, casi sin reflexionar. Hundo la cara en el micrófono y suelto mi torrente de ideas revueltas.

—Venga, forcemos el deshielo, os planteo el acertijo de hoy. ¿Por qué se casa la gente? ¿Qué razones les impulsan a celebrar bodorrios...que dan miedito?

—Huyhuyhuy, con ese adjetivo se te ha visto el plumero, compañera —ríe

Fany—. Aquí, nuestra chica más tradicional, está en contra del matrimonio, ya lo veis.

—Tanto como en contra... Pero no es mi cuento de hadas, no me agobio ni me angustio en caso de que no ocurra. Si viene, viene y si no...

—Eso suena a conformismo del chungo —me cuchichea a la oreja mientras responde la primera llamada de las muchas que entrarán a lo largo de estas dos horas— ¿Por qué decís que nos emparejamos con grandes fiestas los humanos? ¿Queréis saber lo que relatan las redes sociales? Tenemos una oyente que con treinta años recién cumplidos ya se ha casado cuatro veces.

—¡Menuda fiera! —silbo.

—Eso es afición al enlace y lo demás, tonterías. ¿Buenas noches?

—Buenas noches, felicidades por el programa, soy Ana.

—Adelante, Ana, cuéntanoslo tooodo.

—A mí el empeño por casarme me sirvió para romper para siempre con mi detestable suegra y requetenamorarme de mi chico.

—Del que ya debías andar enamoriscada —la ayudo.

—Sí, claro. Su madre pretendía mangonearlo todo, las invitaciones, el convite, las flores, mi traje... Llegó a plantearle un ultimátum a su hijo, o ella o yo.

—¿Y tu chico escogió...?

—Ella. O sea, yo.

—¡Pues enhorabuena, Ana! Por goleada. Te deseamos que celebres un montón de aniversarios con tu churri valiente. Beeeesos. ¿Sí, buenas noches?

—Soy Lola, la que se ha casado cuatro veces. —La voz nos sorprende, es aniñada y dulce. Fany y yo nos miramos arqueando las cejas.

—Qué ganitas de pillarte, Lola, a ver, descúbrenos los secretos de ese *hobby* tuyo tan caro...

—Pues me gustan las bodas temáticas —da por explicación con una risita. Luego calla y nos deja con la intriga.

—Mujer —intervengo— ¿y no te conformarías con fiestecitas de cumpleaños?

—No es lo mismo, ni parecido

siquiera.

—Podemos figurárnoslo, pero qué pereza, buscar novio nuevo cada vez.

—Ni me duran ni me funcionan — aclara con pasmosa tranquilidad—, no lo hago adrede.

—Claro —Fany rescata su yo sarcástico, estaba tardando—, no eres tú con tus manías, son ellos, con las suyas, los que te empujan a desposarte una y otra vez.

—Bueno, este sí, este sí me está durando, así que vamos a renovar votos con una boda al estilo salvaje oeste.

Es un acto reflejo. El que Fany y yo crucemos una mirada de entendimiento, nos imaginemos a Lola y toda su bodil experiencia a lomos de un caballo

penco, con el velo al aire y al feliz novio ataviado de indio.

—¡Yiiiiiiiiijaaaa! —exclamamos al unísono. Fany pulsa el botón que da entrada a una selección de las mejores bandas sonoras de pelis clásicas del oeste.

—Felicidades, Lola. Que lo pases de vicio. ¿Buenas noches?

—Buenas noches, soy Luis, de Sevilla.

—Caramba, Luis —alaba Fany—, qué voz maravillosa tienes, deberías estar aquí, entre nosotras, bien pegadito... a los micros.

Mientras mi compañera invierte minutos en coquetear, yo analizo repetitivamente esas palabras en mi

cerebro. Me suena, me suena esa voz sensual y un poco ronca que acaba de golpearme, seducirme y envolverme prescindiendo de mi voluntad.

—Si soy sincero, jamás creí en el matrimonio —está contando cuando vuelvo a concentrarme. Habla tan bajito, es difícil identificarlo. Luis, Sevilla... Sevilla...

—Anda, otro como Noa. Y andaluces, ambos. Deberíais tomar un café juntos. —Fany me guiña el ojo.

¿A quién conozco yo en Sevilla?

—Hasta que das con la chica correcta. La conoces y ahora no puedo mirarla sin imaginarla de mi brazo, vestida de blanco.

—¡Oooh! Pero qué bonito, Luis...

¿Luis?

Bip, bip, bip...

Mierda, se ha cortado.

—Lo hemos perdido, Luis, llama de nuevo —ruego—, eres lo más romántico que ha pasado por *Noa-manece* esta noche. Llamaaaa...

Se ilumina enseguida el piloto y lo aprieto con ganas.

—Dime que eres Luis.

—No —responde escueta una voz femenina. Fany arruga el morro en un puchero de desencanto.

—Bienvenida entonces, amiga de la noche. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Soy Bea.

Pausa. Tensión. Dientes apretados y

todo el énfasis de mi compañera, que se congela.

—Bea, querida. —Fany se agita—. Tenemos a mucha gente esperando, sé que eres amiga antigua de la casa y por eso vas a ser comprensiva y permitirás que los que nunca han mostrado su voz a través de las ondas puedan hacerlo hoy. Tienes a tu disposición el muro de Facebook para que escribas largo y tendido. ¡Buenas nooches!

Zasca. Aprieta el botón rojo y la deja fuera de juego.

—Joder, no la cortes de ese modo, queda fatal —le indico con gestos.

—¡Pasemos a la siguiente llamada! ¿Pepi? Hola, Pepi, agradece la generosidad de Bea que te ha cedido el

turno, cuéntanos...

—Quería consultaros, es que no sé qué hacer... Mi mejor amiga tuvo que dejar a su marido porque le era infiel y ahora tiene un novio que se pierde del mapa y le pone excusas tontas cuando no está con ella.

—Sospechas del sujeto en cuestión, ¿me equivoco? —adivina Fany dando en diana.

—Estoy convencida de que también se la pega. ¿Qué hago?

—Mantenerte al margen, reina, que es ella la que tiene el problemita, no tú.

—No estoy de acuerdo —irrumbo—. Pepi, si sois amigas, verdaderas amigas, deberías confiarle tus sospechas.

—¿Para que acabe odiándote? Ni

hablar. El novio la convencerá de que mientes, ella preferirá creerlo a él antes que a ti y vuestra amistad quedará herida de muerte —decreta Fany con rotundidad.

—Pero es que si luego se entera... — gime Pepi al teléfono. Suena como a mocos sueltos.

—Exacto —la apalanco—, si luego se entera...

—La consuelas. Lo que jamás podrá probar es que tú lo sabías o te lo figurabas salvo que tú misma se lo cuentas —sugiero con retintín.

—Visto así...

—*Noa-manece* siempre te dará consejos prácticos —jalea Fany—. Lo que no quita que quien sostenga una

opinión diferente nos la cuente o nos la escriba. Prometemos darle cumplida lectura... ¿Te das por satisfecha con la sugerencia, Pepi?

—Espera, no cuelgues. Otro oyente quiere hacernos partícipe de su opinión al respecto. —Pulso el botón y al tiempo que programo los temas principales de la banda sonora de *Amèlie* como fondo, doy entrada a una voz masculina y sugerente que enseguida me recuerda a Gael. Al hombre magnífico cuyo lugar en el mundo debería reducirse a estar delante de un micro deleitando multitudes, y entre mis piernas haciéndome gemir. Carraspeo azorada —. ¿Con quién hablo?

—Hola, soy Luis, de Sevilla. El de

antes.

—¡Nuestro andaluz! ¡Bienvenido! —
lo recibo jolgoriosa. ¿Luis, Sevilla,
Gael? Curiosa asociación de ideas.

—Pues que sepas que tienes poco
acento —apostilla Fany— ¿Qué le
cuentas a Pepi, Luis? Por cierto, gracias
por volver a nosotras esta noche, tu club
de *fans* grita enfebrecido.

—Bueno, se me ocurrió advertir a un
colega de que la impresentable de su
novia se los ponía y acabé acusado de
ser yo quien me la tiraba.

—¡Jooooder! —se le escapa a Fany
— Eso es rizar el rizo y lo demás,
tonterías.

—¿Y tenías algo que ver con ella,
Luis? —indago con cautela.

—No, joder, ni se me habría ocurrido, era mi amigo, ni aunque hubiese estado buena me habría arriesgado.

—¿Y en qué acabó el follón, si puede saberse?

—Sospecho que aunque lo aclaramos, nunca terminó de creérselo del todo, fue jodido, nuestra amistad se resintió, es cierto lo que dice Fany, nunca volvió a ser lo mismo pero ¿os digo algo?

—¡Ardeamos en deseos de escucharlo!
—lo animo imitando el tono sensual de Fany.

—Pues que de repetirse la misma situación, volvería a hacerlo. Tal cual lo hice entonces. No habría podido dormir guardando ese secreto, ni mirarlo a la

cara sabiendo lo que sabía. Así que en el fondo, supongo que todo depende del tipo de persona que sea tu amigo pero le doy la razón a Noa.

—Si tu relación con alguien va más allá de simple conocido, debería notarse —resuelvo—. Los verdaderos amigos son los que se arriesgan a decirte lo que no quieres oír.

—Lo que nadie más se atreve a contarte —completa Luis. Y en ese breve instante en que su timbre de voz se alza sutilmente, la luz explosiona en mi cerebro. ¡Es él, no me cabe duda!

—¿Gael?

Pero ya ha colgado. Por una vez, no es mi compañera la que pulsa el «eject» y los deja con la palabra en la boca,

sino el propio oyente misterioso el que desaparece cuando más falta me hace esa voz aterciopelada, como miel caliente, suya.

Cuando por fin nos libramos de los cascos, estamos para el arrastre. Exhaustas pero plenas, motivadas con la agilidad y fluidez del programa. Isa Olmo ha entrado en la sala con los dos pulgares en alto a modo de despedida y sus ojos soltaban centellas. Eso puede muy bien significar un aumento de nuestros ridículos sueldos o una base firme para pedirlo. Bajamos la escalera cogidas del brazo y canturreando, pero en cuanto Fany divisa a una chica bajita, regordeta y con gafas que camina hacia nosotras, adivina que es Bea y se le

agría el gesto.

—Hola, Noa —saluda con su tímida vocecilla—. Tú debes ser Fany.

—La misma que viste y calza. Bea, si no me equivoco.

Ella asiente con una alegría que me conmueve.

—Tu voz es inconfundible —recalca Fany con mala baba.

—Noa me prometió que seríamos amigas, que podríamos vernos alguna vez fuera de aquí.

Fany me lanza una mirada asesina.

—Eso no va a ser posible, Noa tiene dos trabajos y ni un segundo libre. Como comprenderás ahora estamos muertas, a estas horas Noa no sabe ni lo que dice, pobrecilla. Vamos, se hace tarde. —Tira

de mi brazo y me separa de Bea. A duras penas logro sacar del monedero una tarjeta arrugada de Love Locke y alargársela.

—Ahí trabajo por las mañanas —la informo.

Bea la recibe con alborozo.

—¡Pasaré a verte! —me grita a distancia, porque Fany sigue arrastrándome calle adelante casi contra mi voluntad— ¡Un día de estos!

—La has hecho buena. Ya no te la despegas ni con agua caliente —vaticina sombría.

20. Todoterrenos blancos mellizos

La noche ha sido movidita. Mi vecina cambió los muebles del dormitorio y del salón treinta y seis veces y discutió con la pared durante dos horas. A eso de las cuatro me senté en la encimera de la cocina llorando de cansancio y me tomé tres tilas. Antes de que las infusiones pensarán siquiera en hacer efecto, ya eran las seis y cuarto y tuve que ducharme. Ganas me entraron de abrir la boca, no cerrarla y ahogarme bajo la alcachofa.

En la cafetería todo empeora, los párpados son cortinas de plomo y mi humor de perros me lleva a encajar la

mandíbula con fiereza y no articular ni un «buenos días» dedicado a nadie. Atiendo comandas, tuesto bollos y horneo cruasanes con cara de ogro. Creo que da susto verme.

—Hola, Noa, bonita.

Es tan dulce el cumplido, que al girarme se me escapa una sonrisilla.

—¡Bea! Qué sorpresa...

—Dije que vendría a verte. Llevo aquí casi tres minutos.

—Perdona que no te haya visto, estoy... estoy medio alelada. Sueño y del malo.

—Se te nota en la cara. Ponme un café y tú ponte otro, yo invito. Como en las pelis del oeste. —Suelta una risita irritante y aguda.

—Gracias, pero voy sobrada, me lo inyecto en vena. ¿Algo para acompañar el café?

—Mollete mixto, tostadito, con mucha mantequilla, dos cruasanes con mermelada y... bueno, luego con el segundo café pruebo las napolitanas y los bollos.

Se me desencaja la cara. Bea se siente obligada a justificar sus desvaríos.

—Pensarás que como demasiado, ¿verdad?

—Mujer, no soy quien pero sí, te pasas un pelo.

—Es que tengo mucha ansiedad, toda esta historia de Txomin me tiene... Mira que quiero confiar en él pero...

—¿Cómo va la cosa? —vierto leche en su taza y abro en dos el mollete para ponerlo en la plancha.

—Más o menos igual. Ahora la excusa son los cursillos, la empresa lo manda fuera cada dos por tres... No sé si creerlo, yo no quiero ser una de esas novias neuróticas controladoras de las que se ríe Fany pero...

—Bueno, dale una oportunidad. Cuando está contigo ¿cómo se porta?

Le cambia el semblante, se ilumina como un Gusiluz.

—Oh, es muy cariñoso y atento, todo un caballero.

—A veces, incluso si te está engañando... más vale un bombón para dos que una mierda para una sola.

Quiero decir... —Sacudo la cabeza abotargada—. Que lo importante es la calidad del tiempo que te dedica. O no. —Me froto las sienes—. No lo tengo muy claro, me temo que no estoy últimamente para dar consejos.

—¡Buenos, días, reina del café! ¿Me pones un americano?

La dueña del saludo es una rubia alta y jaquetona, bronceada de salón, con un traje de chaqueta color crema que me resulta conocido, camisa masculina marino y abrigo camel por los hombros.

—Olimpia, hola, te presento a Bea, nos hemos conocido en la radio.

—Encantada. ¿Eres locutora?

Bea le ríe la ocurrencia.

—¡No, qué va! Locutora yo... Soy

escuchante, estoy enganchadísima, Noa es la caña de España.

—Qué coraje, y yo sin tiempo para escuchar el programa —lamenta Olimpia con gesto teatral.

—No te lo voy a tener en cuenta por los años que hace que nos conocemos — recalco mosqueada. En el fondo, me duele que a Olimpia parezca importarle un bledo una de las cosas más vitales que me han sucedido nunca.

—¡Oye! Que me he comprado un coche —anuncia mostrándome un llavero. Coloco el ojo. Curioso, es de la misma marca que el mío.

—Pero ¿tú necesitabas coche? ¿No estabas requetecontenta con...?

—Ese de ahí enfrente, el blanco.

—¿El blanco? —Por un instante pienso que señala el mío propio pero eso no puede ser, yo he estacionado de buena mañana a dos calles de distancia. La explicación es que para trasladarse de un lugar a otro, Olimpia ha adquirido exactamente el mismo modelo y color que yo. I-dén-ti-co.

—¿A que es chulo?

—¿Me lo preguntas a mí, que tengo el mismo? Obvio que me gusta... — Realmente me quedo estupefacta, no sé qué decir. Olimpia entabla conversación con Bea y me hace luz de gas—. Igual nos viene bien contar con dos todoterrenos, así me ayudas en la mudanza.

Aparca su animada charla por un

instante y trata de leerme el pensamiento con los ojos pintados.

—¿Mudanza? ¿Qué mudanza? ¿Te mudas?

—Sí, mi apartamento y sus ruidos nocturnos empiezan a parecerse a las tierras de Mordor. Antes de perder por completo el juicio, pienso pillarme un adosado que es un primor. Pero oye, lo del coche...

Olimpia no parece que me atienda ya. Se ha metido de lleno en un bucle mental, perdida su mirada allá en un horizonte muy lejano.

—Qué buena idea, un adosado... — Se levanta en plan ciclón, tira de su bolso y sonrío—. Me marcho, tengo muchas cosas que hacer. Igual en un par

de días traigo noticias jugosas.

—¿Sobre qué?

—Sorpresa, sorpresa. No seas impaciente. Hasta otra, Bea, encantada.

Mi pequeña tortuguita, el animalito que se me viene a la cabeza cuando tengo delante a Bea, persigue la tocata y fuga de Olimpia con ojos voraces.

—Qué simpática. Se ve que te quiere mucho, mira que comprarse el mismo coche que tú. Debe ser que estáis muy unidas.

Balbuceo alguna incoherencia. Aunque por un lado me halagase, que no es el caso, la falta de originalidad de Olimpia me sienta como un tiro. Tan feliz que estaba yo con mi coche y tiene que venir a chafarme la ilusión. Vamos a

parecer Pili y Mili, leches, ni pizca de gracia me hace. Ni pizca.

—Sí que se te nota cansada, oye, vas haciendo esos —advierde Bea. Confirmando sus temores.

—Con todo el dolor de mi corazón voy a tener que pedir esta noche libre. O duermo o muero. Llamaré a Fany y se lo diré.

—Entonces no llamo al programa. Yo lo que quiero es hablar contigo, tu compañera no me agrada. Es una siesa...

—Ni mucho menos, es encantadora y una gran amiga, solo que una descreída. Tú y yo somos más del corte sentimental. Pero créeme una cosa. — Me inclino sobre ella—. Las que son

como Fany sufren menos.

Igual que ayer, me descubro añorando la presencia de Gael, mientras una ristra interminable de personas, muchos de ellos ejecutivos de traje impecable, van pasando por la cafetería. Unos son clientes habituales, con los que ya mantienes breves charlas de pocas palabras y muchas sonrisas. Otros, auténticos desconocidos que han parado por azar y que probablemente, no vuelva a ver jamás. A él sí quiero verlo. Siempre. Todos los días. Es mi dosis necesaria de estímulo para seguir respirando. Sé que un psiquiatra me medicaría en el acto, soy contradictoria, si está, lo ataco o hago lo imposible por ignorarlo, si no viene, me deshago por

dentro, nerviosa y desquiciada. Es que aún no me he parado a analizar en profundidad el torbellino de sensaciones que genera este hombre. Atravieso un momento delicado, el deseo de ruptura con Dom que no llega a cuajar en actos, mi necesidad de escapar del remordimiento, la sensación de que merezco algo normal, tierno y afectuoso, unos brazos que me arropen, en los que dormirme cada noche...

—En la barra tienes al modelo pidiendo una porción de *pizza*. —Paqui me encuentra pegada a los hornos, frotando el cromado de las puertas, absorta y ausente. Habla directa al oído y me sobresalta.

Por fin. Corro primero, luego freno,

me aliso el uniforme, pellizco mis mofletes, me atuso el pelo recogido en un moño del que se escapan muchos mechones y salgo aparentando tranquilidad.

—¿*Pizza*? —repito animada, esquivando sus sagaces pupilas. Señor, qué guapo viene, y qué bien huele.

—¡Qué mañana tan horrorosa! Ni un segundo hemos tenido para descansar, mucho menos desayunar —me cuenta. Vendrá cansado pero por, su cara divina y su cuerpo perfecto, pagarían las más prestigiosas firmas de publicidad, una fortuna—. Pico algo rápido y vuelvo a la editorial.

—Mucho lío —deduzco un poco triste por lo breve de la visita hoy.

—Reuniones, pilas de decisiones por tomar. —Se frota la cara y se pasa la mano con ansiedad por el pelo oscuro.

—¿Y qué pintas tú en esas reuniones de jefazos?

—Alguien tendrá que prepararles los expedientes, las fotocopias, asegurarse de que no faltan bolis y llevarles el café. —Me guiña un ojo.

—A ver si va a resultar que no somos tan diferentes...

—Jamás he dicho que lo fuésemos. — Me sonrío y el día se vuelve mucho más claro.

—¿Por casualidad no conocerás a alguien de Sevilla llamado Luis? — pregunto con descuido, al servirle la porción de *pizza* acompañada de

cerveza helada.

La expresión de su cara, algo tan rabiosamente celestial que flota por encima de lo divino y lo humano, no varía un ápice. Su sospechoso silencio me provoca una sensación inquietante en la boca del estómago.

—Pues no, que yo recuerde —dice al fin.

Entorno los párpados. Ese timbre de voz no puede tener más que un dueño, uno solo. Estoy convencida de que miente.

—¿Y nunca has llamado a la radio?

—Deja que piense... quizá cuando era adolescente, para gastarle una broma pesada a algún amigo.

—¿Y después? ¿Nunca más?

—Ya no tengo tiempo para esas cosas. —Propina el último mordisco a la *pizza* y mis ojos ansiosos persiguen el movimiento de sus dientes, consciente de lo que son capaces de provocar castigando mis pezones. Me estremezco de gusto. Quiero más—. Me marchó, voy justísimo, a terminar el día *horribilis*.

Retiro su plato y la jarra con un dedo de cerveza por beber. Le deseo un buen día y lo miro alejarse anhelando muchas cosas que no están a mi alcance. Suspiro. Me llevo la jarra a los labios justo por la zona donde se han apoyado los suyos y cierro los ojos. Me gustaría acariciarle la cara, que su nariz tocara la mía, oír promesas bonitas de su boca,

volver a creer en el impulso del amor.

Cuánto mal me ha hecho Dom todos estos meses, cuánto mal me he dejado hacer.

Paso por la farmacia y compro los mejores tapones disponibles, valeriana en píldoras y un antifaz. Fany me presta dos CDs de música relajante con la que dormiré como un bebé y a eso de las nueve y media, asalto el colchón con grandes expectativas de éxito. Sin embargo, en cuatro horas la mascletá del piso superior estalla, se mantiene y después de dar quinientas vueltas en la cama y desesperarme, me echo la bata sobre los hombros y subo hecha un energúmeno.

—De hoy no pasa, de hoy no pasa que

la mate —farfullo mientras aporreo la puerta. Ni timbre ni ná—. ¡Oye! No lo soporto más, me prometiste que se terminarían los ruidos y no has cumplido. Abre, abre o llamo a comisaría.

Nada de nada. Agarro el móvil y marco el número de la poli. Estoy tan furiosa que ni veo. Llegan en cinco minutos. Milagroso.

—¿Qué ocurre, señorita?

—En el interior de este apartamento ocurre algo —señalo a la puerta—. El estrépito es pavoroso, he subido educadamente a pedirle que parase porque no me deja descansar... Soy una trabajadora del café que a las siete de la mañana...

—Al grano, se lo ruego. — Nerviosillo, el agente acaricia la culata de su pistola. Trago saliva..

—Pues que en vez de atenderme como una vecina cordial, me ha echado. Todas las veces que subo, me escupe. Y sigue el escándalo. Hemos llegado a un punto que roza lo criminal, necesitaré psicoterapia.

—Vecinos... —murmura. Y hunde el índice en el timbre. La mujer despelucada se decide a abrir y al ver a los dos uniformados se echa a llorar sin preaviso y sin consuelo.

—Señora, ¿está sola?

Para qué le pregunta nada. Es oír la palabra «sola» y el llanto arrecia como arrecia la lluvia en una tormenta que se

transforma en ciclón. Hasta yo empiezo a sentir apuro, parece a punto de un ataque, no acierta a articular una letra.

—¿Se encuentra bien? —preguntamos el policía y yo al unísono. Ella niega con dos cabezazos.

—Bueno, a lo mejor... Estamos asustándola —digo poco convencida.

—Señorita, somos policías, no mafiosos. Venimos a defender y a salvar, no a acojonar al ciudadano.

—O deberían irse... —tartamudeo descentrada.

—Usted verá, es la que nos ha requerido —replica su compañero mascando chicle.

—Yo podría quedarme... con ella —me ofrezco. Se encogen de hombros, no

insisten lo más mínimo y se pierden escaleras abajo. Un poco intimidada, giro la cabeza hacia la mujer—. ¿Me permites?

Para mi pasmo asiente, se retira y me da paso. El apartamento naufraga en penumbras, mal amueblado y con bastante desorden. Se dirige al sofá y yo la sigo con un nudo en la garganta. No para de llorar.

—Lo siento, lo siento muchísimo... Tengo los nervios desquiciados. Es... es el niño, tan pequeño, mi marido...

—¿Está enfermo? Me refiero a tu marido. ¿Necesitas ayuda con el bebé?

—¡Mi marido pasa las noches acostándose con otra! —aúlla de repente, sobresaltándome—. ¡Es un hijo

de puta egoísta que se ha buscado una amante y me deja aquí sola día tras día, noche tras noche ocupándome de su hijo!

Creo que voy a marearme. Las historias de cuernos, ¿me persiguen?

—No le importamos un comino. ¡Esto es su puñetero hotel! Viene, suelta la ropa sucia, saquea la despensa y se vuelve a escapar. Para ella son los cines, los restaurantes y las diversiones. Yo soy la chacha, la basura de la que no se acuerda, la imbécil que plantó una prometedora carrera para parir su hijo.

—¿Has dicho «hijo» en singular? ¿Estás segura de que no tienes más... tres por ejemplo?

La mujer me mira como raro.

—Lo que me faltaba. Pues claro que

no. Estaré tocada pero mis hijos aún los cuento correctamente.

—Lo siento una barbaridad... Si puedo hacer algo...

—Cuando me desespero lo llamo por teléfono. Aunque me muerdo y me ato las manos para no hacerlo acabo cayendo y como fondo de la conversación, la escucho a ella, riendo, hablando alto para que la oiga. Zorra... Es como si dijera, mírate tú, so desgraciada, y mírame a mí. Soy la favorita, estoy de copas, luciendo palmito y hombre, me importa una mierda que sea tu marido.

Se me llenan los ojos de lagrimones. Dom. Su mujer. Su mujer. Dom... ¿Podría ser que...? ¿Y si aquella chica

destrozada fuera su esposa? Le miro las piernas. No las tiene rotas pero igual lo del camello ha sido una mentira piadosa de Dom, que por estar su mujer tan perturbada, no se atreve a decirle nada. Tampoco encaja el número de hijos, pero ¿quién sabe? En mi mismo bloque, sería mucha maldita casualidad. Ella sigue narrando desgracias pero mis orejas están taponadas a lo terrible, me arde la cara y los latidos del corazón simulan cañonazos.

—Y sin abrir la boca leo en su mente cada vez que me mira, ¡piérdete gorda lamentable! ¡Piérdete!

Por Dios... Ahora más que nunca tengo que mudarme y rápido.

—Que si quieres un café —me repite

la mujer. Yo bajo del techo donde al parecer, me he colgado.

—No, no, gracias, estoy rendida.

—Sé que te he puesto las cosas muy difíciles, has sido tan buena conmigo... Cuando me da la histeria lo único que me calma es hacer fuerza, empujar los muebles, sudar como una burra hasta que caigo desfallecida.

—Podrías probar a correr... — sugiero con desmayo—. Una de esas máquinas...

—¡Sí, tienes razón! —se ilumina su cara— ¡Al tiempo que me sosiego perdería los kilos que me sobran! ¡Qué magnífica idea, vecina!

—¿Puedo bajar a acostarme? —casi suplico. Para mi horror, la mujer se

estira, me agarra la cara con las dos manos y me zampa un beso en cada mejilla.

—Voy a tomarme tres pastillas y a dormir como un angelito. Te lo juro por lo más sagrado. Nada de ruidos.

De narices. Si ella soluciona esa parte de su drama, yo me aseguro unos cuantos días de paz, los que me queden. Voy a contactar con el propietario del adosado mañana sin falta. En cuanto a Dom...

No volveré a verlo jamás de los jamases. Como si se lo hubiese tragado la tierra y para cuando flaquee, grabo una fotografía mental de esta mujer desgarrada, resistiendo por su hijito, sumida en la más espantosa depresión.

Puede que no sea la esposa de Domingo,
pero podría serlo, es un modelo físico
real al que agarrarme. Porque de todo
esto la única culpable soy yo.
Delincuente, criminal, malhechora.
Menudo karma apestoso estoy
acumulando.

21. El puesto de trabajo que era mío

La jornada en el Love Locke resulta extraña. Esta vez no mezclo ingredientes ni quemo los cruasanes pero no acabo de estar en la tierra. Me repito que mudarme sin avisar y desaparecer es la mejor de las ideas, un mensaje subliminal para Dom. Evoco a mi padre, cruzo las emociones que me provoca con el recuerdo de mi vecina y tiemblo de desazón. Gael pasa por aquí a desayunar, con un par de compañeros de la oficina, pero apenas le dedico unas palabras y media sonrisa. Bea lo intenta

de nuevo pero al ver que reacciono escasa y tardía, también desiste. Lo que no me espero, es que Gael haga una segunda intentona, que con el pretexto de subirse media docena de ensaimadas a la oficina para una reunión, vuelva a obsequiarme con una vista de sus espectaculares iris y el resto de su físico de impresión.

—¿A qué hora sales? —me pregunta. Yo aprieto la pinza con las que coloco los dulces en la cajita y rompo el hojaldre. El corazón acaba de pegarme un brinco.

—¿De aquí? A las cinco y algo. Como siempre.

—¿Quedamos luego?

—Para un café, como mucho —le

advierto, desplegando mis defensas.

—Es viernes, ¿cómo que para un café, si la noche es joven?

—Será todo lo joven que tú quieras pero tengo trabajo.

—¿Otro trabajo? ¿Además de este, te refieres? —asiento con la cabeza y un cierto aire de superioridad— ¡Es verdad, coño, ya me acuerdo, eras gogó!

Le tiro el trapo a la cabeza. Lo recoge en el aire y sin dejar de reír me lo devuelve.

—Joder, Noa, con razón hay tanto parado, abarcas tú sola todos los empleos disponibles.

—Cuando pagan poco o muy poco, es lo que hay.

—De acuerdo, después de tu segundo

trabajo, ¿qué te parece?

—Me parece que estaré muerta, para recogerme con cucharilla.

—Tengo dos brazos que se encargarán de ti —me susurra inclinado sobre el mostrador. Me excito con solo imaginarlo.

—No creo que sea muy buena idea...

—Vamos, mujer, como amigos, ya te dije que no había nada que temer.

—Es que yo... —No puedo mencionar a Dom, no debo. Estoy intentando apartarlo de mi vida, Dom no es nadie, solo un problema enorme de pelo rubio y polla golfa. Me trago su nombre y hago como que sonrío. Qué mal me sale.

—Un par de copas. Cuidaré con

empeño de que no alcances niveles éticos comprometidos. Lo juro — insiste con amable persuasión.

—¿Por tu sangre azul de caballero?

—Ya quisiera yo tenerla azul, pero lo juro por mi sangre. Cuidaré de ti.

¡Señor, qué maravillosamente bien suena! Esa pose de protector, seductor, castigador, todo incluido de Gael, me fascina. No lo conozco de casi nada, obviando el atracón de sexo y descontrol no programado, y ya me puede la tentación de confiarle mi vida entera. No controlo mi a veces temeraria dependencia emocional. Noa la soñadora en estado puro.

Acepto. Con el cerebro en plena ebullición tormentosa, sin tener nada

claro, por instinto animal, le digo que sí. Y nos intercambiamos los teléfonos. Qué gran paso.

En cuanto dan las cinco salgo escopetada a mi cita con el dueño del adosado, despliego mis escasas artes de seducción, y contando con el dinero que papá me ha prestado y la urgencia de esta familia por alquilar, llego a un acuerdo más favorable de lo imaginado. Entrego una señal a cambio de un recibo y quedamos en vernos al día siguiente para formalizar el contrato. No me lo creo. Qué feliz llego a la emisora por la noche. Casa por estrenar y cita con un hombre maravilloso; me muero por contar todo lo bueno que me ha pasado. Pero hay interrupciones, Olimpia me

espera encallada en la puerta.

—¿Un café aquí al lado? —me ofrece a todo correr—. Necesito contarte algo gordo.

—Dispongo de veinte minutos, me he venido antes de tiempo para preparar...

—Perfecto, vamos, con quince me apañó.

Sale zumbando que se las pela y se mete como un zepelín en el primer bar que encuentra abierto. Respiración agitada, rostro desencajado, la veo como ansiosa.

—Me despido —suelta a bocajarro.

—¿Cómo que te despides?

—Decisión del año. Dejo a esa panda de burramios cegatos —declara lánguida, así como quien no quiere la

cosa—. No saben agradecer lo que les doy.

—¿Tan de repente?

—¿De repente? Noa, hija, llevo mucho diciéndote que estoy hasta el moño de ser becaria, que mi paciencia es grande pero no infinita.

—Bueno, pues... ¿hay que celebrarlo? Porque triste no te veo.

—No lo estoy, todo lo contrario, soy *free*, ¿imaginas el abanico de posibilidades que se me abre por delante? Es como quitarse de encima un hombre basura.

No sé por qué truculenta asociación de ideas, entrecierro los párpados y veo la sonrisa cínica de Dom, retándome.

—Joder, tengo que hacerme a la

idea... Si estás libre, ya podemos montar nuestra propia emisora, nuestro sueño de siempre.

—Bueno... —empieza Olimpia barajando muchas dudas.

A mí se me va la pinza con esta inquieta imaginación mía.

—¡La veo, la veo! Al principio será muy modesta pero crearemos programas innovadores que den cabida a la información de proximidad. Diseñaremos nuevos formatos de cuñas publicitarias que no aburran a la gente. ¿Te acuerdas del anuncio del Cola-Cao? Era un *jingle*, una canción que todo el mundo era capaz de memorizar, vendía un huevo. Y con el tiempo Fany se vendrá con nosotras...

—¿Quién me nombra? ¿Me honra o no me honra?

Esa espectacular morena que camina acera adelante, con las gafas de aviador que habitualmente cubren sus ojos azules colocadas de diadema y tipo de infarto dentro de unos pitillo con sudadera, es mi compañera de emisora.

—¿Fany?

—La cafetera de goteo que tenemos arriba se ha descacharrado, vengo a por dos cafés para llevar y pasar la noche. Ah, hola, Olimpia, no te había visto, pensé que ya te habías ido —remacha con tonillo insidioso.

—Hablábamos del futuro —le participo entusiasmada—, Olimpia deja la empresa y vamos a montar...

—En realidad, no vamos a montar nada de nada —me corta tajante. Me quedo de una pieza pero ella esquivo mi curiosidad.

—¿No?

—Todavía. —Deja ir una risita que tiene mucho de diabólica—. Ninguno de esos planes va a ser viable, amiga, al menos de momento. —Se mira distraída el desastre que lleva por uñas. Son algo así como su seña de identidad entre tanto acabado personal impecable.

—Ah, ¿no? —sisea Fany como si no le sorprendiera.

Yo no me lo esperaba, de ninguna manera, llevábamos siglos forjando esos planes.

—¿Qué problema hay?

—Es que he aceptado una oferta de empleo. En otro sitio.

Me desinflo.

—Entiéndelo, necesito pelas, no puedo ir por ahí haciéndome la heroína como pretendes, no soy tan absurda. Me ofrecieron unas condiciones que no pude rechazar.

—¿Y dónde? —pregunto sin ánimos.

—En la emisora ZTV.

Palidezco. Al aire que respiro, le cuesta entrar en mis pulmones.

—¿ZTV? ¿Con Aníbal?

Asiente. Y yo me quedo muerta. Muerta y enterrada de un solo tajo.

—De locutora. Figúrate, el honor, yo sola y entre tanto hombre... Me van a tener como una reina... Habría que ser

subnormal profunda para decir que no, y yo me tengo por lista.

Olimpia se levanta aprovechando mi conmoción, se cuelga el bolso, me besa la cara y sin pagar y con un suspiro que pretende ser de aflicción, se despide y sale por patas. Varios minutos más tarde yo aún estoy catatónica.

—Con Aníbal —repito como un enfermizo mantra.

—Menudo zorrón. —Fany me devuelve al mundo de los vivos. La observo con ojos nublados.

—¿Qué tiene que ver el zorroneo con esto?

Fany apoya el brazo en el respaldo de su silla y me mira con interés.

—¿Hasta qué punto es leal que una

amiga acepte el trabajo que creó para ti tu antiguo novio? Rectifico, el hombre especial que a los pocos meses de salir te pidió matrimonio.

—Ni siquiera sabía que se conocieran —balbuceo como una completa pardilla. Qué tonta, ni se lo he preguntado. Inexplicablemente la defiendo, seguro que es fruto de la confusión mental que manejo—. Tampoco es justo enfadarse, en su día yo rechacé ese empleo.

—Porque tienes cerebro y seguiste a pies juntillas el refrán, «donde tengas la olla no metas la...». —Le hago una seña con la mano dando a entender que sé lo que viene a continuación. Cuando me pongo sensible, las palabrotas de Fany me desorientan. Y estoy a punto de

echarme a llorar.

—Eso no quiere decir que ella lo aproveche. ¿Es que no lo ves? Esa tipa vampiro sigue tus pasos, quiere lo que tú tienes, quiere lo que tú eres.

La miro desolada.

—Estás majara, mira mi vida, ¿cómo iba nadie en sus cabales a quererla?

—Ella. La envidia con cada poro de su cuerpo de perro, te lo digo yo. Apuesto a que no ha parado hasta hacerse la contradiza con Aníbal, sacar a colación lo del puesto vacante y venderse como la mejor opción. Hubiera estado bien que al menos te comentase de pasada: «a todo esto, he conocido a tu exprometido y me parece guapo, me parece feo», me parece que no me

escuchas...

—Todo el mundo no es tan perverso como tú te empeñas en creer —me atrincheró. Fany alza una ceja—. Subamos al estudio o Isa entrará en modo pánico.

Sé que soy un caso perdido. Me encierro en el baño y me mojo la cara a ver si se me pasa la estupefacción, el dolor y el mal sabor de boca. Sé que en el fondo y no tan en el fondo, Fany, que sí es mi amiga, tiene razón. Me resisto a creerlo porque solo hace año y pico que la conozco, y Olimpia gana por goleada. Porque la antigüedad es un rango. ¿O no?

—Olimpia es mi amiga —me repito —, mi íntima amiga desde siempre y

Fany solo está... celosa.

22. El camino que conduce a casa

Mis ánimos festivaleros se han esfumado por un desagüe que apesta. En un abrir y cerrar de ojos, con lo contenta que llegué, me he convertido en una compañía indeseable, inútil ni para una copa siquiera. Ya no tengo ganas de salir con Gael, no quiero que me vea tan aplastada, gruñona, muda. De modo que uso el número que me ha facilitado para enviarle un mensaje cancelando nuestra cita. Qué poético, siempre pensé que las primeras frases de intercambio en una pareja estaban llenas de azúcar, ofertas

picantes y augurios felices. ¿Es que nada, absolutamente nada puede salirme bien? ¿Por qué me escuece tanto que Olimpia trabaje para ZTV? No es eso, es el hecho de no haberme mencionado siquiera que conocía a Aníbal, me siento traicionada. La clase de amistad en la que creo, es abierta y transparente, implica contarnos nuestras cosas, yo lo hago, ella lo hacía, empieza a no hacerlo.

Suerte que tengo a Fany para tirar del programa, con sus bromas ácidas y sus provocaciones a las que el público responde de mil amores. Básicamente me encargo de anunciar y pinchar los temas musicales, y apoyar sus argumentos con alguna palabrita

ingeniosa. No tengo fuerzas para llevarle a nadie la contraria, mucho menos para protagonizar.

Nos despedimos del equipo, mueren las luces, bajamos a la calle muertas de sueño y allí me encuentro a un hombre turbador, embutido en un gabán militar, con las manos en los bolsillos, cuya sonrisa se ilumina al verme.

—¿Gael? —Increíble pero cierto.

—Si Mahoma no va a la montaña, la montaña se mueve muy gustosa — asegura. Me encanta que use mis mismos dichos, yo también cuento con Mahoma de vez en cuando. Noto un hormigueo por toda la piel bajo el vestido, una creciente humedad en la ropa interior. Efecto instantáneo y terrible.

—Esta es Fany, mi compañera —los presento. Se estrechan las manos con cordialidad. Hasta aquí, todo normal dentro de unos términos.

—Sí, creo haberte visto en la cafetería —repite ella—, un par de veces.

—Soy su cliente más cansino, el señor Plomo, me llaman a mis espaldas.

Reímos la ocurrencia. Fany se despidió previa dedicatoria de un guiño descarado, y nos quedamos solos, ataridos, sin saber muy bien qué hacer.

—¿No has recibido mi mensaje? —Acabo de caer en la cuenta de que jamás recibí respuesta.

—Por supuesto que lo recibí. Acepto la cancelación pero me apetecía verte.

—¿Y...?

—Te acompaño paseando a tu casa.

—Es que tengo el coche por aquí cerca.

—Pues te acompaño al coche. Dando un rodeo de digamos, media hora.

—Joder, qué mandón, y que calculado lo tienes todo, ¿no?

—Es mi trabajo, nena.

—¿No se te ha ocurrido pensar que me encontraba mal?

—Entonces te acompañaría al hospital.

—El señor Plomo tiene respuestas para todo. —Pongo los ojos en blanco.

—Absolutamente nada se me resiste. ¿Arrancamos?

Suspiro con resignación y un

desconocido júbilo que me salta dentro, del estómago a la garganta y vuelta a empezar. Un pie detrás del otro, avanzamos juntos por la acera. El paseo es muy tranquilo. Me excita tenerlo aquí al lado, mis instintos físicos van por libre, mis pezones llevan rato endurecidos por el efecto narcótico de su voz y mis ojos vuelan cada dos nanosegundos a espiar su perfil de dios griego. Me embarga el placer de poseer temporalmente algo hermoso, pero estoy demasiado cansada, en todos los aspectos, como para desear nada más. Ya le obsequié una primera malísima impresión, tendría gracia pifiarla también en la segunda.

Le he explicado que trabajo en la

radio, pluriempleada, pero sin detalles. Él se mantiene en sus trece, sin confesar lo de su *alter ego*, Luis, de Sevilla. De acuerdo, vamos a jugar si es lo que quiere. Yo tampoco facilito más datos. Charlamos de nuestras familias, él tiene tres hermanas, es el único chico. Yo le hablo de mi melliza, Marta, la persona que más quiero, de mis padres y su restaurante. Finjo que mi familia es perfecta, fantaseo con que no falta nada ni nadie, que se aman y se respetan por encima de todas las cosas... Como las verdaderas amigas. Igual. Modo sarcástico «on». Me sube la bilis hasta la boca recordando a Olimpia, ahora, tan cerca de Aníbal, mi gran error.

—Bueno, este es mi coche. —Nos

detenemos. Me alegra haberme deshecho del cascajo que tenía por vehículo, daba vergüenza enseñarlo.

—Te acompaño a casa y regreso andando —se ofrece. Abro unos ojos como platos.

—Oye, hay un ratito de caminata, tendrás cosas mejores que hacer que perder la noche del viernes conmigo o de marcha solitaria por las calles.

—La verdad es que no. Disponía de un plan apetecible con una morena preciosa, pero se ha ido al traste, así que caminar me parece una buena inversión.

—Te pensarás que soy tonta, que un tío como tú no va a tener proyectos de mojada en fin de semana...

Muerdo las palabras que quedan por salir, porque su mirada se ha congelado. Ahora es sombría y reservada, parece ofendido.

—No sé qué clase de hombres conoces pero no todo en esta vida es follar.

Así. Por las bravas. Alto, gráfico y claro. Trago saliva. Igual he metido la pata, tan acostumbrada estoy a las burradas de Dom que piensa con la polla...

—Tienes razón —admito con la cabeza gacha.

—Solo los cretinos creen que la vida se reduce al sexo y no te tengo por una de ellos.

—*Touché.* Si quieres seguir

acompañándome otro ratito me sentiré muy honrada.

—Es lo que hacen los amigos, sin importar que sea viernes noche, ¿qué más da? —vuelve a recordarme. Y mi rostro alcanza, en cuestión de segundos, los mil cien grados centígrados y el color de los jodidos rábanos.

Acciono el mando, los pestillos saltan y nos acomodamos en el interior del vehículo. Me tiembla un poco la mano, cuesta meter la llave en el contacto, por fin lo consigo gracias a la distendida charla de Gael, alabando mi coche por espacioso. Es un tío genial, empático y educado, aparte de cañón. Estar a su lado es todo un premio.

—¿En serio no has cambiado de

parecer? —pregunta cuando ya hemos dejado atrás la calle donde aparqué—. Mira que un poco de música, vino y más charla de la que estamos teniendo, no hacen mal a nadie.

A mí sí. A mí el vino y la música me ablandan. Y si me ablando me encoño. Cuidado.

—Estoy agotada, en serio. Ha sido un día... difícil. Por no decir asqueroso.

—¿Me lo quieres contar? —
Cruzamos una significativa mirada. Él levanta las manos con las palmas extendidas—. De acuerdo, tú ganas, no he dicho nada. Hay días jodidos que se tuercen y punto.

—Eso, y punto.

—Y en ocasiones, las cosas no pasan

por algo, no hay una alineación planetaria mística que determina y ordena el azar —prosigue en tono ardoroso. Contengo la respiración, es como si quisiera transmitirme un mensaje en clave que no sé si estoy entendiendo—. A veces, muchas veces, las cosas simplemente, ocurren. No le des más vueltas.

Asiento. No voy a abrirle mi alma, ni a contarle que llevo días sin saber de Dom, el hombre que hasta hace nada, me prometía la luna y un futuro juntos. Que todo se ha enturbiado rápido y veloz, desde que mencioné la necesidad de descubrir las cartas, desde que le exigí que hablase con su mujer. Que prometió que lo haría pero ahora se esconde y ser

tan poco importante para quien de mí lo recibió todo, me derrumba. Me llama, sí, de vez en cuando para darme largas y el tono de su voz no ha cambiado, sigue siendo el de un capullo. Mi adormilada conciencia me grita que me lo merezco. Por egoísta, por cómplice en una infidelidad cruel. Por imbécil.

Gael alarga la mano hacia la radio.

—¿Puedo?

—Claro, cómo no.

La conecta y mira por dónde, Maná y Shakira envueltos en un dúo llamado *Mi verdad* que logra sacarme los colores.

—Anda, qué casualidad... —se le escapa.

Tierra trágame. Se acuerda. No lo ha olvidado. Se acuerda lo suficiente

para... Pues claro que tiene memoria, estúpida niñata, te la metió por todos los agujeros disponibles y todo comenzó con esa melodía, ¿cómo va a olvidarse por muchos ligues que le salgan al cabo del día? No tiene pinta de ser totalmente insensible, de otro modo no estaría invirtiendo minutos y esfuerzo aquí, en espera de sabe Dios qué.

Me atraganto, sufro un acceso de tos de los que te mandan sin contemplaciones al otro barrio. Gael reacciona ágil y me golpea la espalda con la palma de la mano hasta que me recompongo.

—Quería decir que también la he oído hace un rato —trata de arreglarlo.

—Sí. Está muy de moda —consigo

articular con la voz estrangulada.

A partir de ahí, todo es sepulcral silencio.

A diferencia de este hombre sublime que llevo sentado a cincuenta centímetros, yo no dispongo de garaje privado. Cada noche debo enfrentar la odisea del aparcamiento perdido. Las calles son estrechas y están atestadas pero no importa, le cuento con renovado entusiasmo tras la tensa pausa, que ya mismo cambiaré de barrio. No hurga en pormenores pero me anima a iniciar cosas nuevas cada semana de mi vida, con unos pensamientos y unas frases muy mister Wonderful. Me hace gracia. No es lo que parece, ni mucho menos. Y si lo comparo con el macho encendido que

me gruñó aquel «necesito follarte ya» con voz rota y raspada, son el blanco y el negro.

¿Os he comentado que adoro los contrastes?

Por fin encuentro un hueco donde milagrosamente quepo. Han sido muchas maniobras, mucho subirme y bajarme en la acera, mucho resoplar. Hasta ha habido un momento insuperable en que Gael intenta ofrecerse para ocupar mi lugar al volante, y por poco le muerdo.

—Ni se te ocurra. Por mucho que cueste, aparcar, aparco yo. No soy una princesita melindrosa a la que hay que sacar de apuros.

—Tranquila, vaquera, solo era un ofrecimiento amable.

—No estás obligado a ser amable conmigo, ni siquiera estás obligado a renunciar a tu festival de fin de semana por mí —repito entre dientes.

Soy consciente de que respondo a la defensiva, que soy insufrible. Pero es que sigue a mi lado cuando no tengo nada que ofrecerle y me hace sentir vulnerable, insegura. Él cambia de posición en su asiento y me enfrenta muy serio.

—También mañana es fin de semana. Y el día después de mañana. Si no te apetece la charla, dímelo, sobreviviré y hasta puedo entenderlo. Pero si estás mínimamente a gusto acompañada, desperdiciando alguna que otra carcajada, joder... relájate, esto no

cuesta dinero.

Aspiro hondo con tanta fuerza que por poco vació el coche. Tiene razón, aunque sigo sin saber qué coño busca. Espero que no sea repetir lo que vosotros y yo sabemos, porque no. No quiero que ocurra.

—Hemos llegado. —Tiro del freno de mano—. He llegado.

—Te acompaño al portal como los antiguos y te juro que a partir de ahí, desaparezco.

Ahora suena un poco molesto. No me extraña. Estoy siendo arisca e intratable. Rayo en lo insoportable.

—No hace falta que recurras a hechizos, señor Plomo —río bajito y hasta me permito la libertad de colgarme

de su brazo—. Perdóname el mal humor, es el agotamiento acumulado de este día...

—...De mierda —remata por mí. Nos reímos juntos. Palmea dos veces mi mano que cuelga lacia de su antebrazo, como lo haría un colega con su buen amigo—. Hay que irlos tomando como vienen. Algunas semanas se retuercen como comadreja. Otras ruedan como la seda. Nunca se sabe.

Por un instante, el relax es completo. Sin embargo, la manía de Dom de aparecer por sorpresa cuando menos te lo esperas, me asusta y arrasa con este sosiego que tanto me ha costado conquistar. No quiero que me vea enganchada de otro hombre, no quiero

escenas ni discusiones ni enfrentamientos. Sutilmente, me libero.

—¿Es interesante tu trabajo en la editorial?

Compone una mueca de asombro primero, luego tuerce la boca en un gesto cómico y me arranca una carcajada. Parece mentira que una colección de rasgos tan masculina y perfecta, se deforme hasta causar risa.

—Ah, ya veo. Volveré a preguntar pasado un año.

—O un quinquenio. En fin, señorita cansancio, es hora de que se pegue una buena ducha caliente, coma algo y se vaya a la camita. —Estamos frente a frente delante de mi portal—. Algunas de cuyas cosas, me encantaría poder

compartir peeero... —añade al ver mi cambio de expresión— no voy a mencionarlas siquiera.

—Mejor. Gael... —Bajo los ojos y los entierro en la acera plagada de chicles secos.

—¿Sales con alguien?

—No exactamente —bufo—. O sí. Tengo cosas por resolver —compruebo con dolor que retrocede un paso. No quiero que se aleje de mí, ni privarme de su calidez—. Y la impresión de que todo se ha precipitado de repente.

—No sabes cómo manejarlo —deduce con una sonrisa comprensiva. Alzo los ojos airados y choco con los suyos. ¿Se está burlando?

—Odio que hables como mi

psicoanalista.

—¿Tienes psicoanalista?

—¡Por supuesto que no lo tengo! Pero solo porque no puedo pagarlo. Si pudiera...

No alcanzo el final de mi sentido discurso. Las manos de Gael me han atrapado, sus brazos me envuelven y su boca deseable se estampa contra la mía y me catapulto al Nirvana con su manera alucinante de besar. Podría darme de baja en mis dos trabajos y solicitar este puesto de por vida. Mi vientre tiembla, me hierve la sangre y mi sexo late como un pequeño corazón. Gael gime mientras me sujeta la cabeza con ambas manos y profundiza el beso. Cierro los ojos con fuerza porque no creo que en este

momento haya en todo el planeta, nada por encima de este regalo.

Llega el final y la separación me sienta como un zarpazo en mitad del pecho. Mantiene un segundo sus manazas sobre mis hombros, parece que añadirá algo, otro beso, deseo yo, pero no. Da media vuelta, dice adiós y me abandona. ¡Me abandona! El arrepentimiento, mi necesidad, me barren.

—¡Gael! —Echo a correr en su dirección. Ya ha cruzado la calle, en solo dos zancadas. Para y observa por encima del hombro— Gael, no te vayas.

Sonríe. Misterioso y algo triste.

—Sí me voy, la primera intención es siempre la que vale y la nuestra, más bien la tuya, ha sido pasar esta noche

por separado.

—Me estás echando en cara mi falta de coherencia —advierdo con un puchero.

—Eres mujer, tienes derecho a cambiar de opinión cuantas veces quieras.

—Oye, no sé si te oyes, me estás tratando como a una loca.

—¿Sí? —ríe. Su sonrisa me rodea—
¡No!

Vuelve a acercarse. Sueño con sus labios sobre los míos, jugando a matarme lentamente. Pero lo único que me deja es una caricia de su boca en mi frente y en la punta de la nariz, luego. Un guiño de pícara despedida y la más tremenda de las soledades. Me quedo

con las ganas de ese último beso demoledor.

Todavía, antes de entrar, paso un rato a solas mirando la calle, tan sombría, tan temiblemente hostil. Más que nunca. Desolada igual que yo.

23. Una jornada loca, loquísima

Fin de semana verdugo, encerrada viendo películas y dormitando como un oso. Varias charlas telefónicas con Dom, que parecen mensajes cifrados entre espías clandestinos. Ni siquiera sé qué pretende. Me cuenta un montón de historias inconexas tejidas en red, cuyo objetivo es excusarse y mantenerme cautiva. Y lo consigue. De algún modo, el tiempo que llevamos juntos, los planes forjados, y el coro de fantasías que he ido creando para los dos, me clava en un limbo ambiguo en el que

nada es lo que parece, que apela a lo que siento por él, me paraliza, me impide tomar decisiones.

A costa de pensar, pensar en depresivo es malo, muuuy malo, me convenzo de que mi súbito colgamiento por Gael no es más que una quimera que habita en mi mente. Que necesitaba un estímulo que me distanciase de Dom y ahí estaba él, dispuesto y voluntario. Una lotería que solo una enajenada despreciaría. Pero ni es amor ni hay verdad en nada de esto, me repito. Solo atracción sexual. Pase lo que pase, incluso si crece y a continuación se acaba, no sufriré. No hay más que recordar sus sonrisas canallas y sus respuestas condescendientes. Soy un

pasatiempo como él lo es para mí. No puedo darle nada en el hipotético e improbable caso de que lo busque, estoy atada de pies y manos, zambullida y medio ahogada en dudas que me llenan la cabeza de voces burlonas.

Peleo contra la nebulosa mental que me atonta a base de cafés, y acabo a las tres de la mañana, despejada como un búho, pintándome de morado las uñas.

Lunes en el Love Locke. Continúo ansiosa. Gael ha pasado por aquí con tres compañeros de oficina y han consumido sus desayunos, con un grado de normalidad de doce sobre diez. Ni miraditas insinuantes, ni frases con doble sentido. Cordialidad amable y punto pelota. Vuelve a ser el cliente

formal de costumbre. No voy a negar que el corazón se me arruga al verlo desaparecer. Compruebo la hora. No es la mejor, mis padres deben estar a tope en el restaurante, aun así, la necesidad que tengo de escuchar buenas nuevas me lleva a marcar su número. Contesta mi héroe.

—Hola, papito. ¿Cómo andas?

—Todo bien, cariño, gracias por llamar.

—¿Cómo está mamá? Sobre todo, ¿está?

—De callejeo, como de costumbre. Estoy friendo patatas o no comemos hoy.

Se me cae el alma a los pies. No sé qué esperaba, seguramente un milagro, por eso mismo he llamado. Bufo

decepcionada.

—No me lo explico, ella siempre ha sido tan de ti, tan de su casa, sus guisos, su mercado, su punto de cruz... ¿También pasa del restaurante?

—Me temo que sí. El cocinero no da abasto, últimamente ella no acude casi al negocio y sin su toque artístico en la cocina, todo se irá al garete. También vamos a tener que contratar a otra camarera.

El tono vencido de mi padre me hiere en lo más hondo. Puedo imaginarlo resignado ante la evidencia de que su mujer ya no lo encuentre interesante, que prefiera otras distracciones menos ortodoxas y le importe poco desgarrarle el corazón de viejo que late a paso de

tortuga.

—Papá, ¿tienes idea de lo que puede estar pasando? —interrogo con cautela, sin levantar liebres, que para eso me las pinto sola.

—Atravesará una crisis, qué sé yo, el mundo de las mujeres me viene grande, Noa, no hay quien os entienda. Seguramente esta rutina entre perolas y sartenes le sabe a poco... —suspira.

—¿Cuándo es la mejor hora para hablar con ella?

—Lámala al móvil —me sorprende.

—¿Mamá con móvil?

—Y sin separarse. Fíjate cómo ha cambiado el cuento. Anda, anota el número...

Anoto. Y después de tranquilizar a mi

padre como buenamente puedo, pulso tecla a tecla y aguardo hasta que la voz aguda y jovial de mi señora madre, me responde.

—Noa, qué alegría. ¿Por dónde andas?

—Por dónde andas, tú, madre, que tienes a papá solo haciéndose cargo del restaurante en hora punta. ¿No te entra nada por el cuerpo? —El rosario de reproches me sale tan imparable como espontáneo. Ella, en un primer momento, calla. No dura mucho.

—¿Has llamado para regañarme? ¿Mi hija me llama para cantarme las cuarenta? —rebate con disgusto—. No voy a decirte lo que pienso de esa actitud tuya porque siempre os eduqué

con educación y pretendo seguir dando ejemplo, pero es inadmisibile, Noa, ¿dónde está el respeto a mi persona...?

—Mamá, ¿es que ya no lo quieres?

—¿Qué chorradas dices? ¿Cómo no lo voy a querer? A ver si ahora el amor se demuestra sudando la gota gorda entre judías en una cocina. Estoy hartísima del restaurante, necesito aire o me asfixiaré, estoy al límite, a punto de la depresión crónica. Eso al menos dice mi médico.

Me quedo huérfana de argumentos. Con la salud no se juega y menos con la de mi madre por muy pendona que se haya vuelto. No sé qué dirección tomar.

—Mamá... —arremeto con debilidad

— ¿Tan mal está la cosa?

—Requetemal. Son muchos años aguantando, hija, muchos años y hacen mella.

—Pero ¿aguantando qué? ¿Aguantando a papá? —me desespero. A este paso no voy a conseguir nunca que confiese que tiene un amante.

—Me esperan y me estás mareando. Luego si quieres me vuelves a llamar. Eso sí, en plan regañón no, que te lo comes.

—Es que te noto muy rara.

—Tú sí que estás rara, tanto gobernar la vida ajena, con los años que tienes y ni un mal novio. Por buen camino vas, nenita, te me quedas para vestir santos.

Se me encogen las tripas. La doña sabe bien dónde golpear si pretende

hacer pupa. Me ha marcado un gol por toda la escuadra recordándome mi realidad y que bastante tengo con solventarla, que no me meta a maestra de la suya. Musito una despedida apresurada y me doy un buen atracón de llorar hasta que lo permuto por trabajar. Que para eso me pagan.

Para una vez que me interesa pasar desapercibida y que las huellas de mi martirio en forma de hermosas bolsas ojeriles no sean del dominio público, esta jornada de hoy, circula por el Love Locke todo el mundo conocido y parte del extranjero. La primera en dejarse caer, Fany con pinta de dormida. Lo cierto es que me alegro mucho de verla. A continuación se suma Olimpia, que

cruza con mi compañera de la radio una mirada de belicoso silencio. A eso de las doce, cuando estas dos aún no han decidido marcharse, regresa Gael con otros compañeros de oficina dispuestos a paladear los placeres salados de nuestro horno. Menos mal que sale el sol, porque mi amiga del alma y mi simple amiga están a punto de desgñarse y necesito distracción. Olimpia no para de presumir de sus cosas y Fany destila ácido clorhídrico.

—He empezado a correr con los compañeros de la nueva empresa, cada tarde —oigo que le cuenta—. Solo chicos. Oye, no sabéis cómo lo estoy notando, he perdido ya tres kilos.

Fany salta como un resorte.

—¡Qué bien! ¡Me apunto! Con lo que me gusta el deporte al aire libre... — Observo que el mohín de Olimpia muda a mueca, se le pone cara de acelga—. Mañana mismo me sumo a vuestro grupo con toda la artillería pesada y unas zapatillas nuevas.

Reparto mi atención entre el grupo masculino que conversa y ríe, muy al margen de mi vida, y estas dos locas del tinte. Gael gana por mucho en atractivo seductor.

—Uiss, no va a poder ser, mañana tengo un compromiso ineludible, no iré a correr.

—Pasado —propone Fany sin amilanarse.

—Tampoco —ruge la malagueña.

—¿Pasado el pasado?

—No, seguro que no.

—¿El mes próximo?

—Jo, quién sabe... Mira, vamos a hacer una cosa, como tengo la agenda tan saturada, el día que vaya a correr yo te llamo.

—¿Pero no salías a diario?

—Hasta ahora, justo hasta ahora. Viene una racha muy mala de reuniones seguidas. Que yo te aviso, mujer.

—Sin falta, ¿eh? —se mofa Fany—. Te tengo fichada, ya no te me escapas.

Olimpia sacude ligeramente la cabeza con una risilla malévola, le entran las prisas por marcharse. Pero repara en el perfil de Gael y su insultante perfección, finje distraerse y amago de quedarse.

Suerte que lo de la cita pendiente parece ser cierto y tras un rosario de ojeadas amargas al reloj de pulsera, se evapora.

—Lo que esta tipa no quiere es competencia —me comadrea Fany al oído—. Ha conseguido ser la única gallinita del corral con esa panda de mamarrachos que tiene por colegas y se persigna solo de imaginar tener que compartir su feudo con otra hembra. Será bicho...

—Qué mal te cae —suspiro con un ruego mudo en los ojos. Fany simula acatarlo.

—Buenas casi tardes, señorita respondona. —Gael me ha hecho señas para que me acerque y eso hago. Clavándole una mirada en mitad de la

frente. No puedo con tantas batallas simultáneas: ZTV, Olimpia, su *running*, Fany, él... Fliparía simulando desmayarme para que me recogiera en sus brazos galantes y me besara, pero decido centrarme en mi yo camarera.

—¿Os apetece algo más? ¿Qué os pongo? —Para mi horror y pavor, por detrás de los taburetes, como una maceta fuera de lugar, brota la cabeza rubia con tupé de Dom. Se apoya en plan chulo en uno de los muros. Le hago una mueca desesperada—. A usted enseguida le atiendo.

Al servirle el café doble con tres azucarillos que me pide, deslizo una servilleta con un mensaje escrito. ¡Señor, cómo me agobia el tema! No

quiero verlo en mi lugar de trabajo, mil millones de veces se lo he pedido. Dom retuerce el papel para leerlo:

«¡Márchate de aquí enseguida!».

—Y un mollete antequerano, con jamón y queso —pide medio riendo. Qué mala uva me entra.

Le sirvo el pan seco y le cuelo dentro un segundo aviso.

«O le cuento a todo el mundo lo nuestro. A gritos. Tú verás».

Ahí parece que se le descompone la jeta un pelín. Le dirijo una mirada fiera de párpados entornados, para que vea que voy en serio y marco las distancias.

—Sé que estás mosqueada —me dice medio por señas—, no digo que no tengas tu parte de razón, pero los

trámites requieren su ritmo, no puedes esperar que lo deje todo por ti, así de repente.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es entonces lo que me has venido prometiendo todos estos meses que llevamos juntos? —Lo miro con severidad antes de girar el cuerpo y alejarme—. No es justo, Dom, no lo es.

Me muerdo los labios para que las lágrimas no salgan disparadas. Tengo la cafetería a tope y mucha de esta gente me conoce. No es plan de dejarse ir, las emociones que provoca este hombre con el que me he enredado, son oscuras, destructivas.

—Espero que vayas a comisión, preciosa —me aborda una voz por el flanco izquierdo. Uno de los amigotes de

Gael con ganas de cháchara, chúpate esa —. Con la publi que tu amigo va haciéndote por todos lados esto se va a convertir en una jodida mina.

Mi amigo. Ummm. No voy a analizar en profundidad el retintín con que ha pronunciado el dichoso sustantivo.

—Lo cierto es que ya lo es —rechino los dientes—, pero gracias de todos modos, Paco Gutiérrez se alegrará.

—¿Eres su empleada? —inquiere otro. Gael, sonrojado, aprieta las mandíbulas.

—¿Su empleada? Con lo que me paga lo que soy es su puñetera hada madrina.

Se echan a reír los tres.

—Al final va a ser cierto, tiene sentido del humor pese al careto de

dragón del Amazonas —comenta uno de los ejecutivos dirigiéndose a Gael. Me giro a mirarlo crispada, que se dé cuenta lo que me fastidia que hable de mí a mis espaldas.

Interrumpo la tierna escena refugiándome en Fany, testigo mudo de todo mi nerviosismo aunque no sepa de la misa la media, pero de nuevo aparece Olimpia, alterada y jadeante. Ha debido olvidarse las llaves. Esto hoy parece un jodido circo.

—Tengo que contarte algo tremendo que antes se me ha olvidado —se cuela entre Fany y una servidora—, es sobre Carmen, la profesora de yoga. ¿Te acuerdas de ella?

Fue amiga nuestra durante un tiempo,

muy maja, salimos juntas muchas noches de vino y rosas. Sobre todo, vino.

—Apenas —gruño desbordada de pedidos por atender.

—El caso es que me he topado con la historia de pura casualidad... —Dirige un vistazo furtivo a Gael y a sus compañeros antes de centrarse.

—Yo no creo en las casualidades —la corta Fany—. ¿Y tú, Noa?

—Bueno... depende... —Toda mi energía destructiva está concentrada de momento en Dom, que no se decide a irse. Le planto por delante la tercera y última nota, mi personal bomba nuclear.

«¿A que contrato un detective para que localice a tu mujer?».

—¿Me puedes pasar el café a un vaso

de esos de plástico? —Se levanta zumbando—. Tengo un poco de prisa.

—Enseguida, señor —respondo con una sonrisita satisfecha entre los dientes. Olimpia sigue con lo suyo, por lo visto le han dado cuerda.

—Hay una tienda de segunda mano en la calle Desengaño y mira por dónde, descubro allí los trajes de Carmen. ¿Te acuerdas lo bien que vestía? Al principio no estaba segura pero cuando me fijé... He salido con ella tantas veces y me dije: ¡Coño! La ropa de marca de la estirada aquí, expuesta al mejor postor.

—Le habrá hecho falta el dinero —deduzco sin mirarla. ¿Dónde mierda he guardado la leche desnatada?

—Muy mal hecho por su parte, debería haber avisado, sabe que tenemos la misma talla, se lo habría comprado todo, todo, todo.

Dom aferra el vaso y se pierde entre la masa gris que circula en hileras por la calle. Olimpia se molesta porque no detengo mi frenética actividad para atenderla y hacer palmas como su cotilleo merece, a pesar de haber vuelto solo para ponernos al tanto desaparece montada en su coche siamés al mío. Fany chasquea la lengua con una mirada compasiva dirigida a mi persona.

—Hija, qué movimiento en esta cafetería del infierno.

—No paramos. Así es todo el tiempo —resoplo apartándome el pelo de la

cara.

—Milagroso que por las noches te sostengas en pie. Por cierto, vaya tela con la *averiguaora*. A fisgona no hay quien la gane.

—Deja de llamarla así.

—No sé a lo que se dedica ni me importa, pero sea lo que sea, aconséjale que se declare en quiebra y que monte una agencia de detectives privados. «Averiguaciones y Chismes» sería un buen rótulo comercial. ¿Cómo se las arregla para desvelar los secretos más intrincados de las miserias ajenas?

No disipo sus dudas existenciales. Ando peleándome con una tarrina de mantequilla demasiado sólida por haber olvidado sacarla del frigo, y lanzando

miraditas de reojo a Gael, algo más callado y taciturno que antes, que pide la cuenta a Paqui y se dispone a pagar. Curioso. Los he tenido a los dos en el mismo sitio. Y a Dom lo ahuyentado mientras que a él lo encadenaría al marco de la puerta aunque solo fuese para deleitarme la vista. Bah, me digo, demasiado guapo. Y demasiado guapo siempre implica problemático, nivel alto.

Me mira antes de irse: una mirada nostálgica. ¿Será por mí? ¿O es que sencillamente tiene problemas en el trabajo como la mayoría de los humanos? No quiero hacerme ilusiones pero ahí sigue, clavado mirándome. Y como sus ojos empiezan a echar raíces

en mí, tendré que sacarme esta historia absurda de la cabeza a la voz de «ya».

—Bueno, preciosa mía —resume mi amiga cortando de cuajo mis fábulas—. Huyo, te dejo en plan pulpo. No te deslomes, nos vemos luego en Radio Retiro.

24. Una visita que no me calma

Se desmantela la incómoda masa, incluidos los presuntuosos colegas de oficina de Gael que jugaban a reírse de una servidora, como debe hacer él cuando no miro. Solo a mí se me ocurre meterme en la cama con un cliente de la cafetería a quien apenas conozco, solo porque físicamente corta el resuello. Se lo habrá contado a los demás, seguro, los hombres siempre alardean de esas cosas. Si se burla, si soy el entretenimiento de los días impares, si en casa le espera una novia solícita y

hago el ridículo, me lo merezco, por temeraria. Pero el susodicho se rezaga un poco cuando el grupo despega en mitad de un animado coloquio, y se apoya en el mostrador para llamar mi atención. Le dirijo una miradita fiera, psicológicamente molida.

—Me gustaría muchísimo invitarte a cenar.

Así, a lo bestia, sin catequesis ni preparación ninguna. Con la clase de caos que me baila a mí en la cabeza.

—Eres... insistente —califico afilada.

—Cuando quiero algo, sí, desde luego —me dice tan fresco.

—No irás a decirme que me quieres a mí —ironizo. Como no responde de

inmediato, lo avasallo con mis conclusiones—. Vida embrollada, ¿recuerdas?

—Temas por resolver, sí, lo dejaste bien claro.

—¿Entonces?

—No te estoy pidiendo matrimonio, Noa, solo te invito a unas tapas con cerveza. Coño, ¿es que no tienes amigos?

Me muero del bochorno. Esa es la cruda realidad. No, no los tengo. Solo un par de amigas y un amante bandido, engañoso y calavera. Me falta rodaje y espontaneidad en eso del socializar con chicos a los que no me une nada... emocional.

—Lo siento pero por las noches

trabajo, lo sabes. Y si no lo sabes es que sufres de Alzheimer agudo. El caso es que aparentas normalidad —ladro. Se palmea la frente.

—Cierto, hasta las dos, no lo he olvidado. —Entorna los párpados—, va a ser que en serio bailoteas de gogó y me lo ocultas parapetándote en la radio...

—No señor, por enésima vez, soy locutora. Radio Retiro para servirle a Dios y a usted —lo ninguneo, deseando que le importe.

—¿Y eso es todas las noches?

—Todas sin faltar una —miento. Los sábados y domingos no hay programa pero nunca se lo he dicho.

—Vaya... así que en la radio pero

tras los micros. Pensé que hacías otra cosa...

—¿Como por ejemplo? —me pongo a la defensiva— ¿Pasar la mopa y el plumero al estudio?

—Como por ejemplo, hacer de redactora. Pues mira, desde esta misma noche prometo sintonizarte.

Eso ya no estoy tan segura de que me haga saltar de ilusión. Qué bien disimula este Luis de Sevilla sin acento que dice cosas maravillosas y profundas, ese oyente que se me enganchó al corazón, o es él o se le parece una barbaridad aunque niegue conocerlo. Me callo porque no estoy de humor para cultivar amistades sin destrozarlas. Soy tremendista, muy de extremos. Mi regla

sagrada es, o tenemos algo o no debería permitirte que me rozases un pelo. La deshonrosa excepción, se llama Gael y por mucho que me cabree haber roto mis principios, vaya si mereció la pena. Me descubro aspirando su delicioso aroma.

—Haz lo que te dé la gana —espeto—. ¿Y tú? ¿De qué van tus funciones en esa editorial? Tampoco es que hayas dado muchas pistas, andas misterioso con todo lo que rodea a tu trabajo.

—De momento es una aburrida tarea de contabilidad pero me acerco a la posición ideal para darte el empujoncito. Tú ve escribiendo la mejor novela del mundo, que yo me encargo de colocarla donde haga falta.

Madre mía. ¿Lo dice en serio? Su

preocupación me halaga. A la fuerza y con mucho dolor tipo parto, le sonrío y es de corazón. Un rato después, cuando ya no tengo a Gael delante pero sí el dulce sabor de sus palabras, la visión borrosa del cuerpo de gimnasio de Dom, balanceándose en mi dirección, hace que regrese de golpe y porrazo mi mala leche.

—¿Otra vez aquí? Pero qué fastidioso eres...

—Coño, y tú qué hostil... pareces la patronal...

—Dom, ¿cómo tengo que decirte que te largues? Aquí es donde trabajo, no quiero verte aparecer, no quiero discusiones, cero líos.

—Oye, que antes he accedido a

marcharme porque no estabas en tus cabales y yo con los años aprendí a ser buen negociador. Una retirada a tiempo equivale a una victoria y no impide darte otra oportunidad. ¿Más relajadita? Parece que el mogollón que te atosigaba se ha dado el piro.

—Déjame tranquila, Dom, es que ya no sé cómo pedírtelo, soy capaz de ponerme de rodillas si me...

—Naaaaaaaaa, no hace falta, gatita, de rodillas solo para lo que tú sabes. —Tuerzo con disgusto los labios. ¿Cómo es posible que hace nada sus chistes malos me hicieran gracia y hasta me pusieran cachonda?—. Alegra esa cara, mujer, que vengo a proponerte el planazo de tu vida.

—Estoy dispuesta a abrir la boca de puro asombro. —Demasiado tarde me doy cuenta de que he vuelto a soltar una frase imprudente.

—No la abras que te la cielo hasta la campanilla.

Cómo no. Será guarro...

—Te ha tocado el gordo, morena mía.

—¿Qué premio?

—Yo —gruñe contrariado, como si se viese obligado a explicar lo evidente— ¿Qué te parecería irnos los dos de finde a Benidorm? Hotelazo tres estrellas y media, chata.

—¿Eso existe?

—Pues claro... Tengo unos bono-hotel que...

Al momento se me nubla la visión y

se taponan mis oídos. Allí, justo enfrente de la cafetería, esperando para cruzar el semáforo y agitando la mano para saludarme, mi vecina y su carro de bebé avanzan como un cortejo fúnebre. ¡Señor! ¿Y si es la esposa de Dom y lo encuentra allí proponiéndome vacaciones a destiempo?

Estoy perdiendo el juicio, no es la esposa, es mi vecina, con un solo niño y los huesos de las piernas en orden, pero no puedo remediar que cada vez que la veo, se me represente la imagen de la pobre sufridora a la que no conozco. He decidido usarla como acicate mental para gestionar esta ruptura que se me resiste.

—¡Márchate, márchate! —me pongo

histórica. Dom estira el cuello y me estudia con recelo.

—Y una leche voy a irme, pero si no has aceptado todavía...

—¡Acepto! ¡Acepto! A Benidorm, a Cuenca... a donde sea pero sal de aquí rápido... ¡antes de que te vea mi jefe! —improvisado con la lengua trabada.

—Joer... vaya estrés... gata, ¿no estarás con la regla?

—¡Que te largues he dicho! —aúllo.

Paqui trastabilla horrorizada de compartir puesto de trabajo con una loca de remate. Sospecho que mi sonrisita tensa no la tranquiliza. Es desaparecer Dom y esconderme yo cerca del suelo, simulando buscar un trapo con

desaforado interés.

—¿Ho... hola?

¡Leñe! ¡La vecina! ¿Qué hago? Hundirme más todavía en la tarima no me es posible... Alzo la cabeza y me hago la sorprendida. La cornuda neurótica sin nombre viene dentro de un bonito vestido azul marino y una gabardina ligera, y aunque los surcos oscuros bajo los ojos delatan la procesión que irá por dentro, se ha maquillado y sus pelos ya no dan la impresión de haberse frito en poco aceite.

—Perdona que me presente así, sin avisar.

¿Se presente? Esto es una cafetería, entrada libre y todo eso, ¿de qué habla

esta mujer?

Me voy enderezando despacito, escrutando cada milímetro de su expresión hasta quedarme segura de que no ha visto a Dom. Por si lo conoce, yo qué sé.

—He preguntado que dónde trabajabas —explica con un ligero azoro—. La portera ha sido tan amable de informarme.

Claro, la tía cotilla y entrometida como todas las porteras del mundo mundial. Ahogo un bufido e invierto un buen puñado de ahínco en ser amable.

—Pues... oye... qué sorpresa verte por aquí. ¿Es tu niño? —señalo al carro. No, si te parece lo que pasea es un manojito de nabos.

—Sí, Luisito —lo observa con adoración, se agacha y retira la mantita con la punta de los dedos. Dislocada, tuerzo el cuello hacia el mercado de la fruta, que hoy es miércoles. No quiero verlo, no quiero saber si se parece a su padre, si luce el mismo tupé de Dom. Capaz es de jugarme la vida otra jugarreta de infarto y no respondo.

—Qué monada —alabo sin mirar—. Y lo bueno que es, oye, ni llora. ¿Qué te sirvo?

—Un café y una ración de churros.

—Va a ser que no, churros no hacemos. —Le facilito la carta—, pero mira, bollería surtida de la mejor.

—Lo que te parezca, un bollo suizo, me da lo mismo. Si por el desayuno no

es, vengo a agradecerte lo buenísima persona que eres y la paciencia de santa que has tenido conmigo. Te traigo un detallito.

Empuja una cajita pequeña delicadamente envuelta, por encima del mostrador. Me coloreo hasta el nacimiento del pelo. Si esta buena mujer supiera que posiblemente me estoy beneficiando a su marido... Joder, que no, que no es ella, me repito. Necesito mediación urgente. Se me suben los calores y rompo a sudar.

—No debiste molestarte...

—Lo he hecho encantada, te mereces esto y diez veces esto. No es más que una chuchería.

Lo desenvuelvo con nerviosismo.

Madre mía, es un colorete de Benefit, el HOOLA, un precioso color tierra que me encanta pero que no me puedo permitir. Sonríó azorada y le doy las gracias.

—No tiene importancia, en vecindad ya se sabe, hoy por ti, mañana por mí.
—Me pongo a rezarle a la cafetera porque se vaya pronto, mi mala conciencia me atrofia la garganta y me dificulta una tarea tan simple y rutinaria como respirar.

—Es que... también me ha dicho la portera...

¡¡Zas!! El café enterito al suelo.

—¡Vaya por Dios! Pero qué torpe...
—farfullo. Paqui corre a mi lado, fregona en mano.

—Deja, yo me ocupo. Tú llevas todo el día sin parar. —Mira a mi vecina—. No se imagina la cantidad de clientes que se nos han juntado. ¿Café con leche?

—Le pondré el bollo suizo. ¿Tostadito?

—Sí, gracias, qué bien huele. Lo que te comentaba... dice que te mudas.

¡Ah, es eso! Respiro hondo y aliviada. No me explico cómo ha podido enterarse la muy bruja, si a lo único a lo que se dedica es a hurgar en los buzones.

—Voy a echarte de menos. —Inclina la cabeza, un gesto de timidez que me resulta insoportablemente encantador—. Te molestará que lo confiese pero me he portado tan mal y tú eres tan buena

gente... Luisito y yo nos vamos a sentir muy abandonados cuando te marches. Espero no haber tenido la culpa de esa drástica decisión.

—No, por favor, de ninguna manera... Es... es algo que tenía decidido desde hace mucho, a mis padres les hace ilusión que disponga de una casa más grande para cuando vengan a verme... —Suelto el platito con el bollo y me rozo a toda prisa la nariz para comprobar si con mis trolas, ha crecido.

—Acabaré pidiendo el divorcio. O eso o me vuelvo loca. Tengo que recuperar la dignidad perdida, por mi hijo, por mi familia. Cuando no está en casa lo veo por todas partes —se le

enrojecen los ojos—, me refiero a mi marido... —Se me encoge el píloro cuando pronuncia esa temida palabra—. En fin... Creo que voy a liberarte de mi impertinente presencia, ya va siendo hora...

—No, mujer, por Dios. —De verdad, recelo de que pueda leerme el pensamiento, el desasosiego que su presencia me produce, el terror a que el impresentable de Dom, el equivalente a su infiel, tuerza la esquina y se acerque graznando. Esta mujer personaliza todos mis fracasos, mis peores vergüenzas—. Como ves no puedo dedicarte mucho tiempo pero molestar, no molestas.

—Debo hacer cosas productivas, como comprar pañales para Luisito y

reponer ese ascensor hueco que tengo por nevera. —Se yergue al tiempo que suspira—. Ir asumiendo mi triste realidad y dejar de pelearme con los muebles y las paredes de mi apartamento. —Súbitamente alarga la mano y atrapa la mía, fría como un cubito. Noto una presión que pretende ser afectuosa y me hace sentir más ogro que Fiona la de Shreck—. En serio, voy a echarte en falta cuando vuelas.

—Sigo aquí, preparando los mejores cafés de Madrid, podrás pasarte de visita cuando te plazca —invito sin recapacitar siquiera. Para cuando me muerdo la lengua ya es tarde, mi vecina sonrío encantada con la idea.

—Entonces hasta muy pronto. —

Camina unos pasos y regresa. Su sonrisa sigue siendo abierta y franca—. ¿Tu nombre?

—Es verdad, nunca nos hemos presentado oficialmente. —Extiendo una mano—. Soy Noa.

—Precioso nombre. Yo, Carmen. Encantada.

Carmen, Carmen, pobre Carmen, desdichada mujer. No quería saberlo, no quería ponerte nombre, ni identificarte, no quería... ¿Por qué has tenido que decírmelo? Si lo de los tres niños y las piernas rotas fuese mentira, ¿por qué no podría ser ella la mujer a la que lentamente mato? La cónyuge cornuda de Dom.

Por fin desaparece calle arriba

empujando confiada el cochecito de bebé y yo estoy a punto de hacerme sangre en los labios con los dientes. ¿Cómo puedo mirarme a la cara después de esto?

25. A ver, piensa, ¿por qué somos infieles?

Dos meses han pasado desde que decidí cortar por lo sano mi enganche con Dom. Apenas si he conseguido alejarme unos metros. Odio pensar en él y a estas alturas, notar aún un mordisco en el corazón. Me duelen tanto los sueños rotos, las ilusiones quebradas antes de nacer, que ya no sé fijar el origen real de mi sufrimiento.

Leches, que estoy fuera de este universo y no he prestado la menor atención a las intervenciones del programa de hoy. Estoy plantificada ante

el micrófono como una momia disecada y la sufrida Fany carga con todo sin rechistar y sin morderme.

—Parece que la historia de la media naranja os ha hecho cavilar, amigos de la noche —sermonea mi compañera en el momento en que por fin, presto atención—. Hay respuestas para todos los gustos. Tony, de Ávila, nos cuenta que estuvo seguro ¡cinco veces! de haber encontrado a su media naranja. Completamente seguro. Y al final no llegó a nada firme con ninguna.

Bebo energía flotante del aire del estudio a grandes bocanadas, y me lanzo.

—Aun a riesgo de sonar pesada, insistiré. Creo en la media naranja, creo

en tu pareja ideal, quiero creer que la encontraré y que nos complementaremos mutuamente en los aspectos más relevantes del vivir. Es imposible hacerlo en todos pero en lo esencial, coincidiremos —discurso con renovado fervor.

—Te ha faltado decir «y seremos felices por siempre jamás» —susurra una jocosa Fany a mi oreja, lo suficientemente alto como para que la audiencia lo capte.

—Soy una romántica, eso no es pecado, no te burles de mí. —Le pongo morritos. Ella ríe.

—Amigos y amigas, nuestra Noa Polo se define como romántica y yo, ¿qué queréis que os diga? La envidio —me

sorprende arrimándose al micro—. Envidio su visión rosa de la realidad y de la vida, su fe en lo bueno de las relaciones, su imbatible energía para seguir luchando contra las decepciones. Di que sí, amiga, que las cosas no funcionen una vez, no significa que todo el monte sea orégano.

—Menudo mejunje de refranes acabas de hacer, guapetona.

Y me ha llamado «amiga». ¿Lo somos? ¿Al año de conocernos? Bueno, Dom tiene igualmente año y pico de antigüedad y lo considero «muy algo» aunque no tenga demasiado claro el qué. A lo peor Fany ha utilizado el vocablo «amiga» porque le encaja en la frase, sin más intención. ¿Debería contarle lo de

Dom?

—Lanzo la pregunta de hoy, trasnochadores, ¿por qué somos infieles?

Mierda de pregunta. Escucho a Fany y todos mis músculos se tensan. Aspiro aire y aferro con brío el micro.

—¿Por reafirmación?

—Es una posibilidad —admite ella dando paso a un montón de llamadas que quedan en cola, aguardando turno—. ¿Qué pensáis vosotros?

—Por aburrimiento —asume uno. Menuda voz de vago tiene el tío, hasta por teléfono.

—Por inmadurez, sobre todo los tíos a partir de los cincuenta —asegura otra.

—Por genética.

—Buaaaah —lo abucheo—, no tengas tanta cara, eso está ya muy trillado y nunca científicamente comprobado.

—Aunque lo estuviese —añade Fany motivada—, siempre me negaré a admitir que a un tío le va más el cachondeo que a una servidora, solo por el hecho de nadar en testosterona.

—Por gusto. —Es la respuesta del siguiente participante, un chico joven y despreocupado.

—Estoy de acuerdo con Noa, por reafirmación. Hay gente muy acomplejada que recurre a joder al prójimo para sentirse más hombre —despotrica una resentida. Se le nota en la forma en que mastica las letras, a dentelladas.

—Por el innegable placer de lo prohibido —apunta una voz de hombre, envolvente y divina, algo distorsionada. Se me ponen las orejas como a un elfo.

—¿Luis? ¿Luis de Sevilla?

No responde. Fany, que se lo ha pasado teta con la retahíla de razones, aprovecha para poner la mejor banda sonora posible, dadas las circunstancias: Weekend y su más que sugerente y erótico *Earned*.

Aníbal. Mi exprometido. Lo que pudo ser y no fue. Lo quise mucho, lo amé hasta decir basta en aquel torbellino acelerado y fogoso que vivimos. Y todo se fue al garete por mi tremenda cobardía. Ya me vale, que si un hombre atractivo muestra interés por mi persona,

yo me monte una película de terror y me convenza de que le sirvo de sustitutivo del fútbol, o de que tarde o temprano me abandonará con el corazón partido en dos trozos, para ir a contárselo a los amigos entre mojitos y tías buenas. Toda esa preparación mental, para ir a caer en las redes de un desaprensivo casado e infiel, que cada vez que pone su aliento en mi cuello me hace perder la sensatez, y que encima se llama Domingo.

En fin, recuperar a Aníbal podría ser una buena opción que fulminara mi soledad, una real, si no fuese porque tiene novia desde hace años y no ha vuelto a mostrar el menor interés en mí, lo que no quita que volver a verlo traiga aparejados recuerdos dulces y me alegre

el corazón. Olimpia me ha pedido mil veces que me acerque a visitarla, está loca de contenta, ZTV es una pedazo de emisora donde las oportunidades de triunfar se triplican y Aníbal, mi Aníbal, un jefe considerado y encantador al que nadie reprocha un pestañeo. Así que, ¿por qué no? Decido dar el paso.

Atravesar el zaguán de las oficinas de ZTV trae a mi memoria y a mi estómago muchas sensaciones del pasado, la mayoría excitantes. Lo que tuve con Aníbal se pareció bastante a una pasión turca vivida en plena legalidad porque éramos pareja y no engañábamos a nadie. Qué placer, no tener que esconderse... Reconozco muchas caras de entonces, que me saludan con

evidente alegría y me preguntan por mi vida y si vengo a trabajar a la emisora. Otros son nuevos. Preguntando localizo el despacho de Olimpia. Solo tiene una ventana y no sobran metros pero mi amiguísima florece detrás de esa mesa con ordenador, como una maceta bien regada.

—Ya era hora de que aparecieses, tengo que enseñarte la emisora. —Me recibe con los brazos abiertos y ciertos aires de propietaria que me resultan chocantes.

—No, si la conozco... —hasta el polvo de debajo de las estanterías—, recuerda que estuve a punto de trabajar aquí. —Dicho de otro modo menos sutil, el puesto de trabajo que ahora ocupas tú,

me lo ofreció a mí Aníbal, en nuestros tiempos dichosos. Pero me callo para no parecer una envidiosa resentida. Lo que no significa que no se me retuerzan las tripas.

—¿Te apetece un café? Tenemos una especie de cocinita muy coqueta con dos cafeteras de última generación y galletas de todas clases.

También fue invención mía para que no perdieran tanto el tiempo bajando a la cafetería y pudieran llevarse algo a la boca siempre que les apeteciera. Recuerdo lo mucho que me lo aplaudieron...

Corta, Noa, corta. Esta ya no es tu guerra.

26. De visita al pasado

Recorremos los pasillos y me echo a temblar. Se agolpan los recuerdos, me reblandezco, si me cruzo con Aníbal, me muero. Bingo, ahí está. Justo cuando Olimpia sirve los cafés en unas preciosas tazas rojas, mi ex asoma la cabeza por la puerta y en la cara se le dibuja una gran sonrisa, de sorpresa primero, de bienvenida, después.

—¡Noa!

—Aníbal.

Sí señor, a eso le llamo yo una conversación ocurrente.

—¿Cómo tú por aquí? ¿Has venido a ver a Olimpia?

—Evidente —río con un cloqueo parecido al de un corral.

—Voy a ponerme celoso, nunca antes has venido a visitarme a mí.

—Será porque tienes novia y no quiero tentaciones... —se me escapa. Aníbal y Olimpia enmudecen, se cruzan una veloz mirada y él carraspea. Me siento como si acabase de tropezar de boca en un charco—. Era broma... Era solo una bromita...

—No, ya, ya... Bueno —palmotea la madera de la puerta—, os dejo que os contéis vuestras cosas. Estamos muy contentos con la incorporación de Olimpia, está destinada a ser una gran comunicadora.

Asiento con una sonrisa torcida y

falsa mientras un pincho desagradable se me encaja entre las costillas. Me duele que hable así de ella, apenas una principiante. Esa sagaz comunicadora de ZTV debería ser yo que estudié Periodismo y para más inri, debería ser la respetable señora de Aníbal Iturgaiz. Además, a estas alturas de mi carrera estaría coordinando al equipo, currando como creadora de contenidos...

Para, Noa Polo, paraaaaaaaaaa. Que te embalas y nada de eso es ya posible, solo porque a ti, pedazo de merluza, no te dio la gana.

—¿He dicho algo inconveniente? —interrogo a Olimpia en cuanto nos quedamos solas. A ella se le pone cara de mazorca.

—Bueno... Ha cortado con Begoña.

—¡Qué me dices!

—Ha sido todo bastante traumático.

Esa chica rara tenía una ridícula obsesión por la plancha o algo así. Planchaba compulsivamente, coleccionaba planchas y tablas de planchar y toda su vida giraba en torno a la ropa y los trapos bien estirados.

—No creo que ese haya sido el motivo —físgoneo muy interesada.

—No le restes importancia, era una compulsión patológica. Creo que Aníbal trató de ayudarla, se tomó muchas molestias, médicos, loqueros y todo eso, pero Begoña no se lo tomó bien. Han sido unos meses muy duros, ahora están separados.

¿Se ha enterado Olimpia de todo eso cotilleando por los corredores o se lo ha contado el interesado personalmente? Porque si es así, me volveré a sentir insignificante, dado que mi exprometido se sincera a primeras de cambio y a corazón abierto con una casi-desconocida. Joder, ¿qué esperaba? ¿Que después de plantarlo me llame como confesora cada vez que tropiece su vida? ¿Tengo derecho a sentirme despojada? Qué absurdo pensar que lo que un día fue tuyo sigue, de alguna forma, perteneciéndote.

No hay dolor, no hay dolor, Noa, aguanta.

—Es... ¿es definitivo?

—Nadie lo sabe. Él parece

liberado... La tía, por lo visto, obsesiones psiquiátricas al margen, era una plasta de cuidado.

—¿Llegaste a conocerla? —pregunto molesta. Yo apenas si la he visto cinco veces por la calle del brazo de Aníbal.

—Diría que no, un día pasó por aquí a hacerme la ficha y a dejar claro quién era la jefa pero los empleados le hicieron el vacío, nadie la soporta.

—Pero ¿cómo sabes tantos detalles?
Se lo toma como un halago.

—La mayoría de las cosas me las ha contado el mismo Aníbal.

Ahí lo tengo. Justo lo que no quería escuchar.

—¿Aníbal? ¿Y eso? —Sorbo el café con tanta precipitación que me

achicharro la lengua.

—Se siente muy solo entre toda esta prole cortesana.

—¡Anda ya! El personal de ZTV no es para nada problemático, los conozco a casi todos, y no solo son encantadores, adoran a su jefe.

Olimpia pincha mi globo de ilusión con una mueca que dice «que te crees tú eso».

—Una cosa es lo que parezca a simple vista y otra la realidad. No creas que ser el dueño de una emisora tan importante es sencillo, esta gente no son sus amigos, trabajan para él, pero no tiene nadie a quien hacerle una confidencia...

—Tú también eres su empleada —le

recuerdo escocida.

—Le he caído en gracia desde el principio, quizá porque soy mujer, atraviesa un momento delicado, y ya sabes cómo se vienen abajo los hombres... —Olimpia deja ir un suspiro de dama de las camelias, como si atender el corazón roto de Aníbal le costase un esfuerzo infinito y yo estoy a punto de caerme de la silla.

Quiero a Olimpia con todo mi ser, somos como hermanas, jamás le haría una putada, de modo que ella tampoco pensaría en hacérmela a mí, pero en algún lugar recóndito del fondo de mi cerebro, una luz roja intermitente me pone en alerta. ¿Hasta qué punto es leal que ella recoja las sobras del que fue

mío? ¿No hay alguna ley no escrita acerca del uso prohibido de los exnovios ajenos? ¿No debía haberme informado en lugar de ocupar mi puesto?

Sé que no tengo derecho. Pero me duele. Viniendo de ella, me duele.

Cavilar este tipo de cosas siniestras se le da mucho mejor a Fany, y saca conclusiones más prácticas. Yo lo único que consigo es amargarme.

Para escaparme a ZTV y llevarme el berrinche del mes tras comprobar la suerte de camaradería instalada entre Olimpia y Aníbal, había pedido unas cuantas horas de asuntos propios en la cafetería. Menos mal que Dom ha servido para algo, ser sindicalista y vago de solemnidad lo ha convertido en

experto en derechos laborales y permisos varios y de cuando en cuando me pillo todo lo que me corresponde. No tardo en compensarlo con miles de horas extras que jamás cobro.

Llevo un café con leche y un cruasán calentito a Braulia, le compro dos kilos de cada cosa que vende y como no podía ser menos, Gael me pilla en bragas cruzando la calle. Lo de en bragas es en sentido figurado, llevo puesto mi uniforme impecablemente planchado. Me estiro, pongo cara de interesante y paso por su lado casi sin mirarlo.

—Buenos días, amable camarera.

Camarera. Ha dicho camarera. No periodista, ni escritora, ni locutora. Camarera. Ahí lo tengo, el menosprecio

que tanto temor me produce. Con un calor que asciende cuello arriba como el ascensor de un rascacielos, ocupo mi lugar tras el mostrador.

—¿Capuchino y bollería, la que yo prefiera? —espeto más pendiente del horno que del cliente.

—Has acertado. Oye... —Sigue mis movimientos tras la barra lo que contribuye a que tropiece dos veces. ¿A qué viene? ¿A ponerme histérica? Me entran ganas de atizarle con la jarra de la leche—. Noa...

—¿Qué? ¿No ves que estoy ocupada? —siseo en plan venenoso.

—Iba a decirte... Tenemos una cena pendiente.

—Ah, ummm, vale.

—No me contestaste.

Su tono es firme y resuelto. Yo continúo sin mirarlo porque hacerlo es flaquear. Y porque odio que me lean, cosa que Gael parece hacer sin mayor complicación.

—Un día de estos, espera que pase el torbellino de trabajo acumulado.

—Me gustas, me lo paso bien contigo.

Ya. Te acuestas conmigo y a continuación me olvidas. Como Dom, como todos, como otro más. Ni siquiera se te ocurre dorarme la píldora con un mensajito romántico.

—Pues vaya suerte tienes, yo no me lo paso taaan bien contigo.

—Serás embustera...

—He dicho con-mi-go. Sordo.

Mis borderías no lo achican. En absoluto. Está ahí, sentado en la barra, ocupándolo todo con su personalidad y su arrebatador atractivo, con la sonrisa abierta y despreocupada de alguien feliz con éxito. Dueño de cualquier cosa que respire, incluida una servidora.

—Me gustaría... Oye, qué difícil decirte esto, sobre todo si no paras de correr...

—Soy una triste proletaria, no una ejecutiva del sector editorial, me pagan por correr. Y tu bollo no es el único que me reclaman. —Toda yo intenta ser un bacalao. Áspera y seca. Ignorando las chispas que me saltan por dentro si accidentalmente lo rozo.

—Escucha, Noa, lo de la noche... lo

de aquella noche...

Lo petrifico con una mirada polar. No es que se achante, pero queda a la expectativa.

—Ni que decir tiene que este no es el lugar más indicado para charlar de ciertas cosas —silabeo.

—Ok, lo entiendo. Por eso intento...

—Hasta ahora te habías portado como un auténtico caballero respecto a... lo que pasó.

—Y pretendo seguir haciéndolo.

—Pues acabas de cagarla, macho.

Se le sube el genio. Se inclina sobre el mostrador, crispado, con cara de pocos amigos. Es la primera vez que percibo ese cambio drástico en su humor. ¿Quién iba a pensar que unos

ojos tan hermosos despedirían tanto fuego?

—No hay nada que fastidiar, aquí no solo tú pones las reglas. Aparte de que tampoco tendría mucho sentido ya que somos reincidentes en eso de vernos, ¿no te parece?

—¿Qué vienes, a echármelo en cara? Porque seguir, sigues invitándome aunque no sepa la razón.

Hace como que se araña a sí mismo, con un exagerado aspaviento de desesperación.

—¡Madre de Dios! Si la contradicción la pagasen serías rica.

—Te fastidias.

—Lo único que intento decirte es que me encantaría seguir conociéndote. ¿Es

algún crimen?

Debo clavarle las pupilas de un vampiro porque se aplaca ligeramente su furia.

—Olvídate de eso. De eso y de mí.

—Una simple y tonta cena. Otro almuerzo, Noa, no te estoy pidiendo un fin de semana ni una vida entera... Aunque tampoco sería mala idea...

—¿Lo de la vida entera?

—Lo del fin de semana.

—Y un jamón. —Sonrío sarcástica mientras le planto el desayuno por delante. De repente me siento poderosa. Este monumento al sexo no debe estar muy ducho en lo de recibir calabazas.

—¿Tan espantoso es estar conmigo que no quieres volver a repetir? Juraría

que las risas que escuché en ese almuerzo eran todas tuyas. Y los gemidos desde la cama te pertenecían también, con toda seguridad —añade bajando discretamente la voz.

«Espantoso» dice...

Entonces lo miro. No debí hacerlo. Lo miro y me pierdo en estos dos pedazos de Mediterráneo, de las Islas Pitiusas, turquesas y resplandecientes. Está algo más bronceado y sus ojos destacan de forma insultante. ¡Madre mía! Si un tío así me dijera... me pidiera... No, nunca, jamás de los jamases, ya he acumulado bastante mal karma y decepciones con Dom, no pienso repetir.

27. Una conversación para avanzar

Tampoco es justo dejarlo ir pensando que lo detesto, que me sobreestimo, que lo considero patético o aburrido porque Gael... Gael es todo lo contrario, habría sido perfecto en otro momento de mi vida, aunque no ahora. Ahora soy yo la complicada, la que arrastra tras de sí una cola interminable de traumas y desmanes.

—Verás... —Aparto su plato y paso un paño por el mostrador, sin necesidad, refulge de limpio—. Seré aún más clara. Estoy... ¿Cómo decirlo? Implicada,

semi implicada, muy liada con una especie... de relación de mierda.

—¿Especie?

—Especie. Condenada a morir, ya lo sé, pero coleando todavía. Necesito solucionarlo, no sería legal darte esperanzas cuando ni yo misma sé lo que va a ser de mi futuro.

Gael parpadea. Yo me derrito. Hasta me parece presuntuoso utilizar el término «dar esperanzas».

—Vaya. Las cosas claras y el chocolate espeso.

—No sería legal ni para conmigo —
agrego con suavidad.

—Esa sinceridad tuya bien merece un premio, sobre todo después de habernos revolcado a lo salvaje. —Hace como

que se tapa cómicamente la boca con las dos manos—. Upps no, ¿qué digo? Borra eso.

—No sé si te he comentado ya cuánto me jode que se pitorreen de mí —lo amenazo.

Saca una margarita del bolsillo y me la entrega. Es natural y me sonrío. Sorprendida, la recojo con torpeza.

—Creo que acabo de decidir que merece la pena esperarte —me dice.

Me pongo hecha una furia. Suelto con ímpetu la flor en la barra y va directa a su capuchino. El tío no se inmuta.

—No lo hagas, te lo prohibo.

—Iré colándome dentro, poco a poco, con la esperanza de que un día te des cuenta de lo mucho que te gusto.

Gilipollas... Si ya me gustas mucho más de lo conveniente. Remata su romántica frase con un pícaro guiño y me descoloca. Con esos gestos suyos, ya no sé si habla en serio o sigue de mofa.

—Soy un sufridor nato, me han partido el corazón infinidad de veces.

—Se encoge de hombros.

—¿Con esa cara? ¿Con ese cuerpo? Menos lobos, Caperucita.

—Por encima de frivolidades tengo sentimientos y emociones. No me arriesgaré a perderte por no intentarlo.

Leches. Con esto no contaba. Ni con que al decirlo se clave los dientes en el labio inferior. Empiezo a desmoronarme como una montañita de azúcar en polvo.

—¿Así piensas?

—¿De qué otro modo se puede pensar?

—Suena decimonónico —lo ataco con la peor intención. Se ríe de mí. Abiertamente.

—El amor es el motor que mueve el mundo, me dejaría machacar mil y una veces antes de renunciar a sentirlo un solo minuto.

La impresión me hace perder el latido. Ya sé que un taburete del Love Locke no es el lugar más adecuado para soltar una parrafada sentimental, pero me parece lo más hermoso que he escuchado en mucho tiempo, y de labios de un bombón, ni más ni menos. Pero tiene que salir a relucir mi habitual mala leche y comérselo todo. La ira que me

gasto con Gael me mantiene a la defensiva, porque el resto del mundo parece que me atropella y no digo ni mú.

—Vaya, precioso.

—Muchísimas gracias —acepta cortante.

—Apuesto que no es tuyo, lo has leído en alguna parte.

—Puede. Es verdad que leo mucho. —Y agacha la cabeza con un gesto encantador, culpable de que se me concentre la mitad de la sangre corporal en la entrepierna. Aprieto los muslos creyéndome a salvo tras el mostrador.

—Otro punto en común —replico. Me ato la lengua solo decirlo.

Los ojos de Gael sueltan un destello.

—Otro, has dicho «otro», ¿ves como

tú misma te traicionas? Es porque hay más de uno y encima los vas contando.

—No me lées.

—No tengo intención. —Se echa sobre el desayuno y pega su nariz a la mía. Su tibio aliento me recorre el cuello—. Pero te mueres por mí y no te da la gana reconocerlo.

—Tú lo has dicho —replico en plan bélico—. No me da la gana.

—Veremos quién puede más. No pienses que tiraré la toalla.

Ahí sí que pongo espacio entre nuestros rostros. Jugar con fuego es peligroso y Gael es fuego valyrio.

—Empieza confesando. Tú eres Luis, de Sevilla.

—No tengo ni la más remota idea de

qué me hablas.

Me froto las manos en el delantal mientras lo observo malévola, con una sonrisilla perversa entre los labios. Este entretenimiento de tiras y aflojas me estimula. Es curiosa la capacidad de Gael para permutar mi genio. De sentirme atrapada, de querer devorarlo en plan reptil, a comérmelo a besos y seguir discutiendo más adelante, en otro asalto.

—Tómame un segundo café con tarta de manzana, está buenísima, la he hecho yo con estas manitas. —Las agito con un floreo que pretende ser gracioso.

De mala gana, Gael que se queja de que sigo sin aceptar su invitación y ya se iba, acepta la oferta. Yo me siento

renacer los minutos que invierto en cortar el pastel y prepararle otro capuchino. Sé que está ahí, a mi espalda, recorriéndome con los ojos y es como si sus dedos reptasen de nuevo por mi piel desnuda y me sellaran con su nombre. Esto es lo último que necesito, estoy de barro hasta arriba, confusa y atareada, con una vida complicada y oscura que nadie querría y de la que cualquiera en su sano juicio, huiría. Pero no puedo evitar la tentación del juego. Contemplo embobada la jugosa boca de Gael abriéndose y cerrándose en torno al tenedor con la tarta.

—¡Mmmm, qué delicia!

—Genial, te gusta, ¿hacemos las paces?

—Oye, que yo no me he enfadado contigo —me advierte con un tinte de burla que me pone mucho.

—Pero si te ibas todo enfurruñado.

—Me iba porque eres imposible y mi paciencia no llega al cielo, nena.

—Vale, pues yo contigo sí me he enfadado. Un poco.

—Ya me explicarás por qué. ¿Por quererte secuestrar un rato o por decir claras las cosas?

En lugar de replicar, zanja.

—Da igual, ras esto, considero hechas las paces.

—Sigues sin aclararte.

—Muere esperando. No pienso hacerlo.

Me perfora con una mirada llena de

claves ocultas que lloro por desvelar. Apunta a la tarta de manzana. Yo, a su boca.

—¿Cómo no va media humanidad a enamorarse de ti cocinando de esa forma?

—¿Media humanidad? Tú lo flipas, chaval. Mi padre, y porque no le queda otra.

28. Acompáñame en esta misión imposible

Me paso la semana huyendo de Dom, de su maldita insistencia, de sus persecuciones poco menos que absurdas, cuando ya no hay nada que salvar. A ratos, no para de llamarme y yo de colgarle el teléfono, pero luego parece olvidarse de que existo y pasan días sin saber de él. Lo único que busco, una explicación y el resultado de sus planteamientos en familia, no me lo da, de modo que, ¿para qué esforzarse? Ya le estoy cogiendo hasta manía, si sigo por este camino, no tardaré en

aborrecerlo, expectativa que me anima mucho y hará menos arduo el proceso de separación y mi soledad, solo tengo que evitar que me ponga una mano encima.

Ahora que... eso también ha variado. Desde que me acosté con Gael, el sexo con Dom ha perdido todo su brillo, si es que alguna vez lo tuvo. He buceado entre la maraña de malos recuerdos al rescate de imágenes que casen con las sensaciones que sí siguen vivas. Lo que me hizo sentir lo tengo aquí, palpitando. Solo me falta completarlo con... repetir.

Tengo el sábado a tope. Almuerzo con Olimpia y Fany y cuando las despido, cada una en una dirección, me dirijo al salón de té donde he quedado con mi vecina para merendar. Jopé, qué agenda

más apretada, ni que fuera importante. He tratado de zafarme con todas las excusas posibles pero la veo tan sola y necesitada que al final accedo. Cuando ya estamos acopladas con nuestros pastelitos en la mesa y vibra mi móvil, me echo a temblar. Que no sea él, por favor, que no sea Dom. No tengo ningunas ganas de escuchar su voz.

Es Bea. Le pregunto a Carmen si le molesta que se sume. Me hace una seña de autorización con la mano hasta vehemente, es como si necesitase gente amiga alrededor, arropándola. En un rato que me parece un suspiro, estamos las tres tan ricamente charlando y riendo como si nos conociésemos de toda la vida. Tres deprimidas al borde del

suicidio, contando chistes. Qué maravilla esto de la terapia de grupo, oye, nada como una merendola entre amigas para cargar pilas. Pero claro, Bea llega con su saco de pesadumbre al hombro, no va a permitir que la diversión se alargue en exceso.

—Voy a contarte la última de mi chico aunque esté Carmen delante, porque la veo muy sensata y me podrá aconsejar. —Sí, sensata, si la llegas a ver a las seis de la mañana llamándole «zorra» a la pared del dormitorio, no pensarías lo mismo—. ¿Te acuerdas del rollo de los cursillos? Se fue una semana a Vigo...

—Así empezó el mío, fines de semana de retiro empresarial, lo llamaban. —

Carmen rechina los dientes—. Sigue, sigue.

—Me deja un bono hotel prometiéndome un fin de semana romántico cuando regrese. —Bono hotel, bono hotel... ¿de qué me resulta familiar eso? —. Da la casualidad de que ya no me fio desde que Noa en su fabuloso programa de radio me puso sobreaviso.

—¡Ah, síiiii! —Carmen vuelve a interrumpir. A este paso no llegaremos nunca al final de las peripecias de Bea —. Te oigo todas las noches, me chifla cuando ponéis a parir a los maridos. Pillando de aquí y de allí he elaborado el decálogo del hombre imperfecto... A ver si soy capaz y me lo clavo en la

frente.

—Investigué, Noa, pese a que me parecía imposible, hice de espía. Y descubrí... —Se le encienden los ojos, gesticula compulsivamente—. Descubrí... que estaba de viaje... pero con ella.

—¿La novia del pueblo?

—La misma. Una tal Fátima. —La compostura de Bea se rompe en mil pedazos y arranca a llorar como un recién nacido.

—¡La madre que los parió a todos! —ladra Carmen—. El mejor colgado por los pies... No llores, chiquilla, ese cerdo empalado no se lo merece.

—Ningún infiel se lo merece —afirmo con la boca chica.

—Junto con el decálogo del hombre imperfecto, también puedo darte una relación de consejos sobre cómo actuar en caso de que sospeches una infidelidad. Saberlos a tiempo me habría ahorrado muchos disgustos. Mira, Bea, cielo, esto va por fases, primero el bajón depresivo, la autoestima por los suelos, todas te superan, son mejores, más altas e inteligentes. Luego la ira, lo quieres degollar, hacerte unos pendientes con sus cataplines. Y finalmente ¡el olvido! ¡El corte de mangas y a otra cosa, mariposa! Creo que he superado la primera, puedo apoyarte...

—Quiero terminar definitivamente con él... necesito... necesito libertad —

hipa. Ay, si pudiera decirle hasta qué punto me identifico con ella—, no me atrevo sola. —Gira y me secuestra un brazo—. Noa, Noa, ven conmigo, acompáñame. Tienes que estar a mi lado cuando lo mande a la porra.

—¿Yo? —me horripilo.

—Tú, la chica juiciosa, la de la voz encantadora, la consejera nocturna, la que me ha abierto los ojos. —Se desembaraza de las gafas empañadas—. Noa, por favor, te lo ruego, tienes que venir, tienes que prometérmelo.

Su angustia se corta con cuchillo sin afilar. Se me engancha a la garganta y no me permite respirar. Yo tendré pocos arreos pero Bea está peor que yo, más desvalida, más desnuda, con menos

aplomo y mala uva cero. La víctima propicia para un desalmado como su Txomin. Como mi Dom. Como el Dom de Carmen... ¡Ayyy!

—Está bien —cedo apagada—, iré contigo, te lo prometo.

En el programa de hoy lunes, resumo los decálogos de Carmen delante de Fany, que a punto está de echar las tripas a carcajadas. Ella tan descreída del amor, tan suspicaz, tan desconfiada, es como si encontrase la horma de su zapato. Renuncia al material que tan cuidadosamente había preparado para esta noche, y se zambulle de lleno en el mundo de la villanía y las taras masculinas. A mí me matan los retortijones mientras dura, queramos o

no, esos hombres que gustan de vivir peligrosamente, nos enganchan. Pero me lo tomo como una purificación desgarradora pero necesaria.

Eso sí, antes de empezar, también me aguardaban sorpresas: Dom e Isa Olmo, mi jefa malvada y mi permanente dolor de cabeza. ¿Hay una combinación peor?

—Guapetona, alguien te espera en la salita. —Isa había entrado sin saludar cuando Fany y yo reestructurábamos el *Noa-manece* de la noche—. Es un hombre, un hombree —canturreó con retintín.

Fany me miró interrogante.

—Ve, mujer, ve, sal de dudas.

Bah. Dom con su eterna pose de James Dean moderno, jugueteando con

un pitillo sin encender. Palidecí nada más verlo.

—¿Qué has venido a hacer aquí?

—No contestas a mis llamadas, no te sale del cielo de la boca escribirme, y estoy harto de hacer el gilipollas en la cafetería delante de tanta gente mientras tú me castigas con el látigo de tu indiferencia.

—Menos coñas, me quedé esperando tu promesa de fin de semana erótico-festivo —protesté por decir algo. Isa Olmo merodeaba entre penumbras—. Y el resumen de tus penurias familiares. Y todo en general, me quedé esperando todo con cara de imbécil. Ese es el resumen de esta, nuestra historia.

—Ah, así que es eso, estás

disgustadilla. —Sonrió con suficiencia.

—¿Disgustadilla? Más bien cabreada a más no poder.

—Lo sé, estás enfadada porque después de tanto desprecio tuyo lleve unos días sin llamarte. Cómo sois las mujeres... He estado liado hasta las cejas, te lo juro.

—Deja de jurar en vano, coño, que te vas a condenar para toda la eternidad — me defendí. Trató de abrazarme pero haciendo acopio de fuerzas desconocidas salté lejos y a salvo—. Dom, pretendo no volver a verte, lo que persigo es olvidarte, te... me odio a mí misma cada vez que estoy contigo. —La mano del sindicalista ya acariciaba mi escote. Temblé como un flan chino

mandarín—. Suelta, no me toques.

Retuve el aire. Podía prometer mil cosas con estrellas en los ojos, pero eso no las convertía en realidad. Y a mí, por fin, no me faltaban colmillos con los que defenderme.

—Pienso en ti a todas horas, ¿lo haces queriendo? Porque esta dieta a que me estás sometiendo surte efecto, gatita, me paso horas en el baño dale que te pego, recordando tu piel suave, la curva de tu trasero, el modo en que gimes cuando te la clavo...

¡¡Chafff!!

Adiós romanticismo, si es que alguna vez lo hubo.

—¿Has dicho «te la clavo»? —
Detecté un movimiento a mis espaldas

que me erizó hasta el carné de identidad —. Mira, Dom, te tienes que ir, aquí no puedes estar, va a empezar el programa y alguien podría conocerte...

—Gatita... Que me tienes caliente...

—Date una buena ducha fría.

—Nena, nenita, nena...

—¡Jopo! que en andaluz significa «¡largo!».

—Luego te llamo —puso como condición.

—Ni te molestes. —Lo empujé hasta la puerta—. Total, siempre me dejas plantada sin el menor escrúpulo, ¿qué más da?

—Estoy más liado que la pata de un romano, el sindi revuelto, los camaradas locos por chupar, las elecciones en lo

alto, la coja en casa... Hazte cargo y alíviame el estrés, mujer.

29: Vueltecitas por Ikea

Ahí fue cuando debería haberle chillado a la cara que es posible que ya no lo quisiera, que me planteo si lo amé realmente o fue un brote de enajenación mental que duró más de la cuenta. Que cada vez me importa menos si se divorcia o no, que ya no me huele a primavera como antes. Pero las cosas importantes son difíciles de decir, no era el momento.

—Haz una visita a tu domicilio, pero al legal, el de la herida —susurré bajito para que nadie me oyese. Un último empujón de oso y lo tuve fuera.

Cuando cerré la puerta de la emisora dejando al rubio detrás, fue como si me liberasen del peso de una vaca frisona sobre las paletillas. Compuse mi sonrisa más falsa y haciendo como que no sabía que Isa me acechaba, regresé junto a Fany, ya metida de lleno en el programa.

—Una vez que se admiten los cuernos y el infractor vuelve de rodillas arrepentido, la cuestión es cómo resolver la espinosa cuestión: ¿Perdonar y proseguir o acabar de una vez por todas?

—Hola, soy Mati. Acabar, por supuesto, no podría soportarlo, cada vez que me metiese en la cama con mi novio me desfilarián las imágenes de él con la zorra que se lo tiró.

—¡Ah! La zorra que se lo tiró, interesante —mascullo acomodando el culo—. ¿Y qué hay de él? ¿Por qué siempre culpamos a la otra? ¿Es que nuestro chico estando comprometido no tiene responsabilidad? ¿Qué hay de lo de mantener el pajarito a buen recaudo?

—Bueno, ya sabemos que los hombres le dan a un polvo menos importancia que a un pisotón —aduce Mati permisiva.

Recuerdo mi noche fogosa con Gael, el hecho de que yo la rememoro aunque sea entre brumas y resaca, mientras él parece sufrir amnesia. Ciertamente, el valor que le conceden es de chiste. Puede que esa sea y no la nobleza caballeresca, su razón. Mira qué jodida conclusión, la

mía.

—Ellos son infieles pero jamás perdonarían que su pareja lo fuese. La mujer engaña menos y si ella es la cornuda está mucho más dispuesta a perdonar, ¿no creéis? —Fany alimenta la polémica, la audiencia arremete, el teléfono del estudio se viene literalmente abajo.

—Buenas noches, soy Trini. Estoy de acuerdo con Fany, ellos lo llevan peor. Creo que es una cuestión de autoestima, cuando una chica es infiel, su novio se hará mil pajas mentales comparándose con el otro, sobre todo en el tamaño del salami. ¿Y si la hizo disfrutar más? ¿Y si la tiene más gorda? ¿En qué lugar del *ranking* quedo?

—Bien dicho, Trini. Chicos, defendeos, ¿no tenéis nada que objetar?

A Fany no se le escapa que yo reviso continuamente los mensajes de mi móvil para a continuación, poner mala cara. Pero sigue siendo el ser humano más respetuoso que conozco y no indaga ni comenta.

—Tras este baño de duras realidades, lo siento, hombres, hoy os tocó a vosotros, vamos a despedirnos con música y una reflexión, que nunca está de más. —Preparo el tema que ilustrará mis frases—. A veces solo os dais cuenta de lo que valemos cuando nos perdéis. Coleccionar adioses es tan triste..., pongamos más voluntad en el mientras, porque cuando el amor se

agota, ya no hay marcha atrás. Para todos nuestros noctámbulos y noctámbulas, con adoración, *Let her go* de Passenger.

Termina el programa con clamoroso éxito, y vuelvo a explorar la pantallita vacía.

—¿Ocurre algo? ¿Es ese chico que ha venido...?

—Oh, no, no, pensaba ir mañana a Ikea con Olimpia pero no responde, estará ocupada, claro, es una señorita profesional con una agenda apretadísima —ironizo.

—Puedo acompañarte si te apetece.

—¿No te importaría? Mira que es un rato pesado...

—Será un placer, me lo paso bomba

cada vez que voy. Nada más traspasar la puerta corredera y oler las albóndigas suecas me cambia el humor. ¿A qué hora te recojo?

—Mejor en mi coche, es más grande, por si compro algo ya para la casa nueva.

—Casa nueva, maravilloso dúo de palabras.

Salimos del estudio algo más contentas, al tiempo que me pregunto, temblando, cuáles serán las consecuencias de que Isa haya asistido a mis cuchicheos con Dom. No es de fiar. Rezo para que sufra un ataque de olvido de los cojonudos.

No sé cómo tengo el valor de relegar tan alegremente lo genial que es Fany,

hagamos lo que hagamos. Tanto si toca turistear por una tienda esotérica en busca de pócimas y embrujos, como comprar mobiliario de diseño a precios de risa, esta chica que me ha tocado en suerte es un cascabel. Vamos cantando a pulmón todo el camino, le damos una vuelta completa al repertorio de baladas italianas.

—Ti aaaaaamooooooooo, moneda ti, aaaaaamooooooooo...

—Gloria, Gloriaaaaaa...

—Esta tarde vengo triste y tengo que decirteeeeeee, que tu mejor amiga ha estado entre mis brazooooooooos...

—Huy, esa no me la sé —me desinflo —. Además es chunga.

—Estás sensible con los cuernos,

¿eh? Pues ya ves, ¿cuántas semanitas lleva el tema dando de sí en *Noa-manece*? Debes estar a punto de ahorcarte.

—Put a pena ser así, sensiblera, tradicional... Apoyo las relaciones serias... Puede que no suene moderno, no lo soy, en absoluto, esas parejas a tres y a mogollón que defendéis algunas...

—Oye, que no pasa nada y tampoco ando montando orgías a diario, es más bien teatro, Noa, he asumido un papel en el programa y tiro de cuerda —se carcajea—, en el día a día soy bastante normal.

—¿En serio no eres así de despendolada? Joder, me tranquilizas.

—Hasta te diré que he aceptado una invitación de Boni para cenar y que ya hemos picoteado algo juntos.

—¿Picoteado de picotearse la boca?

—No, mujer. Un vinito, unas gambas. El tío tiene conversación y todo, su verdadero nombre es Manuel Suárez, y no me negarás que está como un queso.

Comparado con Gael no. Comparado con Gael nadie es guapo, ni agraciado siquiera.

—Sí, sí, es mono. Muy mono. Coño, el aparcamiento está hasta la bola...

—Igual hasta le concedo una oportunidad, pero que se ande con ojo, soy muy escurridiza. Mira, qué suerte, un sitio libre, este es nuestro día, Noa, nuestro día.

Acomodamos el coche y entramos en la megatienda dispuestas a disfrutar de una jornada inolvidable.

—Pilla un carro tú y otro yo —indica.

—No hace falta, no pienso comprar tanto...

—Si es para hacer carrerillas, boba.

—Coloca las manos en la barra y me mira con estrellitas en las pupilas—. Preparadas, listas, ¡ya!

Salte zumbando galería adelante, empujando el carro como un vikingo, un ariete. Tardo medio segundo en reaccionar y seguirla como una posesa en plena crisis nerviosa. Lo que nos podemos reír... Al llegar a la zona donde crece el tumulto tenemos que dejar de corretear, y nos vestimos de

señoritas educadas que comentan relajadas la decoración de la tienda. Veo que Fany se entretiene con los vasos de cristal de colores. Cojo un macetero y me lo encasqueto en la cabeza.

—¡Nena! —llamo su atención—. ¿Mola mi nuevo sombrero?

—Espera, espera —se descojona—, te saco una foto... —Abre su bolso enorme y saca una súper cámara de esas profesionales que ya casi nadie utiliza.

—No puedo creer que hayas cargado con ese cachivache.

—Por supuesto, saca unas instantáneas de fábula y este día genial hay que inmortalizarlo.

Nos sacamos como treinta, a cada

cual más surrealista. Comprar no compramos gran cosa pero revisamos los *stands* de cabo a rabo y nos sacudimos la negatividad y la tristeza. Cuando llega la hora del rugir de tripas nos buscamos un buen sitio junto a los ventanales.

—Me pasa como a ti, a veces vengo a la tienda solo por comerme estas albóndigas. Es uno de esos momentos mágicos del mes. Y conste que no tengo muchos.

—Hija, cómo lo disfrutas todo —me alaba. Alzo los ojos más que sorprendida.

—¿Yo? Esa eres tú, encanto, me confundes.

Si ella supiera lo lejos que anda la

opaca Noa actual de la Noa original... y la imperiosa necesidad de recuperarla tal cual...

—Transijo, las dos. Pareces una niña con zapatos nuevos.

—Y con pendientes nuevos. —Me cuelgo las cerezas del postre en las orejas—. ¡Arsa!

Le da la risa y escupe un chorro de Coca-Cola por la nariz.

—La madre que te parió. Desde hoy mi lema será «ponga una andaluza en su vida».

—Hey, que Olimpia también es de Málaga —le recuerdo.

—¿Esa sosa más gris que la lana de mi bufanda?

—Prohibido insultar —la amonesto

entre risas.

—Noa, ser una persona alegre y divertida es un rasgo del carácter, viene a ser algo así como ser rubio —pienso en Dom— o tener los ojos azules —pienso en Gael—. Si digo que tu Olimpia es morena con mechas no la estoy insultando, ¿verdad? Pues si digo que es una triste tampoco, solo la retrato con minuciosidad.

—No la puedes ver, ni te molestas en disimular. La quiero mucho.

—Eso te convierte en ciega de inmediato.

—Ves amenazas por todas partes y no lo querrás creer, pero Olimpia es más bien pasiva huevona.

—Que sea lerda no implica que no

afile y muy bien, otra garra. Te digo que esa tía es retorcida y peligrosa.

—Exagerada.

—Chitón. Tú la defiendes, pa ti, enterita. Pero no sé qué nombre ponerle a la maniobra que ha confabulado en torno a tu exnovio. ¿Cochinada? ¿Guarrada? ¿Marranada?

—Simplemente, cosa fea. Puede que desde el punto de vista ético rechine pero buscaba trabajo, Aníbal necesitaba una locutora...

—¿Amigas desde la cuna y no te hace el menor comentario? No va de frente, Noa, recuerda lo que te digo, Olimpia tiene mucho barro escondido en las suelas.

—Hablando de Aníbal... Hay algo

que quiero contarte.

—Soy toda orejas.

—Pero no te vayas a reír.

—¿Piensas contarme algún chiste? —
me golpea cariñosamente el brazo—
Venga, mujer, desembucha, me muerdo de
ganas.

—Últimamente pienso mucho en él
como solución a mis...

—¿Obsesiones?

—Sí, bueno, ¿por qué no? Ahora está
soltero y me pregunto si no será una
oportunidad de oro el que Olimpia
trabaje en ZTV para aproximarme...

Los ojos azules de Fany se abren con
ilusión desbordada.

—¡Estás pensando en reconquistarlo!
¡Qué bueno! Aunque... —Se muerde

pensativa la esquinita del labio—. Prefiero al tío bueno ese de la cafetería, el de los ojos como faros de Land Rover.

Uissss, Gael. Gael no. Gael será, si sigue insistiendo, mi amigo. Y el muso de mis sueños mojados. Dejémoslo ahí.

—¿El pijo estirado que chasca los dedos y le llueven modelos de Victoria's Secret?

—Qué fuerte, cómo te machacas — Fany se carcajea.

—Transijo. Ni es pijo ni es estirado, es un encanto, pero no es para mí.

Fany agita las manos, espasmódica, rogando que me calle.

—Venga, sí, sí, Aníbal. Sería una magnífica forma de curar pupitas y

barrerte esa soledad chungueta de encima.

—Soledad, soledad lo que viene siendo soledad, no es que tenga, Fany, es más bien embrollo mental.

Y una rabia tremenda dirigida contra Dom y Gael, cada cual por un motivo, que me quema por dentro. Es preciso solventar cuanto antes ambas historias, sacármelos de la cabeza y seguir adelante con mi vida. Con alguien inofensivo a mi lado.

—Vienes respuendona, ¿eh? Bonita, tu cabeza está sobradamente bien amueblada. Los follones y desatinos solo son humanos.

Me acuerdo de la sentencia de Gael, del no fiarse de las apariencias. Si ella supiera. Aspiro profundamente y me

pongo sería. Todo lo que puedo.

—Ya, ya, humanos. ¿Preparada para oír el culebrón del mes? Te aseguro que no tiene desperdicio.

30. Abriendo la caja de Pandora

Le cuento mi historia con Dom, el casado, sin omitir los detalles más escabrosos. El asco que me doy. Se queda muerta y blanca cadáver.

—¿Tú? ¿Tú con un casado?

—Yo —admito con apuro—, enmarañada hasta las cejas, pasándolo fatal.

—No puedo creerlo, Noa, simplemente... Jamás me habría figurado...

—Eso para que veas lo engañoso que es el primer vistazo. Como pasa con

Olimpia.

—Déjala al margen que esa es harina de otro costal. Podrías tener a cualquier chico que se te antoje, ¿para qué complicarte?

—Cuando me enamoro me convierto en algo muy cercano a cretina papanatas.

Decirlo en voz alta me sume en un mar de tristeza, de repente todo me da lástima. Empezando por mis esperpénticos sueños rosa de niña enamorada. Fany me arrulla colocando su mano sobre la mía, ejerciendo una afectuosa presión. La compenso con lo mejor que tengo, una mueca de infelicidad en la cara.

—Todo lo contrario —suspira—. Te entregas demasiado a gente que no se lo

merece, te das entera, sin condiciones. Y eso acaba pasando factura.

—Durante meses creí de todo corazón que lo nuestro era amor del bueno, del que te cambia la vida. Que Dom era desgraciado en un matrimonio roto y yo su salvadora, el heraldo de su segunda oportunidad. Me sentí importante.

—Suele pasar. Somos muy sagaces si se trata de justificarnos ante el espejo.

—Y luego estaba la pasión, los chutes de adrenalina. Discutíamos hasta alcanzar unas cotas de violencia verbal... Nos gritábamos, nos decíamos de todo para, a continuación, follar como animales; todo muy sórdido. ¿Significa eso amarse con locura? Antes, defendía el sí. Ahora, cada vez

estoy más segura de que es justo lo contrario.

Reparo en Fany, que balancea su cabeza con perspicaz lentitud.

—No eres la primera que se ve envuelta en ese tipo de relación. Lo único que te perjudica se llama humildad. ¿Qué clase de sentimiento te empuja a perdonar todas las faenas? ¿Estás expiando algún pecado horrible que cometiste en otra vida?

No sé responder inteligentemente a eso. He estudiado poco acerca de karmas pero entiendo de fidelidad: a una pareja, a una hermana, a un amigo. Si tienes una unión íntima con otro ser humano al que jamás causarías pena, debes poder creer que él o ella hará otro

tanto, ¿verdad?

¿Verdad?

—Y mencionando a la sempiterna Olimpia, origen de todas las cosas, ¿se lo has contado?

—¡Claro! —me apresuro a aclarar. Pienso que Fany protestará pero no lo hace.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que me limite a tirármelo —rememoro mordisqueando una bola de carne cubierta de salsa. Fany abre mucho los ojos.

—¿Conociéndote te ha dicho eso?

—Con todas sus letras.

—Qué hija de puta...

—¿Por qué? —me asombro—. Sería la mejor solución, formar una pelota

apretada con mis estúpidos sentimentalismos e ir a saco. Sexo y sudor, sin lágrimas.

—Para una chica como yo, puede, pero no para alguien como tú. Tú no sirves para aprovecharte de un tío y tirarlo a la papelera. Me extraña que Olimpia lo ignore tras veinticinco años de amistad. O no se ha molestado en absoluto en conocerte, o lo que le has contado le importa una mierda. Te ha dado el peor consejo, el que más remordimientos podría acarrear.

Guardo el recuerdo de Gael en un rinconcito de mi corazón, como un tesoro. Como un precioso brazalete que no te pertenece y nunca podrás lucir orgullosa colgado del brazo, pero que

pasó por tu vida dejándote el ramalazo de sus aromas a lujo y deseo.

No escribo mal cuando me pongo poética.

Y es que Gael es eso, un poema maravilloso que leí un día delante de un capuchino y con el que me revolqué salvaje mente una noche disipada, pero a quien no importo demasiado, porque busca diversión garantizada bajo el título de «amigo con derecho a roce». No soy pardilla del todo, sé lo que pretende.

Necesito pasar página, así que dedico dos noches a garabatear frenética en mi novela, y con la ilusión contenida de una madre primeriza, le muestro a Fany los primeros capítulos. Lee con atención

mientras yo me dedico a cambiar de pie el peso de mi cuerpo. Al minuto tres ya está blasfemando.

—¡Rediós! ¡No me jodas! ¡Lo que te dije, la versión castiza de Heidi!

Hago ademán de arrebatarle la libreta pero no me lo permite.

—No. Nada de eso —la saco de su error—. Es una novela romántica.

—Lo empalagoso está pasado de moda, trasnochadísimo. —Pero al tiempo que me critica, sonrío y sus pupilas recorren ávidas los renglones—. A ver... Pedro el de las cabras... ¿le arranca las bragas con los dientes, hunde la cabeza entre sus piernas y explora hasta hacerla gritar?

—Claro que no, mira que eres burra

—rio.

—Rancia, no te comerás un colín. —
Espero a que finiquite la lectura. Cuando
alza la cara sus ojos brillan—. Ya en
serio, me gusta.

—¿Te gusta? —Pestañeo confusa,
luego palmoteo.

—Es... es como tú. Delicada.

—¿Yo soy delicada?

—Como una florecilla del campo en
primavera y hasta yo, que soy una
rústica, disfrutaría leyéndolo. Quiero
más, continúa, amiga.

Me devuelve el cuaderno y a mí se me
queda su voz nadando en el oído. La
sedosa manera en que ha pronunciado la
palabra «amiga», me captura. Yo, que
no concedo semejante calificativo a

cualquiera, que pensaba que para ser cómplices en serio hay que coleccionar una antigüedad de años apilados... Fany me está demostrando en solo uno y pico, que las cosas no son blancas ni negras, que no solo la paleta de grises es amplia, sino todo el puñetero arco iris. Y que a veces, solo a veces, soy demasiado testaruda y los árboles no me dejan ver el bosque.

Cuando por fin tengo las llaves del adosado entre los dedos, toco el cielo. Como el sieso del propietario del apartamento se niega en redondo a devolverme la fianza y lo de discutir y negociar no creo que nos lleve más que al asesinato, tras comentarlo con mi padre, me aconseja que aproveche los

meses pagados para embalar y mudarme con tranquilidad. Ya no me quedan casi días para librar en el curro y tendré que acometerlo muy poquito a poco. Papá prometió visitarme y aunque arrancar a mi madre de Málaga es una proeza medieval, allí que se presentan. Él, feliz como un niño de Primaria, mi progenitora tensa e incómoda, como si le faltase algo a lo que evita poner nombre. Visitamos la casa, recorreremos sus luminosas estancias, alabamos sus ventanales. Mi padre se da un garbeo por la minúscula cocina conectada a lo moderno con el salón.

—Qué mona, qué completa, no le falta de nada. ¡Y qué alegres los muebles en verde!

—Fue uno de los motivos que me impulsó a alquilarla. —Enfilo a mi madre que mira hacia el trocito de jardín con aire ausente—. ¿Tú no escudriñas la cocina? Recuerdo otros tiempos no muy lejanos, en que serías la primera interesada en fiscalizar los electrodomésticos, no papá.

Mi madre se gira a responder con los ojos nublados. Acaricia con la punta de los dedos una cajita que ha transportado.

—El estigma de la maruja.

Aprieto las muelas, ahí queda nuestro vago intento de comunicarnos. Se escabulle y juega a embaucarme con sonrisitas falsas y una sarta de comentarios positivos hacia la casa, con los que suavizar la tensión. Luego, nos

descubre el secreto de la caja: decenas de fotos familiares metidas en sus marcos, que me entrega con exagerada ceremonia.

—Pero ¿no las tenías en el salón, adornando? —me extraño.

—Mejor que te acompañen a ti. Me cansé de ver esta melena rubia, despampanante. —Señala una donde reímos mi hermana y yo con los morros pringados de helado, bajo la atenta supervisión de mi madre— ¡Ay, qué joven y divina que era una! Ahora el espejo me advierte que tengo edad para ser abuela.

—Mamá, no te deprimas, los años pasan para todo el mundo y tienes una salud de hierro.

—Falta hace para bregar con los nietos cuando los tienes —recalca—. Claro, que si no te decides...

—Deja en paz a la niña, que organice su vida a su modo —aboga mi padre cansado de recorrer la casa—. Hoy día los jóvenes no tienen nuestra prisa. Después de todo, el matrimonio es un timo, no hay que correr —agrega con amargura. Y sale al porche a fumarse un cigarrillo.

—Qué antipático se está volviendo —maúlla mi madre—, cada día un poco más...

—¿Por qué ha dicho eso? ¿Por qué dices tú eso? —Los miro a ambos de hito en hito—. Tenéis problemas, ¿verdad?

—Noa... —La voz de mi madre se amortigua y ella esconde la cabeza.

—Mamá, dime qué pasa, te lo pido por favor.

Me coge la mano y me arrastra a un rincón. Sería fabuloso acomodarnos en el sofá, pero da la casualidad de que aún no tengo. Ni una silla. Ni un puto cojín en el suelo.

—Hay algo que debo contarte pero es muy... doloroso...

—¿Doloroso para quién?

—Para mí, sobre todo. Para todos, supongo. Y me tienes que prometer que me guardarás...

Contengo el aliento. En ese preciso momento de tensión máxima, suena el timbre y nos sobresalta a las dos. ¡Me

cago en la mar serena y en los peces de colores! ¿Ya están los nuevos vecinos pidiendo tacitas de azúcar?

No, es Olimpia.

—¡Hola, Antonia! —saluda a mi madre abriendo los brazos— ¡Qué alegría veros! Cuando Noa me comentó que subíais este fin de semana, me dije, no puedo dejar de acercarme y saludarlos.

Más bien saluda al rincón de la chimenea, a las puertas correderas, a la cocina americana con su mostrador... Los ojos escrutadores de Olimpia recorren el terreno como un GEO bien entrenado, fotografiando cada rincón de mi nueva vivienda.

—Olimpia, hija, dame un beso —se

alegra mi madre, seguramente aliviada por la interrupción—. Qué rubia estás, ¿te pusiste mechas?

—Ya hace... ¿Don José se ha quedado en Málaga? —Mi padre asoma su sonriente rostro desde el porche—. ¡Oh, ya veo que no! —Se abrazan—. Me encanta esta casa, Noa, es una pasada, vas a ser súper feliz aquí...

—Tanto que no volverá por Málaga. —Mi padre me mortifica con un puchero, yo engancho mi brazo en el suyo.

—Hay muchas navidades y fiestas de guardar, papá, no dramáticas.

—Lo que debería hacer tu padre es echar el cerrojo de ese tugurio que llama restaurante y disponer de todo el tiempo

del mundo —muge ácida mi madre.

—Por Dios, Antonia, es el trabajo de toda nuestra vida.

—¿Y qué? ¿Solo por eso lo hacemos eterno? —rezonga ella con el dedo tieso. Compruebo que también lleva uñas postizas.

—Bueno, creo que esta visita no da más de sí —interrumpo la batalla—. Volveremos cuando la vaya amueblando, tenga otra pinta más habitable y haya algo por enseñar. ¿Por qué no nos marchamos a comer? Conozco un italiano por aquí cerca que es un pecado mortal.

—¿Te apuntas, Olimpia? —Mi padre se pasa de amable.

—Cómo no.

Por primera vez en casi veintiséis años, no salto de entusiasmo porque mi amiga del alma juegue a las casitas con nosotros. Tengo que conseguir el deseado minuto de intimidad con mi madre, tengo que sonsacarle su secreto, tengo que saber o reventaré de impaciencia.

31. Tropezar de nuevo con la misma piedra

No hay forma humana de convencer a doña Antonia de que se queden. Todas las excusas le valen. Que mi apartamento es pequeño, que no hay espacio, que no pega ojo en los hoteles, que no se ha traído el su producto aséptico para los dientes...

—Tengo mil tareas por hacer —repite machacona—, no puedo permitirme estar tanto tiempo fuera de casa.

Mi padre se acerca a despedirse y mientras deposita un beso en mi mejilla, cuando menos lo espero, susurra:

—Siento decirlo, pero creo que tu madre tiene un amante.

Habría dado lo que no tengo por salvarlo de ese dolor.

Desaparecen en el último tren de la tarde dejándome desolada y confusa. Me cuesta reconocer a mi amorosa mamá en esta mujer estirada, egoísta, distante y fría, siempre como pensando en otra cosa. Y papá sospecha lo mismo que yo, debe de estar sufriendo lo indecible. ¿Cómo echarles una mano?

Me doy una buena ducha y con el pijama puesto, un sándwich mixto en la bandeja y un moñete en la coronilla, me acoplo en el sofá a ver un capítulo de *Powers*. Suena el timbre, cruzo los dedos para que sean ellos de vuelta, con

reconcomio y unos churros para el desayuno del día siguiente. Pero no. Es Dom con dos *tetrabrik* de vino. Decido recibirlo toda hostilidad. Bien firme, con las manos en jarras y ojos de Maléfica en momentos álgidos de cabreo.

—No doy crédito a tu caradura.

—Sábado, sabadete, hoy sí que toca polvete, gatita, nada de darme con la puerta. Vengo a celebrar. —Me coloca los dos envases delante de la nariz. El olor me provoca náuseas.

—¿Celebrar? ¿Qué me he perdido?

—Te mudas, casa nueva, más grande, menos vecinos que cotilleen, mejor...

—¿Cómo coño lo sabes? No te lo he contado ni te lo pensaba contar.

—Soy un tío listo, indago, pregunto aquí y allá... Al final todo se sabe.

A la mierda mi flamante plan de perderme del mapa. Si es que no me sale una a derechas. Me atrincheró en mitad del hueco de la puerta.

—Hazme el favor y márchate.

—¿Estás ocupada? ¿Acompañada?

Se estira fingiendo atisbar el interior de mi apartamento y aprovechando la proximidad, me acorrala contra la puerta sin cerrarla siquiera y me lame el cuello de abajo arriba. Se me ponen los pelos como las púas de un erizo.

—Deja, quita, apaaartaaa... —gimo con tanta debilidad que ni yo me oigo. Empujo su pecho, presiono para echarlo, pero termino rodeada por sus brazos,

atrancando la puerta de un puntapié. Va cogiendo carrerilla, la emprende con el lóbulo de mi oreja y me desabrocha el sujetador por encima del pijama. Tiene un vicio...

—Gata, cómo te echo de menos, no te lo puedes ni imaginar... —jadea tirando de mi ropa interior por las mangas y el escote. Arroja el sostén al pasillo y mete las dos manos a sacopaco.

Estremecida de pies a cabeza y aplastada contra la puerta, tampoco hago gran cosa por huir. Tengo la sangre hirviendo y la piel sedienta de caricias. El cerebro embotado como un corcho y la boca seca. La fiebre se me agolpa en la frente, me digo que al fin y al cabo es solo sexo, y en menos de cinco minutos,

parezco una chiflada perdida en el desierto a la vista de un oasis, destrozando la camiseta de Dom a tirón limpio.

Es a Gael a quien deseo pero no está disponible. Dom sí. Y no tiene corazón.

—¡Métemela! —ruego con los ojos cerrados.

—Sí, nena, sí. Hasta el fondo, como a ti te gusta.

—Métemela ¡Ya! —casi chillo. Mi excitación desbordada lo pone a cien. Me arrastra hasta el saloncito como una mochila montañesa, me coloca boca abajo contra la mesa del comedor, me aparta las bragas y me ensarta sin preparativos ni nada. Tampoco hace ninguna falta, estoy muy mojada, pero

hay algo que se llama tacto...

Dom embiste y yo me concentro en las sensaciones de la carne, en lo puramente físico. Más allá del placer y la temperatura elevada, más allá de la presión de sus dedos aferrando mis caderas y del golpeteo de su pubis contra mi trasero, solo puedo visualizar a Gael, el modo en que borrachos y todo, me había amado, sus caricias que me desarmaron, mis estremecimientos al galopar sobre su maravilloso cuerpo.

Cuando los gemidos, jadeos y gritos de ambos explican por sí solos que el clímax ha llegado, saludado y vuelto a hacer las maletas, me deshago de mi amante, salgo embalada y me encierro en el baño, llorando como una

descosida. Sentada sobre la tapa del váter doy rienda suelta a mis amarguras, a la suciedad de mis actos, a la presión que no me permite respirar. Debo llevar allí cerca de media hora hipando, cuando un apesadumbrado Dom golpea la puerta con los nudillos.

—Gatita, ¿estás viva? ¿O te has colado por el retrete?

—¡Márchate! Quiero estar sola — logro decir entre lágrimas y mocos. Joder, joder y más joder, qué arrepentida estoy.

—Oye, ha estado cojonudo, no te pongas así.

—¡Que te vayas te digo! ¡Sal de mi vida, Dom, esto es espantoso, una relación de mierda que no puedo

soportar ni un día más!

—Hostias, no eres tremenda ni ná...
¿Te has peleado con tu jefe?

—¡Vete a la mierda! ¡Y no vuelvas nunca jamás!

—Porque de otra manera no entiendo a qué viene reaccionar así después del pedazo de polvo que acabamos de echar.

—¡Quiero desengancharme de esta relación tóxica! —empiezo a hiperventilar— ¡Necesito ponerle punto y final antes de volverme loca! ¿Cómo te lo explico para que lo entiendas?

—Yo también quiero desengancharme de mi matrimonio.

—Pues búscate la vida, pero lejos, ¡lejos!

—Prometiste que me ayudarías.

—¡En mi vida he prometido eso! —O puede que sí. En mi fase de encoñamiento garrafal.

—Anda, sal, tengo que enseñarte algo. Sal, coño, es importante.

Salgo, claro. No hay como darme una orden para que la cumpla al dedillo. Dom me tiende una tarjeta de visita entre los dedos índice y corazón. Sin cogerla, me seco la cara a restregones.

—¿Qué es?

—La psicóloga que voy a empezar a visitar. —Repentinamente tierno, me acaricia la cara—. Crees que no me lo tomo en serio pero te cueles. De verdad pongo toda la carne en el asador por este rollo nuestro, joder, pero no es

fácil, no es un manojo de boquerones que se echa a freír, compréndelo, son treinta años de casados...

—¿Treinta? —El entumecimiento se disipa de un plumazo. Repaso las letras que bailan desde la tarjeta—. Creí que eran diecisiete. Dom, tú tienes treinta y seis.

—Venga, va, estaba exagerando, ya me conoces, siendo andaluza deberías entenderlo. —Me aprisiona las manos—. Estoy en ello, nena, los colegas del sindicato me la han recomendado, dicen que es la hostia en verso, que me va a quitar la ansiedad y el sentimiento de culpa. —Su mano desciende hasta mi teta. Con delicadeza primero, de un manotazo después, la aparto. Su caricia

quemá—. Sabré echarle huevos a mi parienta, gata, confía un poco en tu churri, lo voy a resolver.

—No eres mi churri, no quiero que lo seas —balbuceo como una completa mema.

Cuando por fin abandona mi apartamento a eso de la una, me sereno sola. No quiero volver a recibirlo y desde luego no permitiré que pise mi nueva casa, no van a impregnarse mis paredes con su mala energía. Sufrir a diario te inmuniza, pero Dom aún me perturba. Pese a mi decisión firme de cortar, sigue teniendo mucha influencia sobre mí, consigue confundirme, no sé ni cómo. Seguramente, el peso de tantos meses deseándolo sin poseerlo del todo.

Y ahora que ya no me interesa apenas...
No obstante, corro a apuntar el nombre y
la dirección de la psicóloga antes de
olvidarlos. Por alguna disparatada
asociación de ideas me siento deudora,
guía de Dom, y sus desdichas me
lastiman.

32. Más pistas sobre la alarma que no quiero oír

Alguien debió decirme que racionalizar el amor es equivocarse. Tratar de mantener las cosas que se sienten bajo control es, aparte de un desvarío, el pasaporte seguro al fracaso. Casi puedo tocar el mío en el recuerdo de Dom. En lo que me empeñé que fuera y no fue ni será en la vida.

Cometo mi tercer error, enfoco mis anhelos hacia el único objetivo razonable, Aníbal.

Sobre todo en los momentos en que el recuerdo se mezcla con su «él» en carne

y hueso, que insiste en venir a desayunar al Love Locke y estrechar nuestra amistad. Insisto en que mi intención es distanciarme pero cada mañana, al enfrentarme al armario, quiero ponerme guapa para él. No es mi novio ni nada parecido, tonteamos con un mostrador de cafetería de por medio y el glorioso revolcón que nos pegamos, no puedo contárselo a nadie pero...

Escojo una falda *navy* estructurada, a rayas, azul marino y blancas, fruncida en la cintura, a juego con un jersey ceñido blanco que me marca las lolas. Lo luciré solo un rato en la calle, cuando llegue a la cafetería toca tirar de uniforme. Sin embargo, la tranquilidad de tener ropa bonita en la taquilla esperando el fin del

turno, me hace tontamente feliz. Alargo cuanto puedo el momento «uniforme horroroso» y cuando por fin no me queda más remedio que disfrazarme..., aquí está de nuevo. Él. Mi eterna tortura. Relajado, solitario, feliz, amo de la situación. Repiquetea en mi cabeza la melodía completa de *Feeling good* de Nina Simone, como banda sonora de un anuncio a cámara lenta, en el que Gael, su traje y su apariencia de hombre de mundo, se aproximan al Love Locke mientras la multitud corriente en la acera le abre paso en plan Moisés en el Mar Rojo.

Decido no ponérselo fácil.
Conseguiré que me odie.

—Te has tomado algunas mañanas

libres, ¿no? —se interesa tirando del taburete, metiéndolo bajo su culo perfecto.

—Todas las que he podido — respondo rancia.

—¿Problemas?

—Serás cotilla...

—Me preocupo por ti.

—A cuenta de qué, vas tú a preocuparte por alguien que apenas conoces.

Intenta agarrarme, me libro por los pelos.

—Oye, Noa, no bromeo.

—Pues gracias, no hace falta, por mis tonterías ya me preocupo yo sola.

—De verdad, ¿pasa algo? Mira que las penas con pan son menos...

Resoplo y lo corto en seco. Sin disimular mi fastidio.

—Preparo una mudanza, eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Todo. ¿Te parece poco agobio? Según mi madre, una mudanza equivale a un incendio.

—¿Y me está permitido preguntar dónde?

A regañadientes, le facilito la dirección aproximada de mi nuevo dulce hogar.

—Genial, es un barrio bonito y muy recomendable. Te ayudo.

Doy un taconazo en el suelo.

—Que no, Gael, que no necesito tu maldita ayuda.

—Oye, ¿sabes que cuando quieres te

pones muy desagradable? —Frunce el ceño.

—Me alegro que te disguste, porque lo que busco es que salgas de una puñetera vez de mi vida.

—Para salir primero tendría que haber entrado. —Sonríe cínico y yo pienso que me desmayaré y me estamparé de nuca contra la máquina del café—. Da igual, cuanto más antipática eres conmigo, más me gustas.

—Menuda vena masoquista tienes... —Me rindo un poco—. No intento ser antipática, de verdad que no, solo poner distancia, creo que nos conviene. A los dos.

Me ignora.

—Te invito a comer.

—¿Es que no me oyes? Tengo cosas que hacer. Cientos, miles.

—¿Otro día?

Detengo mis carreras de una punta a la otra del mostrador y bufo. Este hombre guapísimo, inmune al desaliento y yo, vendida ante sus ojazos y el resto de su glorioso cuerpo. Menudo par de dos. Pero no. Hay cosas que debo finiquitar primero. Mi pasado sigue ahí, dando por el saco, incordiando, imposibilitando la planificación de un futuro mínimamente fiable. Doblo el cuello.

—Otro día.

Pasan tres largas jornadas con sus noches sin saber nada de Dom, después del improvisado polvo. Valiente

vergüenza, estas desapariciones solo consiguen que me sienta más sucia y rastrera. Cuando no aguanto más sin mover ficha, decido inspeccionar la calle de la psicóloga. Si Dom al menos ha ido, eso significa algo, significa mucho, verlo curado, equilibrado y próspero, me liberaría de mi carga culpable. Tengo que averiguar, acechar, fisgonear. Lo mismo que ha hecho Bea y mira qué bien le ha ido.

En cuanto acabo en la cafetería, vuelo. Aparco mi todoterreno a relativa distancia del portal, dispuesta a pasar allí la tarde completa si hace falta. Esta profesional solo pasa consulta de cuatro a ocho de la tarde, lo que reduce considerablemente el número de horas

de espionaje. Cuando ya empiezo a dar cabezadas y especular no me distrae, descubro a Dom atravesando el portal dirección a la calle, trajinando en su cinturón. Me pongo de lo más contenta.

No me lo pienso dos veces. Espero a que se marche y cruzo la calzada. Subo al segundo piso, me aclaro la garganta y pulso el timbre. La mujer que me abre al cabo de un rato está despeinada, con el carmín de los labios un poco corrido y se recompone la blusa dentro de la falda. Pelirroja, por más señas.

—Buenas, soy amiga de Domingo Lima. —Subrayo. Arquea un pelín las cejas pero se mantiene muda—. Sí, no hace falta que ponga cara de interesante, sé que está usted amordazada por el

secreto profesional y todo eso, se trata de ese chulazo rubio con tupé que acaba de salir, el sindicalista. —La tipa no separa los labios. Le concedo tiempo para que recapacite. Entretanto me fijo en «otras» cosas—. Lleva usted cojos los botones. —Señalo su blusa— Bueno, a lo que iba, me consta que su profesionalidad está ayudándolo a superar lo de su matrimonio fracasado. —La psicóloga abre una boca enorme y redonda y yo la detengo con un gesto—. No me diga nada, no hace falta, yo solo he venido a agradecersele porque... verá, Dom, yo lo llamo Dom, es muy importante para mí. Ya sé que le he dicho que soy solo una amiga pero es que llevamos mucho tiempo queriendo

ser algo más... no sé si me explico.

—¿Algo más que amigos? ¿Queriendo ser?

—Es complicado de explicar —me azoro. Ahora que lo pienso en tiempo presente, no sabría qué nombre poner a lo que tenemos. Se parece mucho a nada —. Quise respaldarlo en su proceso, apoyar su cambio de hábitos, estimularlo a romper de una vez con esa relación muerta, la de su matrimonio... No supe cómo.

—¿Son amantes? —dispara a quemarropa.

—No exactamente.

—¿Lo fueron antes?

—Nunca —afirmo, traicionada por mi subconsciente.

—¿Se refiere a que nunca ha mantenido relaciones sexuales con Domingo? —despega por fin cuando mi incontenible verborrea se sofoca.

—Eso, me va a permitir que no se lo conteste. —Me ruborizo bajo su atenta mirada.

—Debería, si tanto interés tiene por ayudarlo —replica. Me da la impresión de que su tono es una navaja de afeitar —. Si me confirma que nunca la ha tocado... eso daría un giro brutal a la diagnosis de su dolencia.

—¿De qué dolencia habla? —me crispo. ¿No tocarme Dom? ¡Si es un jodido pulpo de nueve cabezas!

—Lo siento, no puedo decirlo, es información reservada. —Se atusa el

cabello—. ¿Piensa contestarme?

—Pues no. —Me da palo. Ni harta de vino confieso yo los polvazos sobre la mesa, contra la pared, contra el mueblecito de la entrada, contra mi voluntad...

—Entonces, señorita, por lo que a mí respecta, hemos terminado. —Hace ademán de darme con la puerta en las narices, sin embargo, consigo atravesar un pie y detenerla.

—Pero pondrá todo su empeño en ayudarlo, ¿verdad que sí?

—Desde luego, siempre lo hago, no soy famosa por casualidad.

Oír sus buenas referencias, me calma. Dom va a curarse, va a solventar sus papeletas pendientes, rehará su vida y

yo podré desaparecer sin sentirme miserable. No hace falta que me quiera, ya no. Todas mis prioridades de hace bien poco, han sufrido una mutación espeluznante. Sé de quién es la culpa. Ojalá fuese Aníbal pero es Gael. El único que casi jugando ha conseguido limar las asperezas de mi carácter, que mi corazón de acero se ablande, que mis palabras sean amables y la sonrisa fluya mágica. Con Dom todo eran lágrimas, rencor y ceños fruncidos. Con Aníbal... Uff, no sé, tendremos que verlo.

Cuando suena el móvil, mi aturdimiento es de tal calibre que cruzo los dedos para que no sea un hombre. Los cuernos es lo que tienen, te roban la serenidad y al final das dinero por vivir tranquila.

Hablando de sosiego, la que llama es Paz, mi compañera de la universidad de Málaga que está en Madrid visitando al dentista y me propone merendar juntas. ¡Qué alegrón! Al fin voy a poder a evadirme de mi triste realidad por unas horas con una persona a la que no veo desde hace tres años y que no tiene ni idea de lo patética que es. Igual hasta me marco un par de faroles y me permito soñar un poco.

—¡Qué guapa estás! —me dice al abrazarnos— ¡Pero qué guapaaa! Cada vez te pareces más a Verónica Sánchez, nena, deberías ofrecerte para hacerle los dobles.

—Deja, que igual me exigen tirarme desde un balcón, paso —río con ganas.

—Y qué largo el pelo, te reluce la piel, y los ojos... nena, no exteriorizas lo mal que lo estás pasando, eres una valiente —atrapa mi mano y la estruja emocionada—, orgullosa me tienes.

¿Eeeeinnn? Su apreciación me fulmina en el acto.

—¿Cómo dices? ¿Mal yo? —me hago la desentendida, pero su rotundidad al hablar me ha helado la sangre—. Si estoy más a gusto que un conejo en una mata de tréboles...

—Bueno... No haber encontrado trabajo después de acabar la carrera y dedicarte a servir tilas en un mostrador a pie de calle, no es algo de lo que jactarse precisamente. Vivir de alquiler tampoco es para tirar cohetes. Suerte

que te ha salido ese programita en la radio por las noches, supongo que te consolará...

—El Love Locke es uno de los negocios más boyantes que conozco y «ese programita» tiene una audiencia que tira de espaldas —aseguro poniéndome un pelín chula. No creo lo que escucho.

—Ya, pero cuando locutas de noche, solo te escuchan los zombis y los frikis, es un coñazo. Y de amores... ni los tocamos, ¿verdad? —Remata la frase con un guiño cómplice que, ¿para qué nos vamos a engañar? no entiendo.

—Mmmm...

—Anda que liarte con un casado, a tus años, Noa... hija, esas cosas pasan a

los veinte cuando una es todavía cándida e inocentona, sin ir más lejos... me pasó a mí. ¿Quieres que te lo cuente? ¿Te lo cuento?

Saco fuerzas de flaqueza y reacciono con toda la virulencia que la ocasión requiere.

—Lo que quiero que me cuentes es cómo hace tres años que no nos vemos y estás al día de todas mis desgracias. Porque también me han pasado cosas buenas, alguna, pero esas parece que no las incluyes en la puñetera crónica negra.

—Hablo mucho por teléfono con Olimpia, me mantiene informada.

¡Nos ha jodido mayo con las flores!

—¿De qué te mantiene informada?

¿De mi vida?

—Pues sí. Te admira muchísimo, habla y habla de ti sin parar.

Me cuesta concentrarme y recuperar el ritmo de la respiración. A la mierda el feliz reencuentro. Estoy furiosa contra esa cara que me devuelve a la infancia con solo mirarla. Olimpia, puta cotilla.

—Me dejas de piedra. —Me pongo de pie, agarro el bolso por las asas y desanimo con una mueca a la camarera que se acerca con mi sándwich mixto—. Digo que ya podría hablar de sus cosas, que para hablar de las mías estoy yo. ¿O no cuento?

—Pero Noa, ¿te vas? ¿Y nuestra merienda?

33. Un ensueño cuanto menos, extraño

Los chismorreos de Olimpia me han disgustado mucho. Los detalles fuera de tono de mi amiga del alma empiezan a chirriarme. A ver, ella siempre ha sido algo egoísta y raruna en sus reacciones, no es una chica lo que se dice del todo transparente. Pero la conozco, sé de su timidez, sus dificultades a la hora de abrirse, incluso conmigo. Podía ser el motivo. Bien. Pues algo está pasando. O estoy más sensible, o más quisquillosa, o menos caritativa. Puede que todo sea producto de una imaginación caldeada

por la malévola Fany pero por más que lo pienso, las frases de mi compañera de radio repiquetean sensatas, y el comportamiento de Olimpia, interesado e ingrato. Me invaden ideas psicópatas, seguidas de arrepentimiento. Mi cerebro es un tiovivo al que han pisado a fondo el acelerador y circula, a pique de lanzar despedidos a los niños. De modo que para calmarme y llegar a Radio Retiro con todo la calma interior que Fany y el programa se merecen, me marcho al cine.

Me vale cualquier cosa, el objetivo es distraerme. Me cuelo en la sala con mi entrada en la mano, un poco avergonzada por ir sola, pero demasiado pasota como para que me importe del

todo. Es jueves tarde, mucha gente arranca ya con los previos de la juerga del finde y yo no tengo un alma a quien acudir para tomarme una birra. Se me escapa una lágrima díscola por el rabillo del ojo y mientras me la enjugo, admito que no es verdad. Fany estaría encantada de acompañarme. Incluso Gael, que lucha por conquistar mi amistad del modo que sea, aunque yo me resista. Es llamativo, la gente en la que siempre creí, Olimpia y Dom, son precisamente los que nunca están disponibles si los necesito.

Las luces se apagan y el cine, que está casi vacío a estas horas tempranas, se adormece en la penumbra. *El niño 44* es un *thriller* basado en la novela de Tom

Rob Smith que una vez empecé a leer y no pude terminar porque Dom vertió dos ron cola sobre sus páginas. Sonrío con amargura, mira que me reí cuando pasó. Claro que también andaba pedo y a cuatro patas. Mi periplo vital con Dom ha sido un ciclo necesario, supongo, de ser siempre demasiado buena niña, sosa, formal, nada aventurera y hasta aburrida, salté al extremo contrario. Quería volverme malota, presumir de rebelde. E hice lo peor que podía. Liarme con un casado, juerguista, descerebrado.

Hay que ser imbécil... Joder, qué boca tiene el Tom Hardy este, como la de Gael, bocas que da gusto morder. Ojalá no hubiese estado tan borracha aquella noche...

Entorno los párpados, me escurro un poco en la butaca, apoyo las manos sobre el estómago y me relajo. La vida me pide a grito pelado una pausa para analizar a fondo mis motivaciones, lo que busco, lo que espero. Huir de Dom, de Gael y hasta de mí misma, no es la vía correcta.

Y entonces lo noto. Hay una mano que se desliza suavemente a lo largo de mi brazo, erizando mi piel. Doy un respingo, miro asustada a mi derecha, donde entre las sombras, se recorta un bulto enorme y un perfil de modelo publicitario. Voy a decir algo pero su índice libre viaja hasta los labios y me ordena silencio. Entretanto, acaba de trenzar sus dedos con los míos y el

ramalazo eléctrico que me recorre, es suficiente para dejarme fuera de combate unos minutos.

—¿Qué demonios haces aquí? —chisto— ¿Me persigues?

—Acertaste. Te espío —responde socarrón.

No sé qué me altera más, si el que me vigile o que descubra que voy al cine sola. Es patético, por Dios.

—Que sepas que me he metido aquí para desconectar de mis pensamientos —le advierto con deje de marisabidilla. En el trasluz advierto que sonrío de medio lado. Muero.

—Eres libre de hacer lo que te plazca, Noa y explicaciones, las indispensables.

Alarga el brazo. No me ha soltado la mano pero la otra se apoya en mi rodilla, ejerce una breve presión y enseguida asciende buscando mi muslo. No me espero en absoluto que se comporte de forma tan desvergonzada aunque me excite, aunque sea lo que mi cuerpo reclama a voces desde que aquella noche para olvidar. Me lo habré negado pero lo único que ansío es repetir, sentirlo encima de mí, acaparar sus besos y su tacto, que entre en mí hasta marcar mis entrañas con su carne, empalarme hasta lo más hondo mientras le susurro palabras sucias al oído, y cambiar, dejar atrás a la niñata insegura, renovarme por completo en una catarsis de liberación absoluta.

Y si la catarsis viene de mano de un orgasmo, ¿quién soy yo para impedirlo?

Los dedos de Gael son ágiles, fuertes y largos, y saben lo que hacen. Reptan por la cara interna de mis muslos, despiertan mis instintos más primarios. Es imposible que no perciba el tremendo calor que se acumula en mi entrepierna, me arden las ingles, los labios de mi sexo se inflaman de deseo. Él finge ver la película con total normalidad. Yo no puedo.

—Qué cachondo me pones —
murmura junto a mi cuello.

Respondo en un impulso inmediato, un reflejo animal abre mis piernas y le facilita el acceso al encaje de mi *culotte*. Llevo un vestido suelto de

primavera que se lo pone fácil. No compartimos fila con más espectadores, no hay nadie detrás, estamos casi solos. Lentamente, inclino la cabeza hasta posarla en su hombro y me permito destensar los músculos. Las puntas de sus dedos recorren mis pliegues, resbalan como seda por encima de mi piel, empapadas, mojadas de mí. ¡Señor, qué pecaminoso placer! Me tiemblan las rodillas. Querría besarlo pero desde esta posición, todo no es posible.

Hincho los pulmones y me dejo llevar por el cúmulo de sensaciones que me separan cinco centímetros de la butaca. Esos dedos diabólicos se han cansado de hurgar y han penetrado en mi vagina como una pequeña verga hambrienta. Me

gusta lo que me hace, mucho. Me muerdo el labio inferior y gimo bajito. Si alguien me oye podrían echarnos y yo asesinaría al acomodador antes de permitir que interrumpiera esta experiencia divina. Los dedos bombean, dentro y fuera mientras el pulgar se entretiene dibujando pequeños círculos sobre mi clítoris.

—No puedo más —jadeo. En ese momento, un tren a toda velocidad atraviesa la pantalla y alguien grita. Aprovecho el momentáneo revuelo para que el suspiro que anida en mi garganta, escape.

—No tienes por qué aguantar —me guía—, esto es para ti, solo para ti.

Juntos desprendemos calor suficiente

para caldear un estadio. Jamás he estado tan vestida y al tiempo, tan expuesta al roce de alguien. Desde la bruma oscura de este ambiente altamente erótico que nos rodea, sus iris azules me buscan y observan la curva creciente de mi excitación, sin parpadear.

Correrse en un cine, joder, qué fantasía tan tentadora.

—Estoy cerca, voy... voy a...

—Así, preciosa, así.

Mi cabeza ya no reposa en su hombro, la musculatura de mi cuerpo entero ha vuelto a estirarse, mis manos se engarflan en los brazos del sillón hasta blanquear los nudillos. Necesito un apoyo al que aferrarme. El cosquilleo nace en lo más profundo de mi vientre y

desde ahí, con los dedos de Gael enterrados en mí, explota en latigazos, como un alucinante cortocircuito. Mi vagina palpita con intensidad, abraza su mano en violentas contracciones y el resto de mi ser tiritita de pies a cabeza.

—Te ha gustado. —Es una sentencia, no está preguntando. Una afirmación que no puedo rebatir. Vaya si me ha gustado, tengo los mofletes como las corbillas de una fragua.

Muy a mi pesar, siento que esos dedos mágicos me abandonan, que mis tejidos sensibles tratan de cerrarse e impedirlo, pero no pueden. Voy a besarlo. A agradecerle sin palabras pero de la mejor manera posible, el regalo

que acaba de hacerme. De sentirme miserable a ser la chica más feliz y relajada del mundo mundial, gracias a un orgasmo apoteósico que ni siquiera imaginaba posible. Este ángel bajado directo de los cielos acaba de cambiar mi destino. Carraspeo azorada, uno las rodillas con la vulva aún candente y recoloco el trasero girando el cuerpo en su dirección.

Pero allí no encuentro más que una butaca vacía.

Una imagen que me desola el corazón y me seca la boca. Demonios. ¿Adónde ha ido? Rebusco por entre las filas. Nada. Hay muy pocos espectadores, apenas seis o siete parejas dispersas a bastante distancia. Imposible

despistarse. Gael no está ni probablemente haya estado en esta sala esta tarde.

Por un momento fugaz, me quiero morir. Caída en batalla con todo el equipo. ¿Qué carajo acaba de pasar? ¿Sufro fantasías descontroladas? ¿Me he dormido?

Despacito llevo mi mano a las braguitas húmedas. Están muy mojadas, esto no ha sido una alucinación, mi placer ha sido tan real como mi necesidad y su ausencia. Gael no vino buscándome, no me rastreaba para hacerme florecer con un clímax portentoso amparado en las oscuridades lóbregas de un cine. No. Me lo he guisado y comido yo solita. Con la sola

ayuda de su recuerdo.

Soy una *monstrua*.

El desahogo sexual propicia una de mis mejores sesiones en la radio. Mantendré en secreto mis métodos, pero Fany aplaude mi agudo ingenio, mis chistes con sabor andaluz, mis ocurrencias. Sin embargo, Luis, de Sevilla, no llama y al volver a casa, todo lo encuentro tan vacío y desangelado como cuando me fui, de modo que poco a poco me desinflo y al despertar esta mañana, ya no queda nada del subidón de ayer tarde. Me espera la gris perspectiva de mil desayunos servidos a velocidad supersónica y un millón de sueños por cumplir. Tendré una imaginación de

cagarse pero sigo siendo la misma chica anodina de siempre.

Desgasto trapo y mostrador sacándole brillo a lo que no está sucio, bajo la mirada inspectora y preocupada de Paqui que finalmente, me lo quita de las manos.

—Trae, anda. Descansa un poco.

¿Descansar? Mi cerebro está a mil.

Le concedo el honor de la bayeta. Ajusto la cafetera, ordeno las latas de té y en cuanto cazo un minuto libre, me pongo a dibujar garabatos sobre una servilleta.

—Señorita, ¿sería tan amable de atenderme?

Voz sensual. Ojos turquesa. Pelo castaño oscuro. Mentón cuadrado.

Cuerpo atlético y comestible... Gael. Levanto los ojos como impulsada por un resorte.

—Por supuestísimo. —Trato de esconder mis fantasías a boli. Su dedo las señala.

El resto de mis desvaríos, ni los menciono. Bajo llave, tres metros por debajo del nivel del mar, con él de protagonista.

—¿Te has metido a pintora?

No le hago caso. Desenvuelvo mi rutina habitual, capuchino, cruasán, se lo sirvo todo con una sonrisa tímida. A estas alturas, si no piensa que soy bipolar es muy, pero que muy, benevolente. Advierto que tiene el pelo algo más largo. No me he dado cuenta

antes porque solo me permito mirarlo de reojo. Directamente y con franqueza, en contadas ocasiones. Me intimida demasiado el recuerdo de aquella noche con mayúsculas. Madre del amor hermoso, qué guapo está.

—Andas despistada —me acusa en un susurro. Pienso en hacerme la ofendida pero cuando se explica, desisto—. Te has olvidado de ponerme azúcar. Y de la cucharilla. Y...

—Lo siento. —Reparo las faltas como un cohete.

—¿Algo te ronda? ¿Puedo ayudar?

Ya estamos. Siempre tan amable, tan solícito, tan caballero. Supongo que luego se tronchará a mi costa con los amigotes de la oficina. Si se imaginara

siquiera por encima lo que pasó ayer en el cine... Aprieto los labios.

—No es nada. Nada que sangre.

—Puedes confiar en mí —insiste—.

Soy un hacha dando consejos.

—Igual que yo. De hecho, tengo un consultorio nocturno, tú no —espeto hiriente.

—Si nos parecemos, entonces cuando te hacen falta, no sabrás qué decirte. Magníficos aconsejando a los demás, desastrosos cuando se trata de uno mismo.

No veo que peligre mi honra por reírme, así que me río. Qué razón tiene.

—Algo así.

—¿Van a despedirte? Mira que sin tu café y tus bollos no sobreviviré aunque

no me pongas azucarillo.

—No te preocupes, no se trata de nada tan drástico. —Me froto la frente —. Es la casa que he alquilado, no tiene una mísera bombilla. Hay que hacerla habitable y no sé por dónde empezar, dibujaba unos bocetos. —Me encojo de hombros.

A él, la noticia le provoca brillo en las pupilas.

—¡Estupendo, ahí tienes mi ayuda!
¡Me acoplo!

—¿Perdón? ¿Te qué...?

—No se me da mal la decoración.

—¿La decoración también? —Pongo los ojos en blanco.

—Y otras cuantas cosas más que por humildad me callo. No me ofendas

poniéndolo en duda. ¿Sacia eso tu curiosidad malsana?

—Empiezo a sospechar que eres un marisabidillo que entiende de todo y ya conoces el dicho: aprendiz de todo, maestro de nada. —Introduzco los dedos por el cuello del uniforme, abro hueco y dejo que corra el aire. Joder, qué calores tan inoportunos.

—Envidiosa. Se me da bien, te digo, deja que te lo demuestre.

Suspiro como si en lugar de sentirme halagada, aceptarlo en mi vida me costase un mundo. ¿Por qué somos tan teatreras las mujeres? ¿Por qué jugamos al no cuando ansiamos un sí del tamaño de un tráiler? Somos amigos o en vías de serlo por mucho que yo me oponga,

que me opongo. ¿Qué hay de malo? ¿Es que no puedo tener amistades masculinas? ¿Tan torpe soy que no puedo manejarme en una situación solo ligerísimamente incómoda? Qué chorrada, claro que puedo. Y si no, es hora de ir aprendiendo.

—Vale. A la hora de comer, vamos y te lo enseño. Olvídate de vehículos. Aquí mismo para el bus que nos deja en la puerta de mi nueva choza. No son ni cinco minutos. Madre, lo que voy a ahorrar en diésel...

—A eso de las dos, entonces —Apura de un sorbo su taza, deja diez euros sobre el mostrador, pasa del cambio y se evapora.

Al verlo marchar ahogo un suspiro de

melancolía. No soy idiota del todo, sé que se me está colando dentro, su atractivo irresistible, su amabilidad, sus generosos ofrecimientos... Sabe seguirme el juego, es insistente pero permite que sea yo la que marca el ritmo. Me voy a enganchar, lo presiento, estoy a punto de caramelo para cometer el más grave error de mi existencia.

34. La teoría de los tenedores

Tres horas más tarde, mis temores se disparan por culpa del autobús. Estoy enferma. Jamás pensé que cinco paradas en el transporte urbano me llevaran cerca del orgasmo. Gael y yo nos agarramos a las barras suspendidas del techo y atosigados por la plebe que se encaja como sardinas en lata, quedamos así, enfrentados igual que si nos hubieran atado con cadenas por las muñecas. Se me antoja esa fantasía perversa donde un extraño con pinta de haberse caído de un calendario de bomberos, me maniata con cuerdas para follarme sin respiro, mis brazos suben

estirados por encima de mi cabeza, los pechos expuestos, yo indefensa... El traqueteo de los baches me lleva a chocar con él, nuestros torsos contactan e inmediatamente me excito. Se encuentran nuestros ojos, no somos capaces de retirar la mirada en más de un minuto, una mirada ardiente, plena de deseo... Carraspeo y me recompongo.

Todo nace y muere en mi mente. Como en el cine. Nada tiene la menor oportunidad de materializarse. Pese a los refregones. Pese a la noche de alcohol. Pese a la amistad.

El ambiente se carga y solo afloja un segundo, cuando por tercera o cuarta vez rebotan mis tetas contra su torso prieto y no puedo remediar un:

—¡Buuumba!

Gael se parte en dos de risa. En cuanto toca me bajo del autobús cagando leches, con la llave dando saltos en mi temblorosa mano. Sí, estoy nerviosa, con él agazapado a mi espalda, siempre es un volver a empezar, siempre el ataque de la primera vez. Cuando por fin acierto con la cerradura, Gael me sorprende con un:

—Ahora vuelvo.

—¿Cómo?

—Dame treinta minutos.

—Pero...

—Por favor, ve pensando en el estilo que te gusta y en la combinación de colores.

—¡Gael, joder!

Allí me deja, varada como una zódiac en mitad de una playa. El disgusto no me impide entrar en mi nuevo hogar y aspirar el aroma del aire vacío. ¡Ay, qué felicísima pienso ser en mi adosado! Vida nueva sin malos rollos, cero relaciones clandestinas, no al remordimiento. Que Dom arregle las cosas con su mujer. O que no arregle nada, él verá, yo cada vez ando más lejos, desenamorada. «Asqueada» es la palabra. Esa sarta de promesas huecas, esos empotramientos suyos, apresurados, en cualquier sitio, que me parecían tan eróticos, sin besos, sin ternura, acabaron siendo pura basura y me han abierto los ojos.

Desde luego, no hay como sufrir para

curarse.

Cuando más profunda me estoy poniendo y más miedo me doy, reaparece Gael tirando de una caja con ruedas.

—Tienes suerte —ladro con impaciencia—, ya me iba.

—Qué poco aguante, bonita.

—Pides que te traiga a mi casa, aún no sé para qué, y nada más llegar, me plantas. Si quieres, saco las castañuelas.

No parece que le afecte mucho mi enfado, la verdad.

—Bueno, tenía que traer esto. —Me deslumbra sacando del cajón una mullida manta que extiende en el suelo—. Y esto —un mantel de cuadros escoceses que coloca encima—, además

de esto —vino, gaseosa y cerveza— y esto también —una enorme tortilla de patatas.

Me llevo entusiasmada las manos a la cara. En menos de quince segundos, hay todo un picnic campestre montado en el salón de mi hogar.

—Pero... ¿Cómo? ¿De dónde? ¿... Tan rápido?

—¿La verdad? —me ciega su sonrisa —, me conozco el barrio, somos vecinos.

—No me fastidies.

¿Y yo pensando en escapar de su red?

—Pasé a recoger unas cosillas de casa y el resto, en un local de comida precocinada, dos calles más allá. Te lo recomiendo, toma, te traje una tarjeta.

La acepto con mano temblorosa y ojos húmedos. Me digo que no voy a llorar aunque tenga los pelos de los brazos que podrían rallar queso parmesano, pero al final me rompo, miles de lágrimas me corren cara abajo. Nadie se ha ocupado así de mí en la vida. Mimada, atendida, y un jodido millón de cosas más igualmente cálidas que él me hace sentir sin proponérselo. Sus dedos palpan mis mejillas, secan mi llanto, acogedores y deliciosos, dejando huellas húmedas sobre la piel.

—Mujer, no te pongas así, si no eres de tortilla, también traigo *pizza* de *pepperoni*...

—No es eso, eres tú, son tus detalles —hipo fijándome en sus labios

entreabiertos—. Eres... eres...

—El novio perfecto, ¿no te parece?

Le empujo suavemente con la mano en el pecho. ¡Qué duro y tirante está, releches!

—Anda, bobo, tienes más tonterías que un mueble-bar. —Acabo de secarme las lágrimas entre risas, decidida a distanciarme. Toda yo peligro aquí, tan arrimada. Pero Gael tiene otros planes. Me envuelve con sus fuertes brazos y me aplasta contra su cuerpo. Deposita un beso amoroso en mi coronilla contra el que no me defiendo, que me derrite.

—Pequeñaja cascarrabias. Solo tendrías que dejar ir todo lo que te abruma...

Hundo la cara en su camisa que huele

de maravilla. No puedo, son demasiadas cosas, muchas equivocaciones amontonadas hasta generar una cordillera invencible. Tendré que empezar desde abajo, con pico y pala, triturando errores.

—Gracias. De verdad, gracias. Eres un amigo —tartamudeo. Con un esfuerzo supremo consigo alejarme.

Gael me inspecciona. Sé que espera una confesión, que abra de par en par la caja de mis desastres y rompa, con su ayuda, el hielo que aún es grueso. Pero no me sale, aún no. Resignado a soportarme tal cual soy, saca su móvil y lo trastea.

—¿Amenizamos la comida con un poco de música? —La intensidad con

que me mira, me aterroriza. Asiento sin hablar. Conecta el aparato a un pequeño altavoz y enseguida suena *Big girls cry* de Sia. Me encanta.

Ocupamos posiciones en torno al mantel, los vasos empiezan a llenarse y los trozos de tortilla a cambiar de manos. Por un breve lapso de tiempo charlamos, reímos y el entorno pierde tensión pero...

—Noa...

Escucharlo pronunciar mi nombre es lo peor. Se aproxima y su aliento pegado a la línea de mi mandíbula, me envuelve y me pone los pelos de punta. Sus labios húmedos me llaman. Podría prometerle el mundo en este instante. Paso la lengua por el contorno de los míos. ¿Dejo que

me bese? ¿Lo beso? Es tan tentador dejarse llevar sin plantearse más escollos... Y eso hacemos. No pensarlo demasiado.

Permito que su boca carnosa atrape la mía, que sus labios mojados resbalen y me hagan estremecer, que se abran los portillos de la peligrosa lujuria. Mientras siento su lengua bailar con la mía, recorrer mis rincones, profundizar, aprieto los muslos, ahogo esa presión del bajo vientre que tan bien conozco.

Pero ¿qué quiere de mí este hombre perfecto? Interrumpo la caricia, me enderezo, recupero centímetros. Cómo destrozar un momento sublime para salvar la cordura.

—Oye, tengo una pregunta que

hacerte, algo delicado.

Gael recula y me observa entre contrariado y curioso.

—¿Tiene que ser precisamente ahora?

Asiento lentamente con la cabeza. Me hormiguean los labios. Repaso el contorno con la punta de los dedos porque el suspiro que ha durado el roce me ha llenado de cosas bellas que no quiero dejar ir.

—Solo tú puedes contestarme, ya que has resultado ser tan empático. Tengo que decir que no me lo esperaba.

—Hostia, tengo que acordarme de regañarte una vez por semana por ser tan suspicaz.

—Por favor...

Suspira resignado. Quiero creer que

también le escuece el beso.

—Tú dirás.

—¿Qué harías si descubrieses que tu madre tiene un amante?

—¿Mi madre?

—No, leches, la mía. Papá está hecho polvo, llevan casi cincuenta años casados.

—¿Confirmado?

—¿Lo de los cincuenta años?

—No, mujer, lo de la infidelidad.

Serán los nervios pero estoy quedando como una tonta. Espesa y lerda a porciones igualadas.

—Digamos que hay fundadas sospechas. —Me muerdo el labio inferior. Noto que Gael persigue mi lengua con ávidas pupilas. Así que la

meto en casa. Muerte al romanticismo.

—¡Uff, qué palo! Bueno, qué se le va a hacer, esas cosas pasan.

Hiervo de coraje. No es ese el punto de vista que esperaba.

—¿Cómo que pasan? ¿Y ya está?

—Sí, Noa, la pasión desaparece y de repente llega alguien nuevo a tu vida y la revive, te recuerda que nunca se fue, que ahí estaba, solo que dormida.

—Mi madre no tiene derecho —gruño bajito, trastornada por la fuerza de su mirada.

—¿A qué no tiene derecho? ¿A vivir?

—A destrozar a mi padre. El matrimonio es sagrado, ella juró que le sería fiel... Perdona, ¿la estás justificando?

—Por supuesto que no, trato de no juzgarla y tú deberías al menos intentarlo. Estoy seguro que hacerle daño a tu padre es lo último que ella persigue. El amor es así, impredecible.

—No cuando has jurado...

—Venga ya, los juramentos para la Edad Media.

—¡No son los votos, es el respeto, la fidelidad!

—Los años pasan, Noa, las personas cambian, evolucionan de diferente manera. Mira un ejemplo. —Se remueve, mete una mano y toma algo de la cesta de pícnic—: ¿Ves estos dos tenedores? Juntos forman una pareja pero individualmente cada uno continúa siendo un tenedor, ¿verdad? Ahora

imagina que se enamoran. —Los hace rozar—. Y se casan. —Los coloca juntos. Me inclino para no perder puntada de la historia de los tenedores pero su olor a hombre me marea—. Cada uno tiene todo el derecho a seguir evolucionando como cubierto y colmar sus aspiraciones, ser el mejor tenedor de la provincia. Este tenedor camina a setenta y cinco kilómetros por hora, es activo, burbujeante, creativo, está lleno de vida, loco por meter mano a un montón de planes y su objetivo vital está justo en esa dirección. —Apunta recto hacia la pared—. Bien, permitámosle que se mueva. Este otro, sin embargo, tiene un poco de miedo, tarda en ponerse en marcha, se entretiene con las

musarañas y además ha decidido que lo más interesante de su existencia se encuentra al fondo de este sendero. — Señala a la derecha—. Estarás conmigo en que sería injusto prohibirle que se desarrolle como tenedor o que consiga su meta, por poco ambiciosa que pueda sonar. ¿A que sí? Míralos y dime, ¿dónde están ahora?

Imagino mi cara de imbécil integral bebiendo con desorbitado interés cada una de sus sílabas. ¡Pero qué inteligente, qué don de palabra, qué oratoria, qué...!

—Cada uno en un extremo del mantel —respondo concentrada.

—¿Se odian?

—No lo sé.

—No deberían. Tan solo se han

distanciado, miran a distintos horizontes, corren en diferente dirección y a diferentes velocidades. Puede que nunca vuelva a tener sentido que estén juntos pero no han hecho nada malo. Solo crecer como tenedores, o como personas, a su ritmo, al ritmo que les es natural. Lástima que no coincidieran pero eso es todo.

Mantengo un largo silencio. Sinceramente apabullada.

—Joder, eres filósofo —silbo en cuanto puedo. Gael acorta el espacio entre ambos y yo jadeo sin que se me note mucho. Un segundo beso y soy mujer muerta—. ¡Espera! Tengo otra pregunta. —Aplaco sus intenciones frenándolo con una mano en el pecho—.

Esta es más difícil.

A regañadientes, se separa unos centímetros de mi nariz.

—Creí que habíamos venido para hablar de interiorismo.

Ya. Por eso no dejas de besarme. De intentarlo al menos.

—Será que sin querer hemos creado una balsa de intimidad fraternal — recalco la última palabra—, permite que me aproveche.

Mi plan no le entusiasma.

—¿Eres mi amigo o no? —insisto. Él baja la mirada.

—Dispara.

—¿Cómo puedo recuperar un amor del ayer?

35. Ciertas cosas que no necesito que me cuentes

Compruebo que Gael se estremece como sacudido por una corriente galvánica. Por empatía y por lo que siento por él, me contagio.

—¿Es un caso hipotético o real?

—Real. Muy real —aclaro eludiendo sus ojos. Gael asiente despacio. El hueco entre ambos, ha crecido de nuevo. No deseo hacerle daño, lo juro, solo noto mis secretos más a salvo y me siento fortalecida.

—¿Está soltero... y disponible? —
indaga con voz ronca.

—Lo está. Desde hace poco pero lo
está.

—¿Estás enamorada de él?

—Lo quise mucho. Muchísimo —
respondo esquivada. Caza todos y cada
uno de mis titubeos.

—He usado el tiempo presente. Tú
no. ¿Lo quieres?

—Creo que puedo recuperar todos los
sentimientos que tuvimos.

Gael tuerce la boca. No hay ni chispa
de humor en su tono. Serio está más
sexy, aunque por su bien y por el mío,
mantendré las distancias. Juego a un
juego peligroso, huir corriendo hacia
delante no es sensato. Lo sé y la

opresión que siento en el pecho se intensifica.

—¿Me estás diciendo que pretendes recuperar un antiguo novio para resucitar un amor que hoy por hoy no sientes?

—No creo que resulte difícil —me empeño.

Gael mueve la cabeza a un lado y otro y suspira. No cree lo que está oyendo, no me extraña, yo misma me escucho y noto un socavón de vergüenza en el pecho. Sueno tan increíblemente absurda... Es el miedo. Es la lucha por alejarlo, del modo que sea.

—Bien. —Se rinde—. Entonces sincérate con el afortunado. Se ha demostrado que los caminos son más

rápidos si eliminas las curvas.

—¿Crees que debo ir y decirle...? —
Me lo como con los ojos. Estoy planteando una solución alternativa que me salve de su influencia, usando a un chico estupendo que se llama Aníbal. Mierda, ¿es que no puedo concentrarme? No quiero sentirme tan atraída por nadie y menos por él.

—De estar en su lugar, a mí me gustaría saberlo.

Me permito unos minutos de reflexión en los cuales nadie habla. Los dos enterramos la atención en los cuadros del mantel de pínic. El largo índice de Gael acaricia distraído el mango del tenedor, con una delicadeza que me hace desear que ese maldito acero inoxidable

fuese mi cuello.

—¿Matamos la tortilla? —propongo con el tono más animado que encuentro. Me sabe fatal haberlo desinflado de este modo pero es que hemos estado dos veces, ¡dos! a punto de liarnos sin vuelta atrás. No puedo permitirlo, no voy a perderme de nuevo.

—No sé qué decirte. De repente se me ha quitado el hambre —murmura.

—Venga, hombre, impidamos que esta maravillosa cita se vaya por el desagüe...

—¿Cita? ¿Era una cita? —pregunta con evidente sarcasmo.

—Bueno, cita en el sentido literal del término, no, pero encuentro de amigos, sí. Yo te he contado mis intimidades y

las de mi familia, tú me has aconsejado...

—Sí, tienes razón, ha debido de estar muy bien. —Se pone en pie de un salto ágil. Yo sigo sentada en el suelo, mirando sus interminables piernas y el enorme bulto bajo el vaquero—. Pero me temo que tengo que irme.

Ya se ha enfadado. Coño, qué mal lo hago todo. Me arrodillo y recojo cosas a toda velocidad. Él ya ha caminado hasta la puerta y desde allí me habla.

—Puedes dejar eso ahí, no creo que te moleste. No vamos a acarrear estos bártulos al trabajo. Pasaré en otra ocasión a recogerlo. Si no te opones —remacha.

—Será por falta de sitio... —trato de

bromear, su semblante continúa grave, tan abatido que me hiere—. Oye, Gael...

Me he acercado para evitar que huya y ahora no sé qué más decir. Estamos muy cerca el uno del otro, envueltos por el perfume y el calor. Subo una mano y la apoyo en su pecho, me sorprende lo fuerte que le late el corazón.

—Dime.

—Yo no quiero molestarte con mis rarezas... Puedo parecerte una demente, no te culpo. Es uno de esos momentos embrollados, confusos. A veces no tengo muy claro qué camino tomar. En todos los sentidos.

Su dedo, el mismo dedo que antes paseaba por el tenedor y que deseé con toda mi alma, busca mis labios y se posa

en ellos presionando ligeramente. Querría besarlo, lamerlo. Querría repetir todas y cada una de las cosas que hicimos la noche X pero sobria y en perfecto uso de mis facultades, a plena luz del día.

—Déjalo, Noa, no tienes por qué justificarte.

—Pero te has portado tan bien conmigo...

—De verdad, deja de intentarlo. — Desaparece su dedo, muy lento se inclina y me besa junto a la comisura de la boca. No queda un solo vello en mi cuerpo que no se erice en respuesta, en ese instante me olvido hasta de respirar —. Tengo que irme.

Lo veo escapar, caminando pausado,

con largas zancadas, las manos en los bolsillos, y una rabia depredadora e irracional se apodera de mí. Me cuento que debo ser cauta, astuta por una vez en mi vida, que con él no habrá más que sufrimiento y nuevos errores. Que no estoy lista. Que no aspire a algo que no está a mi alcance.

Esa noche llego renqueando a la radio, más chafada que nunca, sin fuerzas para enfrentarme a unos cuestionarios de preguntas que ponen en tela de juicio toda mi existencia. La gente que llama suena tan jovial, disfrutones de la vida sin complejo de culpa a las espaldas, orgullosos de vivir el sexo a su manera. Yo no. Yo sufro como una verraca. ¿Para qué demonios sirve la conciencia

aparte de para amargarte y cortarte el rollo todo el tiempo? Llego hasta la mesa donde mi amiga se rodea de papelotes y listas, me siento y deajo caer la cabeza hasta que la frente se apoya en el tablero.

—Estoy de bajón, Fany. Me vendrían muy bien un par de tetas como las de la Kardashian...

—No me quedan, así que siéntate a mi ladito que te cuento de qué va esto esta noche...

—No sé si soy capaz de seguir adelante con este programa, aconsejar a la gente sobre sus vidas sentimentales...

—Y sexuales, no lo olvides.

—Mientras la mía se desmorona en pedazos, me parece un fraude.

—Ellos se aconsejan solos, amiga, nosotras solo actuamos como catalizadoras. —Me mira despacio, observa mi demacrada expresión—
¿Dom?

—Oh, ese. Ha empezado terapia con una psicóloga. Dice que quiere superar sus miedos, arreglar las cosas y rehacer su historia conmigo.

—Ah, un recomienzo es siempre positivo... ¿no?

—No sabría decirte. Por un lado, no tengo el menor interés en rehacer nada.

—Hija, qué alivio. Minipunto para la chica del pelazo. —Fany levanta el pulgar.

—Por otro, he cotilleado en San Google sobre la psicóloga en cuestión.

Como la tía va diciendo que es famosa... Y lo es. Especializada en obsesos sexuales compulsivos.

—¡Coño!

—Coño. Eso dije yo cuando lo leí. No estoy siendo muy inteligente desoyendo las señales, Fany. Puede que Dom esté realmente enfermo, que su naturaleza perturbada le impida ser fiel...

—Menudo chollo de enfermedad, perdona que te diga...

—Nunca sería feliz a su lado, aunque se divorcie, aunque arregle las cosas, pero sí podría ayudarle en su terapia. No paro de darle vueltas. Creo que ya no lo quiero aunque no ha dejado de importarme.

—Tú verás. ¿Se merece tu amistad?
¿De verdad lo crees?

Esquivo como puedo la afilada pregunta.

—Como relación, Aníbal sería una opción más tranquila.

—¿Te da lo mismo uno que otro? —
inquiere Fany arqueando una ceja. La pregunta me pilla completamente en blanco. Suena monstruoso pero puede ser cierto.

—No hasta ese punto... creo...
Mujer, yo...

—¡No los quieres! ¡A ninguno de los dos! —exclama— ¡Espabila, tontorrón!

—¡Me siento sola! —gimo en un desesperado desgarró. Entierro la cara entre mis brazos y lloro a pulmón,

aprovechando que Isa Olmo aún no ha llegado.

Fany me pasa la mano por el pelo. Aguanta estoica hasta que mis convulsiones se apaciguan.

—No es solo eso, también es miedo. Vamos a hacer una cosa. Mi teoría acerca de lo que andas buscando, no voy a revelártela de momento. Lo que sí voy a proponerte es que por una vez mandes tus prejuicios a hacer puñetas y juegues a doble banda.

—¿Lo que viene a significar...? — pregunto a voces desde mi escondrijo contra la mesa.

—Que mientras Dom se cura o no con su terapia, irás de pesca. Por si las moscas pican y Aníbal aterriza en tus

redes. Entonces podrás decidir con cuál de los dos te quedas. —Sonríe tan relajada y se expresa en un tono tan natural que llego a creerme que hacer ese tipo de malabarismos amorosos es correcto.

—Yo... —Una mano de Fany se lleva mi queja.

—La mujer que tiene dos, no es mala, es advertida. Si una vela se le apaga otra se queda encendida. Mañana saldremos de juerga. Avisa a tu amiga Olimpia. Dios sabe que no es santo de mi devoción, pero quiero que lo pases bien.

—Olimpia casi nunca sale conmigo, de noche suele tener otros planes.

—¿Bromeas? ¿Tu más mejor amiga se

va de copas con desconocidos y te deja en tierra?

—A veces coincidimos... Ahora que lo pienso, pocas veces.

—Chica, sois más raras que un perro verde. De acuerdo, pues tú y yo y un par de conocidas más que pienso avisar.

—Cierra el sermón con un guiño travieso.

—Está bien, saldremos —concluyo con una risita forzada. Es sencillo dejarte arrastrar por el entusiasmo vital de Fany, convierte en fiesta cualquier actividad rutinaria. Hay personas con ese don. Ojalá fuera yo una de ellas.

No podemos retrasarlo por mal que me encuentre. Arranca el *Noa-manece* de esta noche con Maroon 5 y su *Sugar*.

Por la cuenta que me trae, me animo sola.

—Vamos a ponernos dulces — canturreo—. ¿Habéis visto el vídeo de esta canción? Bodas, sí, escuchantes y escuchantas. Ya hablamos de ellas la otra noche y dieron, pero que mucho de sí. ¿Estáis a favor de casaros? ¿*No qué horror!*? ¿Os hace ilusión? ¿Os parece un dispendio inútil? Llamad y contadnos vuestras experiencias y teorías. Queremos oírlas.

—Y no os molestéis en decir que para amar no necesitáis una firma, que esa cantinela está más vista que el TBO — intercala Fany—. Afilad vuestros ingenios...

Fany me somete a un exhaustivo

interrogatorio acerca del listado de bares y garitos preferidos de Aníbal y yo, que hace mucho que tengo perdida esa pista, recorro a viejos amigos comunes y extraigo y reúno información valiosa. Con la intención de hacernos las encontradizas nos los recorremos todos. Sus dos amigas son bastante chistosas, picamos tapas, bebemos cervezas, paseamos palmito y alcanzamos ese punto peligroso del «estoy a un pelo de pillar la moña del mes», justo cuando entre el tumulto próximo a la barra del Barco, en Malasaña, distingo la aristocrática cabeza de mi exprometido.

—Allí, allí está —señalo con disimulo—. El alto con la chaqueta

sastre, ¿lo ves?

—Claro como el día, amiga. Estrategia de aproximación —se burla arrastrándome por toda la sala y lanzándome, literalmente de un empujón, en brazos de Aníbal.

—¡Aníbal! —rodeada por sus brazos y su asombro, me veo obligada a interpretar el papelón del siglo— ¡Qué casualidad!

—¡Noa!

Retuerzo la postura y me estiro. Curioso. Me ha abrazado, me ha sobado las tetas por necesidad y no he sentido nada.

—Disculpa —balbuceo.

—¡Qué alegría encontrarte... aunque sea por los suelos!

—Casi, casi —bromeo apartándome el pelo de la cara.

Gentil como siempre, inclina la cabeza para incluir a Fany y a las otras dos chicas en el saludo.

—¿Qué tomáis?

—Yo, por lo pronto, el fresco — replica mi amiga atizándome un pellizco en el costado—. Enseguida volvemos, cuídamela —añade mirando a Aníbal. Luego me susurra al oído—. Ánimo y recuerda las tres «p», piños, pecho y... ¡pasión!

Salen disparadas con cero disimulo. Allí me quedo, desarmada ante el toro, temblorosa, tartamuda, trasladando mi peso de una pierna a otra para ganar tiempo y lucidez. Aníbal se muestra

extrañamente reservado pero teniendo en cuenta el modo de echarme encima, y que para no ser descortés ni desatenderme ha tenido que distanciarse de sus acompañantes... Me conformo, lo que su boca calla, lo gritan sus ojos al traspasarme con interés.

—¿Sigues siendo fanática del ron cola?

—Sigo —acepto con mucho trabajo.

—¿Qué tal te va? Cuéntame...

Resulta chirriante que después de haber pasado juntos tantas horas en la cama, revolcándonos en el más absoluto furor, ahora mantengamos las distancias jugando a ser gente respetable y educada que no saben de qué hablar. Por Dios, íbamos a casarnos, teníamos tanto en

común, a los dos nos gustaba la jardinería y los gatos...

—Me acabo de mudar —comento sorbiendo de mi copa.

—Interesante.

Y una mierda. Recuerdo las palabras de Gael, sincerarse. Recuerdo las recomendaciones de Fany, pescarlo. Y decido tirarme a la piscina. El «no» ya lo tengo y he tenido ocasión de comprobar que abrir el corazón resulta sumamente liberador.

—Aníbal... quería... En fin, tengo que comentarte algo y es... delicado. —Marco una pausa. Joder, no habla, no reacciona, no escupe nada. Me muerdo nerviosa los labios—. Desde que interrumpimos nuestra relación... —Ahí

me atasco.

—¿Sí?

—Jamás he conseguido olvidarte.

No ha podido sonar más melodramático. Se le han abierto unos ojos enormes y sigue callado. Trago ruidosa el nudo atrapado en la garganta.

—No es eso, quiero decir... fuiste muy especial para mí, algo se quedó pendiente cuando rompimos...

—Noa, me plantaste de la noche a la mañana —declara con frialdad—, diría que muchas cosas quedaron pendientes.

—Lo sé y lo siento. Es muy tarde para pedir perdón por ciertas equivocaciones. —Me humedezco los labios. Leches, qué trago, qué duro está resultando, esperaba de él más

colaboración, no sonrío halagado, no me abraza ni me besa, no me grita que me ha echado de menos cada minuto de estos años separados—. El caso es que yo... estoy libre y ahora sé que tú también... Bueno, me lo dijiste el otro día, yo no te pregunté así que eso debe significar algo...

—No recuerdo haberte comentado nada de mi vida sentimental —espeta. El calor abrasador se adueña de mis mejillas y confunde mi lengua.

—Sería Olimpia, entonces.

—Sería. Quizá no debió, son temas privados.

—Vamos, Aníbal, hay confianza, el término «privado» entre nosotros, pasa a otro nivel. En fin, que... si tú

quisieras... si te pareciera bien... podríamos... —¡Ay, madre! No pestañea, no menea un músculo, se traga mis ruegos sin decir ni mú, con cara de póquer. Empiezo a sospechar que tal vez la apertura de corazones así, a lo bestia, no sea tan buena idea—. Intentarlo de nuevo —vomito por fin.

Pasa una eternidad antes de que se decida a contestar. Una eternidad durante la cual contempla obsesivamente los cubitos de hielo chocar contra las paredes de su vaso de tubo.

—¡Vaya! Me has dejado boquiabierto.

—Lo imagino. —Mareo mi copa en el aire. Necesito recuperar cuanto antes el resuello y la naturalidad que he perdido

—. Pensé que estaría bien aclarar ciertos puntos de las íes aunque el tiempo que ha pasado los haga parecer menos importantes.

—La verdad... es lo último que me esperaba.

—Tampoco tienes que contestarme ahora, no... no quiero que me contestes —me atropello roja como una amapola —. De hecho, voy a terminarme este ron y me marchó. Mañana madrugo y... — adopto pose de interesantona— cuando te apetezca charlar... podemos tomar un café o... algo.

Aníbal asiente con una dulce sacudida de cabeza y unas pupilas rodeadas de verde, que no dejan traslucir ningún sentimiento, fijas en mí.

—Adiós. —Salgo corriendo con más bullas que la cenicienta.

Por el camino me topo con Fany, la agarro del vuelo de la falda y me la llevo a remolque. Una vez colocadas sus conocidas borrachas dentro de un taxi, caminando le relato mi espeluznante experiencia, la extraña reacción de Aníbal o más bien la falta de ella.

—He hecho el canelo, me siento fatal, peor —gimoteo. Fany no está de acuerdo—. Acabé con el rollo, porque una vez dentro del puto jardín ya no sabía cómo salir sin soltar toda la historia, pero mirándole la cara, debí salir por piernas.

—¿Te arrepientes?

—¡Por supuesto! —casi grito.

—¿Qué puede pensar Aníbal de alguien que le confiesa que aún lo ama? No va a enfadarse contigo por eso, al contrario.

—No me líes, yo no lo amo.

—Joder, pues pretendes reconquistarlo.

—¡Para olvidarme de Gael! —se me escapa en un violento empujón de palabras.

Fany suelta un grito de triunfo y alza un puño al aire.

—¡Lo sabía! ¡Ahí está mi teoría, confirmada! Tú a quien realmente quieres es al guaperas ojos azules de la cafetería, explícame qué haces mareando la perdiz con otros machos que no son él.

Agacho avergonzada las orejas.

—Sigo el plan de una gallina cobardica que va a por lo seguro.

—Ya. Un tipo al que ya no quieres es lo seguro.

—Aníbal me quiso mucho y yo a él. No me romperá el corazón si volvemos.

—¿Y Gael? ¿Cómo sabes que él sí te lo romperá?

—No hay más que verlo, Fany, por Dios, ese tío silba y se le lanzan cuatrocientas mujeres a los pies.

—Eso, no le des una oportunidad — me regaña. Estoy dispuesta a no escucharla.

—Céntrate en mi numerito de esta noche, por favor, no pienso desviarme del proyecto «A» de Aníbal.

—Todo este circo me parece una estupidez.

—Responde.

Fany tarda en contentarme. Ha cruzado los brazos sobre el pecho y camina a todo gas sin dedicarme ni una letra. Respeto su tiempo muerto, básicamente, porque merezco su desprecio. Soy infantil y la he cagado. Pero cuando se escapa de un incendio, es lícito refugiarse bajo el primer techado seguro que aparezca. Pues bien, Aníbal es mi cobijo y Gael, el fuego.

—De acuerdo, si insistes... La pelota está en su tejado, ya has hecho lo que tenías que hacer, has sido valiente.

—Venga ya, he sido una temeraria.

—No te lamentes. Puede que el

bochorno fastidie pero si es a Aníbal a quien pretendes tener, mucho peor es quedarse por el camino. Los dados están para lanzarlos.

36. El perfecto chantaje emocional

Una semana. Siete espantosos días. Un montón indecente de largas horas. Ni señal de Aníbal. Mi madre sigue igual, papá cada vez más decaído, deprimido, chafado. ¿Hay más estados de ánimo susceptibles de aplicarse al cornudo sufriente? Pobrecito, se me desgarran el corazón solo de pensarlo, lo que me lleva inexorablemente a pensar en Carmen, que debe sentir poco más o menos lo mismo con la deplorable actitud de su marido. Tanta gente que me importa, tanta.

Lloro a lágrima viva hasta que me quedo sin agüita en el cuerpo.

Llamo a Olimpia y la enredo para que se pase por la cafetería a consolarme. Viene un poco acelerada, entrelaza los dedos y retuerce sin parar las manos. Apenas fija en mí sus ojos. Es como si el peso de nuestra amistad la obligase a estar retrepada en ese taburete, pero sin desearlo de veras.

—Cuéntame —rompo el hielo—, ¿qué tal te va en ZTV?

Menos mal, hablar de su brillante futuro parece que la revive.

—¿No te lo he contado? Estoy diseñando un nuevo espacio para la tarde de los miércoles, algo joven, fresco, muy rompedor. Mezclará música

con llamadas en directo...

Me atraganto. Espero por su bien que lo de las «llamadas en directo» no se asemeje a nuestro *Noa-manece* o me la cargo. Ya está bien de copieteo. Olimpia parece captar mis suspicacias, porque enseguida cambia las tornas y me pregunta por mis padres.

—Los he notado tensos, distantes. Y a tu madre, como que pasa de todo. ¿Es el restaurante? ¿Tienen problemas?

El adjetivo «averiguaora» con el que Fany distingue a Olimpia se me graba a fuego en las sienes y repiquetea. De las catástrofes inconfesables de mi familia, la misma que la acogió con amor a merendar cada día de nuestra infancia, ¿hasta dónde sabe?

—Bueno, son muchos años al frente de esa cocina, mamá está saturada... — desvió la atención del asunto. Olimpia entorna un ojo y me repasa sin ningún disimulo. Me dedico a ordenar las servilletas pero con los nervios se me desparraman todas por el suelo.

—Pues tu padre está mayor, si deciden descansar, deberían hacerlo ambos, y buscarse una buena gerente, alguien de confianza.

—¿Alguien cómo tú?

—No, como yo, no. A mí me espera la gloria en ZTV, no volveré a Málaga más que para remojarme en la playa en verano. —Tengo la sensación de que me lo restriega por la cara. Se pone en pie —. En fin, querida, debo irme.

—Que estoy de bajón, Olimpia, no te vayas todavía...

—Es que Aníbal tiene un montón de decisiones pendientes que consultarme, ya me ha mandado tres mensajes.

—Hablando de Aníbal...

—Poco a poco voy convirtiéndome en su mano derecha. Esto huele a ascenso, chochi, el mío.

—Estuve con él la otra noche.

—¿Estuviste? —Frena su huida y me mira. Su tono corta como un cuchillo de carnicero.

—Me lo encontré por casualidad en Barco. Recordamos viejos tiempos frente a un ron cola. —Olimpia trata de sonreír y se le tuerce la cara. No le termina de salir—. Dirás que estoy loca

pero le revelé mis sentimientos.

—¿Qué sentimientos?

—Le dije que nunca llegué a olvidarlo, que aún lo quiero...

—¿Que todavía lo quieres? —casi aúlla. Su estupefacción va *in crescendo*, como una bola de nieve descendiendo por las colinas— Pero ¿eso es verdad?

—Un poco. Le propuse...

—¿Y qué te respondió? —corta mi inspirado sermón.

—Eso es lo raro. No dijo nada.

—No me extraña lo más mínimo.

—¿Ah, no?

—No lo sabes, ¿a que no?

—¿El qué tendría que saber? —De repente mis dientes castañean y mis rodillas les hacen los coros.

—¡Ay, Noa! La que fue su novia, Begoña, está muy enferma. Lo llevan con un secretismo bárbaro, aún no he podido enterarme de qué se trata. La pobre chica estaba intentando quedarse embarazada de Aníbal con intención de engancharlo y en uno de esos chequeos le descubrieron un síndrome con nombre de austríaco. Comprenderás que él ahora se encuentre entre la espada y la pared. Tendrá que volver con ella a pesar de lo mal que acabaron y de que se llevaban a matar...

Se me queda la boca abierta, la mandíbula desencajada, la lengua como un trapo. De sopetón, la cara de circunstancias de Aníbal cobra sentido, sus ojos que me decían «si tú supieras»,

su falta de parlamento. ¿Qué le entraría por el cuerpo sabiendo lo que sabía mientras yo me declaraba como una idiota integral y le planteaba salir de nuevo? Menuda metedura de pata hasta el corvejón. Joder, joder, joooder...

Olimpia sigue a lo suyo. Por poco se marcha sin contármelo y ahora no hay quién le tapone la lengua.

—Estas cosas, ya se sabe. Si te haces el desentendido, te machacan. A nadie le importa que ya no estuviesen juntos, si la abandona lo tacharán de desalmado.

—No entiendo que retome un noviazgo por el qué dirán.

—Y por lástima, Noa, por pena de la de toda la vida, que Aníbal es un buenazo sentimental. De camino pillaré

una depresión de caballo, esa fulana está como loca por recuperarlo, lo bien que le ha venido la enfermedad...

La maledicencia de las palabras de Olimpia me trae de vuelta del limbo.

—¿Cómo puedes decir eso? Morirse no es algo que se busque a propósito.

—Bah, no va a morir y mientras no lo haga... Ahí lo tiene, rendido a sus pies. Será jodido pasar por enferma pero la beneficia más que le perjudica. Qué injusticia, con lo guapo, lo interesante que es y el fachón que se gasta.

No puedo creer lo que mis orejas oyen.

—Te has vuelto una bruja insensible, tía.

—Ella ha llevado a cabo un plan rastrero, ¿qué quieres, que aplauda?

—¡No se trata de ningún plan! —me altero— Coño, si se lo han diagnosticado, es que lo tiene.

Olimpia suspira como si yo no acabase de desgarrarme en una reflexión profunda. Sus pupilas me esquivan todo el tiempo, la noto tan cambiada.

—Vivir para ver. Me marchó, ahora más que nunca tengo una posición activa e imprescindible en ZTV.

Se va sin darme una mijita del consuelo que preciso. Yo ya estaba arruinada cuando le pedí que viniese a darme cháchara y entretenimiento. Ahora que vuela lejos con sus macabras noticias, me quedo muchísimo peor, más

tocada. Mi opción «A», Aníbal, esfumada como por encanto, con un trasfondo sórdido y lamentable.

Me ha hecho falta este bofetón a mano abierta, para ver lo estúpido de mi intento. Escondida en la trastienda, no puedo reprimir las lágrimas. Es verdad, no lo amo, pero estoy hecha un lío, después de haberlo visto, haber fantaseado con poner otra vez en pie nuestros locos proyectos de entonces, de desfilas, como perlas en mi memoria, aquellos días felices. Solo pretendía ordenar mi vida, no ganarme una persistente migraña. Mierda, ¿por qué salto de desastre en desastre?

El día cae en picado y mi historia le pisa los talones. Si llego a saber lo que

todavía me deparaban las 24 horas siguientes, hubiese hundido la cabeza en los sacos del pan congelado hasta morir.

Dom me pilla al asalto cuando estoy bajando la reja del Love Locke y se ofrece a tirar en el último tramo. El cierre encaja con un agudo *click* y solo entonces lo miro a la cara.

—¿Cómo es que apareces? ¿Te has perdido de camino a tu domicilio conyugal? —espeto con toda la ironía disponible.

—Déjate de coñas que no está el horno para bollos —rezonga con las manos en los bolsillos y el gesto contraído—. ¿Sabes de qué me he enterado? —No aguarda a mi respuesta. Total, iba a decirle que no... —Los del

sindicato están celebrando una Asamblea General a mis espaldas.

—Vaya por Dios, qué desgracia —lamento con el tono de a quien le importa carajo y medio. Dom está tan enterrado en su drama que no capta la ironía.

—¡Serán hijos de puta con lo que yo he hecho por esa agrupación! Ya me lo veía venir. —Se pone a recorrer frenético la acera—. Las cosas pintaban muy turbias el último mes, demasiado cuchicheo de pasillo...

—Dom, perdona que te lo diga pero deberías centrarte en tu terapia con la...

—Quieren desmontarme para colocar al cuñado del Perico en mi lugar, ese pedazo de vago que no sabe hacer la

«o» con un canuto, un soplapollas con aspiraciones ...

Aprieto los labios. Odio hablar de política, no entiendo ni jota. Y los sindicatos, por lo que sé, están en el ajo, ¿no? Pues de esos tampoco hablo. Yo no tengo sindicato que me defienda, solo una pila tremenda de horas de curro y las muñecas abiertas de tanto apretar los mandos de la cafetera.

—Me las van a pagar, les tengo una preparada que se van a acordar de Domingo Lima mientras vivan. Cabrones, hijos de perra... ¡Ven conmigo! —Tira de mi brazo.

—No quiero tener nada que ver en tus líos, Dom, voy a casa a cambiarme de ropa, pegarme una ducha...

—Les jodo la fiesta, a esos les aguo yo esta noche los langostinos...

—...Y a descansar las pocas horas que me quedan antes de ir a la radio.

—No pienso transigir y que el cuñado del Perico se convierta en el nuevo subsecretario sindical. Si prescindien de mis servicios me lo dirán a la cara y previo paso por caja. —Se golpea la palma con el puño de la otra mano—. Tu obligación como novia es apoyarme —reclama con fogosidad.

Un momento...

—Estoy por morirme de la risa. ¿Ahora que tengo las cosas medio claras y ni siquiera quiero sexo ocasional, resulta que somos novios?

—Siempre lo hemos sido.

—¡Nunca hemos sido novios! Nos pasábamos la vida escondidos, fornicando por los rincones oscuros, acojonados si nos descubrían.

—Que no nos paseemos de la manita por la calle no significa que no me importes. Si estoy yendo a la puta psicóloga esa...

—Ya que la mencionas... Es experta en obsesos sexuales. ¿Hay algo que yo deba saber?

Dom respinga como pillado en falta.

—Será experta en lo que le dé la gana, conmigo está aplicando hipnosis y unas baterías de preguntas para que interiorice lo insustancial del complejo de culpa y...

—No me expliques más. No quiero

saberlo.

Dom aborta de nuevo mi intento de escape. Estoy cansada, de verdad. Y su presencia incrementa la insoportable sensación.

—Noa, no te me escurras, tienes que ayudarme, me lo debes.

—¿Te lo debo? ¿Por qué te lo debo?

—Por nuestro amor. Tortuoso y difícil, no lo niego. Pero ahí está, luchando por sobrevivir.

—Estaba, Dom, rectifica. Estaba.

—No me negarás que te importo algo.

Un poco.

Agacho la mirada. Madre mía. No puede venir a estas alturas y soltarme como si nada esas cosas, soy humana y sensible, me derrito con facilidad, he

sentido mucho por este cabrón empotrador, egocéntrico e innoble.

—¿Qué tienes pensado para los traidores del sindicato?

—Una sorpresa de cagarse. Me han prestado una furgoneta, la tengo ahí aparcada en la calle vecina, con treinta y seis sandías como treinta y seis soles, que se van a encargar de hacer justicia.

—¿Justicia sandiera? Solo tú puedes inventar algo tan cutre y cochambroso.

—No es cutre. Es ecológico.

—Pues no lo pillo, explícamelo mejor.

—Cuando lleguemos al sitio. Tú ven, que te vas a divertir.

Mira, eso me hace falta. Mucha. Y aunque esparcirme con Dom sea la

opción menos atractiva de todas, si lo que tiene pensado me da vidilla, me arranca una carcajada y aleja el monstruo de la depresión que me acecha, lo doy por bien empleado. Pensando eso, me subo a la furgoneta decrepita y cubierta de abolladuras.

—De acuerdo, te acompaño, pero a las diez como muy tarde tengo que estar en Radio Retiro o Isa Olmo me crucifica.

37. Te uso y te abandono. Como siempre

No doy crédito a lo que veo. Tengo que restregarme los ojos tres o cuatro veces para cerciorarme de que no sufro alucinaciones.

—¿De dónde... diablos... has sacado esta... cosa?

—La he fabricado yo mismo. —El niño malo se frota las manos y deja ir una sonora carcajada. Tras conducir el furgón por las callejuelas de Madrid como un suicida, aparca frente a una especie de palacete de esos antiguos bien restaurados que suelen adjudicarse

por el morro a las entidades públicas y aledaños. Nos protege el espeso follaje de un solar colindante sin edificar y el avanzado crepúsculo. En la parte trasera del vehículo, Dom almacena una montaña de sandías maduras y un... ¿tirachinas gigante?

—Ayúdame a sacarlo. Lo montaremos mirando para la sede. —Apunta con el dedo a la mansión—. Hostia, no pongas esa cara, que las sandías se las he comprado todas a la vieja esa de la que cuidas, se puso más contenta que las maracas de Machín, recogió los bártulos y se fue a dormir la mona a su barraca.

—Oye, Braulia no es ninguna borracha sin techo —me altero—, es injusto y realmente dramático que a su

edad tenga que seguir vendiendo fruta a la intemperie para sobrevivir pero...

—No me ralles. Agarra de ahí.

Agarro. Donde hay patrón no manda marinero y Dom está acostumbrado a mandar.

—Te presento a la catapulta justiciera. Con ayuda de estas sandías fenómenas, vamos a romper todos los cristales que podamos y a estampar la fachada de esos cabronazos con floripondios rojo sangre. Al que se atreva a enseñar las orejas le meto las pepitas por los empastes.

—¿Vamos?

—Has oído bien.

—Vas. No cuentes conmigo para semejante gamberrada infantil, lo mío no

son las tropelías.

—Es una idea de puta madre. Pensé hacerlo con pintura pero he probado y lanzar las sandías con el tirachinas es mucho más efectivo, además de naturista y todas esas polladas que a ti te ponen, gatita. Venga, pilla una mediana para calentar.

—Ni de coña, tío. Ya no tenemos nada tú y yo... —murmuro mientras él escoge la sandía más pequeña del montón. Ha dispuesto su engendro en forma de trípode con goma elástica atravesada, apuntando a la sede sindical, donde los alegres chupópteros se ponen tibios de vinillo tinto y canapés de La Mallorquina.

—Trinca por aquí —me instruye

metiéndome por la fuerza la sandía entre las manos—. Requetebien, fuerte, más fuerte.

—Se me resbalan las manos...

—Yo te sujeto desde atrás. Haz presión, tira de la goma hacia ti, pero con puntería, gata, no me jodas. Bien, bien, así.

—Por lo que más quieras no me dejes sola con la sandía... —aúllo.

—Que noooooo, no seas brasas, mujer...

El primer pildorazo sale embalado y nunca mejor dicho. Como un cañonazo pirata contra los muros. Roza de soslayo un ventanal pero no llega a quebrarlo, se oye una especie de chasquido en forma de eco. Eso sí, la sandía se despedaza

contra la fachada y la deja de pena. Animado por el resultado, apila otras cuatro a nuestros pies y vuelve a cargar la mortífera arma. Brama mi móvil. Dom da un respingo.

—¡Apaga eso ahora mismo!

—Lo pongo en silencio, o mejor contesto, espera.

—Venga. Con esta nos cargamos los cristales.

—¿Diga?

—Noa, soy Bea.

—¡Hombre, chica!... —Tapo el auricular con la mano y cuchicheo—. Esto es un delito, Dom, creo que de daños a la propiedad ajena, nos van a...

—¡Calla, coño! Que me arruinas la diversión. ¡Esto es justicia! Y si algún

jamelgo sale de ahí protestando y colocando los cojones sobre el capó de la furgoneta, sé bien lo que tengo que decirle.

Vuelvo a la conversación con la chica más inoportuna del mundo entero.

—Dime, nena, me pillas un poquito enfollonada. —Carraspeo.

—Pues que a las nueve y media de la noche he quedado con mi novio. Para cortar, ya sabes. Como me prometiste que estarías...

—Corta el rollo, gatita, que estamos enfrascados en algo vital —me ruge Dom seleccionando el proyectil más eficaz.

Sí, la situación es francamente surrealista.

—Vale, guapa, a las nueve y media. Mándame un mensaje con la dirección y procura que no quede muy lejos de Radio Retiro.

—¿Te despides o no? —brama Dom sudoroso y rojo.

—¡Hala, adiós! —Cuelgo y escondo mi móvil en el bolsillo de los vaqueros —. No te alteres y sujeta tú el elástico, que se me va de las manos.

A ver, yo no soy muy robusta que se diga y Dom se empeña en tensar esto hasta tal punto, que cuando lo suelta, si me pilla de por medio, tengo que sincronizarme al microsegundo para no salir volando junto con la munición. La segunda sandía se estrella, con gran jolgorio por parte del sindicalista,

provocando una mancha sangrienta y chorreante que afea el delicado frontispicio. La tercera impacta de lleno en un ventanal y lo reduce a añicos. Dom se pone a dar saltos como un conejo. Yo me quiero ir. A-co-jo-na-da. Empieza a oírse barullo, voces que se convierten en gritos, puertas que se abren al exterior. Creo que nos buscan. Para lincharnos.

—Otra, otra —se impacienta mi ex-dolor de cabeza—. Coge esa de ahí, la que tienes junto al pie.

—Es gordísima, debe pesar... ¡Yo no cojo nada! ¡Vámonos de aquí!

—Es perfecta. —Me rodea y para cuando quiero percatarme, estoy enredada en la estructura del infernal

invento—. Al alimón. Colócala. Tensa, tira, tira, yo te equilibrio...

—¡No quiero que me equilibres! ¡Quiero que me sueltes de una maldita vez!

—A la de tres, liberamos: a la una, a las dos...

Y una mierda a la de tres. Destraba antes de tiempo, la goma sale despedida, la sandía tres cuartos de lo mismo, y yo me veo catapultada en directo a un charco de barro espeso y pestilente que me deja echa un cristo.

—Mira qué bien, tía, de camuflaje... —Dom se carcajea sujetándose la tripa. Lo miro con una mala uva de cuidado. No se puede ser más cretino, infantiloides y capullo, ni queriendo.

—Imbécil. Ya podías haber avisado... A ver cómo me limpio yo ahora...

—¡Llamen a la policía! —oímos vociferar desde abajo. La orden proviene del palacete.

—Tenemos que irnos o te pillarán — advierto con enojo y tres kilos de barro pegados a la piel.

—Las narices. Hasta que no me cargue seis cristales de los más caros no pongo en marcha la furgoneta, ni pensarlo. Menudos hijos de puta, reunirse haciéndome la pirula... Todo para colocar al *cuñao* del Perico... Cabrón donde los haya...

Yo a estas alturas respiro muy, pero que muy nerviosa. Más que nerviosa,

atacada. Y de poco sirven mis manos porque cubiertas de barro como están, en cuanto las poso en cualquier parte, resbalan y se vuelven inútiles. Dom lleva la iniciativa en el lanzamiento de los cuatro siguientes proyectiles que por desgracia hacen diana y descuartizan los miradores que quedaban más cerca.

—¡Déjalo ya, Dom, déjalo! —Me encaramo al techo de la furgoneta y tireo de su manga, muerta de miedo—. Van a llamar a la policía, te pillarán y a mí contigo, salgamos corriendo ahora que todavía hay tiempo...

—Una más, una más... —Lo veo enfebrecido, alocado, con los ojos vidriosos, como solo lo he visto follando. Él, que normalmente pide

permiso a un pie para mover el otro, se sacude furioso de la catapulta a la montaña de munición, para seguir bombardeando el palacete, solo por haber tenido la desgracia de que lo escojan como sede para una asamblea sindical.

—Olvídalo, Dom... ¿Oyes? ¡Las sirenas de la poli!

Embebido en su campaña destructora, no reacciona hasta que las señales acústicas se hacen luminosas y dos coches oficiales hacen su aparición entre los árboles. Entonces jadea, los examina con ira contenida, salta en plan gacela y sale corriendo como alma que lleva el diablo, terraplén abajo.

—¡Espérame! ¡No te vayas sin mí...

cabron! ¿Qué pasa con la furgoneta?

—¡Señorita, no se mueva! —me gritan a la espalda— ¡Arriba las manos! ¡Suelte las armas y gírese despacio hacia nosotros!

—No me lo puedo creer... ¿Qué armas?

Sola ante el peligro y pringada de lodo de pies a cabeza. Dos policías cachas de aspecto fiero apuntándome con sus pistolas y demasiadas emociones en una sola tarde. No soy una vulgar delincuente acostumbrada a estas tensiones.

Me desmayo.

38. Definitivamente roto

Abro los ojos dentro de un calabozo. ¡Santa madre de Dios, más calamidades! Este espantoso dolor de cabeza me taladra los huesos del cráneo. A continuación, me ducha la oleada de malos recuerdos. El bombardeo de sandías contra la reunión sindical, la vergonzosa huida de Dom dejándome con el culo al aire, el que me sorprendiera la policía pringada de barro y con cara de avelada...

Suelto un chillido así como de cabra castrada, que me devuelve a la realidad. Una agente de policía de mediana edad, pelo corto y sonrisa entusiasta llega al

galope y se pega a la reja.

—¿Va todo bien? ¿Necesita algo?

—Salir de aquí —me desgañito.

—No se apure, queda poco, ya van a tomarle declaración. —Me repasa sin disimulos—. ¿Puedo tutearte? He cotilleado tu ficha. ¿Eres Noa Polo?

—Sí. —Y me atraganto.

—¿Noa Polo la de Radio Retiro? ¿La del consultorio nocturno?

—Sí —me vuelvo a atragantar.

—¡Me encanta! No me lo pierdo, me tenéis enganchada tú y tu compañera... ¿Cómo se llama?

—Fany Benítez —berreo con unas ganas terribles de verla aparecer por la puerta, con su pelo negro natural y su seguridad palpitante. Y que me abrace.

Que me abrace fuerte.

—Eso, Fany. Qué graciosa, qué ocurrente, qué desparpajo, qué buen tándem hacéis las dos. —Retuerce el cuello y mira hacia el pasillo—. Me llaman, ahora vendrán a por ti.

Compruebo mi pésimo estado manchada de barro seco de las cejas a los pies, los vaqueros y la camiseta tiesos y resecos, aterida, con una masa gelatinosa dentro de los zapatos, que al moverme hace «chof, chof, chof» y me produce dentera.

El inspector encargado de redactar el informe del ataque frutal se llama Pedro y parece bastante amable, más interesado en que no me escuezan los ojos que en martirizarme. Me siento a

trompicones en la silla y me ofrece un forro polar naranja con el que no tardo en caldearme.

—A ver... ¿Qué hacía usted en el bosque?

—Caerme de boca en un charco. — Tengo que esforzarme para que la voz salga y cuando lo consejo es apenas un hilillo desgastado.

—¿Pertenece al sindicato reunido en la mansión?

—No señor. No estoy afiliada ni lo he estado nunca a ninguna organización sindical. — Dos lagrimones inmensos ruedan por mis mejillas marrones y dibujan dos surcos.

—Maripili, trae unas toallitas húmedas para la joven — pide el agente.

La misma mujer que me visita en la celda se apresta a cumplimentar la orden.

—Tienes que darme un autógrafo antes de irte —murmura al entregarme las toallas—. Mejor una foto de las dos juntas, para vacilar con las amistades.

Eso. Y de paso que todo Madrid se entere del fregado en el que estoy metida.

—Creerán que te la has hecho con Jason Derulo —advierdo mientras embarro un pañito tras otro, marcando estelas en mi cara.

—Entonces, no es sindicalista. Trabaja ¿en...? —reanuda el inspector.

—Soy periodista —balbuceo sin enfrentarlo. Suelta una exclamación.

—¡Caramba! Eso cambia las cosas. ¿Acaso recibió un soplo relativo a la provocación? ¿Pensaba capturar a los boicoteadores de la asamblea con las manos en la masa? ¿Periodismo de investigación?

—Puede... Algo... así.

—¿Le suena de algo el nombre de Domingo Lima?

Trago saliva media docena de veces. Mira tú por dónde, el que esa farsa de relación se amparase en la clandestinidad, va a librarme de un buen marrón.

—De nada. En absoluto.

—Bien, porque ha sido señalado por las víctimas como presunto responsable del ataque. En ningún momento se han

referido a una mujer, comprenderá que esto es solo un trámite, no hay cargos en su contra. Para terminar, ¿podría explicar por qué su bolso se encontraba dentro de la furgoneta de las sandías empleadas como munición?

Me quedo sin mentiras.

—Se encontraría la puerta abierta y tras resbalar dentro del charco y ponerse como una sopa lo dejó en el asiento del copiloto para no arruinarlo, es piel de la buena —sugiere la agente femenina con una amplísima sonrisa—. ¿A que sí?

—¿Fue de ese modo? —la apalanca el inspector con desgana.

—Sí... puede... no recuerdo muy bien...

—Se entiende. El desmayo, los

golpes... Un *shock*.

—¿Ha hecho la llamada preceptiva? ¿Vendrán a recogerla? ¿Quiere que le pida un taxi? Mire que yo en dos minutos acabo con esto.

—Me gustaría avisar a una amiga — solicito a punto de desvanecerme.

Me facilitan un teléfono y contacto con Olimpia. En pocas palabras le explico dónde estoy aunque no los motivos, y le ruego que pase a recogerme. Firmo todo lo que me ponen por delante, me saco tres fotos con Maripili sonriendo como una mema, les dejo creer una falsedad acerca de los motivos que me llevaron al bosque y con unos kilos más de culpabilidad sobre la chepa, me siento a esperar. Me extraña

ver aparecer a Fany en lugar de a Olimpia pero tampoco me quedan arreos para interpelar a nadie.

La poli arma una algarabía y vuelve a sacar la libreta de autógrafos y nos hace fotos con los móviles. Fany lo soporta posando como una profesional y sin quejarse. Como siempre, vaya.

—Olimpia nos espera en su casa nueva, dice que preparando una cenita. Me mandó venir a mí. No es nadie dictando órdenes, lo que se perdió el ejército, oye.

—¿Has dicho casa nueva?

—Parece que tu amiga del alma se ha mudado en estos días, aunque deduzco que no te ha informado. Da igual —dibuja un floreo con la mano—, no

pienso meterme con ella. Es una hija puta tremenda pero no va conmigo la historia...

Ni quiero entrar al trapo. Bastante que agradecer tengo con que a aquellas horas intempestivas, Fany se haya tirado a la calle por mí y que ahora esté colaboradora y dispuesta a picar algo en casa de Olimpia con lo atravesada que la tiene. Ya montadas en el coche, con una montaña de papel de periódico bajo mi culo para no ensuciar, hurgo dentro del bolso y saco el móvil solo por tener las manos ocupadas.

Pero al chequearlo, me palmeo la frente. Por poco me cavo un hoyo.

—¡Joder! ¡Diecisiete llamadas!

—¿Del impresentable que te ha

dejado varada con las sandías frente al acoso policial?

—No, de Bea.

—Otra. Menuda plasta...

—Le prometí que iría con ella hoy, pensaba cortar con el novio.

—Pero ¿cómo vas a estar tú presente en un momento así? A esa niña se le ha ido la pinza, pero mucho, mucho.

—Necesitaba apoyo moral...

—Lo que necesita es un psiquiatra... Igualito que la Olimpia esta. Mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

—Una urbanización de las nuevas.

—De adosados, ¿no? —Arquea las cejas en un significativo gesto—. ¿Te suena? Tú te mudas a un adosado, a ella le falta tiempo...

—Baaahhh, a todo el mundo le gustan los adosados.

—A mí no. Yo sigo en mi apartamento, feliz y contentueta.

—Puede que se llame casualidad...

—Pero no me lo creo ni yo. Me muerdo las mejillas por dentro. ¿Me importa? Nee. Lo único que quiero es darme una ducha, despegarme el barro de la piel y volver a sentirme persona. Me pica todo.

Fany emite un corto suspiro y no le da cuerda al asunto. Olimpia nos recibe en la puerta sonriente, en pijama y con una bata de raso de lo más cantosa.

—¡Bienvenidas a mi humilde hogar!
¡Noa, qué pintas! ¿Te han apaleado?

—Simplemente resbaló en un charco.

¿Podrá ducharse? —Fany toma la batuta y como toda yo soy el abatimiento personificado, se lo agradezco en el alma. Olimpia me pasa un par de toallas y me indica dónde se encuentra el baño. Atravieso el salón como una zombi cegata sin reparar en nada pero compruebo que Fany le hace una radiografía completa a la decoración y suelta un silbido algo grosero.

—He preparado unas tapitas — anuncia cantarina Olimpia—. Queso, patatas fritas, salchichón, guacamole y salmorejo del supermercado...

—Dale unas bragas limpias y algo que ponerse a esta chiquilla —la interrumpe Fany áspera—. Un chándal estaría bien.

Esta vez es Olimpia quien se apresura a cumplir la orden. Me encierro en el baño deseando que el agua de la alcachofa, tras arrastrar el barro y la mugre, me remolque a mí por el desagüe directa a las cloacas. Al salir, todavía un poco grogui, mis dos amigas, la del alma y la más reciente, sostienen una tensa y estúpida conversación acerca de nada.

—Lo que me falta, cuadros y otros detallitos, lo compraré cuando me ingresen la subvención que acaban de concederme —chilla Olimpia, frota que te frota una mano contra otra—. Y pienso cambiar el timbre, que es feísimo.

—¿De qué manejas tú subvenciones?

—pregunto con voz pesada.

—Iniciativa empresarial femenina.

—Pero si trabajas por cuenta ajena.

—Todo depende del modo en que rellenes los formularios de solicitud, hay miles de trucos y Aníbal me los ha enseñado todos.

—¿No te entra nada por el cuerpo al gastarte impunemente el dinero de los contribuyentes con engaños truculentos?

—espeta Fany apuñalándola con un ojo.

—Estaría chalada. Pues no.

Bueno, Fany la mira como si realmente lo estuviera.

—Al menos podrías tener la decencia de pensar que uno de esos contribuyentes, soy yo misma —me quejo arrastrando las letras.

Olimpia hace una mueca de aburrimiento, algo que últimamente lleva pegado en la cara igual que un sello, y cambia de tercio.

—De modo que te han detenido. Qué aventura, ¿no?

—Sí, un orgasmo en toda regla —farfallo.

—¿Estaban buenos los polis? ¿Algún Hugo Silva en plantilla?

—Pues no, Olimpia. —Las palabras se me enganchan en la lengua—. Solo frío y soledad en una celda espantosa, mucha vergüenza y la incomprensión de cómo Dom pudo salir corriendo y dejarme allí tirada.

—Bueno, los hombres, ya se sabe, el mejor colgado por los pies. Oye, ¿ahora

estás fichada? ¿Tienes antecedentes? ¿Si te saltas un semáforo te enchironan? Cómete un trozo de queso, está buenísimo.

—Por favor, dejemos el asunto de mi detención, hablemos de otra cosa.

—Tú dirás de qué, estás muy quisquillosa esta noche.

—¿Esto tuyo de mudarse... de cuándo?

Olimpia pasea una mirada satisfecha alrededor.

—¿A que es divina, la casa? Estaba hasta el moño del piso. La basura en la escalera, el ascensor que no funciona y el presidente de la comunidad, que como en su casa no manda un pijo, se creía Napoleón en las reuniones, haciendo y

deshaciendo a su antojo. He alquilado este con opción a compra. Estoy tan, tan satisfecha de haberme atrevido...

—¿Opción a compra? Ándate con ojo que igual Noa nos da una sorpresa un día de estos y se compra una villa independiente con piscina. Sería una verdadera lástima que tú te quedases anclada en el adosado sin poder prosperar... —deja caer Fany con sarcasmo mordisqueando una patata. Olimpia pestañea un par de veces al mirarla—. Compruebo que te inspiras bastante en los gustos de tu amiga a la hora de amueblar.

Carraspeo con la boca llena de migas. A ratos floto, a ratos tengo la absurda sensación de estar sentada en mi propio

salón, entre mis muebles recién comprados. Huelo el queso y se me ensortijan las tripas, pero mi amiga de la niñez no parece demasiado afectada con mi infortunio.

—Muy bonito todo, Olimpia — resuelvo—. Me vas a perdonar, pero no veo el momento de meterme en la cama. Ha sido un día horripilante, para no recordar. Me caigo de sueño y de cansancio. Gracias por el picoteo...

Me pongo en pie tambaleante. Fany me persigue.

—De nada, mujer... ¿No quieres que te enseñe la segunda planta?

—Podemos pasar sin las escaleras — asegura mi compañera de radio, apoyando una mano protectora en mi

espalda. Nos dirigimos a la puerta haciendo eses. Yo las dibujo de maravilla. No recuerdo siquiera si me despido como Dios manda.

Una vez a salvo dentro del coche, Fany estalla como un petardo en plena verbena.

—¿Te has dado cuenta?

—No. ¿De qué?

—Esa tipa tiene una fijación insana contigo. Te alquilas un adosado y se las compone para pillarse otro igualito. Te compras un todo terreno blanco y tarda un suspiro en aparecer con otro gemelo. Cuando he entrado en su salón por poco me da un soponcio, no sabía si estaba en tu casa o en la suya, el mismo sofá, las mismas alfombras, la misma mesita de

centro y mira que la fuiste a elegir rara e incómoda...

Me giro hacia la ventanilla con la esperanza de que calle.

—Tú te emperras en no darle importancia a esos detalles pero son señales, Noa, síntomas de una patología gorda. Algo no le circula bien en la azotea a la tal Olimpia de los cojones.

Ahora sí que le lanzo una mirada de fría advertencia.

—Ya está bien. Ata corto esa imaginación tuya.

—¿Imaginación? Vi una peli parecida y el novio de la víctima, o sea tú, amaneció muerto con un tacón de aguja incrustado entre las cejas.

—Afortunadamente no tengo novio —

digo ahogada—. Olimpia no está loca, ni obsesionada, simplemente me quiere. Nos queremos. Y se inspira.

—Se inspira. ¿Eso es lo único que se te ocurre? No irás a contarme que una fulana con veintimuchos años no tiene el menor criterio a la hora de vestirse ni de escoger coche, ni casa, ni muebles.

De repente me abrasa la piel. Le planto las palmas por delante de la cara.

—Ya. Para. Por favor. Me consta que no la tragas pero hoy no tengo fuerzas para pelear por nadie. Ni siquiera por Olimpia.

—Dicho de otro modo, si no estuvieras exhausta y muriéndote a chorros, la defenderías con cuchillo jamonero. ¡Por favor! No puedes ir

convirtiéndolo a cada cascajo con el que te topas, en tu hermana. Esa Olimpia no es buena.

—Deja a mi hermana tranquila, hagamos un trato. Tú no vuelves a nombrarla, yo te perdono que la hayas ofendido.

—Debería besar el suelo que pisas, menuda defensa haces a quien no la tiene. ¡Ay, Noa! Te echas un novio que es un cruce entre troglodita y San Bernardo...

—Ya no hay más novio —la corto.

—Tienes por amiga íntima a una desquiciada...

Saco fuerzas de flaqueza.

—Vale, hasta siendo así, no es la tuya sino la mía —recalco—, no tienes

derecho.

Fany cierra el pico en el acto y se concentra en conducir. No imagina lo que se lo agradezco.

—Y tú lo que no tienes es ojos —rebate pasado un rato—, pero da igual, estoy contigo, no es mi guerra. Punto en boca.

39. Tuvo tiempo de todo

Tras el esperpéntico episodio de la sede sindical, Dom tarda más de una semana en llamar y, cuando lo hace, emplea el tono de quien me vio ayer y me llevó de escaparates: cero remordimientos, cero preocupación y lo que es peor, cero disculpas. Todo esto junto y empanado me concede la energía indispensable para rechazarlo una y otra vez. Se acabó. Ni como amigo. Diga lo que diga, yo lo corto y le quito las ganas. Creo que por primera vez en mi vida, me explico claro y sin tapujos. Abro la boca y suelto el vapor acumulado de tanta frustración.

—Imagino que siendo delegado tienes suficiente cerebro como para entenderme...

—Ya no, gatita, me han hecho la cama. Lo del Perico...

Suelto un chillido de rata en una trampa.

—¡Me importa un cuerno Perico y toda su ralea! ¿Quieres escucharme de una jodida vez?

—¡Coño, qué genio le echas, si casi no te conozco!

—No, no me conoces, ni ahora ni nunca has invertido un gramo de interés en averiguar cómo me sentía, ni qué clase de mujer soy. Ya está bien, Dom, he alcanzado el límite de mi paciencia.

—Todo esto es porque no he pedido

el divorcio —deduce con la boca torcida.

—Tu divorcio me ha quitado el sueño muchas noches, pero no ahora.

—Nunca te engañé, desde el principio sabías que lo teníamos jodido.

—Sí, lo sabía, por eso estoy tan rabiosa conmigo misma. Porque no me quise lo suficiente como para apartarme a tiempo, debí cuidarme y largarme, Dom, tú no merecías la pena.

—Oye, sin insultar, ¿eh?

—Eres un fraude y mientras no escape de esta trampa seguiré siendo una desgraciada.

—Y dale con ofenderme —parece que se está riendo, el tío—. Bien que te lo pasas cada vez que te levanto la

falda.

—A partir de ahora, levántasela a otra. Hazme un favor y vete a la mierda, liante.

—Si necesitas terapia, mi psicóloga...

—¡Adiós, Dom! ¡Hasta nunca!

—Oye...

Cuelgo con una rabia capaz de traspasar muros de hormigón. No voy a engañarme, mi cuerpo pide guerra abierta después de tantos días sin sexo, pero no voy a venderme ni a regalarme por otro polvo. No volveré a repetirme bajito que no pasa nada, que es solo físico, que por una vez... Una vez y otra han marcado el desastre. Me mantendré firme. Ahora sí. Jurado por mis

ancestros.

Y tengo que concentrarme en otra cosa porque al vibrador le he agotado las pilas y el pluriempleo no me basta.

¡Mi novela!

Marco el punto de partida y desde ahí pasan varias semanas en que le dedico todas las horas del mundo, en mi magnífica nueva casa que poco a poco y gracias a las visitas con Fany a Ikea, se va llenando de velas, cojines coloridos y cortinas preciosas. Me chifla una columna antigua pintada de blanco marcando un extremo del salón, junto a ella he creado mi rincón especial, allí escribo. En un par de meses, con solo alguna que otra interrupción, cuando me quedo embobada mirando al viento con

el recuerdo de los besos de Gael, tengo listo lo que puedo considerar un primer borrador. Alguien de confianza tiene que leerlo y sacarme los fallos para poder pulirlo en las siguientes reescrituras.

Él. Alias señor Plomo. El lector cero idóneo.

Lo malo es que Gael ya no viene demasiado por el Love Locke y si lo hace se limita a sonreírme de soslayo y aglutina en Paqui toda su atención de cliente hambriento. Que me está evitando, vaya, con todas las de la ley. Y no se lo critico, porque cuando intentó besarme solo se me ocurrió la payasada de meter un antiguo amor de por medio, humillarlo y cortarle el rollo. Como si a mí me interesaran otros hombres desde

el punto de vista romántico. Menudo follón tétrico sería mi vida sentimental en estos momentos, si la tuviera. Así y todo, como la moral me sobra y la esperanza es lo último que pienso perder, meto el manuscrito en una bolsa de plástico bien abrigadita y me dedico a llevarlo a la cafetería cada mañana. Por si acaso.

Sin embargo, hoy la única cara conocida que se deja caer por mi reluciente mostrador es Bea y me invita a comer. En cuanto la veo llegar me salen los colores.

—Nena, no sabes qué apuro el otro día, por no poder acompañarte. Te lo había prometido y la palabra que se da... —Mejor no me enrolló más. Bea

me mira con sus ojitos desorbitados tras las gafas graduadas, aguardando con paciencia a que yo me quite el uniforme e inicie mi hora libre del almuerzo—. Me surgió un tema personal gravísimo que acabó como el rosario de la aurora y...

—Estuviste —responde escueta y críptica.

—¿Estuve?

—De algún modo, sí, aquí —se señala la sien.

No entiendo nada de nada. De acuerdo, está un poco loca.

—En fin, ¿lo hiciste?

—Lo hice. —Me sorprende, lo juro. La observo con admiración—. Pensé que sola no sería capaz pero he

aprendido mucho en estos meses, tú me has dado mucha fuerza.

—Habrás sido sin querer porque a ratos no me la encuentro ni yo...

—No digas eso, Noa, tu espíritu es poderoso como el de una hechicera Hopi.

—Te agradezco el detalle de la comparación —sonríó conteniendo una carcajada.

—¿También estás zambullida en una relación de mierda?

—Estaba. Si te cuento... —Echamos a andar calle arriba cogidas del brazo, hasta detenernos a las puertas de un bar muy acogedor al que ya he ido otras veces— Mira, aquí ponen un pescadito en adobo que roba el «sentío», me

recuerda a mi Málaga. Nos quedamos, el menú vale ocho euros.

Bea me sigue como un corderillo, ella jamás discute nada. Casi como yo cuando estoy con otra persona con más brío. Elegimos una mesita preciosa, con un mantel blanco bordado y un jarrón con gerveras frescas color naranja. Nos acomodamos y pedimos bebidas y una fritura para dos.

—Venga, cuenta, que me devora el ansia viva.

—Te advierto que la historia es más bien para llorar.

—¿Entonces no era yo la única con una relación penosa?

—No, hija, no. La mía era de cuadro de honor —la tranquilizo.

—Curioso... Desde la radio se os ve tan seguras, tan de pisar y no dejar crecer la hierba...

—Será que se nos oye. Eso Fany, que además de guapa es inteligente y nadie se atrevería a tomarle el pelo como me lo han tomado a mí. Me he dedicado a enamorarme de un tipejo indeseable...

—¡Hombre, Noa! ¿Tú también al olor del pescadito?

¡Coño, Aníbal! Vestido como un pincel, oliendo a gloria. Sonrío de oreja a oreja y permito que me dé dos sonoros besos.

—Sí, se echa de menos de cuando en cuando el sabor a mar. Te presento a mi amiga Bea.

—Encantada.

—Aquí está todo riquísimo, me llevo unos calamares a la romana y algo de adobo.

—¿Para tu chica? —indago sin contenerme. Aníbal entorna los párpados.

—¿Mi chica?

—Sí, me han comentado que no se encuentra bien, no sabes cómo lo siento —suelto a toda velocidad. Casi no pienso antes de hablar, lo único que busco es normalidad, que Aníbal sepa que su rechazo no me ofendió, que comprendo su difícil situación, que podemos ser amigos—. Ya verás como mejora, los adelantos médicos son...

—La verdad —carraspea—, no sé de qué hablas, ¿no te estarás confundiendo?

—¿De qué? ¿De novia?

—No, de hombre.

—Hablo de... —dudo— Begoña.

—Ya no salgo con Begoña.

—¿Y está bien? De salud, me refiero.

—Que yo sepa, como una rosa.

La respuesta de Aníbal se me clava en el corazón. Acabo de quedar por segunda vez en evidencia gracias a Olimpia, que me ha colado una trola del tamaño de un autobús. ¿Por qué, coño? ¿Por qué? Un subidón de calor me transforma en un bogavante.

—Pues tienes razón, igual hablo de otra pareja. Dios, oigo campanas y no sé dónde —hago como que me río y me revuelvo la melena—, estoy fatal de lo mío, perdona.

Aníbal sonríe desconcertado, sacude la cabeza a modo de afirmación, nos despide con su habitual galantería y desaparece entre la marabunta que puebla la barra. Me muerdo los labios con la agobiante sensación de que está más lejos que nunca de mi planeta y de que pude dejarle mejor recuerdo, seguro.

—Qué chico tan guapo y qué educado. Al final, ¿está o no soltero? No me ha quedado claro —pregunta Bea sin apartar la vista de la puerta por la que acaba de salir Aníbal.

—No tengo la menor idea.

—¿Por qué no encuentro yo algo así? —gime—. O como ese de los ojazos azules que he visto algunas veces

desayunando en tu cafetería. ¡Menudo ejemplar!

—No te los aconsejo tan guapos — digo en tono confidencial—, dan muchos problemas.

—Da igual bonitos que feos, al final todos te hacen papilla el corazón. Y si tienes mala suerte, como yo, bregarás con lo peorcito del mercado.

Veo que se le salta una lagrimilla, tengo que animarla.

—Te engañas, mujer, que lo peorcito del mercado me lo quedé yo. —Entro en materia—. Hasta estaba casado.

—¿Casado? —se alborota. Ya no me afecta la desmedida reacción de algunos. Todo ha quedado atrás, muy atrás. Casi ni me pertenece.

—Me ponía los cuernos a mí y a su mujer. Tres hijos ni más ni menos... Un disparate que ha durado muchos meses.

—Qué barbaridad, si tú...

—¿Podría conseguir al que se me antoje? —me adelanto con guasa— Lo sé, me lo dice Fany continuamente, pero debe ser que no es así, que me miráis con muy buenos ojos; para empezar tendría que creerlo.

—¿Y...?

—He cortado, toda esa pesadilla se terminó. Ese hombre llegó a ser un laberinto de ratones donde entrada y salida se confundían para destruirme. Y eso que se pagaba unas sesiones de psicóloga y todo para arreglar...

—El mío también se empeñó en ir a

la psicóloga para que lo orientara y poder cerrar capítulo con la novia esa del pueblo... En lugar de aplicarse y aprender, se dedicó a tirársela.

—¿A la novia?

—No, a la psicóloga.

—¡Leches! ¿En serio?

—Y tan en serio. Los pillé con las manos en la masa.

—¿Cómo? —me asombro. Hubiese estado genial que Fany nos acompañara, su pobre opinión acerca de Bea habría cambiado a marchas forzadas.

—Me obsesioné tanto con seguirlo y espiarlo que perfeccioné los métodos. En la tienda del espía compré una minicámara con micrófono. Luego cogí cita con la guarra esa alegando bulimia

crónica, y cuando fue al baño, ¡zas! le coloqué la camarita en lo alto de la estantería. En una segunda cita solo tuve que recuperarla y tirarme de los pelos viendo lo que hacían aquellos dos... ¿Querías verlo? Está todo grabado.

—No, gracias, antes muerta —me horrorizo atando cabos. La observo. Me lo ha contado todo con una franqueza que da miedo. Mira por donde, la pazguata Bea no resultó tan pava—. ¡Vaya, qué astuta! Dom también... Pero bueno, es que nuestra psicóloga tenía pinta de furcia. ¿Y la tuya?

—Ídem de lo mismo.

—¿Pelirroja? —preguntamos a dúo. Nos quedamos mudas, mirándonos con espanto.

—Oye... Txomin es diminutivo, ¿verdad? —Bea asiente muy lento—. ¿De qué nombre?

—De Domingo.

Se me seca la garganta.

—De Domingo, como Dom. No tendrás por ahí una foto de tu ex por casualidad...

La saca. Vaya si la saca. Y yo saco la mía y las comparamos. Y las fajas que no llevamos, se nos caen al suelo de la impresión.

—Domingo Lima, para servir a Dios y a usted —maúllo desesperada por morirme allí mismo. Desde la instantánea, el tupé rubio y chuleta de mi exnovio saluda mientras su brazo tatuado rodea los delgados hombros de

Bea—. Y a toda hembra que se tercié y se le ponga por delante. Con o sin honra. Si le queda, ya se encarga él de arrebatársela.

La cara de Bea se pone más roja que las gambas cocidas de la mesa vecina. Por un momento hasta me asusto, hiperventila, temo que le dé un síncope.

—No puedo creerlo... ¡Es el mismo tío!

—El mismo engañándonos a las dos.

—¡Como mínimo!

—¿Dónde lo conociste?

—Yo repartía el material de papelería que me pedía el sindicato; él solía salir a mi encuentro a la puerta de la sede, para ayudarme con las cajas.

—Supongo que lo de que está casado

es una trola del tamaño de Tokio.

—Que yo sepa, es soltero. Y la novia de Bollullos, otro embuste. ¡Me cago en su nación! ¡Lo llamo ahora mismo!

—Yo también. Después de las sandías, tuvo el cuajo de acudir a su cita contigo. Este me va a oír, me va a oír...

Furibundas, las dos marcamos su teléfono, alternativamente, más de treinta veces. Si Dom no es imbécil del todo, aunque tiene más polla que cerebro, al ver los números de Bea y míos seguiditos tanto rato, ya puede sospechar que su pastel ha sido descubierto. Pero no descuelga. Ni a ella ni a mí y, al final, nos tomamos un café y dos y tres, y nos damos por vencidas. En parte. Mi mente planea

algo siniestro.

—Prepararemos una venganza de las de película. Deja pasar dos o tres días, que olvide la precaución.

Bea se pone a aplaudir y a dar saltos sobre su trasero. Vivir esto a dúo, va a ser pero que muy divertido.

—Total, ya sabíamos que era un infiel, de un modo u otro. Ya sabíamos que éramos unas cornudas. Con esposa o sin ella, con novia del pueblo, con psicóloga... ¿Qué más da? —concluyo abrumada—. Es un malnacido, mezquino, miserable, al que alguien algún día dará su merecido.

—Sí, porque yo en lo del karma creo mucho —me secunda Bea.

—Yo cada vez menos. Necesito ver

unos cuantos castigos justos para recuperar la fe.

—¿Nos tomamos unos copazos?

Abro los ojos con desmesura. ¡Coño con la pánfila!

—¿Tú bebes?

—Por amor. Como una cosaca.

—Venga.

—Y respecto de la venganza...

Estooo, Noa, ¿qué tienes pensado?

—Que se sirve fría —resumo con un brillo maquiavélico en las pupilas—. Y bien eléctrica.

40. La vida se da la vuelta

La melopea que llevo cuando traspaso los muros de Radio Retiro, no tiene ni nombre ni apellidos. Olvidado el número de copas que apuré con Bea mitigando nuestras penas, las puntas de los zapatos me parecen zepelines a punto de despegar. Todo el mundo en la emisora me sigue con la mirada al pasar, algunos me sonríen de modo extraño y luego se apresuran a cuchichear entre ellos.

—Enhorabuena —percibo que alguien pronuncia en un ronquido.

Estos en la vida me han visto bolinga. Tampoco imaginaba que el pedo se me

notase tanto, por qué poquito se escandalizan. Estrechos. Solo me siento realmente a salvo cuando cierro la puerta tras de mí, en la pecera junto a Fany.

—Tengo ciertas novedades respecto a Dom que te van a dejar sin habla. También está implicada Bea.

—Entonces, si no te importa, lo dejamos para después.

—Conste que no te lo esperas ni loca.

—Hay muchas cosas que no me espero y sin embargo, la gente se atreve a hacer —comenta con un rugido. Está enfadada, mucho. No creo que sea conmigo.

—Oño, sé que me tenéis por formalita, pero después de un testarazo

amoroso creo que una tiene derecho a relajarse y bañarse en alcohol si le da la gana —protesto dolida, señalando al exterior del estudio con un dedo.

—¿Por qué lo dices? —Fany manosea nerviosa un folio.

—Por la forma en que todos me miran. Juzgándome. ¿A que Isa Olmo les ha comido el coco? Está celosa del éxito de nuestro programa, loca por ser ella la que locutase...

—Creo que Isa Olmo ha hecho algo más que eso. —Me tiende la hoja de papel—. Lee.

Es un *e-mail*. Remitido por vía interna a todos los empleados de Radio Retiro. Hasta al técnico que jamás aparece cuando hace falta.

«Pongo en vuestro conocimiento, ya que la interesada no se ha dignado a hacerlo, que nuestra compañera Noa Polo se casa. Ni lo ha compartido, ni ha invitado a nadie, lo que me parece una actitud inadmisible, aquí donde siempre se la ha tratado con cariño. Es el pago que solemos recibir de las personas como ella, egoístas y desconsideradas. Larga vida a la novia».

Me cuesta tragar. No sé qué calificativo dar a semejante despropósito.

—¿Qué clase de broma idiota es esta?

—Las monadas de Isa, una bruja todavía capaz de sorprenderme.

—Pero no me lo puedo creer... — balbuceo a punto de caerme redonda al

suelo—. ¿De dónde ha sacado esta historia para no dormir? ¿Y quién se casa? ¡Es mentira, Fany, te juro que es mentira!

—Ya lo sé, cielo, a mí no tienes que convencerme. La arpía esta ha sacado sus conclusiones solita y le ha faltado tiempo para airearlo. Lo sabe hasta la portera. Y con qué mala leche.

—Pero... ¿por qué?

—Cualquiera sabe, no le caes bien y punto. Me soltó un *speech* de la hostia sobre tu carita de «yo no he sido», tu ñoñez y que sabe Dios lo que tendrías que ocultar. La puse de vuelta y media, ya no me dirige la palabra.

—Tranqui, es la jefa, no te enfrentes a ella por mí.

—Me pertrecho para la guerra que ella misma ha declarado. Lo estaba viendo venir, el éxito del *Noa-manece* le escocía demasiado.

—Voy a verla —decido en un arranque de coraje—, tengo que explicarle que es un error, aquí nadie va a celebrar ninguna boda.

—Déjalo correr —me aconseja Fany desliando cables—. Comparado con su odio cerval, lo del *e-mail* es una travesura infantil que nadie se ha tomado en serio.

—¿Cómo lo sabes? Igual ahora todo el mundo tiene un concepto horrible de mí, piensan que soy prepotente y mala persona...

—¿Y qué? ¿Acaso alguno de ellos te

da de comer? —Gira en su silla de oficinista y me repasa con gravedad. Sé que está a punto de soltar una de las suyas, algo sabio que me cambiará el concepto mismo de las cosas—. Noa, no se puede complacer a todo el mundo, recuérdalo. Hagas lo que hagas el cincuenta por ciento del planeta te aplaudirá y, por lo mismo, la mitad restante te abucheará. Pasa de todo y haz tu vida, que has nacido para algo mucho más importante que darles gusto.

Coño, qué razón tiene. Pero...

—Tengo que intentarlo. Isa va a retractarse y me pedirá disculpas públicamente.

No sé de donde saco tanto ímpetu. Fany mueve las manos, que dicen algo

así como «adelante si es lo que quieres», pero su expresión contraída refleja pesimismo.

Galopo por el pasillo y golpeo la puerta del despacho de Isa con los nudillos.

—¿Se puede?

Me da la espalda una mujer rubia que impulsa su silla giratoria. Las ruedas describen un ensayado círculo y me enfrenta con un golpe de efecto que ni James Cameron. No niego lo atractiva que es, maquillada con mimo y muchas capas.

—¡Qué sorpresa! La locutora comprometida nos honra con su presencia —se burla. Aprieto las mandíbulas antes de avanzar unos pasos

y entornar la puerta.

—¿Cuál es la razón de ese *e-mail*? No tienes ningún derecho a divulgar mi vida privada.

—Bueno, has traicionado nuestra confianza. Nos ofendes.

—Es imposible que hables en serio...

—Te comprometes y lo escondes —me acusa con una sonrisa perversa que no le llega a los ojos.

—No existe ningún compromiso —me desespero—, es todo una equivocación, ni siquiera tengo novio.

—Pero lo tenías. Os pillé hablando de intimidades aquí mismo, en el estudio, por cierto, mal lugar, y a punto de besuquearos. No irás a negarlo.

—No, desde luego, pero...

—Te has portado fatal con tus compañeros, Noa. Aquí las cosas se comparten, somos, o tratamos de ser, una pequeña gran familia, nada de secretos, no sé si me entiendes, seguro que no —suelta como un latigazo verbal—. Tú has sido muy turbia y poco transparente en todo lo relacionado con tus amoríos. —Me clava dos ojos negros como dos saetas—. Qué feo.

—Eso, en todo caso es cosa mía.

—Y nuestra, sancionarlo si nos parece. No hay boda, ¿no? —me atropella.

—¡Claro que no, joder!

Alza los ojos al techo de escayola.

—Te han plantado, vaya por Dios.

Entorno los párpados controlando mis

peores instintos asesinos. La mato, la mato, la mato seis veces. Esta tipa inmunda está disfrutando mientras a mí la vida me golpea. Y no puedo dejar de plantearme que de estar menos alcoholizada, me defendería con más inteligencia.

—Casi debo alegrarme, después de no habernos invitado a nadie...

—¡Isa! ¡Estás sacando las cosas de quicio! Es cierto que tuve una relación con ese chico que viste... pero jamás se planteó casarse conmigo...

—Lo mantuviste en la oscuridad, simulabas no tener relación alguna, ¡ibas de virgen por la vida! Eso en mi pueblo se llama mentir.

—No podía contarlo, Isa. Me daba

tanta vergüenza...

—No veo el motivo, el chico era mono. Demasiado rubio para mi gusto, pero tenía un buen revolcón. Además, tú tampoco eres gran cosa —agrega sin que sea necesario.

—Lo oculté porque... porque contravenía mis principios, porque... para empezar, no iba a llegar demasiado lejos con esa relación —tomo aire, qué más da—. Él ya estaba casado. Con otra.

—¡Nooo!

—Sííí. ¿Ves como no he mentido? —puntualizo con la esperanza de que por fin agote las balas y se integre en mi equipo.

—¿Tú liada con un casado? Pero

¿cómo se puede ser tan... tan... tan...?

—¿Descerebrada? —ayudo.

—¡Descarada! ¡Eres una farsante, Noa Polo! ¡El mayor fraude que ha conocido Radio Retiro!

Agito las manos delante de su cara.

—Te lo he contado para congraciarnos, leches, no grites, va a oírnos todo el mundo.

—¡Que me oigan! —Abre de par en par la puerta. Van apareciendo ojos curiosos en cabezas que se asoman. La cosa se ha ido de madre por completo, Isa Olmo parece una loca en pleno brote psicótico—. Que sepan lo que tenemos, corrijo, teníamos, en plantilla: el mayor engaño jamás visto, la mosquita muerta, una película de Amenábar...

—¿Qué se está rompiendo aquí? —Es Fany, menos mal. Le dirijo una mirada que es un S.O.S. en morse.

—Esta niña, que va de monjita y es más puta que las gallinas. Bien que lo has disimulado, guapa, que aquí todos nos habíamos tragado el cuento de Caperucita.

—¡Has perdido la cabeza! —farfullo.

—Isa, te estás pasando —advierde Fany ceñuda.

—Todavía me puedo pasar más. — Me encara con los brazos en jarras y los ojos en plan erupción vesúbrica—. Noa Polo, ¡estás despedida!

41. Inesperada solidaridad

¡Despedida! La hostia en verso.

—¿Y yo? —inquire mi amiga— ¿Me incluyo en el lote?

—No, ella, desde ya. —Isa me señala con una uña puntiaguda pintada de marrón.

—No sabías cómo quitártela de encima, ¿verdad? —la acusa Fany con las muelas prietas.

A mí se me ha pasado la furia, estoy mareada y a punto de vomitar.

—¿Tanto me odias?

Isa no se molesta en contestarnos a ninguna. Anda girando el cuello buscando nuevas víctimas.

—¡Boni! Esta noche haces tú el programa con Fany.

Manu, alias Bonifacio Cascabeles, mete la nariz por el marco de la puerta, congestionado y sorprendido.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque Noa nos deja, ¿verdad, bonita?

—¿Que nos deja? Hay que tener valor... —se revuelve Fany a grandes voces.

—Pero si ya he cortado... quiero decir, el chico con el que salía... No estamos juntos... —trato en vano de justificarme, no sé ni con qué objeto, lo que debería es quemarla viva en mitad de Chamartín.

—No me creo una palabra. ¡So falsa!

—Lo siento pero si Noa se marcha, yo me voy con ella. —El tono de Fany parece un hacha de leñador. Nos deja fríos a todos.

—No hablas en serio —ríe Isa—, pero mientras se te pasa el cabreo, que lo entiendo, no creas, esta noche el *Noa-manece* lo sacamos adelante Boni y una servidora.

—No cuentes conmigo tampoco — replica Boni—. No es justo el modo en que has tratado a las chicas, la vida privada de cada uno no es incumbencia de la emisora.

—¡Ole, mi Boni! —Fany salta de júbilo.

—No tengo que recordarte que te estás jugando el puesto, Cascabeles —

avisa la jefa.

—Me importa un pito. Aquí, si hemos sido algo, es respetuosos unos con otros y para empezar, ese *e-mail* que has enviado relativo a la boda de Noa...

—¡Que no me caso! —chillo ya medio histérica.

—Lo que sea. No es de recibo, estamos todos de acuerdo. Pura mierda.

—¿Te piensas mejor lo de los despidos cuando se te afloje el mosqueo, Isabelita? —se cachondea Fany. Isa se convulsiona presa de un ataque repentino.

—¡Fuera de mi vista, las dos! ¡Los tres! Esta noche se cancela el programa.

—¿Y qué va a pensar tu amada audiencia?

—¡A tomar por saco! La audiencia, la radio y el Sursum Corda.

Si cuando digo que está desquiciada, no me equivoco ni una micra.

Terminamos los tres en un 24 horas moqueando y sorbiendo chocolate caliente. En mi vida habría apostado un céntimo por Boni pero aquí está, tomándole amorosamente la mano a Fany y prestándome a mí un consuelo de lo más valioso. Sorpresas te da la vida y los prejuicios no son más que un asqueroso freno hidráulico.

—Esa Isabel es una bruja —entona, seguramente con la intención de animarme.

—Hombre, no todo el tiempo. Para mandar y sacar una emisora adelante a

veces hay que ser un poco hija de perra, pero la manía y fijación que tiene con Noa... no la entiendo.

—Será que canto cuando creo que nadie me ve y le da coraje. —Me vengo abajo—. Y por mi culpa, mira dónde estáis vosotros dos.

—Boni está tan dentro de Radio Retiro como esta mañana —afirma Fany—. Con su versatilidad es imprescindible. En cuanto se calme, Isa cogerá el móvil y le prometerá la luna con tal de que vuelva.

—Y a ti. —Boni apunta a Fany.

—De mí puede irse olvidando. Donde no cabe Noa no quepo yo.

Arranco a llorar. Semejante muestra de solidaridad no la conozco ni de las

telenovelas. Boni me pasa un brazo por los hombros, cálido y afectuoso.

—Mujer, ánimo, ¿y si prosperas? Ahora que ZTV busca empleados, igual esto es una oportunidad. Esa es una empresa con recorrido y posibles, no Radio Retiro con su cafetera de filtro y micrófonos de la posguerra.

—¿ZTV busca gente? —Estiro la cabeza y me sueno los mocos. Interesante.

—Locutoras en concreto —informa Boni—. Yo no tendría la más mínima posibilidad pero vosotras debéis presentar el currículo sin perder un minuto. —Se pone en pie y entrega un billete de veinte al camarero para pagar todas las consumiciones—. Chicas,

tengo que dejaros, mañana toca limpieza general en casa. Plumeros, flus-flus y fregona. Lo dejo todo como los chorros del oro y me ahorro el gimnasio. ¡Venga, Noa! ¡Arriba esa carita!

No, si yo ya estoy mucho más animada. Me han despedido, sí, e Isa Olmo ha arrastrado mi reputación por el suelo de vinilo azul de la emisora, también, pero Fany me quiere de verdad, Boni no es ningún malvado, y yo voy a conseguir un curro de locutora en ZTV. ¿Algo más, dejando a Gael al margen, puede salir bien? Eso sí, la supervivencia de nuestro programa me tiene en vilo. ¿Voy a perderlo? ¿Morirá? Amo ese consultorio, la interacción con los oyentes y el tándem con Fany ya

forman parte de mi universo. Noa no sería la misma chica sin *Noa-manece*.

—Qué raro que Olimpia no haya comentado nada —rumia Fany repasando la carta para repetir, cuando nos quedamos solas—. Aunque esto va a ser coser y cantar, tienes en el bolsillo al jefe, inmejorable enchufe, llámalo mañana mismo.

—¿Aníbal? Me muero del corte.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes que ser tan insoportablemente apocada?

—¿Después del leñazo moral que me llevé declarándome, me lo preguntas? Quita, quita. Tengo pendiente una charlita con Olimpia, le pediré que me eche un cable. —Observo el gesto receloso de mi amiga y su ceja

levantada—. Qué, ¿lo dudas?

—No he dicho una palabra. ¿Tú la defiendes? Pa ti, ya sabes. ¿Un bollo tostado con jamoncito a medias?

Tengo que llamar tres veces y dejar dos mensajes en el contestador para que Olimpia me devuelva la llamada, pero tan achicharrada estoy con el rollo que me coló de la novia enferma, que como si fueran quinientas. Insisto e insisto como una maníaca. Quedamos para almorzar juntas.

Como cada día, cargo con el voluminoso manuscrito de mi novela y lo pongo a buen recaudo de manchas y otros desastres bajo el mostrador. Por eso, cuando veo pasar de largo a Gael, inspeccionando esquivo la cafetería sin

querer detenerse, salgo corriendo a la calle y lo persigo, dejándome olvidada la vergüenza en algún rincón de la trastienda.

—¿No vas a pararte a desayunar? —
Le obsequio la más amplia de mis sonrisas—. Últimamente no vienes mucho, acumulo tus cafés en reserva pero se han quedado helados.

—Hay otras cafeterías, tú me lo has dicho muchas veces.

—Ya, bueno, pero el Love Locke es la tuya, la de siempre. Somos especiales...

—No quiero molestar.

Está más guapo que nunca. Con el pelo y los ojos brillantes, la camisa blanca resaltando su piel bronceada, una

barba de tres días que querría acariciar, anchos hombros bajo la sahariana... Y cómo pronuncia mi nombre. Un «Noa» en sus labios, y sé que soy capaz de hacer cualquier cosa.

—No molestas, en serio.

—Ya está bien de darme con la puerta en las narices, Noa, no soy tan estúpido, ni tan felpudo. Prefiero dejarlo.

Suena a duro reproche. Me hago convenientemente la sorda y tiro de su brazo.

—Tengo algo para ti. —Me cuesta, pero lo atraigo hasta el mostrador, le meto un taburete bajo el trasero y vuelvo a ocupar mi lugar tras la barra—. Antes que nada, capuchino y cruasán.

—No tengo hambre —gruñe.

—Va por cuenta de la casa.

—Noa, tengo prisa y desde luego, el coste del desayuno es el menor de mis problemas. Has dicho que tenías algo que darme.

—Pero no te veo muy entusiasmado, que digamos.

—No bailo al son que me tocas, siento decepcionarte.

Ostras. Va a resultar que sí está dolido, dolido de verdad. Y yo que pensé que lo que tuviera que ver conmigo le traía un poco al paio...

—Por favor, no te cierres de esa manera. ¿Tengo que contarte un chiste para que cambies ese careto de acelga rancia? ¿Saco a relucir la andaluza payasa que vive en mí? —Ojeo

alrededor. No hay mucha gente y cada cual parece inmerso en su comida. Me marco un bailecito mezcla de claqué y verdiales— ¿He conseguido algo?

—Lo único que has conseguido estimular es mi curiosidad —sonríe un poco. Y todo el mundo alrededor resplandece con él.

No saco la novela hasta que tiene delante un oloroso café fabricado con mi mejor intención y la pieza de bollería más gorda.

—¡Tachán! El manuscrito.

—Bien —replica sin emoción alguna. Me digo a mí misma que no debo desanimarme.

—Ya lo he terminado y...

—¿Ya? ¿Tan pronto? —Se ilumina al

pasar las manos por encima de la bolsa de plástico que la contiene. Pero no hace amago de abrirla ni de aceptarla.

—Digamos que aproveché un período de reflexión y emociones fuertes para enfocar en la dirección correcta y crear a todo trapo.

—Felicidades, es lo que se dice en estos casos.

Me inclino sobre el mostrador, casi lo rozo con la nariz. Su olor que tanto me gusta, me sube por las fosas nasales directo al cerebro, donde estalla en forma de pirotecnia.

—Me harías un grandísimo favor leyéndolo. Y descuartizándolo.

—¿Cómo tienes el valor de pedirme tiempo? Justo lo que no me sobra. —Es

hermético y borde de nuevo. No puedo culparlo, yo me he comportado del mismo modo cuando él solo pretendía ser amable.

O seducirme.

—Te gusta leer, entiendes de estas cosas... Y por si no fueran razones suficientes, me lo prometiste.

Toma aire por la nariz y resopla. Se lo está pensando.

—Necesito tu palabra de que serás sincero al comentarla, de otro modo no vale.

—Esto significaba mucho para mí —repone con voz queda. Mi corazón emocionado se arruga.

—Por eso te lo he reservado. Serás el primerísimo en opinar.

—¿No tienes gente de confianza dispuesta a hacerte de lector? A mí apenas me conoces. —La miradita que sigue a sus palabras en suspenso, añade algo así como «porque no te ha dado la gana conocerme».

—¿Bromeas? Trabajas en una editorial, lo enfocarás desde un punto de vista profesional. No te la entrego por un motivos románticos sino prácticos.

—Ah, es eso. —Su incipiente sonrisa se entibia hasta desaparecer. He vuelto a cagarla. Sí. Me muerdo la lengua e intento arreglarlo con un parche.

—Creo que eres la persona idónea para darme una opinión crítica, constructiva, de las valiosas.

Se hace de rogar todavía un rato. Veo

muy claro que el tipo de relación que le propongo no es, ni por asomo, la que él busca. Al final, da dos palmaditas sobre el taco de folios enganchados con gusanillo.

—Lo intentaré. Gracias por tu confianza. —Sin más comentarios, lo guarda en su maletín. Se centra en el capuchino y lo prueba. Debe estar como un carámbano, con tanta puñetera disputa—. Por cierto, ¿qué tal va tu reconquista del pasado? —agrega tras una pausa que me resulta incómoda hasta a mí.

—De eso mejor no hablamos.

—Para no variar. Se habla de lo que tú quieres. Solo de lo que tú quieres —masculla furioso como si yo acabara de

ponerlo a caldo, a gritos desde lo alto de la barra.

—Oye, no tengo ganas de hablar de algo que va de puta pena, ¿vale? Qué pronto te mosqueas.

Hago lo que puedo por mantener firmes las riendas de esta conversación tan fluctuante. Vestida con mi ridículo uniforme rojo, no resulta sencillo.

—Venga —lo intento de nuevo—, no te enfurruñes. A cambio te contaré que me han despedido de Radio Retiro, ayer mismo, pero que es posible que hoy encuentre trabajo en una emisora cien veces mejor.

—¿Dejaste de ser gafe?

—Con esos comentarios, tú vas a dejar de ser mi amigo —lo amenazo con

las manos en las caderas, fingiendo enfado.

—Suenan fenomenal, lo del nuevo curro. Bueno —Esquiva mis ojos con irritante habilidad—, tengo que irme o el jefe me pondrá también a mí de patitas en la calle.

—¿Aún no te han ascendido? ¿Sigues siendo un correveydile?

—Más bien. Nos vemos.

—¡Gael! —lo llamo cuando ya se aleja apretando el paso. Gira y me mira por encima del hombro, un poco distante—. No quiero perder esta amistad nuestra.

Compone un gesto de circunstancias y palmea su maletín.

—Lo leo con atención y te digo algo.

—¡Espero ansiosa! —grito antes de perderlo de vista.

Creo que con lo de «ansiosa» me he pasado un pelo. Dios mío, este chico me gusta. ¡Y cómo! Pero olvidar tanto dolor antiguo no es fácil. Mi corazón machacado pide a gritos tiempo muerto, convalecencia, un recreo, y alguien como Gael, tan tentador, tan deseable... Es el arma ideal para terminar de hacerlo trizas. No. No y no. Gael, no. Cinco mil veces no.

42. Arrancando la dulce venganza

Me he vestido como me dicta el ánimo, con un precioso mono verde con estampado en *beige*, botines moteros y cazadora dénim. Los ojos rezuman chiribitas, como los poros de un botijo. A pesar de mis esfuerzos, la conversación con Olimpia, sentadas delante de un cuscús, parece atascada. Se pasa la primera media hora resaltando las excelencias de su puesto de trabajo y me escama que el nombre de Aníbal no aparezca en cada dos de sus frases, como siempre. Da la

impresión de que lo reserva como tema espinoso.

—En fin... —concluyo con un suspiro de fastidio—. Me alegro de que estés tan feliz rodeada de gente maravillosa que te apoya y te protege. Y entrando en materia, sin desmerecer tus cosas, pero es para lo que te he citado... ¿Por qué me convenciste de que Aníbal volvería con Begoña? Es más —me adelanto a su posible réplica—, ¿a qué vino el cuento de la enfermedad inexistente?

Abre la boca, forma una «o» bien redonda y no dice nada. Olimpia sin palabras. Milagroso.

—Me lo encontré, confié en lo que me habías contado y me estrellé por el suelo. Begoña está perfectamente sana,

uno, y dos, no tienen pensado volver.

—Bueno... eso no es precisamente lo que él dejó caer...

—¿Y por qué iba Aníbal a mentirte en un asunto tan delicado? ¿No eres su mano derecha, su confesora?

—Pueden haber cien mil explicaciones para eso. Me consta que Begoña lo ronda, quiere recuperarlo. Él se resiste pero a ver hasta cuándo, la tipa es persistente por demás. Viene a la emisora, se hace la encontradiza los fines de semana y hasta se acuerda de repente de retomar las pocas amistades que dejó en ZTV.

—Ya, pero ¿qué hay de la enfermedad?

Se impacienta.

—¡Ay, Noa, no sé! Lo oí por los pasillos, me pareció importante, tú venías tan contenta, todo inocencia pensando que podrías retroceder con un chasquido de dedos a lo que tuvisteis... Todo lo que quise fue ponerte sobreaviso. No apostaría del todo a que lo del chantaje de Begoña no sea cierto.

—Olimpia...

—Sin problemas, tú ganas. Podrán llegar mil chismes a mis orejas y no te contaré ninguno. Pero que sepas que te vas a perder historias sabrosas.

—Ya haré por enterarme en directo, porque... —hago una pausa para darle emoción a la noticia— ¿qué me dices si te cuento que me han despedido?

—Nooo. —Cejas arriba— ¿Siii? —

Boca estirada—. ¿De la cafetería o de la radio?

—La horrible Isa Olmo. Por fin dejó de disimular y dio rienda suelta a sus fobias. Desde anoche mismo ya no pertenezco a la plantilla de Radio Retiro.

—Cuánto lo siento, menuda putada, tal y como están las cosas.

—Necesito ese dinero como el comer.

—Te queda el sueldo del Love Locke.
—Mi amiga es un hacha calculando en mi nombre.

—No, Olimpia. Eso se lo lleva el alquiler y los gastos de la casa. Necesito algo más para vivir. Además, la radio es mi verdadera profesión, no servir café

con bollos. Mi meta es poder abandonar el Love Locke algún día, no puede convertirse en mi primera opción.

—Mientras sale algo...

Ya que ella no arranca decido darle un empujoncito.

—El caso es que me he enterado de que ZTV necesita locutoras.

Pensé que lo negaría.

—Es cierto.

—¿Y cómo no me has dicho nada?

—Hasta hace un minuto pensaba que tenías empleo, ¿para qué iba a contártelo?

También es verdad, que a veces me pongo de un suspicaz...

—Ese trabajo me vendría como anillo al dedo. Habla con Aníbal, díselo, estoy

dispuesta a hacer las horas extras que necesiten: recados, café, sacaré brillo a los muebles con la lengua, pero por favor, necesito ese trabajo.

La vehemencia y la desesperación me hacen aferrar su mano y apretarla en plan náufrago. Olimpia la libera despacito, con diplomacia.

—No lo veo factible.

—¿Por qué? —me espanto.

—Seamos claras, Noa. Aníbal y Begoña están al caer por mucho que él se las dé de duro. Ella es bastante quisquillosa, él no suele contrariarla en nada. ¿Imaginas cómo se pondría si se entera de que precisamente tú trabajas para su chico?

—No veo dónde está el problema.

—¡Celos, nena! ¡Se la comerían los celos! Ella sabe lo que significaste y te detesta, le haría la vida imposible a Aníbal, controlando los horarios, si te ve, si os quedáis a solas, si viene o va.

—¿Bromeas? Hace cuatro años que cortamos, esa historia debe estar muerta y podrida en el fondo de alguna ciénaga.

—Créeme que no. Ella la tiene muy presente. Y él también, ¿acaso no te has fijado en cómo te mira?

Sacudo la cabeza por ver si así ahuyento algunas ideas absurdas que me corren por entre el pelo. Reúno todo el coraje y la dignidad derramada que me quedan.

—No te lo estás tomando en serio, Olimpia, y no se trata de un capricho. Te

juro que necesito ese curro o no podré pagar ni un yogur a partir de mañana. ZTV necesita locutoras, yo tengo la preparación necesaria, más un programa con su audiencia consolidada. ¿Por qué lo embrollamos todo? ¿Por una relación fallida que acabó hace siglos? No creo que Aníbal se atreva a darme con la puerta en las narices en estas circunstancias de extrema necesidad, es un buen hombre, no lo hará.

Olimpia levanta una ceja. Yo me desinflo por completo.

—Puedo intentarlo, nena, pero no albergues esperanzas.

—¿Vais a darle el puesto a un desconocido de la calle antes que a mí?
—me sublevo. Olimpia mantiene las

distancias emocionales, le interesa mucho más la salsa picante que mis penas.

—Te he dicho que haré lo posible. Lo que no quiero es que construyas castillos de naipes, que te conozco y luego te decepcionas, me daría una penita horrorosa.

—Díselo, díselo, Olimpia —suplico llevando las manos unidas al pecho—. Me importa un pito Aníbal, no crearé problemas, no coincidiré con él ni a la hora del descanso, pero si no busco un sueldo ya mismo no sé qué va a ser de mí.

Todo lo que recibo a cambio de mi desconsuelo, es un hondo suspiro por parte de mi amiga. Un gesto que me

recomienda que si soy lista, me olvide de ZTV y sus habitantes, lo antes posible.

Llega el día H. En las estrategias bélicas, se marcan los puntos de inflexión que deciden las batallas, con consonantes mayúsculas. Pues yo hoy me siento generala con más condecoraciones que Audie Leon Murphy. Una parte de la vieja Noa, débil e insegura, lamenta la pérdida de la inocencia, el que mi confianza ciega en los que creía de mi parte, haya explotado en fragmentos que no se recompondrán en la vida. Lo que queda, se ha endurecido, es capaz de mirar al mundo entre las pestañas, con una sonrisa inquietante, concedora de su

poder. Voy cambiando, sí. Desconfiar se convierte en una costumbre, como el resto de las cosas que hacemos. Y no es que me guste, pero o aprendemos las lecciones o tropezaremos con el mismo socavón una y otra vez, hasta partirnos un tobillo.

La mitad delantera de mi coche se cuece a fuego lento al sol. Aun así, aquí espero, apoyada indolente contra la puerta. Llevo una minifalda de infarto y un jersey finito ajustado, ingredientes imprescindibles para la trampa que le he tendido a Dom. Empieza por citarnos junto a mi apartamento. Hoy se consumen los meses que tenía de fianza y entrego definitivamente la llave, de modo que le he vendido el consabido

«tenemos que hablar» seguido de un «he conocido a Bea, no me sigas engañando». Dom se ha deshecho en justificaciones a cada cual más peregrina en las que ella cargaba con la culpa, que he ido rebatiendo una por una. Solo tras oírlo suplicar y mentir mucho, he accedido a «despedirnos» de mi apartamento con un soberano revolcón de los de antes, y juramento solemne de que la dejará para centrarse en una nueva fase. Divorciado, sin amantes y conmigo.

Es pensarlo y revolvérseme el estómago.

Anoche pasó algo. No sé si aterrador o mágico, no lo tengo claro aún. Iba volviendo a casa, defenestrada tras el

intenso día y el carrusel de emociones vividas, cuando una limusina blanca cruzó mi calle. Por las ventanas abiertas salían cabezas de chicas, caras pintadas sacudiéndose con más alcohol en vena que las destilerías de ron Bacardi. Iban cantando «blanca y radiante va la novia». Pobrecillo el chófer, cómo desafinaban. La afortunada en cuestión, flanqueada por sus más fieles amigas, cubría su pelo con un velito de tul rosa. Me detectaron, pequeña e invisible en la acera, con las llaves en la mano y cara de boba.

—¡Venteee! ¡Borracheeeraaa!

Respondí a su invitación agitando la mano por encima de la cabeza, dedicándoles el signo del OK con el

pulgar, deseando de corazón, sobre todo a ella, que fuese feliz hasta no poder más, hasta explotar de gusto por las noches y de infinito amor por las mañanas. Que cada vez que mirara a esa persona que le había ofrecido unir sus vidas para siempre, viese el arco iris.

Cuando entré en casa, lloraba como una magdalena desconsolada, el corazón encogido y la nariz hinchada. Me di cuenta de que mi ilusión por casarme algún día estaba, entera y viva, pero que me convencí de lo contrario para que Dom no se sintiera presionado. Caí en la cuenta de la cantidad de cosas maravillosas a las que había renunciado por esta historia absurda. A las muchas partes de mi yo que se quedaron por el

camino.

Lo veo acercarse, cabizbajo, apagado, con las manos ocultas en los bolsillos y los hombros gachos. Queda poco del tío arrogante que miraba a los demás por debajo de la barbilla y los llamaba «gente». Por poco me ablando.

—Tienes la misma pinta que mi cuenta corriente —lo saludo al llegar—, para llorar a gritos.

No sonrío. No empezamos bien.

—¿Qué esperabas? Llevo un mes llevo un mes de trabajos sociales, barriendo y arrancando malas hierbas por vandalismo, daños a la propiedad pública y un ciento de chorradas más que se han sacado de la manga.

—Te lo advertí.

—No me vengas con los «te lo dije», creo que no podría soportar más reprimendas sin suicidarme. —Se acerca más y se pega a mi cuerpo. Yo apenas me he movido unos milímetros y Dom se abre hueco entre mis piernas hasta acoplarse—. Solo quiero amor.

Suelto una carcajada sardónica. Sí, cuando quiero puedo lanzar carcajadas burlonas de esas que ponen la carne de gallina y hacen mucho daño.

—¿Por qué le llamarán amor cuando quieren decir sexo?

—Lo que sea, gata, lo que sea, el caso es descargar tensiones. —Por encima de mi ropa, su dedo recorre impaciente el espacio entre el valle de mi garganta y la unión de las copas del sujetador—.

Me alegro infinito que hayas decidido darme esta oportunidad. Lo de esa chica, Bea... Bueno, si la has visto sabrás que no es nada serio, una pobrecilla repartidora encaprichada de mí. Y sí, la he sacado al cine o a tomar algo de vez en cuando pero solo por caridad.

—Bien que me lo ocultaste —le regañó manteniendo la pose de fiera.

—Para que no te enfadaras ni supusieras cosas que no habían ocurrido, no valía la pena. ¿Subimos?

—Para eso estamos aquí.

Ya en el ascensor, mantengo a raya sus envites pero no logro evitar que me bese. Dom sigue teniendo pericia al acariciarme con los labios, los suyos siguen siendo besos calefactor,

increíblemente certeros a la hora de excitar hembras. Se le nota la práctica, es un cabrón empotrador de manual; puede caerte como el culo, odiarlo, desearle las peores enfermedades mortales y, sin embargo, dejarte enredar en su aire canalla de perdonavidas por encima del bien y del mal.

—¿Y qué hay del asuntito divorcio?
—me intereso, justo cuando restriega el bulto de su entrepierna contra mi ombligo y me lame lascivo, el lateral del cuello.

—Ahora, con el follón de la detención y la ficha policial, voy sobre seguro. Mi parienta es muy tradicional, poco amiga de los escándalos.

Acaba de pararse el ascensor. Lo

alejo apoyando las manos en su pecho de gimnasio, dirigiéndole una mirada incendiaria y un parpadeo de desamparo que sé que lo enciende a lo bonzo. Señor, cómo me lo estoy pasando.

—Le dirás que eres un criminal despreciable y que vivirá mejor lejos de tu influencia.

—Mujer, yo no exageraría tanto, pero sí, algo parecido.

—¿Todavía no se lo has planteado?

—He preferido venir directamente a follarte como el tipo enamorado que soy. Mira que hace tiempo que tú y yo no...

Abro la puerta de mi apartamento vacío donde las voces resuenan como un eco en el gran cañón.

—Te habrás duchado al menos...

—Era un decir, cochete. No acaban de dejarme libre en este mismo minuto, joder, te lo tomas todo literalmente.

—¿Cuándo dirás alguna verdad, para variar?

No responde. Le interesa mucho mirar alrededor y detectar en qué punto del terrazo puede tumbarme y clavármela.

—Tendrá que ser en el suelo.

—Pues me pido encima —me adelanto con entusiasmo. Él se abalanza contra mí dispuesto a dejarme en tanga en tiempo récord.

—Donde tú quieras y en la postura del kamasutra que más rabia te dé. El caso es jincar, pienso partirte en dos, gata, que me has tenido ayunando... Este

olor tuyo... —Aspira cerca de mis orejas, como el romántico que no es.

Se me saltan las lágrimas. Puse tantas emociones en este caníbal, la ceguera mía, olímpica, de medalla de oro. Me aborrezco por haberle dedicado tantas canciones, tantas noches de insomnio y tantísimo llanto a este mentiroso traidor. Me las trago porque debo actuar conforme a lo planeado.

—Deja que te desnude —propongo. He interpretado media docena de papeles distintos en los veinte minutos que llevamos juntos, desde la inocente maestra a la bruja pervertida, aunque todo lo desleal a mi esencia me parece un fraude. Me juro que es la última vez, que esta venganza es por una buena

causa.

—Todo tuyo, nenita. Haz conmigo lo que se te antoje, mientras más guarro mejor.

Se estira en el suelo, con un bostezo poco diplomático, los largos brazos por encima de la cabeza y las piernas separadas. Empalmado a tope, en todo su esplendor, esperando que lo sorprenda. Vaya si lo voy a sorprender. Me lanzo a la misión, con jadeítos insinuantes que incrementan sus ganas, le arranco la ropa alternando tirones con mordiscos y lametones por zonas poco comprometidas para no precipitar acontecimientos y porque no pienso, ni por asomo, consumir. Me cuido de lanzar las prendas lejos de su alcance,

por encima de mi hombro, en plan cabaretera con cara de perversa a punto de devorarle el ciruelo.

El pobre se hace ilusiones. Que se joda. También yo me las hice.

Y Bea.

Por cierto...

—Estaba pensando... cielo... —le clavo los dientes en el tríceps. Salta de excitación— Para celebrar por todo lo alto que lo de la denuncia ha salido bien, que pronto estaremos juntos... ¿Te gustaría un regalo muy especial?

—¿Qué clase de regalo? —suelta un mugido suave—. Dime que me abres la puerta de atrás...

Qué obsesión la suya con los culos, joder.

—Entretenimiento a tres. —Pestañeo rápido, muchas veces.

—¡Hostias, un trío! ¡No me jodas! ¿Me lo estás diciendo en serio? —asiento mientras me muerdo pomposa el labio inferior— ¡Para mañana es tarde! ¿A quién llamamos?

—Yo me encargo... churri.

—Vamos a encerrarnos aquí seis días, coño, el sueño de mi vida, pilla un TelePizza...

—He dicho que yo me ocupo. —Me pongo en pie, a su lado. Tiene el trabuconodor a puntito de reventar. Me pongo a salvo—. ¡Bea!

Es gritar el nombre, y la picha de Dom sufre un espasmo que la deja en la mitad. Se sienta de un bote en el suelo,

desnudo y apetecible, pero más pálido que la leche. Su otra novia sale del dormitorio, con mueca psicópata.

43. Miedo del grande

—¿Y esto? ¿No te caía tan mal? ¿Ahora sois amigas? —ladra por decir algo, supongo. Está blanco cal.

—Puede. Bea y yo sentimos una mutua predilección por los capullos que piensan con la polla.

—Hijo de perra... —ruge mi amiga.

—Venga, chicas, no seáis así. No tenéis ni chispa de sentido del humor.

—No, no lo tenemos —cantamos al unísono.

—Lo que sí tenemos es una ventana abierta cada una y un contenedor de basura ahí abajo a donde va a ir a parar tu camisa... —Antes de que pueda

reaccionar me hago con la prenda y la despacho por la ventana. Dom abre los ojos intimidado pero no se mueve.

—Y tus pantalones... —me sigue Bea arrojándolos por la suya a la calle.

—Y tus calzoncillos.

Esto sí que activa el espíritu del hombre más vago que he conocido.

—¡No, los calzoncillos no! ¡Los calzoncillos no!

Viene hacia mí corriendo pero le enseño lo que escondo en la espalda y frena en seco.

—¿Qué demonios es eso?

—Una pistolita eléctrica —me recreo—. Se llama Taser. Y Bea tiene otra, por si se te ocurre atacar por el flanco más débil.

—Lunáticas... Podíais haberme atado, al menos sería morboso.

—Pues sí, ahora que lo dices... Pero está muy visto. —Da un amenazador paso adelante. Le planto la pistola delante de la nariz—. Tche, tche, quietecito, ni se te ocurra. Esto suelta descargas de cuatrocientos voltios y en los huevos debe de doler una barbaridad.

—A joderse, Txomin —interviene Bea. Está que se sale—, que bastante hemos llorado, ahora nos toca reír. Tus zapatos...

Primero una luego la otra, sus zapatillas de marca molona vuelan hasta la acera. A estas alturas Dom debe haber entendido que no le quedará otra

que pasearse en pelotas por la calle y que el trago va a ser, así como dificultoso.

Nos importa una mierda. Él es un cabrón de medio pelo y esta, nuestra dulce venganza.

Se abalanza en mi dirección con la cara crispada, dispuesto a cualquier locura, pero la visión del mortal aparatito en mi mano, vuelve a sujetarlo.

—Ni un paso más, te lo advierto. Sal por esa puerta —le ordeno. No obedece. Lo tenemos varado en mitad del salón, mirando alternativamente a Bea y a mí, sin decidirse—. Te juro que si no te marchas cagando leches, te llevas de regalo una descarga y vaya si bajarás la escalera. Rodando.

—Yo misma te endiñaré en el culo la patada de gracia —especifica Bea relamiéndose.

—¡Alégrate, es primavera, no se te congelarán los mocos!

—Me cago en la puta... Habéis perdido la jodida cabeza.

—Cágate en lo que te dé la gana pero sal de este apartamento y de nuestras vidas. ¡Ya!

—Para siempre —me apalanca Bea.

—Os tomáis demasiado a pecho unos cuernos de nada...

—Lo nuestro contigo no han sido simples cuernos, monín, han sido cuernos de vikinga, triple XL. Para ti, «fidelidad» es una palabra de cuatro sílabas que viene a significar, aquí

tienes mi corazón, te autorizo a que lo muelas y hagas un buen filete ruso.

—Vosotras las mujeres, tenéis la puñetera fidelidad sobrevalorada — ladra aún revuelto.

No sé de dónde me sale esta mano tan larga, tan ancha y tan abierta, parece una raqueta. El caso es que la estiro y le arreo en la cara un bofetón de medalla olímpica.

—¡Tu polla sí que está sobrevalorada! —le señalo la entrepierna desprotegida y no puedo evitar acordarme de Gael— ¡Zumbando!

—Pues iba a decirte que te dejo — nos mira alternativamente a ambas— ¡Que os dejo! ¡A las dos! Que me marcho de Madrid para empezar de cero

y que no pienso llevaros a ninguna, que os folle un pez...

—No sé si vamos a poder resistir la pena —me burlo con crueldad—. Lástima no poder quedarme con tus cataplínes como recuerdo de navidad.

—¡Fueraaa! —vocifera Bea con la vena del cuello hinchada, al punto que temo un derrame.

No se discuten nimiedades con una tía tan cabreada y Dom, pese a tener la sangre concentrada en la ingle y no en el cerebro la mayor parte del tiempo, lo capta. Cuando lo veo trotar hacia la puerta tapándose las vergüenzas con las manos y lanzarse gimoteando al descansillo, implorando perdón con su mejor cara de perrillo apaleado, me da

hasta pesar. Afortunadamente, solo me dura un segundo. Domingo Lima se ve en mitad de Madrid centro como su madre lo trajo al mundo y probablemente en un rato, de vuelta en comisaría, acusado de exhibicionismo y escándalo público.

Y todo ello, sin necesidad de ponerle pilas a las pistolas eléctricas.

El ataque de risa es mortal. Nos dura hora y media. Después de eso, llamamos a Fany y nos vamos las tres de cachondeo. Algo así hay que contárselo a la única chica de la ciudad que puede comprenderlo. Y mojarlo con muchas cervezas. Lo único que mi compi nos reprocha es no haberla avisado para participar.

Pasan más días sin noticias. Ni buenas,

ni malas. Y en el caso de «chica desesperada buscando trabajo» la ausencia de noticias no es buena señal. Al tercer mediodía, Olimpia pasa por el Love Locke a confirmarme lo que yo ya me olía: que Aníbal escuchó atentamente sus razones y mi ruego pero que no movió un músculo. A Fany, que ha venido cada mañana a desayunar, yo le había asegurado que lo lograríamos, que Aníbal no me daría la espalda en una situación así y que cuando consolidara mi posición en la empresa, tiraría de ella. Pero la congoja pintada en mi cara tras la visita de Olimpia, le dice clarito que sigo en el paro, rechazada y decepcionada, una vez más, por los que yo creía mis amigos.

—Ten camaradas para esto —gruñe—. ¿Estás segura de que Olimpia ha hecho «lo imposible» por convencerlo?

—¿Por qué iba a dudarlo?

—Porque sé que le haces mucha más sombra a ella que a la presunta novia del jefe, te lo aseguro. Mírate, Noa, eres brillante en tu trabajo, una locutora ocurrente, tienes el *copyright* de *Noa-manece*, fue tu creación...

—La de ambas.

—Admito que le di un toquecillo, de acuerdo, pero la idea del consultorio te pertenece. Y la gente confía en ti, tu voz los tranquiliza, mira si no a Bea, enganchada a tus recomendaciones. Además, deja que piense... te pareces a Verónica Sánchez y eso inspira

cordialidad.

—Brillante yo —rezongo—. No he oído nada más desatinado en toda mi vida.

Pasa de mí.

—Ok, ZTV al carajo. Ponme un café.

—Rectifica, amiga. Son nuestras fantasías las que se han colado por la alcantarilla.

—Míralo desde otra perspectiva: será el arranque de una aventura maravillosa. Montaremos nuestra propia emisora, pequeña al principio, una oficina con treinta o cuarenta metros cuadrados, los equipos de segunda mano, Boni sabe dónde comprarlos en perfecto estado de salud. Nuestro programa estrella, *Noa-manece*, el consultorio más picante de la

radio. Lo aderezaremos con invitados de carne y hueso, psicólogos, especialistas de lo más variopinto, diseñadores de juguetes sexuales y gente de la calle dispuesta a contarnos sus intimidades secretas. Va a ser la bomba, te lo aseguro. El resto del día, música, y yo puedo dar dos o tres avances de noticias.

Me quedo muerta. Sobrepasada.

—¿Qué te parece?

El torrente de sus palabras ha surgido como una catarata imparable, salpicando entusiasta jovialidad. Hasta ahora, si fantaseaba con independizarme era Olimpia la que se me venía a la cabeza, nunca otra persona. Sin embargo de repente, la mera idea de emprender algo

con mi amiga de la infancia me repele. Fany. Me agrada la idea. Me agrada mucho. Lanzo los puños por encima de mi cabeza en una explosión incontenible de alegría.

—¿Y cómo la llamaríamos? —indago controlando a duras penas mis chillidos.

—VagoRadio FM. En recordatorio a tu sindicalista.

—Noooo. RadioRomance FM suena mejor, muchísimo mejor. ¡No pongas ese careto!

—¿No es muy ñoño?

—Es femenino, perfecto.

—Bueno, todo romance implica mucho sexo y cosas guarras, ¿verdad?

—Casi siempre. —Le guiño el ojo.

Se encoge de hombros con una mezcla

de cachonda resignación, muy de Fany.

—Transijo. RadioRomance FM, adjudicado. Tendré que reconciliarme con la nueva idea sin vomitar purpurina. Lo tengo todo pensado, tiraré de mis ahorros, nos espera el éxito. Brindemos.

—Nooo. Más alcohol no, en un par de meses. Me serviré chocolate bien espeso.

—Me es indiferente. Con que te sigan brillando los ojos así, me conformo.

—Acabas de salvarme, tenía pensado tirarme de un puente. Sin cuerda.

—Exagerá...

—Por cierto, no me esperaba que Manu Bonifacio Cascabeles fuese tan gracioso y amable.

—¿A que sí? —Bailotea sobre el

taburete. Me hace reír— Mucho.

—No puedo creerlo. ¡El salto de la pulgaaa! —imito burlona.

—No lo crees porque no abres los ojos. Para ti, el que es bueno, es bueno por siempre jamás aunque se orine en tu puerta, y al que se te atraviesa no le das la menor oportunidad.

—Mis jodidos prejuicios. Puede que sea un poco así —reflexiono abochornada.

—¿Un poco? Mogollón, dirás. ¿Cómo explicas si no, el fenómeno Olimpia? No es tu hermana. Noa, no es realmente tu hermana, hazte a la idea.

Se me juntan las cejas de golpe.

—Déjalo, por favor.

—Noa, tienes que escucharme...

No, no voy a escucharla. Necesito humor, rápido, para romper el velo de mis temas prohibidos.

—¿Y ese cacao abrasando? —le grito a un inexistente camarero— ¿A que pido el libro de reclamaciones?

Menos mal. Oigo que Fany suelta una carcajada feliz.

44. Salgo con Aníbal

En Málaga todo sigue igual, sin cambios, como una aburrida autovía de La Mancha. Mi madre desaparecida en combate y poco abierta a dar explicaciones. Mi padre cada vez más deprimido, y la nueva camarera, dueña y señora del restaurante gracias a su sagacidad y sus dotes negociadoras. Me impongo como obligación telefonar a papá todas las noches y sondear la situación.

Por primera vez, muerta nuestra larga y ajetreada relación, Dom se molesta en dedicarme unas letras y mandármelas por *e-mail*. No doy crédito, la verdad,

no es propio de un tío tan práctico y directo exponer en frío sus emociones, desenterrarlas de las profundidades del Averno donde debe tenerlas escondidas y mostrar una pizca de humanidad. Conforme leo puedo imaginarlo arrodillado, humillándose, me habla de celos, de posesividad, de su adicción al sexo, identifica el falso matrimonio con el compromiso generado con Bea, me jura que me amaba, blablablá, pero no sabía cómo dejarla sin hacerla pedazos, blablablá.

Está claro que ni se figura que sus escarceos furtivos con la psicóloga han sido objeto de grabación y escarnio. Cachocabrón embustero. No le basta la montaña de mentiras que ha venido

regalando, tiene que insistir, seguir engañando hasta más allá del final.

Tras la teatral declaración de amor eterno, Dom no vuelve a dar señales de vida. No me extraña, después de lo que le hicimos, pero se me cae encima año y pico de amor desafortunado durante el cual yo me comporté como una quinceañera encaprichada y él me manipuló a su antojo. Qué ofuscada estuve. En lugar de amar, me cegué con otras cosas, rivalizar con su mujer a la que no conocía, a la que con el tiempo llegué a compadecer y pedir perdón desde el fondo de mi alma, y que finalmente resultó no existir. Tantos remordimientos y al final resulta que ni siquiera estaba casado el muy

asqueroso. No solo es un impresentable que me ha tratado mal. Me ha ayudado a sentirme peor, menos de lo que soy. Fue una relación basura sin futuro ni latido.

Menos mal que la búsqueda de local para RadioRomance FM en compañía de Fany se convierte en una feria que me distrae. Como cuando vamos juntas a Ikea y hacemos carrerillas con los carros, solo que sin las albóndigas. Localizamos una oficina en alquiler tan barata que no nos lo creemos, con una propietaria entrada en años enamorada de la radio que se presta a colaborar con una radionovela de las de antes, tipo «Simplemente María». Vamos a ser la emisora romántica por excelencia, la que yo siempre soñé. Desde los

ventanales de nuestro habitáculo se divisa un parquecito cercano y su grandiosa fuente. Madrid entregado a nuestros pies y todo un proyecto por delante. La mañana que nos entregan las llaves, allá que vamos, con un enorme envoltorio de bollos de leche del Love Locke y cafés para improvisar un pícnic. La encantadora escena me recuerda otro momento, distinta compañía, un beso robado, palabras sedosas y sensaciones encadenadas. Unas con otras. Gael.

Suena el portero automático en mitad de mi suspiro. Fany acude a abrir y yo me recompongo como puedo, porque todo lo que tiene que ver con el insoportablemente bello Gael, me desequilibra. Es pensar en él y notar que

me roban la tierra de debajo de los pies.

—Toda cara tiene su cruz —farfulla mi socia—, tu Olimpia debe predecir vía bola mágica nuestros movimientos, porque le ha faltado tiempo para presentarse a inspeccionar el negocio.

Me hace gracia su tirria incontenible hacia mi amiga que no le ha hecho nada. Olimpia viene muy guapa, con jersey de seda rosado y una falda de entretiempo azul Klein muy parecida a otra mía, combinada con zapatos clásicos de salón en lugar de las botas militares que yo suelo usar. Fany y yo llevamos vaqueros, bailarinas y camisetas de manga larga y francesa, respectivamente. Nuestros bolsos reposan sobre las sillas de la zona de espera. Tras los besitos de

rigor, Olimpia inicia su examen visual. Sin pudor ninguno ante una Fany cruzada de brazos, abre los cajones y las portezuelas de los muebles y se vuelve loquísima mirando los bocetos de los logos para la emisora que ha diseñado Boni. Ahogando suspiritos de anhelo, se queda pegada a la ventana.

—¡Qué maravilla de vistas! A mí me tienen encerrada en un cuartillo que parece el escobero...

—Está verde de envidia —sisea Fany a mi oreja—, se muere porque la dejemos participar.

Para qué me dice nada. Algo parecido a un resorte reflejo salta en mi conciencia y me lleva en volandas junto al hombro de Olimpia.

—Nena, si te atreves a intentarlo, aquí tienes las puertas abiertas. Hay tantas cosas que podríamos hacer... Queda sitio para una más, tenemos muchas horas de programación sin cubrir, podrías crear tu propio programa...

—No hay tanto hueco, Noa, no creas —me interrumpe Fany con un surco entre las cejas—. Habría que calcularlo al milímetro.

—Suenan fantástico —se emociona Olimpia—. Una emisora solo de chicas... Pero RadioRomance FM no tiene nombre, en cambio ZTV es toda una empresa del sector con una reputación consolidada que ofrece mucho más.

A Fany le encantan sus razones. Le mete dos empujones en dirección a la puerta, con algo que yo llamaría «diplomacia cero».

—Di que sí, hija, tú al árbol que más cobija. Esto es un cuchitril que apenas empieza, quién sabe si nos daremos de narices contra el suelo. ¡Hala, hala! Ya no hay más que ver y Noa y yo tenemos mil asuntos pendientes que discutir, entre otros, recuperar el *Noa-manece* y reactivarlo esta misma noche.

Agobiada, los ojos de Olimpia me buscan para decirme adiós. Veo su mano moverse inquieta entre la frondosa melena de Fany.

—¡Nos vemos otro día! Y a ver si en esta nueva etapa dispongo de

oportunidad para sintonizaros.

¡Manda huevos! Fany y yo nos giramos para mirarnos. No hay a mano ningún cenicero ni arma contundente pero habría estado bien tirarle alguna a la cabeza. Aunque por lo que compruebo, la idea de Fany es lanzármela a mí.

—¿Cómo se te ocurre invitarla al equipo? He estado a punto de atravesarte el empeine de un pisotón —me regaña en cuanto nos quedamos solas.

—Siempre conté con ella cuando pensaba en el futuro.

—Es evidente que ella no cuenta contigo —recalca furiosa—. Olimpia tiene de arriesgada lo que yo de

misionera congoleña. ZTV le da cobertura y le ahorra comerse el coco. No tendrá que tirarse a la calle en busca de anunciantes ni esforzarse por defender la calidad de sus programas, allí se lo dan todo hecho, es una cobarde y una floja de campeonato. Es más, la imagino como pareja ideal de ese sindicalista tuyo...

—¿Noa?

¡Coño! ¡Olimpia de nuevo en la puerta! ¿Cuánto tiempo lleva ahí escuchando?

—He vuelto porque había algo que debo comentarte... —Sus pupilas viajan en un fugaz movimiento hasta Fany. Entiendo que le ha faltado privacidad—
¿Tomamos un café aquí abajo?

Últimamente, cada vez que me pone al corriente de algo, un terremoto sacude mi vida. Tropiezo en mi precipitación por levantarme. Fany por el contrario, ordena folios muy lentamente, conteniendo un bufido.

—Te espero, no más de media hora, chata, hay mucho pendiente —me despide.

Pido un café pero debí haber pedido una tila doble. La bomba que mi amiga descarga sobre la mesa con aire desentendido, de verdad que no me la espero. Cuando me convengo de que me echará en cara las frescas de Fany, va y suelta:

—Salgo con Aníbal.

¿Cómooooooooooooooooooooorrrr?

—¿Sales? ¿De salir... salir?

Se me cuaja la saliva en la garganta. Tamborilea mi corazón a una velocidad suicida. Seguramente voy a morirme.

—Bueno, es más bien un estar enrollados —aclara arrancándose una pelusa invisible del jersey rosa—. Ahí sigue Begoña, sobrevolándolo cual buitre carroñero y me temo que la cosa va para largo. Pero mientras, algo ha surgido entre nosotros.

¿Algo? ¿Algo como un calentón insoportable, un no follar en meses porque espantó a la novia y un abrirte tú de patas a la primera de cambio? Sí, creo que puedo entender a lo que se refiere. Pero las palabras se niegan a salir de mi boca. Me lo está confesando

tan campante, la tía.

—¿Por eso me mentiste y me embaucaste con la pobre Begoña moribunda?

—No seas retorcida, no inventé nada, y mucho menos para desorientarte. Te lo conté porque la gente lo daba por hecho, le di credibilidad a un rumor.

—Supongo que nunca lo sabremos — ironizo con animosidad. Nada más verle la cara, los ojos que huyen y la postura artificialmente rígida, sé que miente.

—Sufro mucho —añade con un puchero—. Lo estoy empezando a querer, Aníbal es todo un señor, se engancha una enseguida. —A mí me lo vas a contar—. Mira que me resistí pero al final han podido más los sentimientos

que la razón. Dime algo.

Yo todavía sigo catatónica un buen rato.

—Noa, dame un consejo, por lo que más quieras.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Te doy el pésame? ¿Te deseo lo mejor? ¿Que si es la persona que has elegido, que sea para bien? —La voz se me entrecorta y me cuesta que las lágrimas no salgan a relucir. Es que aún no me lo creo. Aníbal, mi Aníbal, el hombre que me pidió matrimonio. Ella sabe lo que sentí entonces, y ahora me cuenta que se acuesta con él, sin el menor reparo.

Tengo una presión malsana en el centro del pecho, casi no respiro.

—Pero no se siente soltero, por culpa

de esa loca de Begoña, no es libre... ¿Lo será algún día?

—Puede. —Toso para no gritar.

Vuelve a pasar un ángel entre nosotras, tan denso es el silencio. Un ángel que yo más bien imagino disfrazado de demonio, con cuernos largos y afilados y la jodida cara de Olimpia augurándome terribles sufrimientos. ¿Estoy siendo injusta?

—A ver cómo te lo digo para que no te sienta mal —empiezo a hablar sin parar de tocarme el pelo—, Olimpia, hay reglas no escritas que deben respetarse, los ex de las amigas son sagrados.

—¿Por eso estás tan enfurruñada?

—Lo has tejido todo a mis espaldas.

—¡Pero si dijiste que Aníbal ya no te interesaba!

—¡No lo dije! ¡Si hasta me declaré, por favor, soy patética! Y su cara de póquer, porque ya estaba liado contigo y yo llegaba más que tarde, tú la justificaste con un drama inventado. Hay que ser gilipollas.

—Oye, sin insultar.

—No, si la gilipollas soy yo por creérmelo. Tú solo eres... —Me callo porque la rabia me impide encontrar la palabra. Los sentimientos se confunden, a estas alturas, Aníbal no me importa lo suficiente como para perder a mi amihermana pero que Olimpia en ningún momento haya pensado en mí, ese dardo clavado en el alma... Bueno, no sé qué

nombre ponerle, solo sé que quema.

—Ya podías haberme avisado de lo máquina que es en la cama.

Esto es el colmo. La mato.

Me pongo en pie como un muelle. Devastada. Así es como me deja la desfachatez de mi amiga pidiendo consejos. Igual espera que actúe como si no me importara que entre todos los tíos disponibles de Madrid, ella haya ido a liarse con mi ex más significativo, el que más huella me dejó. Me alegra no haber ocultado mis emociones, ni tragado el enfado. Hemos discutido, sí, se merece que no le hable en una buena temporada. ¡Señor! Me duele tantísimo...

—Tengo que volver a la emisora,

Fany se estará preguntando por qué tardo tanto... Mierda, me he olvidado el bolso. ¿Me puedes pagar el café? — pregunto trémula.

Ella me imita. Por más que procuro mantener las distancias, se me pega al costado apretando su *clutch* de marca, parpadeando con unas exageradas extensiones de pestañas que le dan aspecto de cándida muñeca.

—Desde luego... Hasta... mañana.

Me planteo marcar el número de mi compañera en plan gallinita cobarde y preguntarle si le importa demasiado posponer el despegue del programa, porque necesito meterme en la cama con urgencia. Pero daré la cara. Me enjugo las lágrimas, me pellizco las mejillas

como las damas antiguas. Con solo verme, Fany se tensa.

—¿Posponer? Ocurre algo malo. No me asustes.

—No duermo bien últimamente —miento con descaro— ¿Causo mucho estropicio?

—No, mujer, vete si estás cansada. —Comprensiva y amable como de costumbre—. Yo avivaré las redes sociales y prepararé la inauguración de lo que pienso llamar «la temporada 2.0» del consultorio. Pero ¿estás bien?

—Solo un poco mareada, algo ha debido sentarme mal. —Me lo pienso mejor. No se merece mis embustes pero tampoco dispongo de energía para enfrentar esta charla—. Mañana te

cuento, vas a quedarte helada.

Corta mi amago de desaparecer, con un gancho lleno de dedos que me atrapa y me frena.

—Imagino por dónde van los tiros. Olimpia, ¿verdad? —Creo que no acierto a articular nada inteligible. A la pregunta de Fany solo respondo con un gorgoteo lacrimógeno—. Está liada con Aníbal, ¿a que sí?

—¿Cómo... cómo puedes...? ¿Lo sabías? ¿Los has visto?

—De un momento a otro lo esperaba, Noa. Aníbal era lo único que quedaba tuyo que ella aún no tenía.

Me abrazo a Fany, mi llanto se desborda, grueso, inmenso, incontrollable, envuelto en fieros

sentimientos de autocompasión. Deseo que mi hermana Marta esté aquí conmigo también, que cualquiera de las dos mantenga este abrazo, me transmita ese calor de la energía ajena cuando sabes que les sobra y que no serán tacañas a la hora de repartirla. Te tocará un pedazo y con él sobrevivirás.

—Hay delitos peores que la lealtad, claro que tu queridísima Olimpia no los cometerá nunca. Oye, si necesitas algo no tienes más que llamar. Mi bólido de cuatro ruedas acudirá en tu busca raudo y veloz.

—Gracias, Fany. Tú sí que eres una amiga de verdad.

Sigo en *shock*, así que ideo un plan para

evadirme: pasar unos días con mis padres y ayudar, de paso, a resolver su conflicto matrimonial. Lo hablo con Fany porque sé que retuerzo nuestros planes de lanzamiento, y no solo me abraza diez minutos completos con todos sus segundos, sino que me anima y me acompaña a sacar los billetes del autobús. De ahí me marchó a mi lugar secreto, al parque con la ruinosa mansión que cobija mis miedos, a retirarme del mundo vivo unos minutos antes de regresar a la cafetería y enfrentarme a la cruda realidad.

Pienso en Gael. Pienso en Olimpia y sé que no estoy preparada para romper el lazo que me une a ella. No aún, no soy capaz. Tendré que encontrar el modo de

perdonar sus errores y seguir queriéndola, porque eso es lo que se hace con las hermanas cuando fallan. Besuqueo la foto de mi melliza Marta que llevo en la cartera y aguanto una punzada de intenso dolor.

Moliendo café estoy, meditando si convendría contactar con Gael antes de desaparecer del mapa, cuando lo veo aparecer calle abajo con aquellos ojos suyos, tremendos como dos pedazos de acuario. Saco una mano por encima de la barra y la agito hasta llamar su atención. No hacían falta tantos aspavientos, hoy viene dispuesto a desayunar conmigo como antes, como siempre, aunque ahora lo vea comedido, frío, algo distante. Ya no me parece el

guaperas engreído, seguro de sí mismo, seductor y coqueto que dibujé en un principio.

Rompo el hielo a base de restregones de bayeta. Le saco brillo al trocito donde apoyará los codos. Él esquivo el lugar que con tanto mimo le preparo y se sienta justo en la esquina opuesta, con un periódico enrollado bajo el brazo. Lo abre de una sacudida y se dispone a leer tras musitar un breve «buenos días». Suena más seco que el desierto de Gobi. No me amilano.

—¿Cómo va la lectura? —Yo sonrío, mi forzado buen humor se antepone a la adversidad— ¿Se me está permitido preguntar?

Me obsequia un vistazo apresurado,

por encima del diario.

—Me queda capítulo y medio y no pienso soltar prenda hasta acabarlo del todo. —En efecto, su rostro es una máscara de inexpresividad ataca-nervios. Alza una ceja, me falta un pelo para aullarle a la luna—. Para mañana o pasado estará lista.

—Me marchó unos días con mis padres, a ver si consigo ver los tenedores desde tu perspectiva y los ayudo un poco, de forma que me gustaría charlar contigo antes. Acerca de la novela —aclaro cortante para que no haya malentendidos.

—¿Y tú? —me observa con curiosidad— ¿Tú no necesitas ayuda?

—Yo estoy bien. —Retuerzo el trapo

de modo compulsivo—. Divinamente, que diría mi abuela.

—¿Seguro?

—¿A qué viene tanta insistencia? — me palpo los pómulos— ¿Me ves mala cara?

—Mira que es muy común taponar nuestro dolor atendiendo el ajeno.

—Ah, qué interesante —suelto con sarcasmo.

—Yo suelo hacerlo constantemente.

Me quedo colgada de sus ojos turquesa. Es probable que tenga razón. Este escapar mío en pos de mis progenitores, no en busca de consuelo sino de sus apuros, mayores y más graves que los míos, bien puede estar enmascarando... No. Ya sé que estoy

jodida por muchos flancos. No permitiré que Gael el irresistible me psicoanalice y me líe. Bastante liada estoy yo ya sola.

—Te propongo un trato.

—Soy todo oídos. —Pliega el diario con bastante chulería y se me queda mirando. Oh, oh. Trae el disfraz de tipo duro.

—Mañana cocino para ti.

—No creo lo que oigo, vas a matarme de la impresión.

Paso por alto su talante hiriente.

—Te invito a almorzar en casa, solo si juras por tus ancestros no hurgar en mi mente. Lo que yo pretenda visitando a mis padres es cosa mía, no lo saques de quicio. ¿Hace? De camino celebramos que ya dispongo de mesa de comedor y

sillas.

—¿Estás segura?

Me muerdo la cara interna del carrillo. Está así como para devorarlo de un par de mordiscos, corbata incluida.

—Completamente.

—Porque si decides pasar, lo entenderé. De hecho llevo meses entendiéndolo. Me gusta mucho lo que veo —me recorre con una mirada lasciva—, pero no soy tan ridículo como para darme de continuo contra la pared. Y tú estás resultando ser un muro muy compacto.

—Hablo en serio.

—El análisis de la novela te lo haré de todos modos, no tienes que

sobornarme.

—¿Te quieres ir un poquito a la mierda? —me irrito—. Es un simple almuerzo de amigos.

Me mira. Me está mirando como si todo su ser se concentrase en sus ojos, como si hubiera dejado de respirar para analizarme. Se convierte en un insoportable e hipnótico imán que dispara mi temperatura. Al final, es misericordioso y habla.

—Acepto. —Parece que después de tanto discutir, está muy contento con la oferta. Bien.

—No esperes nada del otro mundo, algo de pasta y ensalada. Quiero que disecciones mi novela desde la A a la Z, que me narres todas y cada una de las

sensaciones que te ha producido, si los diálogos son ingeniosos, si la psicología de los personajes te ha... —Analizo su gesto aburrido—. Habrás ido tomando notas conforme leías, ¿verdad?

—Pueees... —De repente anima la mueca—. ¡Pues claro, mujer! ¿Con quién piensas que tratas? Nos vemos mañana.

Joder, qué alivio. ¿Así, ya está?

—A las dos y cuarto.

—A las dos y cuarto en la puerta de tu casa. ¿Llevo vino?

—Lleva ideas. —Y le guiño un ojo.

Me refiero a la novela, claro. Pretendo transmitir una cosa, me sale otra. Este chico me mira, me dirige la palabra y dejo de ser la yo sensata. Imaginad, voy a marcarme un *remake*

suicida de aquel almuerzo en el que solo por besarme e intentar repetir, construí un insalvable barranco entre ambos, solo porque me muero de ganas de él. y Gael ha aceptado.

¿Escritora o demente?

45. Giros de tornillo. Como los besos

Pongo especial empeño en que los macarrones salgan al dente. Desmenuzo el salmón ahumado y lo rehogo cuidadosa en una gota de aceite de oliva con ajo natural. Sigo al dedillo la receta de mi madre, cocinera de primera, coñac y chorreón de nata incluido, y para cuando termino y me entrego al lavado y corte de la lechuga, esto huele a manjar de dioses. Hago un alto en las artes culinarias para vestirme.

Con la iglesia hemos topado.

Quiero estar guapa, desde luego, pero

sin que se note. Pretendo no disparar su monumental ego de tío buenorro a las alturas, con una parafernalia de ropa y maquillaje que cante por peteneras «mira la que estoy liando para escoger vestimenta» o «muero por tus huesitos». No. Una camiseta ceñida con Bart Simpson en *skate*, marcando las lolas, y un pantalón harem de algodón negro, basta. Estoy en casa. Manoletinas negras y una coleta alta algo desordenada. Maquillaje suave y brillo en los labios.

Miro el espejo. Sonrío. Perfecto, la emoción me hace brillar como una lámpara. El timbre de la puerta me sobresalta y el contenedor de la sal salta por los aires y se estrella contra el suelo. No soy supersticiosa pero mi

padre siempre dice que tirar la sal es sinónimo de mala suerte. Para compensar la tragedia hay que arrojar tres pellizcos por encima de tu hombro. Derecho, izquierdo, derecho otra vez.

De nuevo el timbre. Corro a abrir con la mejor de mis sonrisas, simulando tranquilidad.

He tirado la sal, nada va a salir bien.

—¿Cómo estás?

—Bien ¿y tú?

Madre mía, charla de estúpidos besugos. Gael continua en el umbral de mi puerta con su traje de ejecutivo formal, creo que no tenemos muy claro qué hacer. Darnos la mano no, es evidente. ¿Un beso en los labios? Me encantaría, pero nanas. ¿Dos besos en

las mejillas? ¿Abracitos de machote con palmaditas en la espalda? Movidos por un mismo resorte ambos nos inclinamos hacia delante y mientras él busca mi boca, yo hago otro tanto con su mejilla. El resultado es una candente caricia a nivel de la comisura, que me pone los pezones como guisantes congelados.

—Por aquí huele de maravilla — alaba él para quebrar la tensión. También la percibe.

—Pasta al salmón, espero que te guste. Pasa y ponte cómodo. —No puedo evitar que mis ojos resbalen hasta el manuscrito que trae en brazos, como a un bebé, casi amoroso. Y de camino, evalúo todo lo demás, con doble vistazo al culo. Matrícula de honor.

Se detiene a la entrada del salón y lo recorre con una mirada admirativa.

—Cómo ha cambiado esto.

—Seguramente, ahora parece una casa.

—Y qué femenino te ha quedado.

—Lo tomaré como un halago. Puedes imaginarte dónde lo he comprado casi todo.

—Me gusta el estilo, es personal, acogedor y exótico al tiempo. Esa mesa de teka con las cabezas de elefante es muy chula. Y no me digas que es sueca, no cuele.

—Llevaba siglos arrumbada en el trastero de mi casa en Málaga, me la trajo mi padre cuando vinieron de visita.
—Coloco la ensalada en el centro de la

mesa y vuelvo a la cocina a por la fuente de la pasta—. ¿Acabaste la lectura?

—Impaciente... —ríe Gael dejando el paquete sobre una silla—. Por descontado que la acabé y debo decir...

—¿Qué? —boqueo. Sus ojos azules sueltan un chispazo maquiavélico.

—Que he traído un magnífico vino para celebrarlo.

—¿Celebrar el qué? ¿Lo requetebién que escribo?

—No, mi aguante sin límite.

—Eso no suena demasiado alentador.

—Arrugo el ceño y me siento. Frente a mí, con calma chicha, sin perder la sonrisa con la que parece burlarse, Gael descorcha el vino.

—Bien, ante todo quiero que sepas...

—inicia su discurso. Yo lo corto poniéndome en pie de un salto y le planto las palmas de las manos por delante de la cara.

—¡Un momento! ¡Un momento, no digas nada! Te ruego que seas completamente sincero. El hecho de haberte invitado a almorzar no debe ser motivo de presión, lo hice solo para agradecerte el tiempo que me has dedicado y para que pudiéramos charlar sin interrupciones.

Me mira atónito. Sí, a veces debo parecer una huida del manicomio.

—Hala, hala, continúa. —Acomodo despacito el culo.

—Pues... En cuanto inicié la lectura... —Vuelvo a saltar como un

tapón, le atravieso los brazos por delante, se me mueven sin querer—. ¡Noa! ¿Otra vez?

—Es solo esto —Cruzo los dedos bien fuerte para que los vea—. ¿Qué miras?

—El modo en que te brillan los ojos. Es genial, solo puedo compararlos con los de mis sobrinos en la mañana del seis de enero.

Enrojezco. Como cinco kilos de tomates todos juntos y apretaditos.

—Venga, va, prometo no volverte a interrumpir.

—La verdad, no sé si creerte. Bien... Esa historia tuya... Sencillamente... —
Contengo la respiración. Si sigue entreteniéndose en florituras, no

resistiré.

—¿Sencillamente...?

—¡Me ha encantado!

—Dime que no me estás vacilando.

—Te lo juro por lo más sagrado. —

Gael apoya una mano a la altura de su corazón—. Es tan real, tan llena de sentimiento, tan aleccionadora pero a la vez tan romántica... Jamás he leído un libro sensiblero pero me apasiona todo aquello que remueva mi interior y me provoque sensaciones. Con tu Elvira he ido del miedo al odio, pasando por el llanto y la carcajada. La figura de su inflexible madre es portentosa, el amor que siente por Raúl, inabarcable...

Me pierdo. Las alabanzas y la coba de Gael siguen fluyendo, flotan por la

sala como pequeñas mariposas multicolores y yo desconecto, feliz, permitiendo que mi espíritu forme remolinos rosados, ascienda a la altura de la lámpara y se quede ahí colgado, contemplando la escena. Cuando regreso a tierra, lo tengo muy cerca, demasiado cerca y me tiende una tarjeta de visita que yo no acabo de aceptar. Parpadeo.

—Este es tu hombre, el editor jefe de Thesaurus Editorial, la empresa para la que trabajo. Visítalo mañana mismo, llévale la novela, se volverá loco.

—¿Le digo que tú ya la has leído?

—Me temo que eso no influirá demasiado en su decisión. Es la fuerza de lo que contiene, tu narrativa, la que lo envolverá como ha hecho conmigo. —

Gael se acerca un poquito más. Me llega una ráfaga de cálido aliento. Para no descontrolarme, agarro bien fuerte la tarjeta del editor.

—¿No me mientes ni exageras? ¿De verdad sentiste todo eso que me has contado?

—De verdad. Hay mucho ardor en ti, Noa, eres una chica...

Hay mucho ardor en mí. Si pudiera confesarte cuanto...

—Estás preciosa.

—Lo sé —boqueo muy digna y muy seria, alzando la copa, mojándome los labios con un sorbo. Luego espurreo de risa— ¡Es coña!

—No. No lo es —susurra intimidante.

No me preguntéis cómo ocurre porque

yo tampoco lo sé. El caso es que en un abrir y cerrar de ojos nos hemos olvidado del almuerzo y nos comemos a besos, literalmente nos devoramos. Los labios de Gael son suaves y jugosos, tersos. Besa de maravilla, repito, repito. Reparte dulces mordiscos por mis comisuras, jugueteando con mi boca, calentándome antes de entregarse a la efusividad del beso apasionado.

Pero todo ha sido el primero. El primer beso ha desencadenado a la fiera. No ha sido un beso tierno, ni dulce, ni suplicante. Ha sido un beso desesperado y oscuro, de los que rebosan necesidad. Luego ha venido todo lo demás como una consecuencia inevitable.

Sin dejar de abrazarnos abandonamos la mesa y buscamos el dormitorio. Es curioso, él no sabe dónde está y sin embargo camina de espaldas, guiado por una diabólica intuición que le indica el rumbo correcto. Una vez allí, la cama. Yo quiero gritarle que me suelte, que esto no puede estar pasando porque él no es para mí, que conociendo mi habilidad para complicarme, terminaré enamorada hasta las trancas, con el corazón hecho migas. Pero su lengua, su maravillosa lengua no me da tregua, así que me callo, porque disfrutar es siempre mejor que quejarse.

Jamás las penumbras de mi habitación habían resultado tan placenteras. Las manos de Gael recorren ávidas y

sedosas mi cuerpo, de un extremo al otro. Me despoja de la camiseta, me quita los pantalones. Yo hago otro tanto. Pausados, disfrutando hoy que estamos sobrios. Pasea sus dedos por la línea de mi escote mientras yo me acurruco contra su cuerpo y me acerco temeraria al cuello.

—Prometimos que seríamos buenos —le susurro antes de lamer el lóbulo de su oreja. Noto el modo en que se estremece.

—Valiente tontería, ¿quién de los dos iba a prometer algo tan ridículo?

Como hace saltar el cierre de mi sujetador, me envalentono y bajo las manos por sus costados rozando la camisa abierta, luego su terso vientre, de

ahí a la cinturilla de su ropa interior. Traspaso la línea antes que él, lo acaricio y gimo con la intención de provocarlo.

—Nena, nena...

Ese «nena» me sabe a cielo sin nubes. Poco a poco me voy librando de la vergüenza de nuestra otra vez, acelerados y beodos, carnales, ansiosos, muy hambrientos. Ahora me deleito con cada caricia, dispuesta a no perderme ni un segundo de placer.

Ha frenado porque mi toque despierta sus instintos más animales y se ha tomado un segundo para entrecerrar los ojos y morderse el labio inferior. Está duro como el diamante. Con una mano lo recorro de arriba abajo, mientras que

con la otra palpo juguetona sus testículos. El obsequio lo vuelve loco, muerde mi boca y me arranca el sujetador que va directo al suelo. Yo hago otro tanto con su camisa bien planchada.

Cuando nuestras pieles contactan, siento un calambrazo de esos de tortura rusa, para morir en positivo. El contraste entre los movimientos de Gael y los de Dom, ilustran a la perfección la diferencia entre «follar» y «hacer el amor». No es que yo piense que Gael me ama, pero... soy delicada, me lo asegura mi cuerpo con todos sus centímetros cuadrados, Fany lo ha confirmado al calificar mi escritura. ¿Es mucho pedir un poco de exquisitez en el sexo, por

favor? Pues toda la que a Dom le ha faltado, le sobra al amante de los ojos turquesa.

Como seguimos de pie, no me resulta difícil arrodillarme. Lo hago lenta y sensualmente, queda muy erótico. No me lo ha pedido, pero cómo me apetece hacerlo. Me deshago de los bóxer de un certero tirón y él salta fuera de la prenda, que va a parar a un rincón oscuro. Castigada. Su erección es descomunal y hermosa. Dibujo circulitos en la punta con la lengua y a continuación la meto entera dentro de mi boca. Mis labios húmedos recorren su carne apretada. Su cadera se mueve despacio, entra y sale en un ritmo que poco a poco, impone a voluntad. Yo lo

sigo, formamos un buen tándem. Está temblando. Me abraso. Todo lo que está sintiendo, soy yo quien lo provoca. Es poder, es entrega.

Succiono la punta y lo miro.

—¿Te gusta?

—¿Quieres que te diga exactamente cuánto?

Sonrío y vuelvo a las andadas. Acelero y con la mano libre repaso sus testículos de nuevo. Gime ronco, dedicado a mí.

—Noa, Noa, voy a correrme, para.

Paro solo porque me muero por sentirlo dentro y porque me prometo que en el siguiente asalto culminaré lo que dejo colgado. Me pongo en pie procurando rozarme con todo su cuerpo

y me bajo las braguitas con un sinuoso contoneo. Esos ojos brillantes que ya hace rato que me desnudaron y me poseyeron por completo, me devoran. Dos manos enormes envuelven mi cintura, me levantan en volandas y tiran de mí hasta que los dos caemos sobre el colchón. Con un ágil giro, me coloca debajo y me aprisiona con su bendito peso.

—Eres lo mejor, nena, lo mejor que me ha pasado —jura entre ávidos mordiscos.

—Estoy... súper mojada... —me maravillo.

—Estás y eres, perfecta.

Sin dejar de tocarme se calza el condón y me penetra de una estocada

que me deja sin respiración. A partir de ahí, inicia una lenta danza de cadera observando el modo en que me acoplo, respetando mis espacios. Me acaricia la oreja con los labios. Mi vello responde al instante, un placentero temblor se apodera de toda mi piel y la eriza. Quiero verlo perder el control, ser yo quien rompa sus férreas barreras, quien le haga olvidar dónde estamos, quiénes somos y que todo esto probablemente no sea más que un sueño pasajero. Que su cercanía inspira emociones que son más grandes que yo. Que me puede el miedo.

Pero ahora todo eso importa poco. Encajados como las piezas de un puzle viviente, nos movemos al compás, frotando nuestros sexos, activando mis

fibras sensibles, notando cómo su verga entra y sale de mis entrañas en una cuenta atrás para tocar el cielo con la punta de los dedos, sin que se escape, sin que sea cielo por lejano. Gael es capaz de bajar a tierra las nubes, Dios, qué remolino de sensaciones en el vientre, qué calor, qué azules sus ojos mirándome a la cara, qué intenso todo, qué lejos la vergüenza...

—Voy a correrme... —aviso con voz entrecortada. Él sonríe.

—Adelante. Te espero. Juntos.

46. Sueños volátiles

¿Juntos? Eso no es posible, solo pasa en las novelas. En la vida real... Sería tan bonito... Joder, estoy a punto de explotar como una bengala de colores.

Un último envite. Su pubis se aplasta contra el mío, con ese pequeño giro hacia arriba que Gael añade para acariciar mi clítoris, y estallo. Detono gritando, bautizando mi nueva casa con toda la felicidad disponible en este día como cualquier otro que arrancó sin saber todo lo bueno que traería. Es el orgasmo más intenso que he tenido en mi vida, inmenso, inabarcable. Lo más increíble de todo es que, efectivamente,

Gael se corre a la par y me nombra con los dientes apretados, como si dejar escapar las letras que componen «Noa» fuera perderme un poco.

Es fabuloso.

El temblor se comparte. Las sacudidas que trae consigo el placer, el bombeo alocado de los corazones, todo suma y multiplica y convierte el sexo conocido en algo sobrenatural, alucinante. Creo que mi cuerpo va a suscribirse a Gael, de por vida.

Rodamos sobre la cama, uno enganchado al otro, muertos de risa, borrachos de nosotros mismos y de una confianza que en realidad, no tenemos. La dan las sábanas y luego se esfuma. Miro con disimulo su cuerpo perfecto,

sus músculos cincelados, su pecho ancho, sus abdominales marcados... Y suspiro. Luego reparo en que su pene sigue erecto como si no acabara de correrse a lo bestia hace un minuto.

—Este chico tiene sed —apunto hacia su miembro, encantada de la vida. Debe ser que lo excito por encima de lo permitido y eso me halaga.

—Mucha acumulada, desde el primer día que te vimos.

—Mentirosillo...

Cambia de postura y queda debajo, completamente estirado conmigo encima. Envuelve mi cintura y deja que sus manos abiertas descansen sobre mi culo.

—Odio que no me crean cuando

decido hablar a corazón abierto — refunfuña cómico.

—Bueno, no soy más que la camarera que te sirve los cafés. No es muy glamoroso que digamos.

—De *glamour* vacío está mi mundo lleno. —Guiña un ojo—. No dirás que no me ha quedado redonda la frase.

—Tanto que sospecho que se la has robado a alguien.

—Perdón, olvidaba que la escritora es usted, bella dama.

Pellizca mi costado ahí donde anidan mis cosquillas. Pego un bote, me retuerzo tratando de escapar, pero me tiene bien sujeta, el muy canalla.

—¡No, no, por favor... por favor! — jadeo llorando a carcajadas.

—Es tu castigo por tenerme tanto tiempo deseándote, mujer de hielo. — Aprieta mi trasero—. Joder, qué buena estás.

¿Y él? Lo miro intensamente y muero un poco. El diablo debe de tener los ojos azules.

Vuelvo a calentar los macarrones. Dos veces, porque abandonamos la cama, nos vamos a la ducha y por cometer el garrafal error de meternos juntos, acabamos repitiendo de pie y contra la pared. Gael me ha insuflado un fogonazo de brujería concentrada, de esas que convierten los príncipes en ranas y a las chicas anodinas como yo, en princesas. La manera en que me aparta el cabello de la cara, me acaricia

las mejillas y me salpica de pequeños besos picantes, me emociona. Pero las alarmas regresan y arrasan con mi entusiasmo.

No puedo hacerme ilusiones. En un par de polvos más, Gael perderá el interés por mí y seguirá su camino con alguna otra chica pija de Serrano, de las que lo rodeaban como moscas el día del cóctel. Dará largas a mis mensajes, a mis llamadas, o peor aún, no lo hará, enmascarará su desgana y me pondrá los cuernos por activa y por pasiva. Yo tardaré en descubrirlo y para cuando lo haga seré el hazmerreír de media capital. Volveré a ser espectadora del modo en que se parte mi corazón.

Calentamos acurrucados el colchón,

cuando me aparto bruscamente de su abrazo. Él enreda su mano en mis hombros e intenta retenerme en vano. Me escabullo con un súbito y desagradable cambio de humor de los míos. Empiezo a vestirme con unas prisas absurdas.

—¿Ocurre algo?

—Ocurre que tenemos que olvidar que esto ha pasado.

—Ya lo olvidé una vez, por respeto, no me pidas que repita.

Como no atino con los pantalones, los tiro al suelo, me da por envolverme en una bata, escapar al salón y ponerme a recoger atolondradamente platos y cubiertos. Gael me sigue completamente desnudo, entreabiertos los labios.

—Me marcho a Málaga, por si no lo sabes.

—Solo unos días, no es una mudanza, volverás y podremos seguir viéndonos.

—No tengo el más mínimo interés en seguir nada. Esto ha estado genial, incluso podemos repetir alguna vez pero...

—Dios, no sigas por ahí, odio los tópicos y si son patéticos, peor.

—No más expectativas, Gael, que me conozco —remacho.

—Oye, no estarás pensando que he alabado tu novela solo para llevarte a la cama.

Pues mira, no. Entre todas las ideas que se me han pasado por la cabeza, eso no me lo he planteado.

—Porque si es así —prosigue—, si es eso lo que te lleva a comportarte de este modo tan... radical, te digo desde ya que estás equivocada.

—Ya.

—Ha sido el subidón, ¿verdad? — Noto cómo también ha virado su humor, parejo al mío, se ha enfriado su voz y su energía candente desaparece, ya no me acaricia.

—No sé de qué hablas.

Agarra el mantel de la mesa y cubre con él su glorioso cuerpo. No grito ni me quejo, solo siento dolor por dejar de verlo.

—El subidón por lo de tu obra te ha empujado a tener sexo conmigo —me acusa. Eso me duele, mucho, en lo más

hondo.

—No digas estupideces. El subidón solo me ha ayudado a olvidarme de mis reparos.

Me encarcela contra la pared, temo que pretenda besarme. Lo esquivo con las manos llenas de vajilla y huyo en dirección a la cocina.

—¿Y cuáles son esos reparos, Noa? ¿Podrás contármelos algún día?

Desde luego que no. El miedo, un miedo terrible que ahora, en mi debilidad, no podría combatir. Ya me han seducido antes, ya me han presionado a amar y a aceptar cuando yo me resistía, ya he pasado por esto. Y cuando cedí me humillaron, me utilizaron y me desecharon. No va a

volver a pasar.

Pero tampoco puedo confesarlo así, en crudo.

Gael me alcanza en dos zancadas y sus enormes manos inmovilizan mis hombros. Me estremezco de pies a cabeza, la ensaladera tiembla entre mis dedos.

—Dime que esto solo lo siento yo, dímelo mirándome a los ojos y no volveré a molestarte.

—A ti no se te puede mirar a los ojos sin desmayarse.

—Noa, si no quieres, no le pongas nombre a lo que tenemos, te lo ruego, no lo etiquetes, es sencillo.

—Es que no tenemos nada y que, se llame como se llame, no es una relación

lo que necesita este momento de mi vida.

—Deja que pase el tiempo y verás cómo te relajas. No dudo que hayas sufrido...

—¿Sufrido? —Retrocedo unos pasos, me alejo de su tentadora cercanía, poso el bol de cristal en la encimera—. Esa no es precisamente la palabra. Me han despellejado viva, me han abierto en dos el corazón. Comprenderás que no me fie del primero que me venga con una sonrisa cautivadora.

—Por favor, no cortes a todos los tíos por el mismo patrón, no puedes ser tan predecible —se defiende.

—Pues parecidos. Si no te gusta, no mires. La infidelidad marca.

—Como todos los palos, solo si tú se lo permites. —Vuelve a acortar distancias. Atrapa un mechón de mi pelo, lo coloca tras mi oreja y con la punta de los dedos, recorre la curva de mi mejilla—. Dame la oportunidad de demostrarte que me importas.

Me aflojo bastante. Que Gael me toque ejerce un efecto balsámico, desconcertante y extremadamente comprometido.

—No podría soportar que me mintieses —balbuceo.

—No te mentiré, tienes mi palabra.

—Confiar me cuesta, me cuesta un mundo —confieso desalentada. Pero él sonrío y yo me contagio.

—Me quedé prendado de ti la mañana

en que me serviste el primer café. Perdona que al tirarme la copa encima en la recepción de la editorial, otros sentimientos recorrieran mi mente. Noa...

Ahí está otra vez, su voz radiofónica, su boca pluscuamperfecta, besando mi nombre. No puedo soportarlo. Vibro de excitación.

—¿Qué...?

—Eres un ser humano maravilloso, con un montón de cosas que contar, una vida interior rica, original. Has escrito una novela que va a convertirse en súper ventas porque tú eres fabulosa. Lo sé, lo auguro.

—¿Qué vas a augurar tú? —esbozo una sonrisa algo tensa—. Ni siquiera

eres objetivo.

Dado el pedazo de beso que me regala a continuación, casi prefiero que no lo sea. Sus dedos viajan por los laterales de mi cuello hasta mi nuca, me inmoviliza, me mantiene así, ligeramente inclinada hacia atrás mientras sus ojos azules recorren la curva de mis labios y la besan. Me dice tanto cada vez que me mira, sé que con los minutos, la conexión que nos ata, crece. Luego se acerca y de nuevo su boca roza la mía, fugazmente. Gime de gusto con el contacto y el suave sonido dispara mi lujuria. Soy yo la primera que rodea sus labios, presiona y busca su lengua, casi con desesperación. Le muerdo. Esto no es un beso, son todos los besos de la

tierra, de mi tierra, fundidos en un llanto
de necesidad.

47. Desde un prisma diferente

Cambio los billetes del bus para más adelante y aviso a papá de que retraso el viaje unas semanas, por causas de fuerza mayor: esta kamikaze ha agotado los días libres en el Love Locke, para las ansiadas vacaciones aún falta, y debo entregar en persona mi manuscrito al editor jefe de Thesaurus Editorial. Por fin, algo positivo. Se alegra una barbaridad, hace siglos que no lo noto tan animado. Así y todo, mi intuición de hija me enciende el piloto de S.O.S.

—Papá, ¿va todo bien? Y me refiero a mamá, que sé que sigue haciéndotelas pasar moradas.

—No, bueno... Ya hablaremos cuando bajés.

Lo cabezón que llega a ser. Para su desgracia, es un rasgo de carácter que he heredado.

—Hay algo que te preocupa y si no me lo cuentas será peor, porque en lugar de ir a esa cita vital serena y concentrada, iré abstraída pensando en ti y en tu secreto. Serás culpable de que me estelle, de modo que desembucha.

Bufa. Rebufa. Pero cede. Es mi padre, remolón a la par que blandito.

—Vamos cuesta abajo. Tu madre, es lo único que me preocupa. Ya ni siquiera da explicaciones de a dónde va cuando sale.

Me muerdo los labios con ansia.

Beberme el aire disponible me sabe a poco.

—Llegaré, con suerte, en un par de semanas y lo arreglaremos. Te apoyaré, algo se me ocurrirá. ¿Aguantas?

—Claro, hija. Tu padre es viejo y los huesos le crujen, pero lo soporta todo.

—Papá. Te quiero. Recuérdate que te hable de un chico extraordinario que he conocido. Míster Perfecto parece que existe.

Pues sí, lo parece. Porque a partir de ese tímido almuerzo que terminó en apocalipsis erótico-festivo, Gael y yo iniciamos una suerte de rutina que se parece mucho a salir en serio. Mitigamos la distancia de nuestro día con mensajitos dulces y llamadas, nos

decimos cuánto nos echamos de menos al no tenernos y las horas que pasamos juntos, casi todas las que se tercián, devoramos el cielo y las estrellas.

Más segura y tranquila, me he empeñado en darle una vuelta completa a la novela, descubrir nuevos matices que la llenen de detalles. No cedo a las presiones de Gael que pretende lanzarme de bruces al precipicio. No, despacio todo sabe mejor.

Incluso el amor.

Estamos en su apartamento, en su cama, recién levantados, recién follados. Llevo un conjunto de ropa interior color fresa y una camiseta de deporte suya, que me queda enorme. Por los huecos de las axilas se ve el

sujetador y el largo apenas me tapa el culo. Imposible pasar por alto las miradas incendiarias de Gael a mi cuerpo.

—Un dólar por tus pensamientos — irrumpo. Sonríe. Lo imito. Aprieta el lazo alrededor de mis hombros y me besa el pelo revuelto.

—Dólares no, que te harán falta para tu viaje a Nueva York.

Suspiro. Acaba de referirse a una nube inalcanzable.

—Estaba cagándome en el recuerdo de Aníbal —explica todo transparencia y tacos—, ese maldito almuerzo en que me dijiste que pensabas recuperarlo.

Me pongo colorada, la temperatura me sube hasta en los brazos.

—Aníbal no cabe en esta cama —
replico muy seria.

—Me he preguntado muchas veces,
¿qué habría pasado si llega a decirte que
sí? ¿Te habrías casado con ese capullo
imbécil? ¿Te habrías olvidado de mí?

Se me escapa un brote de carcajada,
me retuerzo y cuando quiere darse
cuenta me tiene encima, a horcajadas
sobre su cadera desnuda, meciéndome
sobre el peligro, con las manos
apoyadas en su pecho.

—Umm... deja que lo piense.
¿Habrías seguido desayunando en el
Love Locke?

—Probablemente no, mi corazón
hecho añicos no me lo permitiría.

—Aunque la cabezonería te pueda —

añado con malsana intención.

—Eso también. Vale, puede que hubiera seguido yendo cada mañana y cada tarde, pero solo para mortificarte.

Hay un antes y un después de imaginarme la escena, la situación, mi universo sin él.

—Lo habrías conseguido —afirmo—. Quién sabe si también, que me arrepintiese de la decisión tomada. Infeliz toda mi vida, ¿qué te parece como título?

—Acabaría raptándote, princesa. A la mierda Aníbal, bienvenida a mi castillo para la eternidad.

Ya. Muy dulce. Lástima que las cosas fuera de los cuentos de hadas, no sean así.

—Sería desleal a mi pareja y con la deslealtad no se juega.

—¿Entonces?

—Tendría que admitir que había vuelto a equivocarme —sentencio con tristeza—, tratando de vivir una vida sin ti, te habría buscado en mis madrugadas, en todas, preguntándome cómo pude estar tan ciega.

—Nena, ¿me quieres?

Me zambullo en sus ojos azules. Peligrosos y necesarios, preguntándome cómo me las he arreglado para sobrevivir hasta ahora.

—Te quiero como no imaginé que pudiera hacerlo —susurro—. De la cabeza a los pies, los tuyos y los míos.

Me inclino para besar sus párpados.

—¿No me preguntas si me pasa lo mismo? —me pica. Yo finjo indiferencia al tiempo que continúo con mi hilera de caricias suaves. Pura provocación con careta de inocencia.

—No me hace falta, lo sé.

—¿Sabes lo mucho que te quiero? Ni idea tienes, bandida.

—Me lo dices cuando me sonríes, cada vez que vienes a la cafetería y te me quedas mirando embobado. Cuando nos reímos de nada, cuando caminamos por la calle y me protegen tus brazos. Cuando me hablas de tu infancia, de tu hermano caprichoso, de que no querías volver de Londres pero que ahora te alegras.

—Es por ti, por haber obrado el

milagro, preciosa.

—Bueno, entiendo que la City, con ese clima de fábula, te atraiga y te mantenga encadenado a la torre del parlamento —me burlo. Me agarra por las muñecas, me zarandea y giramos juntos hasta apresarme debajo. No dejo de reír, lo conozco y sé lo que viene a continuación.

—Si llego a saber que me esperabas hubiese corrido más.

—¡No te esperaba! —río—
¡Engreído, presuntuoso! ¿Tenías muchas novias en Londres, señor Plomo?

—Alguna cayó. —Se muerde el labio.
Persigo ansiosa el movimiento.

—Exijo detalles.

—Te los cambio por un beso.

—¡Huy, mucho pides! Depende del beso. —Hago como que me lo pienso. Tuerzo la boca y el muy salvaje me muerde la barbilla.

—Mira que pienso darte el mejor que me queda, ¿eh, gruñona?

Sospecho que no me lo ha contado todo. Es un golfo, en Londres se comportó como todo cristo espera que se comporte un mujeriego irresistible, no es que lo haya negado, aunque sin incidir demasiado en las llagas, para no hacer sangre. Me ha hablado de su hermano pequeño, un descerebrado con casi veinticinco años, de cuyos traspies debe cuidar por tradición familiar.

Me roba un beso cuando la conversación empieza a ponerse seria.

—Mi hermano fue el culpable de mi regreso forzado. Eso y no volver, fue lo que me irritó —me explica—. ¿Tu hermana es igual de plasta?

Otra vez. Ahí las tenemos de nuevo. Preguntas incómodas. Preferiría que volviera a besarme hasta privarme de sentido.

—Elijo no hablar de mi hermana.

—Seguís distanciadas. ¿Os peleasteis?

—Ya pasó. Pero sí, hubo un tiempo en que estuvimos muy enfadadas la una con la otra.

Si algo me agrada de Gael, aparte de lo evidente, es su empatía. Su capacidad para anticiparse a mis momentos y respetar mis burbujas de soledad

acompañada. Aún en su presencia, hay veces que si no me abstraigo, me ahogo. Y él las conoce todas, jamás ha roto ninguna. Me palmea el trasero.

—¿Qué tal un desayuno simpar, brujilda? —me ofrece.

—¡Tortitas! —palmoteo— Yo las hago mientras tú te duchas.

—¿Y vas a permitir que me refresque solo?

Le arreo con la almohada en la cabeza, me escabullo lejos del colchón y de sus garras, y le regalo una panorámica de mi trasero. Me encanta el efecto brasileño de estas braguitas. Y a él también, porque silba como un lobo a la luna llena.

—Por supuesto que te irás a la ducha

solo. Mírame, castigador, ni andar puedo. Fany preguntaría que dónde me he dejado el caballo.

—Es sábado, no hay que trabajar. Solo disfrutar y querernos mucho.

Bajo las sábanas, algo duro y potente despierta, con vida propia y capacidad para levantar la tela.

—Mira que te como, te lo juro, no me mires así...

48. Más de lo nuestro

Se abalanza fuera de la cama, rugiendo con las manos extendidas, buscando agarrarme. No me queda otra que chillar y salir a escape en dirección cocina. Antes de encerrarse en el baño, me advierte que me ponga unos pantalones o no responde. Desde luego, las órdenes depravadas son para no cumplirlas. Cuando sale, lo admiro por encima del hombro, con el pelo chorreando, envuelto en una toalla, con un millar de gotas brillantes resbalando por su piel. Camina hasta colocarse a mi espalda. Lástima de manos ocupadas con la sartén y la espumadera.

—Maldita provocadora, si no te has tapado el trasero...

—Las pruebas del alto tribunal, señor Plomo, si no las resiste lo condenaremos a la hoguera. Ahí he puesto la mermelada de fresa, el azúcar glas y la Nutella. Si prefieres de albaricoque, está en la nevera.

Sonríe complacido. Aún recuerdo nuestras primeras escapadas a su apartamento de soltero, con un frigorífico como un desierto desolador y cientos de latas de cerveza por todas partes. No han transcurrido ni tres semanas y ya hemos marcado nuestras propias reglas. Como por ejemplo, que yo pueda hacer la compra y elegir lo que me plazca. Desenrosca la tapa de la

mermelada, introduce un dedo y lo impregna de salsa dulce. Luego reptaba hacia mi cuello, aparta mi melena oscura y avanza en lateral hasta encontrar mi boca.

—Prueba —me anima.

Separo los labios, mete dentro el dedo y succiono fuerte. Jugueteo con la lengua alrededor de su falange dándole pistas acerca de lo que podría suceder en otras regiones de su bendito cuerpo.

—Podrías... preparar café —murmuro tentadora—. Antes, dame más de eso.

—¿Mermelada?

Elevo las cejas para decir sí. Todo en nuestra charla tiene doble significado. Todo es sensual. Todo nos lleva al

mismo punto sin retorno.

—¿Y esto, qué es?

Se refiere a la harina. Tengo destapado el bote sobre la encimera. Sin dejar de chupar ni de sujetar la sartén, mi mano libre viaja hasta el interior. Atrapo una pizca.

—¿Esto? Nieve del Kilimanjaro.

—Qué maravilla. —Rodea mi cintura con las manos. Mancho su pecho húmedo con el polvo blanco, que se queda pegado—. ¿No quieres visitarlo en vivo y en directo?

—Nueva York primero —silabeo perversa. Pasea la punta de la nariz por la zona de mi oreja, a lo largo del cuello, por la línea curva de mi mandíbula.

—¿Cuántas tortitas tenemos ya? — pregunta con un vozarrón ronco que me excita lo indecible.

—Suficientes, señor Plomo.

—Pues apaga el fuego. Estos trances domésticos me la ponen dura...

Deja caer la toalla, se queda como su madre lo trajo al mundo y a mí me sienta sobre la encimera, lejos de la vitrocerámica aún caliente. Aprovechando que me quedo colgada de lo que veo, me baja las bragas, araña mis muslos en el recorrido, provoca una miríada de suspiros que acaban siendo jadeos. Me separa las rodillas y se acomoda en el hueco que queda en medio. Apoya la punta del pene en mi abertura húmeda y se restriega. No se

puede ser más cruel. Desde fuera, con la camiseta estorbando, acciona el cierre del sujetador y despacha ambas prendas de un tirón por encima de mi cabeza.

—Adoro estas tetas tuyas.

—Se van a enfriar las tortitas —me resisto. Se defiende frotando un poco más contra mis pliegues, solo puedo temblar de gusto.

—Esto será rápido, acabo de cambiar de opinión.

Sujeta el tronco y se adentra en mí. Nos miramos con deseo, sin tapujos. Me abre para colarse mejor, empuja y penetra hasta el final. A partir de ahí, entra y sale muy despacio, recreándose en cada viaje. Enrosco las piernas en su cadera y aprieto. La distancia mínima

que nos separa desaparece bruscamente, se funde contra mi vulva.

—Fóllame. Sin entremeses.

—¿Tanta hambre tienes, mala mujer?

—Hambre de ti.

Sonríe, imprime ritmo a los embites y acelera. Cierro los ojos, arqueo el cuello, echo atrás la cabeza y simplemente, disfruto. Me asalta la fiebre que todo lo engulle, el temblor salvaje, unas brutales ganas de él me dominan. Mi ser lo llama a gritos y por fin, el estallido que me libera, me devuelve la vida y una lluvia de estrellas fugaces con todos los deseos por cumplir.

Llegamos juntos al orgasmo. Si no al cien por cien, con escasas décimas de

segundos de diferencia. Cuando viene a besarme, una nube blanca de harina vuela y se le estampa en la cara. No puedo evitar una carcajada.

—Maldito empotrador de camareras...

No debí fiarme, Gael también tiene sus recursos. Agarra el bote completo, impide que yo vuelva a hundir la mano, sopla, me ciega, y lanza su contenido por los aires. Nos baña el polvo dulce, nos ensucia el pelo, nos hace estornudar. Apenas si puedo abrir los ojos. El muy cerdo aprovecha para hacerme cosquillas. Aún lo tengo dentro de la vagina, aún lo noto poderoso y duro.

Paso los brazos alrededor de su cuello y beso con ternura sus labios

empolvados.

—Bien hecho, semental. Ahora solo nos queda yogurt líquido para desayunar.

Hoy sábado hemos cenado fuera, en Saporem, el restaurante de Ventura de la Vega, con la terraza más alucinante y la mejor carta de gin-tónicos. Después del postre, recorreremos en moto Madrid, disfrutando la brisa cálida de verano, sin articular palabra. Abrazada a su cintura, mi cabeza apoyada en su espalda y un suspiro que se escapa de cuando en cuando. Qué miedo a veces, me puede el terror de cesar en mi vigilancia y que todo se rompa, que lo que estamos viviendo sea un endeble papel cebolla y se lo lleve el viento. La

necedad de mis errores, mi mala suerte, la elección de relaciones tóxicas cuando debieron ser sanas. ¿Es posible esto? ¿Un hombre perfecto que me regala instantes aún más perfectos? Sí, me da pavor cerrar los ojos, volver a abrirlos, y haberlo perdido.

Suerte que llegamos a casa y no hay más que cavilar, nos desnudamos a toda velocidad, desatados, para terminar en un baño de espuma a la luz de las velas, yo acomodada entre sus piernas.

—Creí que jamás volvería a confiar en nadie —confieso de forma inesperada.

—Esta experiencia es nueva para mí también. ¡Dios! —se moja abochornado el pelo— Suena a frase hecha. ¿De qué

me sirve trabajar en una editorial?
Parece que no leyera...

Tuerzo el cuello para mirarlo desde
delante.

—No lees historias de amor. O las
lees de reojo, sin que se entere nadie, no
sea que te gusten y se note.

—Te estás burlando.

—Pues claro que me burlo,
hombretón. Decir cosas que llegan al
corazón debería ser obligatorio si hay
alguien especial en tu bañera.

—Vale. Puede que no sepa decir
virguerías pero he visto *Frozen*.

¿Einng? ¿*Frozen*, ha dicho? ¿Un tío
como él? No puedo, me parto en dos de
risa.

—Sí, sí, ríete, malvada, gracias a esa

película genial, puedo decirte «el pasado en el pasado queda». ¿No te parece una frase de la hostia? Simple pero llena de contenido.

No respondo enseguida. La referencia a una película infantil no debería ponerme tan triste, si ocurre es por el peso muerto que acarreo sobre los hombros. Quizá debí ser más inteligente, dejar pasar el tiempo antes de enredarme con Gael y recibirlo con el alma limpia, sumar nuestras propias equivocaciones, pequeñas o grandes, pero nuestras. Ni mías, ni de mi hermana, ni de Dom, ni de mis padres...

—No quiero que hagas esto porque creas que es lo que necesito.

—¿A qué te refieres?

—A dedicarme tu tiempo. Sé que puedo dar mucha pena pero igual no lo merezco.

De un salto repentino abandona la bañera llevándose con él buena parte del agua. Se acuclilla en la alfombra, apoya los codos en el borde y me evalúa con la mirada.

—¿De qué demonios hablas?

Sonrío afligida, incapaz de abrirme más allá de lo conseguido. Las jodidas dudas, cuando llegan, son como nubes de tormenta, siempre amenazando.

—Oye, Noa, no tienes por qué perderte en esa culpa tremenda tuya, no es sano.

—Bésame.

—¿Será suficiente?

—Tú hazlo.

¿Cómo se supone que debe vestir una autora de novela romántica? Yo tampoco lo sé. Por eso me vuelvo loca manoseando mi escaso guardarropa tratando de escoger lo más lucido para presentarme en Thesaurus Editorial. Quiero impresionar favorablemente, transmitir al tiempo capacidad creativa y profesionalidad, alguien que siendo capaz de parir novelas entrañables, cumple a rajatabla con el calendario impuesto por contrato. Al final acabo con la cabeza caliente, unos vaqueros *boyfriend* azul marino, zapatos de tacón, *top* de seda estampada, chaqueta sastre y *clutch* con el mensaje «Make it happen» que me parece de lo más apropiado.

Nada para tirar cohetes, sin arriesgar pero correcta. Cepillo mi melena hasta sacarle brillo, pido a mi hermana Marta que me envíe toda la energía positiva disponible y encamino mis pasos hacia el monstruoso edificio, más contenta que unas castañuelas.

Lista de cosas que pueden salir bien hoy: encontrar aparcamiento. En esta zona es una locura. ¡Pues lo encuentro! Empezamos con tino, Marta, querida. Ese señor, se llame como se llame (ya lo he olvidado), va a caer rendido a mis pies, ya lo verás. Venderemos cientos, miles de ejemplares de «Hermana mía» y medio mundo podrá leer la dedicatoria a tu nombre.

Martita, cruza los dedos que estoy a

punto de atravesar la puerta giratoria de cristales. Tres, dos, uno... Virgen Santa, cuánto lujo. Un señor trajeado con pinta de mayordomo me sale al encuentro. La verdad es que pensé que me alargaría la mano a modo de bienvenida, pero justo cuando voy a corresponder, lo pesco husmeando el aire alrededor, como un sabueso mosqueado. Arqueo las cejas. Como no suelta prenda, saco la tarjeta del editor jefe.

—Creo que me está esperando —me animo a mí misma. El conserje la repasa con diligencia.

—Por supuesto. Ahora mismo... — más olisquear con mala cara. ¿Qué demonios le pasa?—, ahora mismo le doy acceso.

—Me llamo Noa Polo, traigo una novela —explico por romper el iceberg que se va formando, desconozco el motivo, entre los dos.

—Perdone, señorita, disculpe el atrevimiento. Sospecho que ha pisado usted... algo.

—¿Algo...?

—Algo... indeseable.

Levanto la pierna y giro el pie para inspeccionar la suela. Ahí está, bien pegada, una caca de perro tamaño humano, fétida e insoportable. Lo que faltaba. No contenta con la catástrofe, me he encargado de repellarla por toda la alfombra persa que adorna el vestíbulo. Tierra de las editoriales, trágame y escúpeme bajo la cama.

—Buena la ha liado usted... —
farfulla, no sin razón, vaya eso por
delante.

—Lo siento... muchísimo —declaro
con desmayo.

—...Emborrizando una alfombra que
no compramos ayer, que tiene ochenta y
cinco años, es una reliquia valiosa. —
La dureza con que me mira y me
reprende me convierte en un gurrño
pequeñito— ¡Qué peste, por el amor de
Dios!

—Entonces, ¿no va a recibirme el
editor jefe? —clamo afligida. El
guardián de la puerta me fulmina con sus
ojos de halcón sagaz.

—¿Piensa que voy a permitir que se
pasee por nuestras instalaciones con

«eso» ahí pegado? Olvídelo, vuelva otro día o mejor... ¡nunca!

—¡Señor! ¡Oiga, señor, me limpiaré! ¡Saldré a la calle, me compraré otros zapatos! —Tengo que soportar que me expulse y me cierre la puerta en las narices— ¡Vuelva!

En otro momento de mi vida, me habría rebelado, cumpliendo exactamente eso, buscar la primera zapatería disponible, adquirir un bonito par de zapatos nuevos, arrojar los del ñordo a una papelera. Pero estoy derrumbada, por más que intente engañarme, las heridas son recientes, aún sin cicatrizar y todas mis ilusiones estaban puestas en hoy, de manera que me quedo aquí, encogida y llorando.

Salgo a la calle y sigo haciendo lo mismo. Después de tres horas vagando sin rumbo, telefono a Gael que aguarda noticias. Desde luego, lo que le cuento no es lo que esperaba, pero le provoca un ataque de risa que no sé bien cómo tomarme.

—Nos vemos en quince minutos, eso tengo que oírlo en persona, quiero ver tu cara, tus gestos.

—No hace ninguna falta ser cruel, ¿sabes?

—Me parto. ¿Una caca, dices? ¿Y con el estirado de Sebastián? Habría dado dinero por estar presente.

—Te aseguro que no ha sido ningún chiste, me ha exiliado del edificio de por vida, me quiero *molil*.

—Nada de morirse, mujer, vienen galopando tiempos mejores. Te invito a comer.

Miro la hora. Sintiéndolo mucho voy a tener que rechazar su atractiva oferta.

—Mejor ven tú para el Love Locke, se acerca la hora de mi turno.

49. Descubrimientos que podían haberse... ¿ahogado?

Es llamativo que te pase por encima una experiencia demoledora y a los demás los descomponga a carcajadas. Mi compañera Paqui tira al suelo la bandeja de bollos suizos sujetándose la barriga cuando se lo cuento.

—¡Ay, chica! ¡Qué cosas te pasan!

—¿Ves como no soy el único que lo piensa? —Es Gael, acabado de llegar. Está tan insoportablemente guapo que le lanzo un beso irreflexivo por el aire. Sigo congestionada pero me alivia verlo aparecer.

—Sois implacables. Los dos —acuso.

—Pásame ese manuscrito. Yo mismo voy a presentarlo, estamos perdiendo tiempo y ventas. Recuerda que es la novela «sensación» del año.

—Me dijiste que eras un mindundi, ¿cómo es posible que ahora tengas acceso al editor principal?

Gael se toma su tiempo. Antes de responderme acomoda el manuscrito en su eterno maletín y luego lanza un pequeño suspiro.

—No me has contestado —lo apremio—, recuerda que ahora tengo antecedentes «de mierda». ¿Cómo sé que no te darán una patada en el culo por mi culpa y tu atrevimiento?

—Ya encontraré el modo de colarme

—asegura desviando los ojos. Tengo la sensación de que esquiva parte de la información.

—Ya. Te harás el pesado y el metomentodo. Arrojarán el manuscrito por la ventana contigo detrás. Y ya no tendré más nunca una oportunidad, ni en broma.

—No creo que hagan eso.

—¿Por qué no? Ser un don nadie, es lo que tiene. No te arriesgues, por favor. Prefiero jugar con la excusa, comprarme unos zapatos nuevos, e intentarlo otro día.

Alargo las manos hacia su maletín reclamando el contenido, pero lo aparta lejos de mi alcance.

—No quiero que te ganes una bronca,

Gael, por favor.

—Puede que no te haya dicho toda la verdad. —Algo en su tono me desconcierta. Dejo caer los brazos a lo largo del cuerpo. Aspiro aire con tanta fuerza que Gael se asusta—. Respecto a Thesaurus Editorial.

—¿Qué es lo que no me has dicho? ¿No editan novelas, se centran en el ensayo? ¿No se interesarán jamás por lo que he escrito? ¿Estuve a un tris de hacer el mayor ridículo de mi vida? ¿Me salvó un ñordo?

Gael clava las pupilas en el suelo de vinilo. Noto la impaciencia trepar por mi garganta.

—¿Qué no me has dicho? —insisto. Veo que titubea.

—Mi influencia en la empresa. Es ligeramente mayor de lo que he contado, me escucharán. —Desde mi barbilla, empuja suave mi cara hacia arriba y me roza los labios con el pulgar— ¿Confías en mí? Traeré un succulento contrato para que lo firmes.

Suelto el aire que ni sabía que hubiese retenido en los pulmones.

—No te engaño, ni en mí misma confío. Pero supongo que me refiero a otras cosas. Si dices que puedes, es que puedes. Por favor, no te pongas en evidencia por una simple novela, es lo único que te pido.

Asiente con un golpe de cabeza que me resulta de lo más erótico. Rezuma poder y amor. Me encantaría devolverle

la caricia, atraparle la cara y quemarle la boca con un beso de quince minutos pero estoy tras la barra.

—No es una simple novela. Es tu novela. Grande y especial.

Ver para creer. Al día siguiente, ya soy la afortunada firmante de un contrato editorial donde comprometo «Hermana mía» más otros dos proyectos en el plazo de tres años, que Gael me planta por delante a la hora de la cena. No sé qué decir, todo tan precipitado, tan sencillo y lejano a un tiempo...

—Pero... ¿Ya han dicho que sí?

—Te estoy ofreciendo el bolígrafo. Y tienes un papel esperando ser autografiado, encima de la mesa.

—No han tenido tiempo de leerla.

—Noa, yo la leí, entregué un informe exhaustivo, con fragmentos subrayados y un análisis completo de la estructura. Redacté una sinopsis. Los editores leen en diagonal, en solo un rato. Te sorprenderías, te lo juro, son como máquinas.

—Tan pronto... —balbuceo con las manos tapándome la boca. Sigo sin creerlo, lo siento, mi mente cuadrículada se resiste a los golpes de suerte, no los conoce.

—¿Por qué te cuesta tanto admitir que está pasando?

Allá voy. No he podido evitarlo, por más que me muerdo los labios, los ojos se me anegan de lágrimas. Dejo la silla

con un salto como un muelle, y me lanzo a la caza y captura del cuello de Gael, el hombre más increíble sobre la faz de la tierra, mi hado, mi talismán de la fortuna, mi esfera perfecta.

—¡Te quiero, te quiero, te quiero! —disparo en plan metralleta. A lo mejor ni lo ha entendido. Río, lloro y prometo amor, todo al mismo tiempo.

Recibe mi entusiasmo desmedido con una carcajada, nos acariciamos, jadeamos de contento, y finiquito la escena estampando una firma temblorosa en las tres copias impresas, después de besarlo muchas veces.

—Un sueño hecho realidad —vitorea—. Ahora solo nos queda Nueva York.

—Nueva York y el resto del mundo.

Ahora mismo podría con cualquier desafío, el poder del frenesí me ha contagiado.

—¿Seguimos cenando? —Gael pliega los folios con cuidado, los acomoda en su maletín y vuelve a la mesa—. Queda lo mejor, he comprado los *cupcakes* que te gustan, en Celicioso.

Yo no consigo quedarme quieta.

—Lo más sorprendente de todo —canturreo aún encaramada a mi limbo—, es que no te hayan arrojado por la ventana al presentarles el trabajo de una autora desconocida y sin experiencia.

Me regala una mirada castigadora, que es una regañina en toda regla..

—He tomado una decisión contigo, Noa, y va en serio. Me niego a

responder chorradas. ¡A comer!

Los siguientes tres días ponen a prueba mi alelamiento absoluto. Son de creerlo, de no creerlo otra vez, de despertarme en mitad de una pesadilla temiendo haberlo soñado. Se lo cuento a mis padres, que ni han leído el manuscrito ni saben de qué va la historia pero se alegran por mí y me pagan un billete para que baje a recibir achuchones. A Olimpia, a Fany, a Paqui, a don Paco, mi jefe, a la señora Braulia a la que prometo traer el primer ejemplar que consiga... Tengo una cita pendiente con Raquel, mi editora, a la que de momento no conozco más que por teléfono y correo electrónico, pero que me parece una tía diez, implicada, entusiasta, mil

por mil comprometida. La convicción que a mí me escasea, a ella le sobra. Y por encima de todos ellos, sobrevolando, Gael. Mi Gael.

Lo tengo delante, acodado en el mostrador, mirando cómo derrapo cargada con la bandeja, sin provocar catástrofes. Enterrado el pánico, floto ligera como nunca, he pasado del blanco, al negro. De la decepción y la rabia, del penoso vacío, a la plenitud. Qué bien sienta el sosiego, no desfigurar la realidad con comeduras de cabeza. Ni siquiera me acuerdo de Dom el cretino, esto huele a conjuro de mágica felicidad.

—Seguramente haréis una gira de presentaciones —me cuenta.

—¿Vas a acompañarnos, mindundi?
—me cachondeo—. Tendrás que sobornar a Raquel y ganarte vacaciones extra.

Primera ocasión desde que lo conozco, en que el guaperas no me asalta con una respuesta rápida. Observo con el rabillo del ojo mientras selecciono un plato mediano para su flauta de cereales con mantequilla. Detecto electricidad, una tensión que podría palpar alargando la mano, y no de contenido sexual precisamente.

—Pasa algo —adivino.

—Pasa que hay un asunto del que quiero hablarte.

—Oh, oh. Desembucha. Casi puedo oír como crujen los engranajes de tu

cabeza.

—¿Tiene que ser aquí? No me gusta el sitio ni la oportunidad.

—Tú lo has planteado. Y te has puesto tan serio que vas a conseguir que entre en coma —lo amenazo en un siseo. Quiero encogerme de hombros pero no puedo, se me han congelado. Paqui se acerca a todo gas, me roba el plato vacío y me endilga otro con un sándwich calentito.

—Supongo que tarde o temprano, Raquel se irá de la lengua y prefiero que lo sepas por mí.

Un sudor frío recorre mi espina dorsal. Joder, no. No, por favor.

—Habéis estado liados, ¿verdad? —Boqueo. Palidezco—. Raquel y tú.

No despeja la duda. ¡No puedo creerlo! Voy a tener que currar con ella, codo a codo, con la tipa que se ha beneficiado a mi chico.

—¿Te acuerdas de que vivía en Londres?

—Con Raquel —aventuro. Y el caso es que la tía me cae bien.

—Fui a abrir Thesaurus al mercado editorial anglosajón.

—¿Con Raquel? —insisto sujetando el plato con tanta fuerza que blanqueo mis nudillos.

—Tuve que volver y poner el proyecto en manos de otra persona de confianza porque mi hermano pequeño, para variar, se había metido en líos.

Disculpa, eso ahora carece de

importancia. Y no es por desmerecer a tu hermano.

—¿Qué pinta Raquel en esa historia?

—¿Raquel? Nada. He dejado que tu cabecita elucubre para ver hasta dónde eras capaz de llegar.

Como Dios y este mostrador no lo remedien, voy a atizarle un puntapié en toda la espinilla. Me hierve la sangre.

—¿Estás jugando conmigo? ¿Has o no has estado enrollado con mi editora?

—Desde luego que no. —Toma aire—. Solo soy el propietario de la empresa.

Se me cae el plato al suelo. El sándwich del cliente de la esquina rueda a esconderse bajo la barra. Una idea acaba de cruzar mi cabeza. Una idea

desagradable, sucia, dolorosamente obvia.

—¿De qué empresa?

—Thesaurus —indica bajito.

—¿De todo ese... edificio? Y de la alfombra persa donde dejé pegada la caca...

Gael asiente. No quiero que asienta, quiero que me diga «estoy de broma, tonta, ¿cómo voy a ser yo el ricachón dueño de semejante enfermedad?» pero no sucede. Cosas así nunca suceden cuando hacen falta. Asiente. Y me deja sin fuerzas, sin respiración.

—Ahora entiendo lo del contrato. Tan rápido, tan fácil, sin obstáculos.

—No digas estupideces. No me aplauden por tirar dinero a la basura.

Publicas porque tu obra es jodidamente buena.

—¡Márchate! —digo tan solo cuando acierto a llenar los pulmones. Me duele por dentro. Pero, ¿por qué? Es lo único que gira y se repite en mi cabeza.

—Noa...

¿Por qué?

—Fuera de mi vista, Gael. Te has reído de mí, estarás satisfecho.

—No, no me he reído de ti, no lo he hecho. —Todo lo escupimos en vehementes susurros para no llamar la atención del personal que tranquilamente degusta sus meriendas. Las chispas de nuestros ojos lo dicen todo.

—Juraste que no me mentirías. ¡Me diste tu palabra!

—Noa, Noa...

—Pero ahora resulta que no vale nada.

—Eso no tiene que ver con lo que te prometí, hablábamos de sentimientos.

—¿Y cómo sé que no intercambias unas cosas por otras? No conozco las reglas de tu juego, cabrón.

—Nena, por favor, no insultes.

—¿Y qué si insulto? Vaya a ofenderse, el señor. ¡Hablábamos de sinceridad! ¡Sinceridad! ¿Sabes lo que significa?

—Estás sacando las cosas de quicio.

—¡De no faltar a la verdad! Y da lo mismo a qué asunto nos reñamos.

—¿Qué importancia tiene quién coño sea o a qué me dedique? ¿Crees que voy

por ahí deslumbrando chicas con mi currículo?

—Me has repetido hasta la saciedad que eras el último mono de esa empresa. Has tenido mil veces oportunidad de sacarme del error y no lo has hecho. Supongo que era mucho más divertido ver cómo me tragaba tus embustes.

—No ha sido con esa intención, no tienes ni idea de lo que supones para mí.

Si se pareciera en algo a lo que él representa en mi vida, debería ser enorme, infinito. Pero no lo es.

—Vete. No tengo ningunas ganas de verte.

—Te quiero, Noa, te quiero, esa es la verdad. Independientemente de en lo que trabaje.

Alertada por el matiz elevado que adquiere nuestra charla, Paqui se me acerca con ojitos asustados.

—Puedes salir un ratito, lo tengo todo controlado.

Hago como que no la oigo. No quiero ir a ninguna parte, quiero meterme bajo el fregadero y llorar a gritos mi desgracia. Quiero que este hombre irresistible y engreído desaparezca de mi vista para no seguir sufriendo. Sobre todo, quiero escupirle la respuesta que me quema la lengua, a la cara.

—Perdona, tú no trabajas. Eres rico y superior a todo lo conocido, eres uno de esos tipos que alargan la mano y obtienen cuanto desean, incluidas chicas mejores que yo, a cientos, a miles, a

millones de miles.

—¿Es que no puedes dejar de lado tus jodidos prejuicios? ¿Ni por un momento?

—Mira que me avisaba mi intuición, pero no quise escucharla. Él, no, Noa, él, no. No es para ti, no estáis al mismo nivel. Pero siempre caigo, soy una gilipollas integral, has hecho bien en divertirme, es para lo único que sirvo, para hacer reír a la gente.

—Noa...

—Soy andaluza, ¿recuerdas? Payasa genética.

—Noa... —insiste con infinita paciencia y los dientes sobre el labio inferior.

—Si no te marchas, gritaré, montaré

un pollo nunca visto y mi jefe vendrá y me despedirá por escándalo, me veré en la calle, sin fondos para comer. Y tú tendrás la culpa. ¡Vete!

50. Los kilómetros que no me alejan tanto.

Gael levanta ambas palmas solicitando tregua. Algo me dice que ha recuperado el control de la tensa situación. Yo casi no lo veo desde detrás de mi cortina de lágrimas.

—Tranquila, tranquila, me marchó.

—Harás bien —grazno—. Te has debido divertir fingiendo ser el pobrecito que reparte el café a los jefazos. Buen modo de ridiculizarnos a los que sí servimos cafés.

—No desapareceré de tu vida, te lo advierto. Vas a pensártelo mejor estos

días en Málaga, meditarás y comprenderás que te equivocas.

—¡No me equivoco! —exploto sin recordar dónde estoy—. Hasta mi santa madre engaña a mi padre, ¿qué me queda ya? Mi vida está teñida de infidelidades, el que no me la clava a la entrada me apuñala a la salida. Es mi puta estrella. ¡Largo, Gael! ¡Muérete! — Observo que el público del Love Locke se ha petrificado y que todos disfrutan del drama en vivo y en directo—. Y ustedes, ¿qué miran? A comer y a callar, o vendrán volando unos cuernos terribles y les amargarán la vida, exactamente como a mí.

Después de ponerme en evidencia como solo yo sé hacer, me encierro en el

cuarto de baño, me abrazo a las rodillas, y lloro hasta perder las pestañas.

Encogida en mi asiento del autobús, vuelvo a repasar el móvil. Cincuenta y tantas llamadas de Gael. Muchos, muchísimos mensajes, de voz, escritos. Después de tanta insistencia sin respuesta alguna por mi parte, se toma un respiro. No me extraña que se sienta frustrado por mis constantes rechazos. Aprovecho que el viaje es nocturno para seguir malgastando lágrimas. Bajito, que nadie más lo sepa.

«No todo está bajo tu control por más que quieras. Si algún día de verdad dejas de quererme, permite al menos que yo siga sintiendo, porque hay cosas tan grandes que sobreviven, incluso contra

tu voluntad».

No he dejado de quererlo, qué va, todo lo contrario. Gael encarna al galán de todas mis novelas, la que he escrito y las que se agolpan en mi mente y en mi alma, haciendo cola para ver la luz. La perfección personificada, el amante ideal, el compañero grato y comprensivo... Si olvido que no es más que otro jodido mentiroso de los que disfrutan cachondeándose de las mujeres a las que estafan. Un Dom trajeado y mucho más resultón, con la misma basura en su interior pervertido. Y lloro y lloro y sigo llorando y para cuando aterrizo en Málaga, y lo de aterrizar es un decir porque viajo en autocar, tengo los párpados tan inflamados que mi

padre no me reconoce. Entierro la cabeza entre sus brazos y por poco lo mato de un susto. Me sacudo entre convulsiones, dejo salir toda mi desesperación y mi rabia.

—¿Qué pasa, Noa, qué ha pasado, chiquilla, porqué lloras de esa manera?

—No... pasa... nada —hipo—. Que me alegro mucho... de verte... que te... he echado... mucho de... menos.

«Y si algún día de verdad dejas de quererme, permíteme al menos que yo siga sintiendo...».

—Vamos al coche, sécate esas lágrimas, qué barbaridad, qué mal os trata la gran ciudad.

—No lo sabes tú bien. Por cierto, papá... —me restriego los ojos y me

destrozo las pestañas—. No se te ocurra preguntarme por el chico del que te hablé.

Papá sacude la cabeza. Lo capta todo a la primera.

—Te parecerá una pretensión ambiciosa en exceso, pero vengo dispuesta a jubilar la piedra en tu zapato: descubriré al amante de mamá, lo airearemos, que se abochornen y a otra cosa, mariposa.

—Con relajación, Noa, que te veo muy lanzada. —Evidentemente, mi ímpetu acaba sobrecogiéndome a mi padre. Y es que a ratos, parezco una auténtica enajenada, acelerarme y quemarme la sangre es la vía que encuentra mi cuerpo para compensar el dolor de mi pérdida. Gael, Gael, Gael.

Estamos sentados en la cocina, devorando un plato rey de jamón serrano de los que papá compra para el restaurante y unos piquitos de pan crujiente de Antequera, que están de muerte súbita. Engullo sin respirar, bajo la mirada inspectora de don José, más turbado con mi locura que por escuchar en vivo y en directo, el sujeto «amante de mamá».

—Odio visceral a los infieles, a los traidores, a los ingratos, perjuros, intrigantes... A los que se aprovechan de la confianza ciega que depositas en ellos para utilizarte vilmente. A todos esos... ¡Guillotina!

Mi padre gira con una taza caliente entre las manos y mueca afligida.

—Toma, te he hecho una infusión con miel. Lleva tila y hierbaluisa, fenomenal para los nervios.

¿Tila y jamón? Acepto el regalo. Me vendrá bien. Otra cosa es que consiga domar mi furia que es abundante. Mares. Océanos de infinita rabia. Mucha de ella contra mí misma.

—A sorbitos pequeños, linda, despacito. Asíí...

—Gracias, papá. —Obedezco, pero el carrete no hay quién me lo corte—. Perdona la crisis, sé que venía a compartir una buena noticia. Es que a veces me siento tan sola...

—Cariño, la capital despersonaliza. Pero tienes a Olimpia.

—Oh, sí, Olimpia. Estoy abriendo los

ojos también respecto a ella. Mira que Fany me lo advirtió. Fany es mi compañera en la radio. Pero yo erre que erre, perdonando sus meteduras de pata. ¡Joder, tanto perdonar! ¡Si parezco un Padrenuestro! —Suelto una carcajada de esas de bruja majara y veo que mi padre se santigua.

—Nunca está de más ser compasivo... —arranca. No le permito rematar. No más sermones eclesiásticos donde el imbécil siempre pone la otra mejilla.

—No te aburriré con detalles pero se ha pasado, se ha pasado mucho. Somos iguales tú y yo, papá, igual de tontos, la gente nos engaña porque se lo permitimos. ¿No es verdad que

concedemos a ciertas personas patente de corso para que, hagan lo que hagan, sean permanente e infinitamente perdonadas? Les permitimos que cubran sus egoísmos con un «es mi hermana» o «es mi mujer» o «somos amigas de toda la vida». ¿Hasta cuánto y hasta dónde llega ese derecho a ser disculpados por mucho que nos hieran? Dímelo tú, papá. ¿Debemos llevar la lealtad por bandera aunque ellos la pisoteen?

—Supongo que son maneras de ser.
—Se encoge de hombros. Freno un poco mi energía, lo estoy agobiando.

—Menuda manera de ser, un suicidio en toda regla. Hay que cambiar y con urgencia.

—A mi edad lo veo difícil.

—No te cierres. A ver... ¿qué has hecho tú para merecer que mamá te ponga los cuernos con otro tipo que ni te llegará a la altura de la babucha?

Papá suelta la tetera, apoya ambas manos en la encimera de la cocina, primorosamente limpia y recogida y se deja ir. Enfrascada en mi demencia, tardo en darme cuenta de que está llorando. Como un chaval de colegio. Repto hasta él y apoyo una mano en su espalda encorvada.

—Lo siento muchísimo, soy una burra, no quería decir eso. No tengo derecho. Bastante tienes con lo que tienes para que encima venga yo a...

—Qué poco nos gusta escuchar la verdad, pero siempre es preferible a que

la retuerzan. —Se vuelve, valiente, a enfrentarme, detiene mis disculpas agitando una mano—. Tu madre está con otro hombre, cierto, y hasta ahora solo he sido capaz de enterrar la cabeza en el agujero en plan avestruz y hacerme el desentendido. Como si su comportamiento no llamase a sospecha, como si no me importara. —Deletrea las últimas palabras—. Quizá ella esté esperando mi reacción, mi reclamo, que como manifestación de amor por mi esposa, grite, proteste y jure que le partiré la cara a ese malnacido en cuanto me lo eche a la vista. En lugar de eso, me trago la cicuta, sonrío y callo. No me negarás que soy el perfecto cornudo.

51. Jugando a detectives

Me quedo algo más allá del fin de semana y durante mi retiro, no respondo a ninguna de las llamadas de Gael, aunque duele. El sufrimiento lo llevo clavado en las entrañas, por la noche no duermo, como el doble de lo normal, y la pena la arrastro con los pies. A cambio, para desahogarme, charlo largo y tendido con Fany que me llama varias veces al día, a ver cómo sigo. Hoy procuro apalancarme en el sofá junto a la butaca orejera en la que mi madre teje sus jerséis de invierno. Lo hago a propósito, para que me escuche y saque conclusiones.

—¿Qué infidelidad te ha dolido más, la de Dom o la de Olimpia? —me pregunta Fany. Me asalta la hoja en blanco.

—¿Olimpia también me ha sido infiel? —Me cuesta pronunciar su nombre y no puedo remediar una mirada de soslayo a mamá, que igualmente levanta una ceja.

—Por supuesto, solo depende de lo que entiendas por infidelidad. Lo raro es que no le has pedido explicaciones.

—Hablarlo, lo hablamos —Enseño los dientes.

—No hasta el punto ni con el rigor que la faena merece.

—Puede. Vale, no.

—¿Y por qué? No resuelves mal tus

aprietos, Noa, no eres ninguna tímida asustadiza y sin embargo, es tal el respeto, la devoción que te inspira la amistad, que ni siquiera eres capaz de cantarle las cuarenta a esa guarra.

La amistad en general, no. Esa amistad en concreto. Y tengo mis razones.

—Somos muchos los incapaces de poner a los mentirosos en su lugar, Fany.

—Mi madre y yo cruzamos dos miradas sorprendidas y ambas las retiramos rápido—. No solo yo.

—En fin, pásalo al papel, haz catarsis o como se llame, saca fuera tus sentimientos. Si los aplastas y los dejas dentro no te airearás y lo que se oculta, al final se pudre.

—Lo haré. Vuelvo a escribir. Me había animado con un cuentito rosa e insulso, pero pienso aparcarlo, voy a cantarle al mundo lo que duele una infidelidad, destaparé emociones verdaderas, ácidas, corrosivas pero profundas. Voy a desangrar las lágrimas que Olimpia y otros me han causado, y recobraré la parcela de dignidad que no supe defender.

—¡Así se habla! Me alegro mil, bonita. Todo lo malo se vuelve bueno si escogemos la actitud correcta.

Me aparto el flequillo. Me froto los ojos cansados. Cansados de nada.

—Me sabe fatal el retardo que por mi culpa lleva el programa. Haré lo imposible por regresar cuanto antes.

Hay un par de asuntillos aquí...

—Eso ni lo menciones. La página de Facebook echa fuego, desde ahí puedes responder a los cientos de preguntas que te hacen tus fans, así mantendremos viva la expectación. Y de cuando en cuando, Boni viene y me echa una mano. Lanzamos a las ondas una especie de mini-programa, un aperitivo.

—¿Estáis saliendo? ¿Sois novietes?

—Llámalo equis.

—Cómo me alegro.

—Cada noche le recuerdo que me mime y no cante victoria. Puede perderme en cualquier momento. —Fany adereza la broma con una carcajada de esas tan suyas, cristalinas como copas de Bohemia. Me despido y encaro a mi

madre.

—Qué malo eso de mentir, ¿verdad? Y si es a los que quieres, ya no sé ponerle nombre. ¿Ignominia? ¿Deshonra? ¿Almorrana?

Mi señora madre se toma su tiempo. No la veo con muchas prisas por destapar la caja de los truenos. Nada equiparable a las mías, desde luego.

—Hija, tengo que confesarte algo. —Aparta la labor y se baja las gafas hasta la punta de la nariz. La miro crítica y severa.

—Vaya, pensé que no ibas a decidirte nunca.

—¿Lo sabes? —Mamá abre unos ojos desmesurados, infantiles, que extrañamente, no me conmueven.

—Lo sospecho.

—Pero... ¿Cómo?

—Mamá, sé que lo parezco, pero no soy tonta del todo.

—Qué vergüenza, espero que puedas perdonarme. —Agacha la cabeza y se le caen las gafas.

—Con que papá te perdone...

—Bueno, también tú, no solo él.

—¿Cómo que no? Sobre todo, él. Si papá te admite, yo haré un esfuerzo por olvidar todo el daño que le has causado.

Cruje la llave en la cerradura y hablando del rey de Roma, mi padre aparece renqueando con un paquete de pasteles, interrumpiendo la conversación en su punto álgido. Mira que lo quiero, pero me acuerdo de toda

su estirpe. ¿Por qué ahora, papi, cuando estaba a punto de extraerle una confesión firmada?

—Qué humedad hace, cualquiera diría que estamos en verano —farfulla.

—Mejor así, José, que te pones fatal con la alergia. —Mamá me sonrío—. En cuanto suda le salen ronchas por los brazos.

Mierda. Todos sus gestos contritos de hacía un instante, esfumados. Sus ganas de declarar, de abrirse y cantar sus pecados, desaparecidas. Estábamos a un paso de la verdad y ahora charlan animadamente respecto a los huevos fritos para la cena.

—Tengo una estupenda cocinera en el restaurante —prosigue papá con calma

—, voto por cenar allí los tres juntos y celebrar lo de la novela...

—Huy, no va a poder ser, he quedado con unas amigas. —Esa es mamá, tan fresca. Ya se escurre del saloncito rumbo a su dormitorio.

—Pero mujer...

Le hago una seña a papá para que no la desanime. Acabo de fraguar una idea maquiavélica en mi cerebro agotado. Mejor que se vaya. Mucho mejor.

Recordando las hazañas de Bea, la sufrida novia de Dom, mi Dom, y todas las películas de espías que he visto en mi vida, convenzo a don José y, de tapadillo, seguimos a mi madre. Primero la vemos taconear calle adelante, luego detiene un taxi en el que se sube y

nosotros pillamos el coche. Él no para de protestar.

—Está mal, no deberíamos estar haciendo esto.

—Me entran ganas de ponerte un tapón de corcho en la boca. Ella es quien no debería estar engañándote. Mira, creo que piensa entrar en ese chalé. —Apunto con el dedo.

Si la cosa pintaba raruna, ahora se dispara. ¿Dónde va mi madre, vestida como para una boda, cruzando el umbral de una villa individual con jardín y pinta lujosa? ¿Será una casa de citas? ¿Se citará ahí con su amante, a consumir champán y ostras antes de lanzarse en plancha, presa de la lujuria más desacertada, a una cama de agua?

Se me enroscan las tripas. Imaginar no es agradable.

—Agáchate —le ordeno a mi padre —, no vaya a reconocerte.

—Tu madre no ve tres en un burro de lejos y sin las gafas, no hay problema.

—¿Sabes quién vive ahí?

—Ni idea. Volvamos a casa.

—Coñe, qué poco espíritu, vaya dotes de averiguación que te gastas.

—Ningunas. Por eso estoy donde estoy.

—Pues si me autorizas, voy a ir directa al corazón, no me andaré con rodeos, la interrogaré por las bravas.

—Haz lo que gustes, creo que no podré pararte.

—Haces bien, confía en tu hija. Hoy

ha estado a punto de explayarse pero tuviste que aparecer y cortarnos el rollo. Dice que está avergonzada, es un buen comienzo, significa que aún le queda conciencia.

—Anda, arranca. —Mi padre no resiste mirarme, lo consume el sofoco.

—Qué pesado te pones. Tu mujer revolcándose en la cama con un cualquiera y... Perdona, papá. Ya nos vamos.

Tengo que dibujar un esquema en un papel para que mi padre no se pierda. Por la mañana debe marcharse temprano, quitarse de en medio sin ni siquiera desayunar, dejarme el campo libre para mis pesquisas. Yo arrinconaré a mamá y le sonsacaré la verdad, por

desgarrador que resulte. Con posterioridad, tomaremos una decisión en cónclave familiar. Y si ello incluye un divorcio discreto, habrá que enfrentarlo con gallardía. Punzante, ¿eh? Hasta no hace mucho me habría cortado los brazos con tal de no ver a mi familia rota. Ahora, una mentira es el peor balazo que podría recibir. No estoy dispuesta a dejar a mi padre a merced de una mujer que lo desprecia aunque esa mujer sea mi querida mamá.

¿O ya no lo es? Esta fémica fría, artificial y repeinada, pintada como una puerta, me resulta ajena. Valor no va a faltarme.

Aprovecho esa pacífica soledad en la que nos han dejado, para entrar en la

cocina y sorprenderla trajinando con su vieja cafetera. Nadie hace el café de pucherete como ella, ni las tostadas con aceite, tomate y jamón serrano. Te encadena a la silla y va llenándote el plato a una velocidad mareante mientras que a ti, solo te queda zampar a dos carrillos porque jamás has probado nada tan delicioso. Ni siquiera los bollos suizos tiernos de crema del Love Locke la aventajan.

—Mamá —me lanzo—, me pregunto a dónde fuiste anoche y tú debes responderte que harías bien en contármelo.

—Ya está la Gestapo con los interrogatorios —protesta sin mirarme—. ¿No te parece un poco temprano?

Hago lo mejor que puedo hacer, fingir que no la he oído. Porque si dejo de pensar en ellos y en su problema, se me cae encima el mío. Puede que me esté tomando esto con demasiado ardor, pero volcarme en solucionarles la vida es el antídoto contra el recuerdo de la mía, que se ha roto por la base.

—Antes quiero que retomemos la conversación de ayer. Estabas a punto de explicarme eso que tanto te abochorna. ¿Mamá? No te hagas la sueca. Suelta la aceitera, deja que las tostadas cojan su punto, y ven a sentarte aquí a mi lado. —Doy un par de palmaditas al cojín de la silla vacía junto a la mía.

Lo hace con una especie de

resignación autoimpuesta. Esta sí parece mi madre, la de siempre.

—Verás... Si es que no sé cómo me he metido en esto, ha sido poco a poco, como un veneno de esos que se te cuelan dentro sin poderlo remediar. —Sorbe una lágrima.

—Tómalo con tranquilidad, saca todo el agobio que almacenas —la animo conteniendo mi ira.

—Sé que lo llaman vicio pero es que me siento tan bien... Esos chutes de adrenalina, el atractivo de lo prohibido...

Se me revuelve el estómago.

—Mamá, por Dios, no nos lo restriegues por la cara, resulta muy incómodo.

—En parte la culpa la tiene tu padre. Si hubiera estado a mi lado...

Ah, no. Eso sí que no.

—¿Cómo puedes tener la desfachatez de echarle encima responsabilidades? Tú y solo tú eres culpable de tus debilidades, afronta tus errores, ya no eres una niña.

Se viene abajo y rompe a llorar. Le alargo un paño limpio pero sin amilanarme.

—¿Cuántos años tiene?

—¿El vicio?

—Llámalo como quieras. Tu amante.

—¿Qué amante?

—Mamá, no disimules, íbamos por buen camino.

—Pero es que no tengo ningún

amante, no sé de qué hablas.

Me pongo furiosa, salgo de la cocina al recibidor, ataco el perchero, cojo mi bolso de un tirón, sin siquiera saber a dónde voy, si es que voy a alguna parte. Vuelvo a asomar la cabeza por el marco de la puerta. Mi madre sigue donde la dejé, con un puchero en la boca y las manitas refugiadas entre las rodillas.

—Pensé que habías decidido ser sincera y arreglarlo pero ya no estoy tan segura. —Hago ademán de huir pero mamá salta y me detiene con un garfio directo al antebrazo.

—Noa, yo no he engañado en mi vida a tu padre.

—¿Ah, no? ¿Y cómo le llamas a esto que está pasando?

—Bueno, es verdad, ahora le miento.

—¿No te da pena el pobrecillo, todo el día solo tirando de su desgracia, sus achaques y del restaurante? Perdonándote a pesar de todo. Eres una esposa afortunada, de modo que es mejor que me cuentes la verdad si quieres recuperarlo.

—Vale, pero nada de amantes.

Me revuelvo inquieta. Otra vez. Más inquieta que antes.

—Pensaba interceder por ti ante papá pero veo que no tienes intención de colaborar. ¿Alguna idea de cuánto te queremos? ¿De cuánta falta nos haces? —chasqueo la lengua—. Me marcho a echarle un cable en el negocio. Me necesita más que tú.

—¿Pero no me escuchas?

—No, si piensas disimular. No admito más mentiras, bastante tiempo llevas mintiendo. ¿Cómo puedes negar que tienes otro hombre?

—Porque no lo tengo. —Leches, parece sincera. No leo en su rostro redondo el menor signo de vacilación.

—Entonces ¿dónde te metes cada vez que te emperifollas, te encasquetas ese ridículo pelucón y te pintas como Alaska? ¿Eh? ¿Dónde?

Traga saliva y hunde en el suelo la mirada.

—En el bingo.

Una tonelada de hielo picado me cae por la espalda. Contemplo a mi madre, escrutando el grado de franqueza de su

confesión, que parece alto. Entre nueve y diez sobre un nivel de cinco.

—¿En el bingo? —repito catatónica.

—Sí. Terrible, ¿verdad?

—¡Es maravilloso! —La abrazo, la estrujo, la incordio, la verdad sea dicha.

—¿Maravilloso? Noa, ¡soy una adicta a los cartones! ¿Tú estás en tus cabales?

—Hoy todo eso tiene arreglo, hay un sinfín de terapias fantásticas. Ven, vamos a contárselo a papá, verás qué contento se pone.

Me mira como si de repente me hubiesen salido dos pepinos verdes entre el pelo.

—¿Contento? Estás para que te encierren, hija, perdona que te lo diga.

52. Un millón de lágrimas amargas

No os figuráis lo felicísima que vuelvo a los madriles. Yo seré una cornuda de campeonato y los hombres de los que me enamoro tendrán por costumbre estafarme, pero al menos mi padre no lo es. Mi madre lo sigue amando con locura, con ese amor palpable e indestructible de las novelas que leo y no van a divorciarse. Acordamos las sesiones de terapia para la adicta a la bola, más que dispuesta a enmendarse y colaborar. Todo en Málaga de vuelta a la normalidad.

En la capital es otro cantar. He creado una coraza protectora a mi alrededor de tal calibre, que ninguna flecha de amor logrará traspasarla. Jamás. En lo personal y lo profesional, es hora de diversificar y exprimir mis recursos, ahora que soy dueña absoluta de ellos.

Fany y yo ponemos en marcha el programa y funciona tan extraordinariamente bien, que Isabel Olmo nos suplica hasta por escrito que volvamos a Radio Retiro. No solo le enviamos un dibujito de un corte de mangas, sino que Bonifacio Cascabeles se une a RadioRomance FM trayéndose consigo a todos los anunciantes. Incluido «El salto de la pulga».

Lo mejor de todo, las noticias que llegan desde Thesaurus Editorial. La novela *Hermana mía*, va fenomenal en ventas y aunque las cartas que llegan con el emblema de la empresa de Gael van directas a la papelera y yo nada más he querido saber desde que el segundo peor mentiroso desapareciera de mi universo, Fany las recupera, las abre y me informa del estado de las cosas.

—Nena, debes hablar con él, es un tío estupendo que te quiere, y tú te estás comportando como una niñaata.

—Me da igual.

—¿Has leído alguno de sus *e-mails*? ¿De sus mensajes? ¿Has respondido a sus llamadas?

—No. Y antes de que me regañes te

diré que también él podría venir a la cafetería y no lo hace. Toparse de frente conmigo por la calle, como por casualidad... ¿Ves como no le importo tanto?

—Tiene dignidad, que es muy diferente.

—Bah, no se está muriendo — deduzco con un pellizco en la boca del estómago. Ojalá estuviera tan destrozado por perderme que no pudiera resistirlo. Así estoy yo.

—Si no te dije quién era fue posiblemente porque estaba harto de que se le pegaran las cazafortunas.

—¡Yo no soy eso! —remacho muy ofendida.

—Claro que no, pero así de primeras,

¿quién sabe? No es tan grave, Noa, es...

—Una mentira.

—Una mentirijilla piadosa, una manera de protegerse...

—No soporto las mentiras —aúllo con cierto histerismo—. Yo nunca miento.

—Estás exagerando, como siempre.

—Se nota que no estás marcada por el hierro de la infidelidad —argumento con dramatismo. Fany aguanta la risa.

—Vale, puede que el hierro marque, pero ahí no se acaba el mundo. Cuando alguien nuevo se cuele en tu vida debes estar atento, no cegarte y si ese alguien te lastima, decírselo, darle la oportunidad de enmendarse. Pero no, no lo haces, le das la vuelta.

—Espero que no creas estar siendo clara —zahiero a conciencia—. No entiendo la mitad de lo que dices.

—¿Quieres que te diga exactamente cómo te comportas?

—Sí, por favor —ironizo.

—¿Prometes no enfadarte?

—¡Faaany!

—Señalas a los afortunados. Pocos, como elegiste a Dom y a Olimpia, los tocas con la varita mágica y te das por entero, te entregas a tope. A ellos se lo aguantas todo. A los demás, nada. Mides a la gente por distintos raseros. ¡Si tardaste siglos en concederme una oportunidad para demostrarte que era tu amiga! Todo era Olimpia, Olimpia, Olimpia...

—Nos conocíamos desde los cinco años... —refunfuño bastante avergonzada, en el fondo.

—Me lo has dicho mil veces, pero la antigüedad no es siempre un grado, Noa, con los años la gente cambia, no somos niños inocentes toda la vida.

—Ya. La teoría de los tenedores.

No comenta nada. Me agarra una mano y la cubre con la otra. Forma un cepo que no vaticina nada bueno.

—Olimpia no es tu hermana, te lo he repetido hasta la saciedad. Cariño, Marta murió y no va a volver, Olimpia es Olimpia, no Marta, ojalá lo fuera. No la sustituirá jamás, entre otras cosas, porque tu melliza debió ser un ser humano excepcional y esta es una

puñetera arpía.

Se me altera el ritmo de la respiración. Todavía existen temas tabú en mi existencia y mi hermana es uno de ellos. No sé en qué fatídico momento de flaqueza se me ocurrió contarle la historia de su desaparición a Fany. Arranco a llorar como solo yo lloro. Desde el fondo del alma. Fany me abraza y me peina los mechones de este desastre que llevo por melena.

—Tu hermana sigue contigo, estará siempre ahí, aconsejándote. No le pongas otra cara. Espabila, empieza a detectar a los buenos, que también existimos. ¿Sabes lo que sugeriría Marta si estuviese ahora aquí? No es que no esté, es que es la hora de las clases de

arpa en el cielo y se ha ausentado un rato.

—¿Qué diría? —moqueo.

—Dale una oportunidad a Gael.

Me lo pienso, no creáis. Pero las conclusiones a las que llego siempre son las mismas e igual de negras. Gael no. Fuera Gael. Gael me partirá en dos el corazón. Me niego a fustigarme con su recuerdo pero tampoco descubro nada con lo que llenar este espíritu agujereado. Son tantas y tan altas las barricadas que he levantado en torno a mi persona, que lo máximo que saco es recelo y más miedo.

Hoy, para colmo, tengo otras sombras con las que entretenerme. Es miércoles, han montado como de costumbre el

mercado de la fruta y el espacio de Braulia, vuelve a destacar, vacío. Cuatro semanas lleva sin aparecer, no es normal. Ha debido pasarle algo, estará enferma y debe ser grave. Casi un mes... se me encoge el corazón. Con estos ánimos maltrechos no podría soportar otra mala noticia.

Cruzo la calle y desempolvo todas las tretas que conozco para sonsacarles información a los chicos de los puestos circundantes. Sí, ese grupito que la ayuda a montar y desmontar el puesto. Mirando cómo la tratan me consta que son buena gente y se preocupan por su bienestar.

—Perdonad, ¿sabéis dónde se mete Braulia? No estará enferma ni nada de

eso, ¿verdad?

Me miran como lo que soy, una extraña fisgona. Y por un puñado de minutos que se me hacen interminables, no pasa una mosca por entre nosotros. Cuando creo que tendré que dar media vuelta y largarme con el rabo entre las piernas y el machaque de la duda corrosiva:

—La han retirado —decide informarme uno de ellos, sin dejar de apilar cajas de madera.

—¿Cómo que la han...?

—Un tipo rico, seguramente un sobrino con algo de conciencia, la ha retirado de la calle.

—La tiene como una reina, en una residencia cinco estrellas que parece un

hotel —añade otro desde detrás del mostrador plagado de verdura fresca.

¿Puedo fiarme de la información? ¿No se habrá muerto mi Braulia?

—Mira, es esta. —El más jovencito se mete la mano en el bolsillo trasero del pantalón y me muestra una tarjeta de visita. Menos mal, no mienten. Cuando voy a cogerla, la esconde—. Pilla el número, guapa, la tarjeta es mía y me la quedo.

—Sí, sí, claro.

Cruzo de nuevo la calle a la carrera y cojo papel y boli de la cafetería. Mientras anoto los datos, mi cabeza gira como una noria alrededor de una cuestión. Y como soy así de impulsiva, al final no me aguanto y la suelto.

—Y al sobrino en cuestión... ¿le habéis visto la cara?

—Sí —rezonga el más viejo—. Un par de veces.

—¿Y cómo es? —me arriesgo.

—Oye ¿no te parece que estás muy preguntona? ¿Quién eres tú y qué tienes con la Braulia?

—Es la muchacha que le traía los cafés *tos* los miércoles —aclara desde el flanco una chica a la que no había visto—. El sobrino está *regüeno*, *pa* llevárselo enterito a casa.

—¿Con los ojos grandes y azules? —insisto.

—Como dos pedazos de Mediterráneo. Lo hemos visto comprarle fruta alguna vez. Figúrate, sin mentar

que eran familia...

Epa. Blanco y en botella de cristal. Es Gael. Joder. Gael ha hecho uso de su magnífica cartera y ha ingresado a Braulia en una residencia donde la cuidarán y pasará protegida los años que le resten. Se me saltan las lágrimas y me enamoro un poquito más de ese semidesconocido del que solo me constan el roce de su piel, la sensualidad de una voz radiofónica, y la intimidante mirada. Cosas superficiales, si nos ponemos a pensar. En realidad no sé muchos más detalles, mantuve alzados los muros mientras salíamos, y me niego a meterme a husmear en Google.

Doy las gracias, guardo el papelito en

el delantal y desaparezco. Quiero ir a visitarla, me encantaría. Pero temo encontrarme con él, tanto como oír de boca de ella, lo virtuoso, caritativo y sensible que es. Aún me duele muchísimo, a veces creo que sigo anestesiada, que ni siquiera ha empezado a dolerme todo lo que este palo dará de sí. Se ha enredado con el anterior y las llagas son tantas que no distingo. Me cuesta la vida admitir que lo amo, de amar con intensidad, desde dentro, que es la única manera como yo concibo estas cosas, por encima del bien y del mal, algo nos une. Un lazo invisible construido con mis ilusiones y sus promesas. Lo segundo se ha roto, las primeras, para mi desdicha, subsisten.

Con Dom fue más de lo mismo, puede que se riera de mí mientras duró lo nuestro, que jamás de los jamases tuviera intención de dejar a las otras ni forjar nada serio conmigo, pero no era mi caso. Yo sí se lo di todo. Todo cuanto tenía. Puse mucho de mí misma para que las cosas funcionasen y desde luego, estaba dispuesta a superarme en la historia con Gael. Supongo que me he ido desgastando con el paso de los golpes y no me queda nada. Debo curarme a fondo. Braulia tendrá que esperar.

La que necesitaba mis consejos para triunfar en el amor, léase Olimpia, sigue llamándome y mandándome mensajes a través de los cuales me pone al día de

sus avances, más bien retrocesos, con Aníbal. Tan pancha, oye. La culpa es mía por no pararle los pies, lo que ella cree, es justo lo que yo le he hecho creer, que la he perdonado, a lo que la tengo acostumbrada. Jamás respondo, entre otras cosas porque nada más leer sus frases me entran unas terribles ganas de chillar e insultar a grito pelado y solo rezo para no recibir otro mensaje más adelante. Pero como a cansina no hay quien la gane, Olimpia insiste y porfía y hasta recurre a un viejo truco para que le coja el teléfono: me llama desde un número desconocido.

—¿Diga?

—¿Noa? ¡Vaya, ya era hora!

—Olimpia —reconozco con desgana.

—La misma que viste y calza. ¿Se puede saber qué coño te pasa? No contestas a mis llamadas, no apareces, has cortado toda comunicación...

—No me apetece discutir eso ahora.

—Pero ¿estás bien?

—Voy tirando. De verdad, no tengo ganas de hablar.

—Pues ya me dirás cuándo, porque me debes una explicación.

—Puede que te la deba, pero no voy a dártela por el momento.

—Tía... ¿Qué está ocurriendo? No pareces tú...

—Será que hay muchas cosas pendientes de resolver. Muchas heridas abiertas.

—Anda ya, heridas ni heridas, no te

pongas en plan dramático, si tienes la novela en todas las librerías, desagradecida, que deberías estar saltando veinticuatro horas al día siete días a la semana. ¿O tiene algo que ver conmigo?

Esta tía ¿va de cándida o es así de imbécil?

—Va a ser que sí.

—¡Ah! —Enorme pausa—. En ese caso, somos mujeres adultas, capaces de sentarnos y aclarar malentendidos, ¿no?

—Más adelante —susurro antes de colgar.

¿Cómo le digo que ya no me interesa su amistad? ¿Que después de verle la cara, la que tiene en realidad, no la que yo generosamente le regalé durante

tantos años, ya no la quiero cerca, que no tiene sentido invertir energías en componer una ruina donde nadie vivirá más?

En tres palabras y en andaluz, «que te den», Olimpia.

Un chico bien compuesto y repeinado llama mi atención desde el otro extremo de la barra. Un codazo de Paqui sirve de puente para que yo alunice de sopetón. El caso es que su cara me suena y mucho. Se hace la luz mientras apunto su comanda: es uno de los compañeros del curro de Gael, el que me preguntó si iba a comisión en el Love Locke. Capuchino doble, mollete con aceite, pavo y tomate... Corrijo, será uno de los esclavos de Gael, ahora que las

tinieblas de la noche disipadas, han dejado claro diáfano, que es el dueño y señor del cotarro. La cólera me sube estómago arriba, se me anudan las tripas en un violento espasmo que arrasa con todo.

—Enseguida te lo sirvo. Querrás sal, supongo —digo con tono ausente y profesional.

—Noa...

—¿Se me olvida algo?

—Hazle caso, mujer, lo tienes hecho polvo.

Le clavo una mirada impasible y fría.

—¿Perdona?

—Que al menos podrías contestarle un mensaje, solo uno.

—No tengo ni la más remota idea de a

qué te refieres.

—Sabes perfectamente que hablo de Gael.

Contengo la respiración. Lo que no puedo contener es el pulso que se acelera.

—Anda y vete a tomarle el pelo a otra.

—Oye, no creas que es plato de gusto venir aquí a rogarte, no te conozco de nada.

—Ni yo a ti, mono, y te estás metiendo en mi vida. Debe ser chachi eso de que el ricachón pague las entradas y prepare el espectáculo con la mema de turno. Vosotros solo tenéis que sentaros y disfrutar.

—Hablo en serio, conozco a Gael

desde hace años y jamás lo vi tan deprimido.

Suelto un bufido cercano al que debe lanzar un dragón minutos antes de atacar y achicharrarlo todo.

—¡Me cago en la leche, con la cantidad de cafeterías que hay en Madrid...! ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? No tengo ganas de ser el bufón del reino.

—Eso mismo digo yo, ni siquiera me caes bien.

—Entonces, ¿qué narices haces aquí dándome la brasa?

—Porque mi amigo te quiere, joder —mastica entre dientes—, y las está pasando putas.

—Me imagino que esperas que me lo crea.

De sobras sé que respondo a la defensiva. El ejecutivo se pone en pie y me mira casi con lástima.

—Mira, guapa, deberías ir a mirarte lo tuyo, debes de tener un complejo del tamaño de una autocaravana, que no te permite ser feliz.

Giro sobre mis talones muy lentamente. Para su desgracia, sostengo la jarra de leche en la mano. Para su fortuna, aún está sin escaldar. Me aproximo con calma al borde del mostrador y se la vuelco enterita en la solapa de la chaqueta. Suelta un alarido y de un salto, se aparta de mí.

—Lo siento, se me ha caído —relato con tono de autómata, sin emoción alguna—. Toma, límpiate. —Le planto

por delante la caja de las servilletas. El oficinista recula aterrorizado.

—Gael haría bien en olvidarte, estás como una chota.

Se larga sin pagar siquiera. Sin dejarme replicar un «pues que me olvide, ya está tardando».

—¿Qué te crees que haces? —truenan una voz masculina a mis espaldas.

—Don Paco... —Joder, mi jefe, el que casi nunca aparece.

—Me he quedado estupefacto. Lo que he visto, ¿lo he visto de verdad?

—Pues no sé, depende de lo que crea haber visto...

—Si se trata de un cliente, debería estrangularte. Si son rencillas privadas, te amonesto igualmente, este no es

momento ni lugar.

—Verá, don Paco, es una persona que se ha permitido insultarme...

No me deja concluir.

—Voy a despedirte antes de que algo me haga cambiar de opinión.

Paqui corre en mi ayuda con una patraña tamaño trolebús.

—Está muy estresada, no para de hacer horas extraordinarias, don Paco. He estado enferma y ella se ha encargado de doblar los turnos. Esto que ha ocurrido es fruto del agotamiento — agrega en un cuchicheo cordial. Nuestro jefe pestañea atónito.

—¿Es cierto? ¿Tan mal estás?

Paqui responde por mí. Chica lista, si me deja, lo mandaré todo a rodar.

—Peor. Ni se imagina.

—Pues mujer... Tómate una semana de descanso. Mandaré a mi sobrina a sustituirte.

Por fin reacciono, con los ojos anegados.

—¿En serio, don Paco?

—Y tan en serio. No apuréis tanto los cuerpos que cuando dicen «hasta aquí llegué», colapsan. Te lo dice uno que ha entrado seis veces en ambulancia por la puerta de urgencias, convencido de que no saldría vivo.

Mientras me desato el delantal y recupero mis pertenencias, obsequio a la dulce Paqui con ciento dos miradas de afecto y agradecimiento infinitos. En lugar de encontrarme en el paro, gracias

a su providencial intervención, me regalan una semana de reposo a gastos pagados. Bien sabe Dios que la necesito. La abrazo fuerte, le lanzo dos besos con la mano al marcharme y camino hasta la librería más cercana para comprarle mi propio libro. ¿Qué menos? Se lo dedicaré con todo el amor del mundo, porque se lo merece, por ser la mejor compañera de...

Otra vez el teléfono. Otra vez un número misterioso y secreto. Descuelgo con brío.

—Mira, Olimpia, ya está bien de jueguitos...

—¿Señorita Polo?

¡Glupps! Un señor educadísimo con acento italiano. No es Olimpia jugando a

nada.

—Al habla, dígame.

—La llamamos de TeleBrinco, del programa «Mejor con un libro». Queríamos invitarla a plató para una entrevista acerca de su exitosa novela...

—TeleBrinco, nada menos. —Bea emocionada me aprieta la mano—. Ya sabía yo que llegarías lejos, desde la primera noche que te escuché. Tienes tan claras las ideas...

¿Claras? Si tú supieras...

—Todo es por el libro, por la novela nada más. Me ha pillado de improviso. No quiero convertirme en una cara conocida, no podría soportar levantarme un día y no encontrar a Noa.

—Mujer, no seas pesimista, todo esto

que empieza a pasarte es fabuloso.

—La fama devora, Bea, es un dragón insaciable que me provoca pánico. Ni dos meses han pasado y los ejemplares siguen agotándose en las librerías.

—Yo he comprado al menos nueve, uno para mí y el resto para mis primas, mis hermanas y mi madre. Le está encantando a todo el mundo. Eres la delicadeza personificada, Noa.

—La delicadeza —repito con morriña—, palabras de Fany. Ella fue la primera en adjudicármela. En fin, olvidémonos de mí, cuéntame, qué es de tu vida, ¿novio nuevo? ¿Planes de futuro?

—Demasiado pronto. Lo de Txomin me defenestró. ¿Sabías que anda

enredado con otra tipa? Una que va de importante por la vida.

—¿No es la psicóloga guarrilla?

—Esa también, pero hay otra de por medio y viene de largo. La psicóloga se ha enterado, menudo follón. Estoy asistiendo a terapia...

—¿Con la pelirroja?

—Al final nos hemos hecho muy amigas y me cuenta sus cosas.

—Aparte de la pelirroja, entonces, hay otra.

—Esta tiene algo que ver con la radio, como tú. Se llama... Joder, tiene un nombre raro. Olimpiadas o algo así. Siento un zambombazo en el cráneo.

—¿O... Olimpia?

—Eso, Olimpia. La psicóloga me ha

enseñado los correos que la tipa le envió cuando descubrió que ella también se acostaba con Txomin. Le montó el numerito, valientes cartitas le ha dedicado a la presunta amante... Aunque teniendo en cuenta cuándo ocurrió, si nos contabilizamos nosotras, la amante sería ella, ¿no?

Estiro las manos abiertas. Bea capta el ruego de tiempo muerto y calla. En lo que lleva dando detalles me he mareado tres veces. ¿Olimpia liada también con Dom?

—Todo esto me sobrepasa, nena, no quiero seguir teniendo a ese tipo en mi vida. De ahora en adelante, ni me lo nombres.

—Por mí no hay problema. Fingir que

la ha palmado será un soplo de aire fresco, lo juro.

—Confío en que Madrid sea lo suficientemente grande como para no encontrármelo jamás. —Bajo los párpados y me masajeo las sienes. Ni a él ni a ella. Nunca, nunca. Y pensar que la creí mi hermana.

—Ah, no, es cierto lo de que se iba, también me lo ha confirmado la psicóloga.

—Será en lo único que no ha mentido —susurro.

—Está muy chafada, la pobre, yo creo que se ha encoñado.

—Habiendo estudiado Psicología debería ser más cuerda. —Tras una pausa añado—. Te propongo algo, un

secreto entre tú yo.

—¡Me chiflan los secretos! —
palmotea.

—No se lo puedes contar a nadie.

—Soy una tumba muerta, te lo juro.

—Vamos a una ferretería.

53. Algo para cerrar bien apretado

Bea se queda patidifusa cuando me oye pedir dos candados con su respectiva llave y un bote de laca de uñas rojo bermellón. Más se acojona todavía, cuando oscureciendo, la arrastro hasta el descampado boscoso donde el arco de piedra sobreviviente al derribo de la mansión en mi lugar oculto favorito del mundo, sostiene la reja de más de tres metros de altura.

—¿Y ahora?

—Ahora cerraremos nuestro corazón al amor. Escribe tu nombre con la

pintura de uñas en el candado.

—Jo, qué difícil.

Lo es. Pero con paciencia y cimbreada ortografía, lo logramos. Con solo tres letras, lo tenemos fácil. Yo estoy tentada de escribir solo «No».

—Ahora cerramos el candado en torno a la reja y nos colgamos la llave del cuello. Es un símbolo, Bea, no lo olvides.

—¡Qué emocionante! Y qué ilusión compartirlo contigo.

—Cerradas al amor. No para siempre, pero momentáneamente cerradas. Me marchó, que llego tarde a la entrevista de la tele.

Toca derretirse sobre el contenido de mi armario. Cuando Dios me hizo coqueta

no incluyó en el muestrario entrevistas para canales nacionales de televisión. Apuesto por el negro que es un valor adelgazante y seguro, ante la inflexible cámara inspectora. Un vestido suelto de gasa, con fluida falda de vuelo y estampado de libélulas bordadas. Precioso, sencillo pero sofisticado. Y sandalias de tiras, para pisar decidida y fuerte, que falta me hace. Me muero de los nervios. He llamado a mis padres, a Fany y Boni, el programa se emitirá en directo y prefiero ahorrarles el esfuerzo de acompañarme, mejor que lo vean tranquilamente desde sus sofás, sin contagiarse de mi histeria. Lo que me faltaba hoy era enterarme del tándem Dom-Olimpia. La pesadilla mezclada

con incredulidad, pasa a ráfagas, cada dos minutos, y me golpea la boca del estómago. Al salir de casa, aún dudando qué es mejor, si llevarme mi propio coche o ir en taxi, mi móvil vibra con un mensaje y el nombre en la pantalla me descompone un poco más.

Gael.

«Te deseo toda la suerte del mundo. Vuélvelos locos, preciosa, igual que has hecho conmigo».

Joder. ¿Cómo se ha enterado? Me tiritan las rodillas. Esto solo puede significar una cosa, él en persona anda detrás de esta entrevista, ya me parecía a mí mucha suerte, no soy, ni por asomo, famosa para que TeleBrinco se interese por mi humilde obra. Y odio pensarlo,

imaginar a ese hombre poderoso y perfecto moviendo a su antojo los hilos de mi miseria, controlando hasta mis latidos. Me puede el coraje, me nubla la lógica, incluso me planteo no ir. Recapacito. Las excusas de cartón no se me dan bien, nunca me atrevería a dejarlos colgados, van a hacerle un favor descomunal a *Hermana mía*. Si no lo hago por mí, debería, al menos, hacerlo por Marta, por su historia de amor recién contada. Pasar de puntillas por encima de lo que me quema y respirar hondo. Va incluido en el *pack* llamado madurez.

Me aliso la falda con un movimiento nervioso, mecánico. TeleBrinco, allá voy.

A mi hora, llego a RadioRomance FM con el corazón en rodajas cosidito con un pespunte. Suena la sintonía de saxo que inicia el programa y que Boni aconseja cambiar cuanto antes por algo más sugerente. Más calentón y pecaminoso, en palabras de Fany, estilo *Je t'aime... Moi non plus*. Apoyo la moción, encaja mucho mejor en este estimulante universo de los sentidos que hemos conseguido crear. Nada más pedir la palabra y abrir el micrófono, mi subconsciente me traiciona. Toda la amargura que guardo dentro sale despedida a borbotones. Y decido confesarme: narrar la conclusión de mi tétrica historia.

—Esta noche, antes de introducirnos

en otro tema que nos desvíe, quiero hacer un llamamiento a los corazones solitarios, ultrajados, a los corazones rotos, para que se cierren a nuevos engaños y guarden la llave. Sed fuertes, el dolor pasará, quedarán cicatrices, sí, pero procuraremos que se conviertan en el recuerdo de una experiencia de la que aprender. Estad ojo avizor, el enemigo no descansa, sigue agazapado, al acecho, esperando un momento de debilidad para colarse y destruirnos. Los príncipes azules destiñen, chicas, estáis avisadas.

—Bueno, esta es una visión muy poco positiva del desamor, querida Noa —interviene Fany cuando yo ya voy lanzada al llanto—. Como todo en esta

vida, si se trasmuta y se interpreta adecuadamente, puede reforzarnos y alentarnos a seguir con menos tropiezos.

—En cualquier caso, tras uno de estos planchazos monumentales no está de más la prudencia, echar el candado y no entregar la llave más que cuando estemos completamente seguros. ¿Os cuento una cosa? ¿Sabéis dónde se concentran los candados de los corazones rotos en Madrid?

Creo que ni un nanosegundo reflexiono. Pese a haber impuesto a Bea que era secreto, vomito toda la crónica sin escatimar detalles. Y cuando acabo, me siento mejor, eufórica y jodidamente liberada.

—Qué enternecedora propuesta, cómo

se nota que es escritora y romántica, ¿eh? —canturrea Fany— ¿Queréis opinar, corazones desgarrados? Suena el teléfono, sí, parece que quieren. ¿Hola?

—Buenas noches, me llamo Julia. Y soy un corazón solitario de los peores. De hecho, acabo de cumplir los veintitrés y jamás he tenido novio.

—¿Ni novia, Julia? —se insinúa la libidinosa Fany. Le arreo un codazo.

—Ninguno de los dos. No sé lo que es enamorarse.

—Bueno, es una cosa *pa* sufrir más —aclaró—. No obstante, preciosa, yo de ti no me desvelaría, tienes toda la vida por delante y miles de oportunidades para encontrar el amor. Sé que chirría a tópico pero es lo que

tienen las verdades, como todo el mundo habla de ellas, suenan repetitivas.

—Hola, buenas noches, chicas. Soy Sara, llamo desde Guadalajara y también soy un corazón solitario.

—¿Te lo han roto, Sarita, o no te da la gana de entregarlo? —espeta Fany.

—Se lo doy a todo el que me lo pide. Y me lo machacan siempre.

—¡Meeec! Mala gestión de tus intereses —se horripila Fany—, ¿cómo que a cualquiera que te lo pide?

—¿Tu corazón? ¿Tus abrazos? ¿Tu capacidad de curar amando? ¿Lo más valioso de tu existencia? Sara, tienes que aprender a guardarte —le recomiendo—. Repite con nosotras: «soy lo mejor que tengo».

—Soy... lo mejor... lo mejor que tengo.

—Cuesta, ¿eh? ¿Por qué será más sencillo pensar que lo mejor que tenemos es otra persona?

—O peor aún, otra cosa —interviene Fany—, un coche, un loft estilo neoyorkino o una colección de zapatos de cortar el resuello.

—Que tampoco son moco de pavo, pero no somos nosotras, esa cosa delicada y vital que es nuestro yo. Escoge con tiento, Sara, no a cualquiera, eso nunca. A quien te merezca. Sé precavida, date a valer.

—Necesito que me quieran —gimotea la oyente. Se me parte en dos el alma.

—Ellos también necesitan que los

quieras tú, es humano, cariño. Pero con cautela. Suerte, mucha suerte y pies de plomo, Sarita. ¿Buenas noches?

—Me llamo Fermín. Los corazones solitarios no son solo chicas, los hombres también sufrimos.

—Y cómo, querido Fermín. —lo secundo—. Antes de que nuestro corazón solitario masculino nos cuente sus desventuras con Cupido, permitidme un respiro y una canción. ¿qué tal si por unos segundos dejamos de contar penas y contamos, por ejemplo, estrellas? Pedidle un deseo a la que más brille, venga lentorro, mientras te lo piensas se puede escapar... *Counting stars*, de One Direction.

Esa noche atendemos casi noventa

llamadas, el programa se prolonga fuera de horario y ninguna se queja. El flujo de audiencia crece y se dispara, las intervenciones son cada vez más sentidas y vehementes. Boni nos sorprende con comida china y café caliente y lo que comenzó siendo un mero consultorio sentimental acaba siendo una mesa de ardiente debate donde los unos lamemos las heridas de los otros. Solidaridad, entrega, generosidad. Esta noche, esta gente me sana.

Cuando por fin cerramos los micros y Boni baja a por el coche, Fany y yo nos fundimos en un tremendo abrazo sin final.

—Qué bien hueles, jodía. Y qué bien

te ha salido el programus esta noche.

—Se ve que venía motivada de la tele, se han portado genial conmigo. Y el recuerdo de Marta me fortalece.

—Claro que sí, cielito —dice pegada a mi pelo. Luego me suelta y con una sonrisa de caramelo, me acaricia la cara —. Hablando de hermanas, no te figuras el putadón que le he gastado a Olimpia esta tarde.

Creo que palidezco al oír su nombre. Me quedo lacia, contengo la respiración.

—¿La has visto?

—Más que eso, he ido a buscarla y la he invitado a café en un garito con una pantalla de televisión de cincuenta y tres pulgadas. Y mientras charlábamos de naderías y ella trataba de desentrañar

mis perversos propósitos, me he asegurado de que sintonizaban TeleBrinco. Allí apareciste tú, monísima, súper bien maquillada, con un vestido increíble que no ha podido copiarte porque no lo ha visto antes, respondiendo con soltura a las preguntas del entrevistador. —Se interrumpe con una sonora carcajada—. ¡Esa Olimpia! ¡Debe estar meando vinagre a estas horas!

—No tienes arreglo —la reprendo entre risas.

—Por favor, que tía más imbécil.

—Tiene sus cosas. —Me resisto a ser clara hasta con mis propios demonios. ¿Para qué contarle lo de Dom y empeorar lo que ya es terrible? —Sus

muchas cosas. Supongo que se arrepentirá algún día. Ha sido divertido pero con su pan se lo coma, no quiero oír más chorradas, la vida de esa mujer cada día me parece más patética.

—¿Has dicho «esa mujer» en lugar de «mi súperamiga del alma incorrupta»?

—Cuánto tormento deben reflejar mis ojos cuando la miro, porque simula cerrar una cremallera sobre los labios

—. Ya veo. Me callo.

Luego señala la cadena en torno a mi cuello.

—Esa llave que llevas ahí colgada... ¿Es la de tu honra? ¿O vuelve a llevarse el cinturón de castidad?

—Es la de mi corazón, cerrado a cal y canto.

—Qué extremo suena eso.

—Abre un candado que he colocado en el arco de Elvira, lugar donde comienza y termina mi novela. El lugar existe, el nombre lo pone mi loca imaginación.

Abre mucho los ojos azules.

—¡Pensé que era de coña, que te lo habías inventado para darle vidilla al programa!

—No juego con el dolor, Fany — afirmo reconcentrada.

—Candados, me recuerda a Moccia.

—No, todo lo contrario. El de Moccia es el candado del amor, este, el del desamor. Hasta que no encuentre a alguien que realmente lo merezca no pienso abrirlo. Y si eso ocurre, sin

dudar le entregaré mi llave.

—¿Y cómo piensas distinguir a ese alguien cuando aparezca, con la facilidad tuya para emitir juicios equivocados? —No sé qué responder. Al momento veo la mano de Fany extendida a la altura de mi pecho—. Dámela, anda.

—¿A cuenta de qué iba a confiarte algo tan sagrado?

—Te la guardaré y solo cuando estés segura de que él es el elegido, con mi beneplácito, por descontado, abrirás ese candado. —Tras vacilar un buen puñado de minutos, resuelvo entregarla. No es tan mala idea, después de todo, yo me enamoro y pierdo la sensatez, que al menos una de las dos mantenga fríos los

sentidos—. Suena romántico eso que te has inventado, me gusta.

—¿Funcionará?

—¿Quién sabe? Eso es lo mejor de la vida, la intriga. Si se desvelan todas las incógnitas, si siempre supiéramos qué pasará mañana, perdería la gracia. Cuando creas que la aventura es peligrosa, prueba la rutina, es mortal.

—Impresionante frase.

—No lo digo yo, lo dice Paulo Coelho.

—Pero ¿y si he lanzado una tontería ahí fuera, al mundo, a las ondas?

—Tú sabrás, pero las pausas nunca perjudican. En lo que respecta a la llave, te aseguro que no será fácil que yo le dé el visto bueno a un tío, y le permita

el menor acercamiento a mi Noa. Deberá reunir todas las cualidades imaginables. Ya me conoces, exigente hasta el aburrimiento. ¿Te vienes con Boni y conmigo a tomar algo?

—No, gracias, prefiero acostarme, estoy destrozada, tantas emociones, la entrevista en la tele... —Y lo que no te cuento. Dom, Olimpia, Olimpia, Dom. Terrorífico.

Se cuela dentro de su abrigo militar y se enrolla al cuello una bufanda de lana de colores.

—Olimpia royéndose las uñas verde de envidia... ¡Ay, que me troncho! Qué gusto da ser mala de cuando en cuando, nena.

Desde luego que sí. Debería

experimentarlo en mis propias carnes.

54. Sin ser el momento

Duermo poco y mal. Me levanto temprano y a falta de cosa mejor que hacer, cojo la bici, paseo algo sonámbula y atravieso el Retiro hasta alcanzar el arco. Aquí están nuestros candados, el de Bea y el mío... ¡Acompañados de otros cien más o menos, con iniciales y nombres grabados con rotulador, laca de uñas y hasta pintura! Cuesta creerlo, ¿tanta gente escuchó el programa de anoche?

Carmen, mi antigua vecina, me llama al móvil para decirme que se divorcia. Suena calmada, ni por asomo la misma loca que le gritaba a las paredes. Me

apresuro a secarme las lagrimitas de emoción que se han escapado por entre las pestañas.

—Punto y final, Noa. Anoche estuve escuchándote. No más aullidos al aire, no más sufrir ni dejarme la piel, estoy feliz de haber dado el paso, lo peor de todo es la incertidumbre. Volveré a empezar, no es tan horrible.

—Claro que no lo es. Empezar siempre es una oportunidad inmensa — siseo con voz entrecortada.

—Algún día iré a ese arco del que hablaste, con un hombre fantástico y juntos, abriremos el candado de mi desamor. Lo sé.

—No te sientas sola —miro a la reja —, si supieras cuántos corazones

solitarios hay en Madrid.

Conversamos todavía un rato más, yo en voz baja, respetuosa como si los fantasmas del pasado que aún deben deambular por estos jardines pudieran molestarse y emprenderla a mordiscos conmigo, renegada del amor. En cada candado que se cierra, sin palabras, celebramos una especie de funeral por nuestra pobre fe pulverizada. De las cenizas renace el Fénix, le digo. Me alegra tener algo que ver en su viraje hacia una vida nueva, pronto nos volveremos a encontrar y no seremos las mismas. Seremos mejores, más sabias gracias a nuestros tropiezos. Después de decirnos adiós y colgar, mi teléfono vuelve al bolsillo y yo sigo allí,

consolándome a la luz del mediodía de un otoño que se acerca.

—¿Quieres que probemos, a ver si se abre? —Una voz suena a mis espaldas cuando creo estar sola. Una voz increíble que me eriza la piel. La visión de Gael, como siempre, me trastorna.

—¿Qué haces aquí?

—Traerte la llave, vamos, anímate, lo descerrajaremos juntos.

—Ni te atrevas —le amenazo recelosa— ¿Qué haces tú con mi llave?

—Fany me la dio.

Tuerzo el gesto, se me agría el humor. Gael avanza dos pasos y yo retrocedo tres para gozar de ventaja, por si hay que salir pitando.

—Así que Fany y tú. Tú y Fany. Qué

inesperada sorpresa...

—Cuida de ti, debe de ser estupendo tener amigas como ella.

—Oh, sí, una vez más, amigas que te traicionan.

—Fany es incapaz de serte desleal, no hará falta que yo te lo diga, tú lo sabes muy bien pero prefieres mantener esa pose de niña enfurruñada que no te lleva a ninguna parte. ¿Dónde está la Noa guerrera que escribió *Hermana mía*?

—No existe, es solo un personaje. —
Cruzo los brazos sobre el escote.

—Cada personaje le roba un poco el alma a su autor, no lo niegues. Déjame abrir ese candado, tu corazón no puede mantenerse cerrado, es demasiado valioso.

—La decisión es reciente, lo tengo en carne viva y te aseguro que no lo abriré tan pronto. Tiempo al tiempo.

—Confía en mí, va siendo hora de que lo hagas.

—¿Confiar en ti? ¿En serio me estás pidiendo eso? Ni lo sueñes, presumo de tropezar con las piedras equivocadas — escupo a la defensiva.

—Por eso nunca te relajaste conmigo, porque sueles errar al elegir y lo has convertido en ley. Te has montado un castillo de prejuicios, has visto lo que has querido ver. No lo hagas, Noa, no lo eches todo a rodar, puedo seguir esperando, dime que lo pensarás.

No hay nada que pensar, una relación con Gael en mi estado sería como

subirse a un trapecio, suicida. Intento irme porque él no lo hace, francamente, creo que como mejor estamos es separados. Es luchar contra mí misma, deseo tanto su compañía que me desgarraría tenerlo aquí y no tocarlo, no acariciarle la cara ni hundir los dedos entre los gruesos mechones de su pelo. Gael duele muy dentro.

Pero él tiene otros planes. Salta, se pone delante y me corta el paso.

—Deja que te explique.

—Suena demasiado a excusa —siseo con rabia—. Y no hables como si nos uniera algo tremendo, al fin y al cabo, ¿de qué nos conocemos? De liarnos una vergonzosa noche de borrachera que preferiría olvidar y de alargar muchas

semanas algo que solo se apoyaba en una mentira.

—Permíteme que te recuerde que jurábamos ser felices.

Desvió la mirada hacia otro lado, hacia donde él no pueda capturar mis ojos empañados, y procuro sonar gélida, indiferente.

—Bah, sexo fácil del que tiene todo el mundo. ¿Dónde está lo extraordinario de mirarse, gustarse, desnudarse y follarse?

—Eso deberías saberlo tú, buscadora de filosofías místicas.

—¿Te estás burlando?

—Dios me libre —repone con el mismo tono sarcástico—, pero tu actitud sí me ofende.

—A los tíos sin corazón les rebotan las injurias, lo sé de sobras.

—Puede que hayas conocido demasiados cretinos sin escrúpulos en tu vida.

Empiezo a ver el límite de mi paciencia.

—¿Has venido a hacer más grande la herida?

—Nada de eso. A descerrajar contigo un puto candado. O a perder el tiempo, depende de cómo lo mires. —Respira hondo. Puedo ver las aletas de su nariz moverse nerviosas—. No te vayas, Noa, joder, deja al menos que te diga por qué lo hice.

Lo miro con dureza. Una de esas miradas crueles y definitivas que no

deberían dedicarse nunca a otro humano, salvo que sea tu peor enemigo.

—Lo hiciste porque podías, porque estabas arriba y yo debajo. Ni siquiera creo que lo entiendas, lo habrás hecho mil veces antes, con otras, con todas.

A la vista está, nadie puede resistirse a sus encantos cuando los despliega, caen alrededor y lo mojan todo como una suave lluvia de perfume. ¿Y luego, qué?

—Eso es precisamente lo que no quería que pensaras, que porque tenía dinero pretendía divertirme.

—Y creíste que llegarías más lejos con mentiras, el señor no soy nadie en esta oficina. Cierro los ojos, te veo riéndote de mi credulidad y

me escuece hasta mi propio bochorno.

—Tú también tenías tus secretos, esas ambiguas referencias a «una especie de relación» y a «cosas sin resolver»... Nunca me contaste nada.

—Puede que porque no preguntaste.

—¡Por respeto! ¡Porque era tu pasado y te asistía todo el derecho a guardarlo bajo custodia! Me lo habrías contado de haber querido. Y aguanté. Me mordí la lengua, salías con alguien pero acabaste en mi cama.

Ah, no. Eso no.

—No te atrevas a insinuar que te busqué.

—Insinúo que no impediste que pasara. Y aquí estamos, hostias, aquí estamos. Noa... —Me coge una mano y

yo le dejo avanzar—. Te querré y te juro que te haré feliz. No voy a desilusionarte.

Trato de resistirme pero el empuje de su abrazo es demasiado para mí. Nos besamos con una pasión que crece por segundos, con las manos unidas y la llave entre nuestros dedos. Un beso fuera de lo corriente, que pese a su dulzura me mata, me abre en canal, que quiere y no puede. Porque hay besos capaces de contar una historia y el nuestro, por más que tratemos de aferrarnos, dice que ciertas cosas, simplemente, ahora no caben.

—Abrámoslo.

—No, lo siento.

Dejo que sangre. No es que desee

torturarlo, moriría de amor por él ahora mismo. Pero si no gano esta batalla contra mis peores debilidades, nunca llegaré a ser una mujer de la que sentirme orgullosa.

—Será mejor que me devuelvas esa llave. No es para ti.

—Necesito un motivo. Procura que sea de peso.

—Perdiste mi confianza y amar sin confiar no es posible. Aunque la tuvieras, es muy pronto, demasiado pronto para mí y mis heridas.

—Entonces, déjame conservarla. Tú decidirás cuándo.

—Y decidiré quién —remato mordaz. Gael me observa con un velo de incompreensión en sus ardientes ojos

azules, mientras yo lucho por no rozarme el contorno del labio que hormiguea, abrasa.

—El quién lo sabemos —afirma con suficiencia—. Después de todo lo que hemos pasado juntos, no hay otra opción.

Su seguridad me indigna. No hemos pasado tanto, del cuero externo al interior. Casi seguimos siendo dos novatos. Decido usar la baza de las amenazas.

—Si no me lo devuelves, lo partiré y colgaré otro, me es indiferente, no es más que un símbolo.

—Un símbolo que para ti significa mucho.

—Deja que decida cuándo estoy

curada y fuerte. —Me mantengo firme en mis trece—.

—Yo creí significar también algo...
—añade con amargura.

—No me presiones, necesito estar sola, sola por completo. Todo esto ha sido como una avalancha de nieve que me ha caído encima y me asfixia. El pasado, tú, yo, mi confusión, mis tremendos errores... ¿Entiendes que ahora todo lo haría al revés?

Veo que Gael relaja los hombros con un bufido de desaliento, alarga la mano y me ofrece la llave que tan contento sacó del bolsillo. No la acepto, retiro los brazos y me enderezo simulando no estar interesada ya. Siento un pellizco en la boca del estómago. Aun sabiendo que

hago lo correcto, ¿por qué me duele tanto? ¿Por qué me escuecen los ojos y estoy a punto de romper a llorar?

—¿Puedo, al menos, pedirte una cosa? —Le hago una señal de asentimiento con la cabeza—. Quiero ganarme esa confianza que dices he perdido, merecerla, conquistarte empezando desde cero.

—Desde cero ya es difícil, Gael, me has mentado. Y no pienso olvidarlo.

—¡Fue una estupidez! —se desespera pasando los dedos por entre sus mechones.

—Puede que para ti. ¿Qué lleva a un hombre a ocultarle a una chica pobre que es rico? El temor a que sus diferencias los separen. Porque existen,

ese escalón entre nosotros, existe, no te gusta verlo pero ahí está, condicionando tu comportamiento. No soy la única que necesita tener más claras las cosas.

—Estás siendo cruel.

—Estoy siendo realista. Por una vez en mi vida, me he bajado de las nubes y al apoyar los pies en la tierra me he dado cuenta de que quema, ensucia y hay piedras que rasgan la piel. Que no todo es sensibilidad y amor infinito como yo pensaba.

—Noa, no es malo ser sensible, eres una artista, en ti es normal.

—Soy más estúpida que artista, perdona que te diga. Ahora escuece pero nos terminaremos alegrando.

¿Por qué diablos no da media vuelta y

se larga de mi vida para siempre? O para mucho tiempo, porque no estoy siendo, lo que se dice, amable. Sigue ahí, de pie frente a mí, inmenso, insoportablemente bello. Ahora todo es drama pero se le pasará el capricho, no volverá a recordarme. Tomo la iniciativa, echo a andar sin añadir otra cosa. Ahí quedan él y mi llave olvidada. Llevo vacío el saco de mis razones. Quiero empezar de nuevo, sacar provecho de esta costra que el desengaño ha creado alrededor de mi alma. ¿Seré más dura? Es probable. Lo que sí tengo claro es que ningún otro hombre volverá a reírse de mí. Nunca.

Me muerdo el labio inferior porque me tiembla y me avergüenza que se dé

cuenta.

55. La venganza la sirven congelada

No saco el tema ni le monto una bronca a Fany por haberle entregado mi llave a Gael. Sé que lo hizo con la mejor intención, de ella puedo fiarme, somos dos princesas unidas contra los canallas.

—Atención —comienzo—, hoy os daremos algo muy especial, los candados del desamor proliferan. Son esa merecida pausa, imprescindible cuando todo coge carrerilla hacia el barranco, cuando perdemos el sentido común al enamorarnos, cuando nos quedamos ciegos y no distinguimos al

bueno del malo.

—Pero por favor, no dejéis esas cerraduras ancladas mucho tiempo — ruega mi amiga con un encantador puchero.

—No le hagáis ni caso —rebato con afán—, es una agnóstica del amor, era yo la que creía en romanticismos y ya veis hasta dónde ha llegado mi decepción.

—Las tornas se han dado la vuelta. ¿Desilusión, frustración, desencanto, un leve pasarse de exigentes?

—Sea cual sea la nomenclatura, elegid la que más os guste pero atentos al programa porque esto no tiene desperdicio.

—¡Arrancamos! Atiendo la primera

llamada, buenas noches, querido radioyente. Cuéntanos, ¿colocaste un candado?

—¿Podría hablar con Noa? Noa Polo.

Ambas pestañeamos atónitas. Esto parece una llamada privada fuera de lugar, típica de Bea y sus cándidas intervenciones. Pero es un chico quien permanece en espera al otro lado de la línea.

—Aquí me tienes —me lanzo—, ¿a quién tengo el placer de saludar?

—Me llamo César, no me conoces pero te admiro, el candado del desamor es una gran creación. Sin embargo, lo mejor de todo, tu libro. Soy, junto con mi socio y pareja, Juancho, fan incondicional tuyo. De verdad

esperamos que llegues muy alto, guapa, te lo mereces.

—Vaya, muchas gracias, César, todo un placer saludarte. —Espero que no vaya a darles a todos los que han leído *Hermana mía* por marcar esta noche el número de la emisora para felicitarme, porque me muero de la vergüenza.

—Trabajamos en ZTV y no nos costó enterarnos de que Olimpia Torcuato y tú sois íntimas. —Trago saliva—. No te mereces algo así, niña. Que sepas que es una mala persona, deberías alejarte lo más posible y cerrar un candado también pensando en ella.

No me pasa el nudo. Me parece impropio airear en las ondas mis trapos sucios, querría responderle que

ya me he distanciado pero no voy a hacerlo.

—Es que también existen los amigos infieles, Cesar —deletrea Fany con muy mala uva.

—Habla mal de ti a tus espaldas — prosigue nuestro radioyente— y se está tirando al jefe de ZTV para mangonear en la empresa. Se encaprichó de nuestro despacho porque era luminoso y amplio, y no paró hasta sacarnos. ¡Llevábamos allí toda la vida! Si hubo que alquilar un camión de mudanzas para trasladar nuestras pertenencias. Juancho atraviesa una fase de terrible depresión. Nos hemos despedido *motu proprio*, todavía tenemos honor.

—Claro que sí, César, desde luego —

consigo decir con un hilo de voz.

—Sinceramente, fue una tremenda decepción, hablamos con el mandamás, pero parece que la culona lo tiene agarrado por los huevos, como se la está tirando a espaldas de su novia... ¡¡Upps!! ¡Se me ha escapado!

—Parece que la infidelidad de la que Olimpia Torcuato es cómplice ha dejado de ser un secreto, se cae el teléfono de la emisora —advierde Fany. Cómo se lo está pasando la cabrona.

—En fin, Juancho y yo se lo dijimos muy clarito. Yo, más clarito que Juancho, que el pobre por no ofender, no habla. Le dije: mira, bonita, si no te queda un milímetro de dignidad y aceptas convertirte en el agujero donde

temporalmente este hombre deprimido y encarcelado entre dos amores, ninguno de los dos verdadero, mete su cilindrin, allá tú pero no seas guarra, no uses esas potestades para fastidiar al prójimo.

—¡Vaya buena frase! —lo anima Fany. Yo apenas respiro. ¿Todo esto está pasando? ¿En serio? — ¿Y ella qué respondió?

—Como no tenía argumentos, se limitó a soltar una carcajada de bruja prepotente. Pero ya ves, de momento le funciona porque el jefe está atontolinado pero... Tiempo al tiempo, que a cada cerdo le llega su San Martín y esa Olimpia caerá de boca en la mugre, a su lugar.

—Felicidades por el discurso, César,

muy sentido, tenemos que dejarte, hay mil llamadas en espera —lo despido. Y es cierto, más cierto que mi loco amor por Gael.

—¡Sácatela de encima, Noa Polo! ¡Es una mantis religiosa! ¡Te queremos! — Es lo último que César chilla.

Corto de cuajo, se hace el silencio y me parece mentira.

—¡Huy, huy, huy! Puede que después de estas declaraciones la tal Olimpia Torcuato pierda su empleo, ¿qué pensáis radioescuchantes? —Fany retuerce el dedo en la llaga—. Yo de ti me iría buscando otro curro, mona, por lo que pueda pasar. Buenas noches, querida amiga, ¿te llamas?

—Flora. He leído la novela de Noa,

me encanta, estoy loca porque me la firme, y ayer mismo colgué un candado en el arco de Elvira. A mí también me hizo luz de gas Olimpia Torcuato. Nos conocimos en Sevilla y me provocó un agujero en la autoestima cuando me confié a ella y le abrí el corazón.

—Es tu momento, Flora, sin tapujos, cuenta, detalla y raaaja.

Flora también se despacha a discreción. Hay un momento en que tenemos que taparnos las orejas ruborizadas por tanto despelleje. Ni en mis peores pesadillas imaginé que *Hermana mía* me granjease tantas simpatías ni que Olimpia dejase a su paso tantos cadáveres. Fany despide a la ofendida que ha debido quedarse como

después de terapia con polvo de oro, y se prepara para rematar la faena. Agarra las riendas, carga las escopetas y se aclara la voz.

—Vais a permitirme que diga que también soy *fan* de Noa Polo y no solo por su magnífico libro. —Sacudo con desesperación las manos tratando de frenarla pero su sonrisa serena me indica que no parará—. Noa es grande en toda la extensión de la palabra, es humilde, es buena, incapaz de dañar a nadie. Considero un honor haberla conocido, poder trabajar a su lado cada día y contagiarme de su inacabable fe en la humanidad. Olimpia Torcuato... ¿Qué decir de esta chiquilla que no hayan ya expresado los damnificados? Es fútil,

vana, simplona, gris como la ceniza, un quiero y no puedo. Imaginad que desde muy pequeña posó sus ojos en una compañera de clase, esplendorosa, vívida, jovial... Ese tipo de personas que llegan y llenan de luz un cuarto, y la siguió. Obsesivamente, año tras año.

»Pero intentase lo que intentase, esa amiga siempre iba por delante. Bueno, tenía que hacerlo para que tú pudieras seguirla, ¿no? Olimpia querida, y lo de querida no te lo tomes muy en serio, más mal que bien, esa amiga de la infancia diseña su propia vida mientras que tú te limitas a copiarla. ¿Tan vacío, descolorido y trágico es tu mundo de cartón piedra que tienes que vivir el de otra? Te pasaste años engañándola,

empujándola a creer en una amistad que no existía más que por su parte pero que a ti te convenía y te inspiraba. La has traicionado. En nombre de la amistad, le has sido infiel. ¡Bocazas! A ver cómo te las arreglas sin ella de ahora en adelante. ¡Huy, una llamada! ¡Qué emoción! Buenas noches, ¿con quién hablo?

Con cara de psicópata, Fany aprieta el dispositivo que da paso a la voz externa y atiende otro aluvión de halagos hacia mi novela. Es imposible que yo ahora hable, ya se encarga ella de explicar que estoy emocionada en exceso. Es mucho más, tengo un nudo temible en la garganta y los ojos llenitos de lágrimas. He podido palpar el latido

de la pasión que mi amiga ponía en cada letra al defenderme. El afecto de César, la sinceridad de Flora y tantos otros que se han desahogado poniendo como excusa nuestra tertulia. Uno de ellos afirma que las denuncias públicas le parecen buena idea, que toda España se entere de los indeseables que campan sueltos por ahí. Queda gente noble en el mundo, no todos son fruto de la maligna perfidia, no debería temer que si me dicen «te quiero» se estén burlando. Son mis expectativas irreales las que me lastiman. Debería no esperar nada de nadie, no habría decepciones, ni chascos. Las personas son culpables, tan solo, de ser ellos mismos, miserables o ángeles, pero no de mis descabellados

sueños.

Noto la mano de Fany deslizarse y atrapar la mía. Apretamos y así nos mantenemos hasta llegar a meta. El programa de hoy termina, y con él, se han resuelto muchas cosas.

—A Noa la mantengo aquí cerca, demasiado abrumada para hablaros. La disculpamos, ¿verdad? Me encargaré de que mañana regrese fortalecida a dejarnos muertos con alguna reflexión profundísima de las suyas. No lo olvidéis, si algún día necesitáis venganza contra algún indeseable..., ¡por Dios, llamad! Aquí nos tenéis. ¿Unas cancioncillas?

—¡Disfrutadlas, pecadores! —Esa he sido yo, resucitada al final.

El subidón se desinfla pronto. Para cuando me despido de Fany en la calle, ya me noto aplastada. Le cuento que es cansancio pero ella me conoce bien, sabe que me retracto de la vil putada.

—Venga, nena, arriba ese ánimo, se lo merecía, joder, esto y más.

—Puede —admito con un hipo y la boca pequeña. No me lo creo. Todo ha sido mezquino en exceso.

—Pero si ni siquiera la hemos puteado nosotras, han sido sus víctimas. A pesar de la histeria, ¿lo has pasado bien?

—Irreflexivamente bien —confieso mirándome la punta de los zapatos.

—Pues ya está todo dicho. —Me arrea una palmada en la espalda, en plan

colega futbolero, que por poco me estrella contra la acera—. Vete a casa, zámplate algo rico con un millar de calorías, sin penitencias, entierra las que ya tengas y a dormir. Recuerda ser mala de vez en cuando. La gente buena no entiende la justicia del castigo.

—Igual nos hemos pasado... —
insinúo con debilidad.

Fany no quiere ni oír hablar del tema. Pero yo no pegaré ojo en toda la noche.

Volver a un apartamento oscuro y desocupado nunca significa gran cosa. Termino despatarrada en el sofá, con una cerveza fría, una bolsa de patatas fritas y la foto de mi hermana Marta en las manos. La miro. Su graciosa sonrisa de conejito y sus ojos achinados me

devuelven el saludo. Es curioso, haber sido buena gente toda la vida me ha traído pocas satisfacciones. Decidí serlo por ella, porque ya fui diabólica una vez y lo pagué muy caro, pero es una mierda. Mirar, desgastarte por gente tóxica que no lo merece, raspa las paredes del corazón. No aprendes nada más que aborrecimiento. Y no quiero respirar rencor y asfixiarme, quiero ser libre. Y hoy, que al amparo de la venganza me comporto como una basurera rata camboyana, hoy, un perverso placer me inunda. Cosas del destino. No voy a convertirme en una adalid del infierno pero me he liberado, inspiro mejor, más hondo, con menos impedimentos.

Marta, lo siento, siento lo que pasó,

lamento que tomases aquella decisión. De haberlo sospechado... Nunca te lo habría permitido. Marcaste tu vida y la mía y desde entonces, odio las noches. Por la noche los monstruos son más grandes, las sombras crecen y abren esas fauces devoradoras de dientes puntiagudos que muerden. Solo las noches que compartí con Gael fueron dulces y serenas, libres de pesadillas, hermosas.

Cuando el timbre de la puerta suena no estoy preparada para recibir a nadie. Puede ser Fany, a comprobar que no he saltado por la terraza tras el ataque de remordimiento. O Gael, a insistir en aquello de las oportunidades.

Me da la risa. Gael no. Lo más

probable es que ande por ahí, asesinando corazones, guapo de morirse, con sus amigos elegantes, matando lo que puedan. Pronto todo habrá pasado también para él.

Otra vez. Ese sonido de campanilla. Joder, que no son horas, son casi las cuatro de la mañana, todos, menos los que siguen de juerga, deberían estar durmiendo.

Me arrastro hasta la puerta y directamente la abro. Hay una cara macilenta y desencajada rodeada de mechones rubios, que me mira. Tiene enrojecidos los ojos y la boca hinchada de tanto llorar. Es por mí. No puedo frenar una punzada en el vientre.

—Noa, ¿por qué lo has hecho?

56. Lo hice porque te lo merecías

Hay una pausa larga, un silencio que molesta. Trae una camiseta raída y el pantalón del pijama. Ha debido tirarse de la cama para venir a cantarme las cuarenta. En cuanto me recupero, me importa un rábano. Por primera vez en toda una vida, sus lamentos no me afectan, los míos llegaron primero y por su culpa, queman más.

—¿Por qué no has impedido que hablasen?

—Por recuperar mi dignidad. Por eso.

—¿Qué tiene que ver tu dignidad

conmigo? —se pasa el dorso de la mano por los ojos y se lleva por delante un churrete de rímel corrido—. Me has destrozado la vida.

—Es verdad, no debería tener nada que ver contigo, conservarla es mi responsabilidad, y de no haberte concedido tanto poder, jamás la habrías pisoteado. Has abusado del cariño que te tenía, has machacado hasta mi jodido recuerdo. Olimpia, no tienes límite, lo sobrepasaste todo, ¡todo!

Sigue de pie, en el umbral de mi casa. Y yo alerta, obstruyendo la entrada.

—¿Qué es exactamente lo que te molestaba? ¡Pudiste decírmelo!

—¿Iba a servir? Te falta sensibilidad, generosidad, naciste sin ellas, salir de tu

puto ombligo y darte cuenta de que los demás también sangramos. Tú jamás habrías permitido que me acostara con tu exprometido, yo en la vida lo habría intentado, ¡ese es el tipo de relación que pensé que teníamos, pero no! Fuiste a por él, directa a lo que te interesaba sin pararte a pensar en nadie que no fueras tú y tus intereses. Eres implacable, Olimpia, nada afloja tu ambición. Por eso no sabes querer, ni tener amigas. Y yo te confundí con una hermana...

—¡No estabas enamorada de Aníbal!
—se revuelve.

—¡Pero eso tú no lo sabías! ¡Ni siquiera yo lo tenía claro! ¿Y qué me dices del resto? De tu falta de franqueza, tu atar cosas a mis espaldas, maquinan,

conspirar, ese es tu estilo, incluso conmigo.

Algo se quiebra en su pena y da paso a una sonrisa torcida y cruel.

—Enhorabuena, mosquita muerta. Esta noche has conseguido que todos me odien.

—¡Me importa una mierda si te odian o te adoran! ¡Si hasta te has liado con Dom! ¡Con Dom! Hay que tener tripas y estar enferma. ¿Cómo te lo montaste? ¿Te pusiste a averiguar por dónde se movía desde el minuto cero que te lo conté? ¿Te hiciste la contradiza, lo sedujiste y no paraste hasta tirártelo? ¡Por Dios! Me da todo tanto asco que no soporto mirarte a la cara.

—Tú no eres mejor que yo —me

desafia.

—Oh, sí, lo soy. Te lo aseguro. Al menos me queda la conciencia suficiente para aborrecerme y sentirme mal después de hacerle una putada a otro. Tú no conoces tal estado de gracia.

—¿Tienes conciencia? Pues será ahora, antes... Jodiste bien a Marta, mira cómo acabó todo por tu culpa...

—¡No menciones a mi hermana! —le grito— ¡Ni la nombres!

—Escuece, ¿eh?

—Lárgate, no eres bienvenida, no sé si lo he dejado claro. Corre a calentarle la cama a Aníbal o a Dom, antes de que se esfume. Regálale una amorosa despedida, que no te olvide. Es un tío con un ego descomunal, incapaz de un

sentimiento decente, pero quién sabe, tú eres igual, lo mismo os enamoráis por primera vez en vuestra triste existencia. Estaría bien.

Le endiño tal empellón a la puerta, que a punto estoy de sacarla de los goznes. Si lo pienso bien, en la universidad nos peleamos tres veces por el mismo chico pese a que ella tenía novio y nunca pensó en dejarlo. Lo cierto es que, nunca que la he necesitado ha estado. En los grandes momentos felices de su vida, Olimpia no contó conmigo, solo cuando tocaba consolarla. A continuación, enciendo un par de velas y desconecto el interruptor general de la luz. Me quedo sin agua caliente pero también sin timbre ni

interrupciones. Me consuelo con una ducha templada y para cuando me acuesto, los párpados me pesan al punto de no poder mantenerlos abiertos.

Sacando del horno las bandejas de bollos suizos, reparo en que me he quedado más sola que la una. Los seres importantes de mi vida, Olimpia, Dom, Aníbal, Gael, se han ido todos. O los he espantado, da un poco lo mismo. Acaso tenga una filia enfermiza con los dramas, me atraen como imanes, nunca tendría suficientes para estar dándole al coco sin parar. Aunque el único que me duele a morir es él, ya sabéis quién. Lo echaré de menos hasta el segundo en que me vaya, sin días bastantes para olvidarlo.

Hoy es miércoles, el mercadillo de la

huerta se despliega ante mis ojos y echo de menos a Braulia, ese espacio que ocupaba su puestecito, sigue libre, sin usurpadores, los compañeros respetan su memoria, qué buenos chicos. Saludo agitando un vaso de cartón para café por encima de la cabeza, y el más joven, cruza a la carrera y se lleva un *pack* de seis con un megadescuento de la casa. Vuelve la rutina, hay que aceptarlo.

En estas, veo llegar a Fany y Bea, cogiditas por el brazo en animado charloteo. Parpadeo para aclarar esa visión brotada de la lámpara de mis deseos. ¿En serio se han hecho colegas? Y tan en serio. Fany le ha inventado una sección en nuestra emisora y Bea no cabe en sí de gozo.

—Lo va a hacer genial —narra Fany alborozada, con el cuerno del cruasán entre los dientes—, es un espacio diseñado especialmente para ella.

—Lo mejor de todo es el nombre —corroborra Bea. Lleva nata del capuchino por todo el bigote. Le hago señas para que se limpie pero pasa de mí—, «Las pavas también muerden» ¿qué te parece?

—¿Ese es el título de la sección? —asienten al unísono—. Mola, mola mucho.

—Pues eso. Vamos a ir desplegando ideas, planteando guiones... Ponme otro café de estos, están de infarto, hija, ¿le echáis algo? Enganchan.

—Que me lo digan a mí —la secunda Bea rezumando felicidad—, desde que

descubrí sus bollos, quiero venir corriendo todas las mañanas. En especial, sabiendo que la tengo a ella aquí —me apunta con el dedo.

—¿No te has planteado dejar el delantal? Tu libro va funcionando de puta madre.

Finjo estupor con una mueca simpática.

—Es solo eso, una novela, no se venderá toda la vida.

—Pero ya está escribiendo la segunda. —Fany dirige la aclaración a Bea.

—Huele a carrera en plan profesional.

—Os consta quién maneja el cotarro. ¿Creéis que cuando se le pase el

capricho seguirá apoyando nada que salga de mi teclado?

Temo que el arqueo de cejas de Fany, se las cuelgue del techo.

—Si se vende, sería una locura no hacerlo. Están ahí para forrarse con tus libros.

—Todo muy calculado y lógico — ironizo.

—¡Por supuesto que no es lógico! ¡Es amor! Te aseguro que no eres ningún antojo. —Ya estaba tardando Bea, la ingenua soñadora, la romántica empedernida. La regaño con una mirada que no me creo ni yo.

—Ojalá —replico escueta.

—Ya me has dicho por activa y pasiva que me meta mis opiniones en el

bolso, pero debo insistir. Una vez más —se pitorrea Fany con el dedo tieso—, solo una. Estás exagerando un taco. Pobre hombre.

—Le diste mi llave, arpía —gruño.

—Bah, porque es el único que merece tenerla. Dime que no me guardas rencor o lloraré de rodillas por todo Madrid hasta que me perdones. —Se levanta del taburete y palmotea en la barra—. Si volviera a repetirse la historia, lo haría de nuevo. Ese hombre te quiere, hermana, te quiere a morir. Y si hablamos de lo que te conviene...

—Ya —la corto—. Vale.

—Nos piramos, hay mucho que hacer, ¿verdad, pava?

—¡Pavas al poder! ¡Contra viento y

marea, listillas a la hogueraaaa! —se ríe la otra loca. Están majaras las dos, da gusto verlas. Pese a mi estado de melancolía terminal, me arrancan sonrisas sinceras.

Las amistades me dan tregua en la cafetería, de modo que durante más de tres horas me gano el sueldo con dignidad, atendiendo pedidos, horneando *pizza* al corte, tirando cerveza helada en jarra, cargando el lavavajillas una y otra vez. Las horas entran en una aburrida repetición sin chicha, que presumo se mantendrá hasta la hora de salir. Me equivoco por enésima vez, cómo no.

Aníbal viene a visitarme. Trae el ceño fruncido, da miedito. Eso, no por

mencionar que jamás en todo el tiempo que llevo currando en el Love Locke, se ha pasado ni por casualidad.

—¿Me sirves un café? —Quiere aparentar normalidad. Se esfuerza.

—Marchando —respondo seca. No tengo ánimos para parlamentos y lo siento, pero lo conozco, sé que ha venido a reprocharme cosas que no quiero escuchar.

—Noa... —carraspea. Me hago convenientemente la sorda—. No te paraste a evaluar las consecuencias, ¿verdad?

—No. ¿Leche y azúcar?

—Sí, gracias. Ese tipo de desatinos... bueno, tienen efectos colaterales. Begoña está que trina.

Vierto leche hirviendo en su taza sin mover un músculo de la cara.

—Entonces, la Bego sigue rondándote.

—Ahí estamos. O estábamos hasta anoche mismo —rectifica mirándome casi con odio.

—Vaya manera de enterarse de que se los pones... Sí.

—¿Era realmente necesario joderla tanto? —ruge bajito, para que nadie más que yo sea destinatario de su furia—. Que yo sepa, ella no te ha hecho nada.

—No fui yo, fue un oyente, un empleado tuyo, por más señas.

—No desvíes el tema. Tu programa, con toda su parafernalia, lo propició.

—Nunca esperes nada bueno de un

trabajador insatisfecho. Si os preocuparais de no cabrear tanto a la gente... —Estiro la espalda. Crezco por encima de las circunstancias, que va siendo hora—. Se ha hecho justicia, Aníbal, siento que no lo veas así.

—Es que me extraña tanto, tanto viniendo de ti...

—¡Ese es el *quid*! Si esta faena la monta otra, no pasa nada, era una guarra, se veía venir... Pero ¡es Noa! ¡La pánfila, la buenaza de Noa! ¿Eso os sorprende tanto? ¡También tengo aguijón y sé retorcerlo!

Me mira con algo muy cercano a la compasión, que la verdad, me resbala.

—Me gustabas más antes.

—Da igual cómo te gustase, tú ya no

me quieres y yo a ti tampoco. Deberías alegrarte porque ahora me defiendes, me respetas más y no estoy dispuesta a aguantar sucedáneos de amigos que se confabulan para cortarme los pies. En cuanto a ti, apechuga con tus actos. Le has puesto los cuernos a Begoña, corta con ella o gánate su perdón. Por cierto, conociendo a Olimpia, te recomiendo lo segundo. Nada es peor que soportarla, te lo digo por experiencia.

—Olimpia es una tía valiosa. Te comen los celos.

Me da la risa tonta, claro está.

—Sí, tienes razón, seguramente será eso. Adelante, cástate con ella si quieres probar los colmillos de una hiena.

Desato el lazo del delantal. Acaban

de dar las cinco. Tengo que contarle todas mis peripecias a Braulia. Hoy sí, hoy es el día.

57. Reuniendo conclusiones sabias

Cuando mi madre se pone nefasta, siempre habla de la residencia de ancianos donde la encerraremos algún día. Más que describirla, le hace vudú. La define como la antesala del infierno, un espantoso lugar plagado de almas pecadoras ataviadas de blanco, algo sádicas, donde verá llegar el fin de sus días entre terribles sufrimientos. Así que tengo que contarle cómo es esto para que cambie el chip. No es que yo tenga intención alguna de internar a mis padres, pero saber que estas cosas

magníficas existen, ahuyentan los temores.

En efecto, la residencia donde Gael tiene a Braulia se parece mucho a un hotel cinco estrellas. La edificación es así, idéntica estructura, similar reparto de espacios. Una recepción tremebunda, atendida por dos sonrientes enfermeras de ojos azules y manos suaves, que con voz de seda te preguntan a quién vienes a ver. Luego, un chico muy majo y atlético te conduce a la sala de espera que tiene pinta de biblioteca victoriana, con todos sus detalles increíbles y una preciosa chimenea, apagada porque aún colea el verano. Acomodo el trasero en los sofás de piel y espero, paseando el dorso de la mano por este material tan

cálido y suntuoso.

Veo a Braulia aparecer, caminando despacito del brazo de una enfermera que se acomoda a su ritmo, más guapa y mejor vestida y peinada de lo que jamás supuse que la vería. Se me figura mi abuela, esa que perdí demasiado pronto y se me forma una bola en mitad de la garganta. Ella distingue mi cara, se emociona y se tapa la suya con las manitas arrugadas. Pego un bote muy poco fino y salgo a su encuentro, me lanzo en sus brazos y la aprieto, la aprieto y vuelco en esa expresión de cariño, mis carencias y todos mis miedos.

—¡Pequeña! ¡Has venido!

—Braulia, qué ganas de verte —

gimoteo con la cara enterrada en su hombro.

—Te esperaba mucho antes — reprocha con un mohín. Me ruborizo al instante.

—¿Quieren tomar el sol en la terraza, o prefieren el saloncito? —interviene la enfermera—. Les serviremos un té con magdalenas caseras. La receta es de Braulia.

—Bueno... Esa receta es más vieja que el hilo negro, más que yo.

—Estás estupenda. —Me cuelgo de su brazo y la empujo hacia el porche conectado con los jardines, donde luce un sol de justicia de los que te sacan mechass rubio platino.

Damos las gracias a la enfermera que

nos ofrece la mesa y pregunta mil veces a Braulia sin necesita algo más, antes de marcharse a por la merienda. Es al quedarnos solas cuando me abruma el peso de la culpa por haber fallado e ir a retaguardia de alguien que la conoció mucho después pero se ocupó de ella antes.

—Los chicos me dijeron donde encontrarte —arranco prudente, un poco alejada de lo que pretendo. Ella posa la mano sobre la mía que espera lacia, un poquito de calor.

—Ya me contaron que preguntaste. Vienen a visitarme cada quince o veinte días, si no uno, otro. Están muy locos —ríe con su cara arrugada y sabia—. También yo les preguntaba por ti, no

tuve tiempo de despedirme. Fue todo tan inesperado...

—Pero estás bien, fenomenal, mucho mejor que antes, Braulia, lo que yo sufría al verte allí cada miércoles...

—A esas alturas era afortunada, mercadillo solo un día a la semana. Mi vida ha sido dura, pequeña, siempre subida en una furgoneta vieja, de huerta en huerta, de calle en calle, de plaza en plaza.

—¿No tienes familia?

—Mi marido murió hace casi veinte años y mis hijos viven en el extranjero. Es mucho pedir que se ocupen de esta vieja decrépita.

—Pero ¡mírate! ¿Qué decrépita ni qué ocho cuartos? Eres el bombón más

deseado de la residencia, seguro que tienes loco al personal masculino.

Con esa chorrada la hago reír. Y yo lo prefiero, a faltarle el respeto a sus hijos, que no los conozco, pero mal rayo los parta, que se han debido dejar la conciencia y el alma abandonados en algún avión de mierda.

—Casi sin desearlo me ha salido otro hijo, mucho mejor —su voz pausada y dulce irrumpe como una tromba en mis pensamientos. Ahí lo tienes, Noa, lo que no querías oír. Toso para aclararme la voz.

—Bueno, sí, Gael tiene mucho dinero. Ha hecho bien invirtiéndolo en su tranquilidad... Porque ha sido él, ¿verdad?

—No me conoce de nada —silabea rotunda—, de nada, ya me dirás qué obligación lo mueve a hacer algo así como no sea...

—¿Como no sea...?

—Lo que siente por ti, que es fuerte e impetuoso.

—Braulia, por favor. Pensaba evitar este tema. —Entrelazo con fuerza los dedos en mi regazo—. Estoy tratando de sacarlo de mi vida.

—Ya me ha contado.

—¿Te ha contado?

Menos mal, un respiro, la camarera con el té y las magdalenas. Tomo aire por la nariz y refresco mis pensamientos. Al decirle que prefería no mencionar a Gael, he esperado

conteniendo la respiración pero no ha reaccionado. Está claro que es un asunto que mi amiga considera por tratar, cosa que desde su posición, no le reprocho, le debe mucho. Sirvo el té, le añado azúcar y se lo acerco. En las manos, le pongo una magdalena y yo cojo otra.

—Pobre de mí, nunca dejo de ser camarera, me va la marcha —me burlo.

—Sí, sí que te va.

El retintín de su tono llama mi atención.

—¿También te lo ha dicho Gael?

—Es más listo de lo que recuerdo en la fauna masculina. Te lee como un libro abierto.

—Eso no me tranquiliza, para nada. ¿Qué ha visto?

—El modo como te debates entre desearlo y odiarlo. Se divierte mucho y lo pones... ya sabes —enrojece—, a tono.

—¿Mi lucha interna lo pone cachondo? —exclamo una pizca más alto de lo debido—. ¿Y encima te lo cuenta? ¿A ti? Menudo perverso...

—No es eso, mujer, yo sé intepretar, no siempre he sido vieja. Simplemente se niega a creer que lo hayas dejado para siempre, alimenta sus esperanzas del mejor modo que sabe. Me he convertido en su abuela postiza, qué quieres que te diga, me gusta el cargo, nunca me he sentido más útil. Los jóvenes estáis tan faltos de orientación...

—¿Lo aconsejas? Dile que se aleje.
Es lo mejor.

—¿Mejor para quién?

Eso no lo aclaro.

—Sobre todo pídele que deje de venir al Love Locke —la ansiedad me saca las lágrimas y la verdad—, ¡hay mil sitios donde comer! No soporto verlo ahí, en la esquina, bebiendo café, ignorándome. Viene pero no me habla. No me mira. ¿Por qué lo hace? Para provocar.

Tras el estallido tormentoso que me deja hecha polvo, miro a Braulia morder la magdalena con parsimonia, sin quitarme ojo. Su juicio pesa.

—Créeme. Gael no pretende desquiciarte.

—Tú lo quieres mucho —refunfuño—. Y no te lo critico, yo también lo haría, mira todo esto —señalo alrededor. No estoy siendo justa, acabo de acusarla de aceptar sobornos, de defenderlo por interés.

Pero no parece ofendida, mantiene esa impertérrita sonrisa animadora de días nublados. Lo único que me trastorna es pensar que tenga *more reason than a saint*.

—Yo no merecía este sacrificio por su parte. Gael me sacó del mercado y me trajo aquí porque tú te compadecías, me considerabas parte de tu vida, no sé, pequeña, por ti, por contentarte. Pero cada vez que lo miro, sé que lo hace de corazón, hay sinceridad en su mirada y

en el tiempo que me dedica, viene todas las semanas salvo si viaja. Has decidido no quererlo y te respeto. Pero no te entiendo.

—No hay mucho que entender. Es verdad que agradeceré toda la vida su detalle contigo. También ha cumplido mi sueño, gracias a él se ha publicado mi novela. —De repente recuerdo que traigo un ejemplar para Braulia, envuelto en un precioso papel de regalo. Rebusco en el bolso, lo saco y se lo entrego—. Es para ti, te va a encantar.

—Ya me ha encantado —confiesa emocionada mientras lo acaricia.

Soy incapaz de ocultar mi desencanto.

—Ah, claro. Debí imaginar que él se me adelantaría trayéndote uno. Qué

tonta.

—Cariño, no te lo tomes como una carrera. No ando muy bien de la vista, una de las cuidadoras me lee un capítulo cada noche, antes de dormir. La historia la tiene abducida. Falta poco para terminarlo, supongo que se lo regalaré y este ejemplar dedicado por ti, lo guardaré como un tesoro entre mis cosas. Leer «Hermana mía» me ha acercado a tu espíritu, se aprenden muchas cosas del corazón de quien escribe de un modo tan transparente.

—Bueno, no creas, hay mucha ficción... —Aparto la mirada. La suya sonríe.

—Lo que quiera que ocurriese con tu hermana es triste y te ha marcado

profundamente. Deberías contárselo.

—¿A él?

—O a mí. A alguien. Hablar de ello, sacarlo fuera. Tienes el dolor agarrado a las entrañas y no te deja avanzar.

Me lo planteo, no creáis. Siento una enorme necesidad de explosionar, lejos de mí misma. A veces me siento sola con esto. A papá y mamá les daña en exceso cualquier confesión que tenga que ver con Marta, es comprensible. Ya no tengo a Olimpia que de todas formas, lo sabía y jamás hizo nada por consolarme. En cuanto a Fany, paso de abrumarla con una historia tan trágica, solo sabe que murió. Así que me armo de valentía, me miro en los ojos tranquilos de Braulia y me lanzo. Abrir

es la palabra.

Al cabo de un rato, lloro como una condenada a la hoguera y los ocupantes de las mesas vecinas han huido en desbandada, para concedernos la intimidad que parecemos necesitar.

—Cuando sentimos que merecemos ser castigados, procuramos buscar gente malvada y colocárnosla alrededor. Los nombramos «mejor amigo», nos enamoramos de ellos y les prometemos fidelidad eterna. Por muchos años. Que dure el purgatorio, ¿no? —Suspira profundo—. Noa, eso y apretarte el cilicio en los muslos hasta hacerte sangre, es más o menos lo mismo.

No consigo dejar de llorar. Querría decir algo pero estoy en plena catarsis,

parezco una fuente. Esto es infinitamente más saludable de lo que imaginé en un principio. Noto la mano ligera de Braulia acariciarme el pelo y se me encoge el corazón.

—Luego aparecen ellos. Los buenos. Y los espantamos, claro —prosigue.

—No se trata solo de las trampas de mi subconsciente. Gael me mintió, eso es un hecho —consigo decir.

—Oh, sí, lo olvidaba. Te ocultó un dato fundamental de su biografía.

Se está burlando de mí y de mis traumas. No digo que no lo merezca. Levanto los ojos, la miro a la cara, trato de transmitir indignación, pero me contagia su buen humor.

—Algo me dice que debo protegerme

—admito a pesar de todo.

—¡Ay! Queremos a toda costa que lo que nos sucede tenga un sentido, así que no paramos de elaborar teorías, incluso contrarias al orden natural de las cosas, y las obligamos a encajar a la fuerza. Pero al final todo estalla porque no cabe. La presión hace estragos, querida.

Pestañeo perpleja. ¿Cómo estaba una mujer tan lumbreras vendiendo patatas bajo la lluvia de enero?

—A veces me asusta lo enamorada que estoy de él. Puede que escape, pero es que su amor, sus expectativas, me vienen grandes y soy cobarde. Nunca he destacado por intrépida.

—No te avergüences por sentir miedo, es tan humano como respirar —

me tranquiliza—. Eso sí, átaló corto, no dejes que sea él quien lleve el control o bloqueará tu vida. La parálisis por miedo es una lastimosa pérdida de tiempo.

—A veces, Braulia, miro dentro y veo que no me cabe ni un gramo más de sufrimiento. He tenido suficiente.

—Todos esos años penando por tus pecados, bregando con mala gente. Ahora, a la buena no le das crédito. Tómate tu tiempo si realmente lo necesitas. Él seguirá ahí, esperando. Es maravilloso esto del amor, cuando es de verdad, se vuelve paciente.

En mitad de esta lección irrepetible de experiencia mundana, un enfermero pelirrojo como un *highlander* a medio

cocinar, nos aborda con un grandioso ramo de flores. Se dirige a Braulia con una sonrisa.

—Las han dejado para usted en recepción.

—¡Muchas gracias, Joran! —El chaval inclina la cabeza y desaparece—. Son de Gael.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque no traen tarjeta.

58. Una oferta que no podrás rechazar

Pensé que hoy sería un día más en mi rutina bien conocida y cada vez más odiada, sin nada distinto que lo iluminase: litros de café servido en porcelana blanca, carreras sorteando mesas, harina espumosa y cocida saliendo de los hornos, oliendo tan bien que una podría suicidarse metiendo dentro la cabeza.

Y él.

Observando taciturno y callado, en la esquina, con sus hipnóticos ojos azules, tristes, perdidos en una mirada de

incomprensión y reproche que intento esquivar todo el rato. Peligro latente, lo sé. El amor y el deseo continúan al acecho, la terapia con Braulia me ha sacudido por dentro como un ciclón y estoy más vulnerable que nunca. Pero como sigo inmersa en la anarquía, perdida en mi propia jungla, como quedan demasiadas cosas por explicar, por ejemplo, por qué tengo tantos celos, por qué me veo tan cerca de odiarlo y perderlo para siempre si traiciona de nuevo mi confianza... prefiero espiar de soslayo cuando no se da cuenta y remolonear para que lo atienda Paqui.

En uno de mis estilosos giros de cintura, veo que paga y se marcha. Pasa

de dirigirme un «buenos días» siquiera. ¡Dios! ¡Cómo lo echo de menos! Su atención, su sonrisa, su tierna preocupación por mis chorradas. El tenerlo de respaldo, sentirlo ahí aunque mi yo insensato jugase a despreciarlo.

Qué imbéciles llegamos a ser los humanos. Yo la primera. ¡Y qué inolvidables los días que pasamos juntos!

—¡Por cierto, Noa!

¡Ostras, ha vuelto! Ha desandado el camino y lo tengo de nuevo apoyado en el mostrador, refulgiendo esos ojos, mortíferos como nunca. Se desatan mis torpes nervios, se me cae la bayeta encima de los zapatos.

—Dime —mascullo, agachada a

recogerla.

—Pasa por la editorial. Si puede ser, esta misma tarde. Hay temas que discutir.

Parpadeo tratando de resultar simpática.

—¿Llevas semanas viniendo e ignorándome y ahora de repente me diriges la palabra? ¿A que me desmayo?

—No te tomes molestias —me desencanta su ladrido serio—, el que viene a desayunar no tiene nada que decirte. Tu editor, mil historias aburridas pero trascendentales.

Ah, ya, claro.

—Mi editora se llama Raquel —espeto uniceja e irritada.

Escupitajos contra la pared. Hablo

sola, ha dado media vuelta y se ha largado, con esas deseables piernas dentro de unos pantalones impecables. Una planta que para sí quisieran muchos actores. Gael pasa de mis neurias, solo me quedan los suspiros. Y acudir obediente a la cita en cuanto salgo de la cafetería, desde luego. En parte, por ser coherente con mis responsabilidades, en parte porque muero por encerrarme con él a solas en un despacho. Aliviada por haber escogido un favorecedor vestido de gasa azul turquesa. Me recibe cordial, sin estridencias en ningún sentido, con un aire profesional en el que no reconozco al Gael desnudo a quien solía acariciar.

—Toma asiento, enseguida estoy

contigo —invita, sin levantar los ojos de la documentación que revisa.

—La verdad... no tengo demasiado claro qué pinto en tu oficina —murmuro mirando alrededor. Lo tiene todo ordenadísimo y perfecto.

—Supongo que trabajar. Publicar libros implica algo más que firmar y sonreír a la cámara, nena.

Su acidez sobra, en serio, yo no he sonreído a ninguna cámara. Al menos, no consciente y voluntariamente.

—Salimos de viaje de promoción —anuncia con tono inanimado.

—¿Sali... mos? ¿Quiénes?

—Tú y yo —suelta tan tranquilo. Se me abren unos ojos como platos.

—Ni hablar.

—Yo decido lo que es bueno para las ventas del libro, para algo soy tu editor.

—Ni de coña —repito—. Mi editora es Raquel, una chica monísima que...

Deja caer la estilográfica y me fulmina con sus dos zafiros insoportables.

—Se acabó Raquel. Ahora estoy yo. Es lo que hay.

—Claro, como eres el dueño, ordeno y mando.

—Piensa lo que quieras. Mi versión de la historia es que el viaje beneficia al proyecto. Tengo planes ambiciosos para tu obra.

—Vale. Pues oye esto: ni-de-bro-ma. Prefiero abandonar.

—No lo harás. Defenderás esta

novela con uñas y dientes, entregarás dos más como está estipulado, y evitarás causar problemas.

—Ponme a prueba —lo desafío. Gael sonríe cínico.

—No me toques los huevos, Noa, cariño. Primero, porque tienes firmado un contrato que en caso de incumplimiento, te arruinará hasta el final de los tiempos.

Abro y cierro la boca sin llegar a articular nada. Tiene razón, joder, cómo me fastidia, pero la tiene. Recuerdo esas cláusulas penales con cifras y un número inabarcable de ceros. Firmé, claro que firmé. En ese momento de euforia desaforada, ni se me pasaba por la mente incumplir.

—Segundo, porque no le harás esa jugarreta a tu novela, abandonar es de gallinas. No le harás eso a Marta.

—Eres, eres... eso es... —El coraje me nubla el entendimiento. Ni sé escoger la palabra adecuada entre tantas disponibles. ¿Chantajista? Gael está templado. Asco de control de situaciones.

—Ruín, indigno, mezquino y hasta rastrero. Estamos de acuerdo. Y mira lo poco que me importa.

—Si te digo lo que pienso, rescindirás mi contrato por iniciativa propia —rujo.

—Estoy dispuesto a cualquier sucio truco callejero con tal de no perderte de vista.

Voy entendiendo. Chantajista y algo más.

—No hablamos únicamente de la Noa escritora.

—No soltaré las riendas para que vayas a equivocarte con otro. Si decides arriesgarte a meter la pata, será conmigo, de modo que nos vamos de viaje, sin discusión. He negociado una colaboración importante con una cadena de librerías, quieren verte, entrevistarte, lo tengo todo listo.

—¿Por España? —me intereso a regañadientes. Gael ha vuelto a sus papeles y a ignorarme.

—Nueva York.

No levanta la mirada pero mi corazón da un vuelco en triple salto mortal.

¿Nueva York? ¡Nueva York! ¡Será...
cabrón!

—¿Has perdido la cabeza? ¿Qué hay
de mi curro en la cafetería?

—Te suplen Ramiro y Matita,
cubanos sonrientes, diplomados en la
Escuela Superior de Hostelería, con
siete y nueve años de experiencia
respectivamente. Lo he negociado con
Paco y está encantado. Hasta Paqui
podría tomarse una quincena de
vacaciones si no fuera porque Ramiro la
ha mirado con ojos melosos... —Se
inclina hacia delante, me devoran sus
pupilas—. Como ves, no todo el mundo
comparte tus manías, hay quien se deja
conocer...

—Manipulador de los infiernos, no

puedo creer que llegues tan lejos.

Me clava la mirada de ese modo que solo él maneja.

—Por ti, a las entrañas de la tierra si hace falta.

Contengo la respiración. Por mi memoria desfilan el toque de sus dedos, su peso aprisionándome, sus besos por los costados, sus chistes malos, la sensación de tenerlo dentro, muy dentro. Parece que hayan pasado mil años de todo eso.

—No voy. Esto es una puñetera trampa. Antes me encadeno a la puerta de mi...

—La filial de Thesaurus que puse en marcha en Londres, controla el mercado angloparlante y traducirá *Hermana mía*.

Tienes un evento acompañando a Jojo Moyes en Barnes & Noble, 122 de la quinta avenida, en exactamente, doce días. ¿Dónde está la trampa?

Trago saliva con una dificultad horrorosa. Hiperventilo, me mareo. ¿Jojo Moyes? ¿Quinta Avenida? ¿Barnes & Noble? Socorro, mi inglés es penoso. Cuando aterrizo, Gael me sigue mirando. Ahora, con una mueca divertida colgando de la comisura.

—¿A qué esperas? Prepara la maleta. Ha dicho maleta. Sin eses. En singular. Salgo volando.

59. A lo que tienes derecho y a lo que no

He quedado con Gael en el Templo de Debod, mi segundo lugar favorito. Al otro ya no puedo llamarlo «secreto», ahora es la bien conocida Meca de la esperanza y el desamor. La luz anaranjada del crepúsculo baña las altas columnas y los pórticos. Un par de chicas se están marchando, otra pareja camina a lo lejos, no sé si viene o va. El caso es que pasan casi veinte minutos de contemplación vacía hasta que veo venir a Gael. Me coloco en ángulo para no enfrentarlo.

—El lugar que era solo mío ya es de todos —recito a modo de saludo.

—Porque creaste el monstruo de los candados y los corazones cerrados. La reja está atiborrada, cientos de personas circulan por esa finca a diario. Voy mucho y la verdad, no todo el tiempo veo gente afligida cerrando candados, también veo parejas llenas de sonrisas, besándose después de abrirlos.

Entonces sí lo enfrento. Lleva una camiseta negra algo desgastada pegada a la piel y unos simples vaqueros que le quedan de vicio. No encontraré nadie que lo supere. Y en su caso, el físico es lo de menos.

—Ya estás otra vez como cuando te conocí —no pierde esa paciencia suya

con pinta de infinita—, jugando a enfadarte para que me aleje. ¿Sabes lo que te pone a mil?

—¿Que parezcas controlarlo todo mientras que yo no controlo una mierda?

—Exacto. Eso te rompe los esquemas, no lo aguantas.

Recuerdo entonces lo que me dijo Braulia. Gael me lee como un libro abierto.

—Cuándo me miras, ¿qué ves?

—Una niñita asustada que acaba de pegarse un batacazo. Duele, lo sé, me he llevado más de uno. ¿Y sabes qué? Aquí sigo. Jodido, desengañado, escarmentado, pero vivo. Deseando experimentar. ¿Hermanos? —Levanta las palmas abiertas—. El mío es un puto

drogadicto. Tuve que venir cagando leches desde Londres para ingresarlo en una clínica, se moría por los callejones. ¿Ves? Ninguna historia es demasiado truculenta y sórdida, yo también cargo vergüenzas bajo el apellido, no pasa nada.

—Sí pasa. Tu hermano pequeño elegiría mal su camino pero tú no tuviste nada que ver. Lo mío es bien diferente. Lo mío es una mancha que no se borrará hasta que me muera.

—¡Bien, pues escúpela! ¡Escúpela de una vez y deja de purgarla como si hubieses matado a alguien!

De repente siento que no puedo respirar.

—¡Es que la maté! —estallo. Me

cubro la cara con las manos. El efecto se repite, lloro como si me fuese la vida en ello, lloro como lloré con Braulia— ¡La maté, la maté, yo maté a mi hermana Marta!

Antes de darme cuenta lo tengo al lado, por todas partes. Me envuelve en sus brazos protectores, me estrecha y me anula con su olor. Me besa el pelo, me serena con un arrullo suave que dice «tranquila, tranquila». Mi llanto es cada vez más escandaloso. Lo peor es que la necesidad de alivio empuja tan fuerte, que hablo sin haberme calmado.

—Quiero contártelo, para eso te he llamado.

—Noa, no tienes por qué.

—Tengo que hacerlo, es importante...

—Noa.

—Éramos mellizas. Distintas pero inseparables. Marta y yo lo compartíamos todo. Cuando se enamoró... Bueno, lo hizo con todo su ser, ella era así, extrema e intensa. Yo no. A mí las cosas importantes me pasaban por encima. Era alocada y vehemente, abordaba los sentimientos sin raíz, tal y como venían. La romántica era ella. —Despego la cara de su pecho. Gael me guía hacia un viejo banco de piedra donde nos sentamos. Me escuecen los ojos, me retumban las sienes. Pero sé que no interrumpiré esta historia—. Ese chico no la tomó en serio. Tonteaba conmigo. Le dije que no se fiara pero no quiso escucharme.

¡Estaba completamente ciega! ¡Loca de amor por ese indeseable! Pensé que solo había una manera de sacarla de su error, demostrándole lo mezquino que podía llegar a ser.

—Dejaste que te sedujera.

—Lo hice. Y procuré además, que mi hermana fuera testigo.

—Noa, no lo hiciste...

—¡No me digas que fue con buena intención! Me besé con él, dejé que Marta nos descubriera y no hice nada por mitigar su dolor, su desesperación.

—Por el amor del cielo, ¿qué edad teníais?

—Dieciséis años.

—Noa, cielo... Érais un par de crías.

—Eso importa poco. La depresión de

una adolescente puede ser muy grave, actuar desde lo más profundo y destruirte por dentro. Marta no volvió a hablarme y un año después... —Me muerdo los labios—. Se suicidó.

Las cálidas manos de Gael rodean mi cara y se llevan la angustia donde no puedo verla.

—Nena. Ya es suficiente, no mereces sufrir de este modo. Es horrible, pero ella decidió. También pudo elegir olvidarlo, almacenarlo en la mochila de lecciones dolorosas y seguir adelante hasta ser capaz de agradecértelo. Le faltó fortaleza.

—No la culpes, por favor, no la culpes —sollozo. Siento la caricia de sus dedos por mi cuello.

—No la culpo, cariño. Pero a ti tampoco, no es justo. Tienes que perdonarte, permitirte vivir, dejar que alguien bueno te quiera, te quiera de verdad. No más sacrificios inútiles. No más enemigos cerca.

No sé qué responder. Suena a que tiene razón, coincide con Braulia, con Fany, con mis padres. No debería sentirme culpable y, sin embargo, lo hago. Cada hora de cada día desde entonces. Sin pedirlo, llega un dulce beso que me sana y me devuelve a su red. Un roce mullido y húmedo que me hace olvidar. Mi enfado se diluye, lenta y dulcemente en sus labios. Al demonio el trato que hice conmigo misma.

—También se lo contaste a Braulia.

¿Te sientes mejor ahora que la caja que oculta los horrores se ha abierto?

Lo miro entre pestañas mojadas. Un aluvión de cosas nítidas, llega y arrasa.

—Las flores eran tuyas. ¡Estuviste allí! ¿Nos viste y no quisiste entrar? Debo de producirte en serio mucha alergia.

La punta de sus dedos recorre mis cejas, se detiene en mis sienes y desde ahí irrumpe entre los mechones de mi pelo.

—No es eso y lo sabes. Os vi, sí... Te vi llorando y pensé que necesitabas un rato de tranquilidad con ella. Es una anciana muy sabia.

—¿No será que supusiste «hablan de mí» y preferiste no interrumpir? Por si

Braulia iba por buen camino convenciéndome...

—Sé que no hablabais de mí. No, al menos, en el momento en que te vi.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Porque llorabas. Y yo no haría nada que te hiciera llorar.

Lo abrazo. Aprieto como cuando de niña abrazaba a Marta en las noches de tormenta. No quiero separarme de él, el resto de mi vida.

—Tengo miedo —musito en un hilo de voz.

—Y yo. Pero habrá que dejarlo para otro día.

—¿Y cuando ese día llegue?

—Te prometo que nos habremos convertido en valientes. Yo me

encargaré de que así sea.

Atrás quedan los retazos desesperados, flotando como restos de un naufragio. Juntos hacemos lo que toca y cuando el candado con mi nombre se libera, nos miramos y reímos. Será una nimiedad este símbolo infantil, pero si algo le sobra es significado. Que haya mantenido la llave en su bolsillo todas estas semanas sin perder la fe, me emociona.

—Estaré aquí —afirma enmarcando mi cara con sus manos—. Estaré todos los días de mi vida, hasta el final.

Sus labios sellan el juramento. Su lengua, el sabor de su aliento de menta, sus ojos flúor desnudándome a la intemperie. Profundizo, presiono contra

su erección que ya se clava en mi cadera, hasta que detectamos una figurita que se recorta en la lejanía, con un candado en la mano, que nos lanza una ojeada de envidia y nos hace interrumpir el nuevo beso, las caricias y el acaloramiento.

—Será mejor que rematemos la faena en privado —me susurra al oído. El ligero soplido me pone la carne de gallina.

Al desconocido que nos corta el rollo, quiero gritarle que volverá. Acompañado, enamorado y feliz, a romper su candado. Que el hoy es amargo pero la vida sigue dando tumbos hasta convertir la pena en anécdota. Que las cosas casi nunca son lo que a

primera vista parecen. Solo hay que creer que las merecemos, cuando son buenas.

En el apartamento de Gael, mientras desnudos nos amamos, suena *Mi verdad*, ese dueto entre la eléctrica Shakira y el aterciopelado Maná, que tantas respuestas incluye. Su letra verbaliza mis peticiones, las promesas de los dos, lo que anhelamos llegar a ser. La impaciencia nos pudo y tras arrancarnos la ropa a mordiscos, la noche nos sorprende haciendo el amor sobre el sofá. De ahí, al dormitorio sin interrumpir ni las miradas ni los besos. Gael me deja en la cama con delicadeza. Dentro de mí, vuelve a ponerse duro.

—Te quiero, Noa Polo, te quiero

como no imaginé que fuera capaz de querer a una mujer —susurra mordiendo mi hombro. La piel de todo mi cuerpo responde.

—Y yo a ti. Sin sentirme carcelera de nadie por ser feliz. —Suspiro y dejo caer los párpados. Las sensaciones que preceden a un nuevo orgasmo, se encadenan sobre mi vientre, no es tiempo de palabras.

—Vamos a ser como los príncipes de los cuentos, nena, dichosos por siempre jamás. Empezaremos quemando Nueva York.

—Nueva York... —Mis gemidos de placer aletean, llenan el aire de la habitación y apagan todo lo demás. Nueva York será mi sueño dorado pero

este éxtasis que se suma al anterior, va a romperme en un estallido de calor sin final. Seré Noa la que arde.

Su boca consume mi hoguera. Sus labios resbalan sobre los míos, aspira el olor junto a mi cuello y todo su cuerpo se arquea en una última embestida presurosa que le permite correrse. Recibo sus jadeos roncros como un placentero regalo. Esto es mucho más de lo que conozco, no va de sexo, va de amor.

—Quiero que durante los programas en la radio, me mandes mensajes de amor, fotos, corazoncitos... —murmuro pasados unos minutos, acurrucada contra su pecho, jugueteando con el suave vello —. Sé que soy un poco ñoña.

—Bueno, me gustas así, romántica y de color rosa, ¿qué se le va a hacer? Otros defectos son peor cruz.

Le clavo dos pupilas enamoradas, tan dilatadas que hablan solas, que mueren en su propio brillo. Bien habría deseado que Marta encontrase alguien como Gael, la quería tanto, tantísimo, que regalaría mi vida por su felicidad. No pudo ser. Ahora entiendo cosas que no siempre vi y puedo sentir como desde arriba, me bendice y me desea un océano de felicidad. El mar inacabable plagado de deseos cumplidos, que inventamos las dos.

Esta soy yo. Con mis pros, mis contras, mi amor de ojos turquesa, y el candado de mi corazón abierto de par en

par. Será porque la antigüedad no siempre distingue las relaciones, es simple y llanamente tiempo que pasa, minutos que transcurren sin que una participe. Es la energía y los actos que llenan esos minutos lo que realmente importa.

Epílogo

El estudio de Rado Retiro seguirá siendo lo de siempre, un cuchitril horroroso y horterá, mientras que el nuestro en RadioRomance, explota de creatividad y color. Los cambios pueden darnos mucho miedo, pueden hasta amordazarnos, pero si reunimos la valentía suficiente para traspasar la frontera, pronto nos alegraremos de haber saltado. Los precipicios no siempre esconden la destrucción.

Perdí mucho tiempo temblando, quebrada bajo el peso de una culpa inútil. Si mi hermana me perdonó, yo no lo hice, fui tan cruel conmigo misma que

dejé de respirar lo que la vida me daba. Rechacé lo bueno, abracé lo dañino, esos seres que, a veces, se cruzan solo para ponerte a prueba, para medir el respeto que te profesas a ti misma. Si te quieres como debes, te apartarás de ellos.

Dom, Olimpia. Yo no lo hice. Los mantuve cerca hasta destrozarme, permitiéndoles acceder a mi corazón. En cambio a los ángeles, como decía Braulia, los espanté. Por prejuicios. Qué horrible palabra, qué trampa mortal. Creerse sabio e infalible, juzgar antes de experimentar, fiarse de las apariencias. Ser absurdo, al fin y al cabo.

Si Gael y Fany no hubieran insistido... Si no hubiesen entrado en mi

vida en contra de mi voluntad para quedarse y volverme del revés, no quiero ni pensarlo...

Ha pasado todo un año. *Noa-manece* está en lo alto, no podemos pedir más, nuestros oyentes se cuentan por legiones, tenemos lista de espera en publicidad y colaboradores para cada día de la semana. Una Bea con nuevo novio integrada en el equipo, Fany y Manu viven juntos, ella espera un bebé. ¡Fany embarazada! ¡Embarazada! ¿Quién lo iba a pensar? Esa contestataria morena, dragona y descreída que se mofaba del amor y el defensor de «El salto de la pulga». Cómo nos reímos cada vez que nos juntamos y lo recordamos.

En cuanto a nosotros, Gael y yo

seguimos adelante, más entusiastas que nunca, dispuestos a crecer hasta el infinito y más allá. Nos queremos y nos lo gritamos a cada oportunidad que se tercia, porque no se gasta, porque recordarlo sana el alma y nos vacuna contra la rutina. Despertamos enredados el uno en el otro, nos cuidamos, tratamos de hacer de cada día un regalo para esa pareja que el amor escogió. El viaje a Nueva York nos unió por encima del bien y del mal, fue un alivio tener allí a Gael para recogerme cuando al conocer a Jojo Moyes, estuve al borde del desmayo. Recorrí las calles de esa ciudad en su compañía, fue mi guía, mi todo. Juntos inventamos la trama de nuevas novelas. Y hoy, pasados ya unos

meses, me ha conducido al arco de Elvira y al atardecer, me ha pedido que me case con él.

En RadioRomance FM, se ha roto el aire acondicionado. Podríamos decir que trabajamos entre lenguas de fuego, que esto se asemeja bastante al infierno, pero la alegría que me estalla en el pecho, esta cursi nube rosa en la que ando subida desde que le dije «sí», «sí quiero, contigo, para siempre», lo resucita todo y lo hace llevadero. Fany contiene la risa. La he puesto al tanto del nuevo escalón en mi historia de amor infinito y he tenido que soportar cinco minutos de bailoteo desafortunado. Acercó los labios al micrófono. Estoy nerviosa, tengo que humedecerlos.

—Así me haces sentir cada vez que me miras. Por si me estás oyendo, Luis, de Sevilla —se me escapa una sonrisita —, este mensaje cifrado es para ti.

Pulso el botón rojo y Rihanna nos arrolla con su *Only girl in the world*. Única, irrepetible, especial. Así soy o al menos así me veo, reflejada en los ojos del hombre que amo.

Agradecimientos

Intento siempre cumplir lo que prometo. Siempre que resulte posible, se entiende. A veces tardo y no es por vagancia. Hace mucho, cuando arrancaba mi camino como escritora y daba los primeros pasos en la red social por excelencia, Facebook, un grupo llamado «Algo más que lecturas» me abrió sus puertas. Allí conocí gente maravillosa, los «algomaseros», como yo, amantes de los libros. Compartimos muchas noches de risas, de juegos descabellados que a uno u otro se nos ocurrían («Muestra al mundo tu batamanta» ¿os acordais?), de chistes,

consuelo y ánimos cuando escaseaban. El grupo me regaló a Emma Buckley, mi malagueña preciosa, que se convirtió en protagonista de un relato incluido en la antología de verano de Ediciones B. Y a Fany Benítez, a Isa Olmo, a Begoña (y su planchaaa) a Ana Álvarez, a Mari Fele, a Lourdes Polo... Prometí que todas ellas aparecerían en una o varias novelas mías. Isa se pidió ser la mala (cuando no puede ser más buena)... Ha pasado tanto tiempo que seguramente pensarán que olvidé mi promesa, pero no. Los libros se publican cuando llega su momento y *Cuernos de vikinga*, aún escrito, debió esperar hasta hoy. Sin embargo, nunca es tarde si la dicha es buena, ¿no?

Pues a todas ellas va dedicado. Y al resto de los compañeros y compañeras algomaser@s. Me habéis dado mucho y me habéis hecho muy feliz.

A mi familia como siempre, que se apañan como pueden con el precocinados del barrio. ¡¡Gracias, Paco, sin ti estaríamos en los huesos!!

A Eva, Consuelo y Esther, las chicas Versátil, por su confianza, su respaldo y su apoyo.

Y finalmente... a mi comunidad lectora. A mis motas y coraSones a quienes todo mi trabajo va dedicado, los destinatarios de mi pensamiento y mi entusiasmo cuando creo. En especial a mis «amantes literarias» de Málaga. Sois grandes hasta decir basta.

Como siempre, ¡¡hasta la próxima!!

[1] Esta zona del Retiro no existe. No os molestéis en buscarla. Pero... sería bonito, ¿a que sí? (*N. de la A.*)